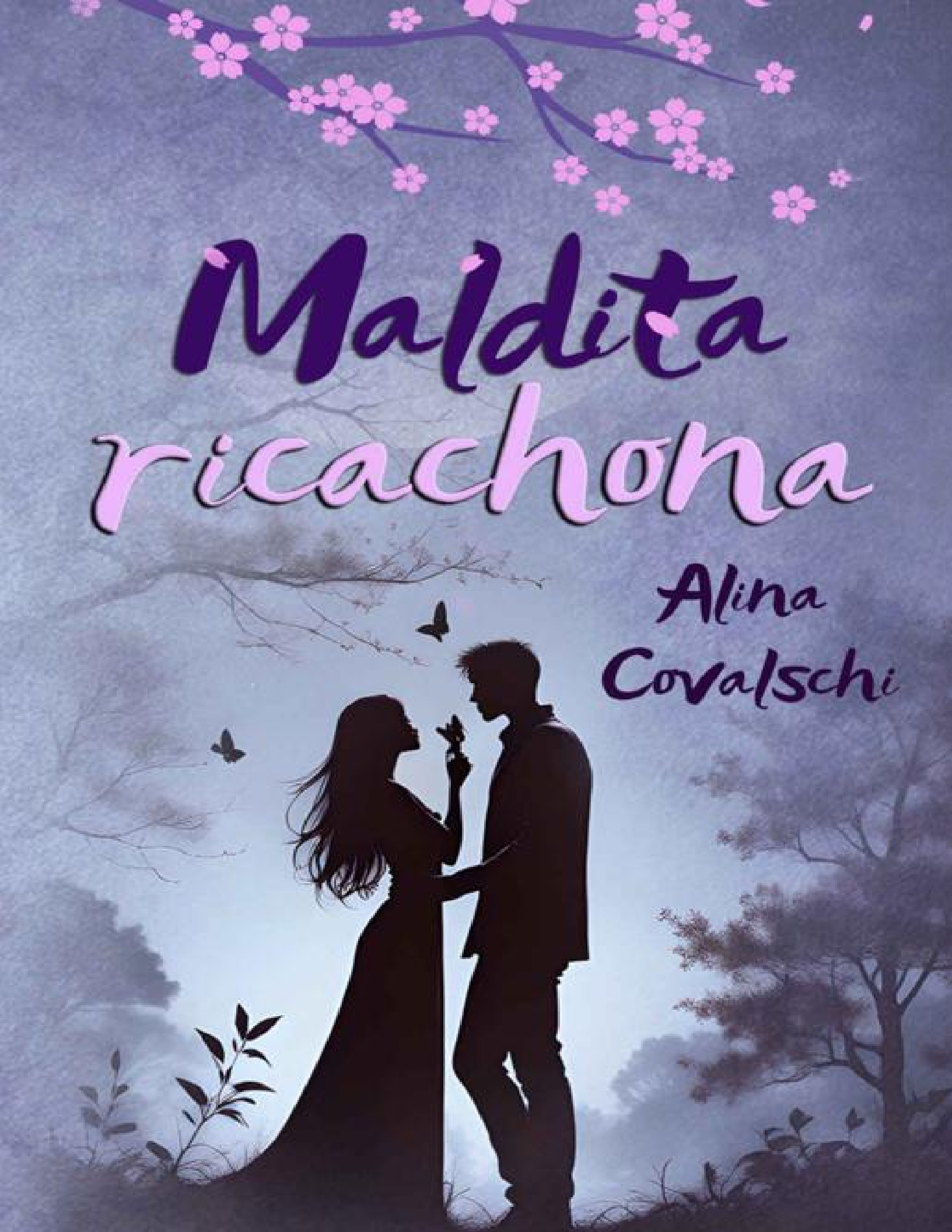


The background of the cover is a soft, painterly illustration. At the top, dark branches with small, five-petaled pink flowers hang down. In the center, a couple is shown in silhouette, facing each other in a romantic pose. The woman is on the left, wearing a long, flowing dress, and the man is on the right, wearing a suit. They appear to be holding hands or a small object between them. Several small, dark butterflies are scattered around them. The background features soft, hazy outlines of trees and a light, ethereal sky. The overall color palette is dominated by soft pinks, purples, and blues, creating a dreamy and romantic atmosphere.

Maldita ricachona

*Alina
Covalschi*

Maldita ricachona



Alina
Cova/schi

©Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de autor. Esta es una obra de ficción. Nombres, situaciones, lugares y caracteres son producto de la imaginación de la autora, o son utilizadas ficticiamente. Cualquier similitud con personas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones es pura coincidencia. La infracción de los derechos mencionados puede ser constructiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: **Maldita ricachona**

Autora: Alina Covalschi

Corrección: Beatriz Gutierrez

Foto de portada: Pixabay, ghasoub

Agradecimientos

Esta historia es lo que es gracias a mi amiga y correctora Beatriz Gutierrez. Gracias por tu amabilidad, tu paciencia y las horas que has dedicado a mi trabajo. Te estaré eternamente agradecida por lo que has hecho. Tu amistad es uno de los regalos más bonitos que la vida me ha dado. Gracias por ser mi amiga. Te has ganado todo mi respeto y si necesitas algo sin dudarlo, buscaré la manera de apoyarte. Gracias por que con personas como tú, puedo crecer como persona, puede sonar egoísta, pero eres una persona llena de cariño, inteligencia y que jamás dejará de apreciarme. Quiero darte las gracias por escucharme en los momentos más tristes y ser parte de mi vida en todo momento. Nuestras experiencias juntos, conviviendo, aprendiendo de cada aventura y risa, me han permitido estar cerca de ti, mil gracias por todo lo que me das.

A mi marido Daniel.

Gracias por tu paciencia, por apoyarme en mis proyectos y por los buenos momentos que hemos vivido juntos.

También quiero agradecer a todos ustedes que invierten su tiempo en leer esta novela y a todas mis lectoras de Facebook. Siempre estáis allí pendientes de mis novelas para leerlas. Sois personas maravillosas quienes sin esperar nada a cambio compartieron su conocimiento y alegrías, logrando que mi sueño se haga realidad. Vuestros hermosos comentarios me ayudan a seguir escribiendo. Os quiero mucho. Agradezco a:

Marimar Pintor, Paqui Lopez Nuñez, Amparo Pastor, Yohana Tellez, Maria Jose Valiente Garcia, Raquel Álvarez Ribagorda, Chari Marines, Izaskun Brujita, Silvia Segovia, Arancha Eseverri Barrau, Silvia Fernandez, Marga Romera Ocaña, Elisa Gomez, Maria Vidal Parada, Kika DZ, Maria Angeles Talavera Lopez, Cristina Blanco, Eva Rodriguez, Loli Zamora, Marisol Perez, Cristina Asenjo, Rosi García, Carmencita Valenzuela, Juani Martinez Moreno, Ines Murillo Dominguez, Frella Lucia, Viguesa Lago Carballo, Luci Carrillo Ordoñez, Katty Fernandez Vidal, Maria Victoria Alcobendas Canadilla, Maria Jimenez Paez, Silvia Adarau, Oana Simona, Rosslyn Gomlin, Chari Rodriguez Morales, Garbiñe Valera Murillo, Encarna Prieto, Alina Stoenescu, Maripaz Garrido Gutierrez, Isabel Rubio, Maria Angeles Garcia Muñoz, Elena De Torres, Isabel Gomez, Marisol Cardenas, Yanira Soto, Conchi Rivas Guerrero, Beatriz Ortiz, Lily Zarzosa, Vanessa Lopez Sarmiento, Jovir Yol LoGar, Elena Carvajal, Silvia Flores, Sandra Martín Márquez, Kuki Pontis Sarmiento, Pilar Gomez, Silvana Borgese, Vanessa Velarde, Cristina Garcia Mira, Almudena Valera, Jaqueline Ramirez, Rossana Carnevali, Flor Salazar, Ana Belen Galan Gonzalez, Grizeldy Centurion, Adriana Pacheco Hernandez, Britos Angy Beltrán, Maria Jesús Cadilla Tuñez, May Fg, Angustias Martin Gamboa, MrsSveta Cherry, Maria Rosa Guardiola, Angela Perez Abad, Fontcalda Alcoverro Castel, Ana Maria Padilla Rodriguez, Carolina Soledad Concha Ibañez, Dolores Soler Martinez, Maria Angeles Alameda, Nadine Arzola Almenara, Terry Mabelle, Geli Wittmann, Vanessa Trujillo Rodriguez, Patii Loro Pérez, Herminia Almeida Flores, Nelia Mf, Paqui Galera, Carmen Marin Varela, Enri Verdu, Stephanie Fernández Vega, Marisol Zaragoza, Prados Blazquez, Ester Prieto Navarro, Diana Prados Pardo, Judith Valverde, Pepi Arzola, Ana Flores Gil, Victora Alonso, Gael Obryan,

Rosa Arias Nuñez, Paula Permuy Fernandez, Lissy Garay, Dora Baena, Maria Constanza Marcelli, Anna Margalef Gallisa, Inmaculada Camino Romero, Martina Bensusan Rodríguez, Alicia Marcos Luis, Carmen Lorente Muñoz, Evelyn Bizuela, Maria A. Garcia, Mariam Ruiz, Lidia Avellaneda, Manoli Angel, Ana Moraño Dieguez, Majo Martinez, Jacqueline Ramirez, Pilar Nm, Beatriz Maldonado Perona, Adelaida López, Maria Pérez Cordero, Gema Maria Párraga de las Morenas, Pili Ramos, María Del Mar Gonzalez Obregon, Paola Muñoz, Ana Martín Tejedor, Annie Pagan Santos, Montse Suarez, Malu Fernandez, Carmen Castillo, StarSea, Gema Maria Párraga de las Morenas, Julieta Dominguez, Mary Rz Ga, Aradia Maria Curbelo Vega, Solanger Crocker Schaffner, Catherinne Johanna UsCátegui, Rosa Gonzalez Moncayo, Ascension Sanchez Pelegrin, Martina Bensusan Rodríguez.

Vuestra amistad para mí no tiene precio.

Índice

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo final

Segunda parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

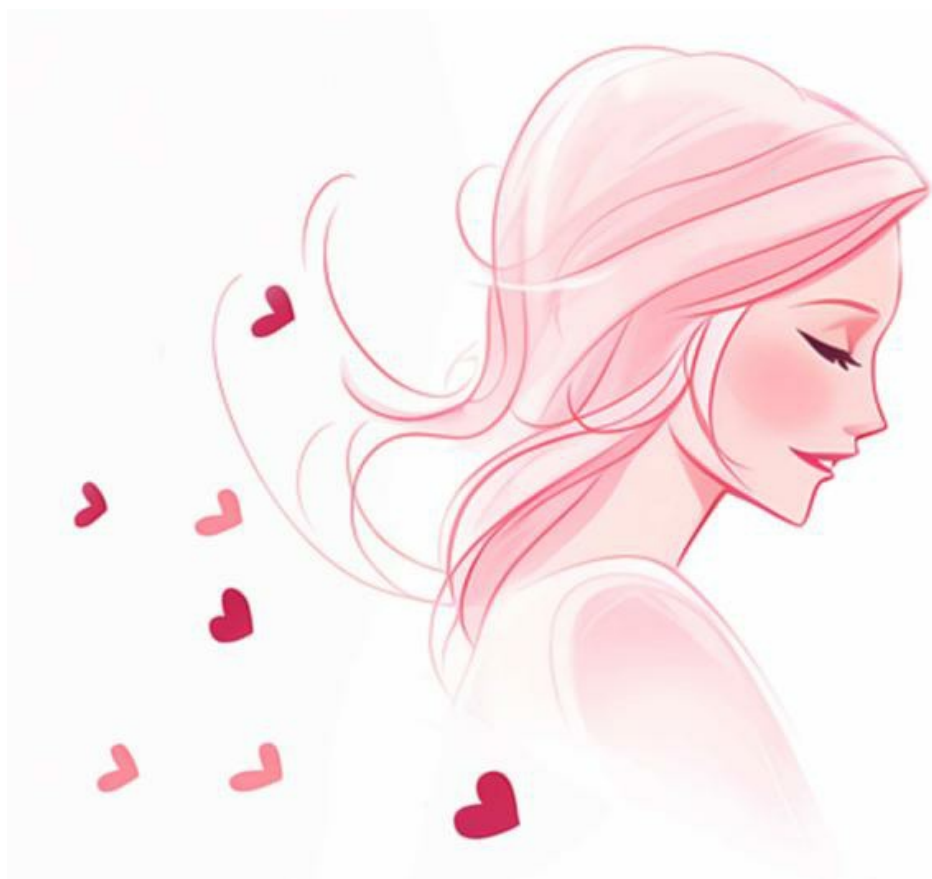
Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo final
Epílogo
Sobre la autora
Agradecimientos

PRIMERA PARTE

Un amor de valientes



Capítulo 1

En el pueblo de Quincy se respiraba tranquilidad, todo era belleza. Los rayos del sol veraniego caían de lleno sobre las gigantescas mansiones de la gente, dándoles tanto calor que parecían estar a punto de arder.

Olivia y sus padres estaban en la terraza, junto a la piscina, vigilando a sus dos hermanas; acababan de aprender a nadar. Tina usaba un flotador y lo agarraba con mucha fuerza. En cambio, Sarah movía las manos y las piernas sin parar. Las gemelas tenían once años y eran idénticas, aunque en el fondo no se parecían tanto.

—Hijas, por favor, tened cuidado —dijo Claire, la madre.

Era una mujer muy hermosa, con unos ojos negros muy oscuros y una melena pelirroja que le llegaba hasta la cintura. Vestía siempre con ropa muy elegante y todas las semanas iba al salón de belleza con sus dos amigas íntimas. No trabajaba, pero tampoco le hacía falta, su marido era millonario y dueño de casi todos los negocios del pueblo.

—Sí, mamá —contestó Tina entre jadeos.

—No te preocupes, mujer —le dijo Oscar sin levantar la mirada de su teléfono móvil—. Son mayores ya.

—Mira a Olivia, tiene diecisiete años y no sabe nadar.

—¡Mamá! Deja de recordármelo todo el tiempo. Ya te he dicho que no me gusta el agua.

—Ya, hija. Entonces, ¿para qué tenemos una piscina? —Bajó la mirada a sus uñas y las analizó con mucha atención—. Ay, necesito una manicura.

La joven puso los ojos en blanco y se levantó de un salto. Agarró su vaso de refresco y abandonó el lugar sin mirar atrás. Con cada día que pasaba, se sentía menos apreciada por sus padres. Era la única de la familia que se preocupaba por el bienestar de todos. Por las mañanas era la primera que se levantaba para asegurarse de que sus hermanas desayunaran antes de ir al colegio. Revisaba la lista de las compras con el cocinero y preparaba el menú para la comida y cena. A su edad, sus amigas salían a divertirse y a veces las acompañaba, pero casi siempre terminaba saliendo corriendo hacia su casa para ocuparse de sus hermanas, ya que sus padres tenían una vida social muy activa. Tenían dos cuidadoras, pero las niñas eran muy traviesas y siempre acababan con la paciencia de aquellas mujeres.

Le encantaba dibujar y cuando tenía tiempo libre se refugiaba en su habitación, rodeada por

sus cosas favoritas, y expresaba con los lápices todo lo que no podía decir en voz alta. Tenía una pila de cuadernos preparada para enviarla a una editorial, pero aún no estaba preparada para lidiar con las críticas.

Dejó el vaso encima del escritorio y se sentó en la silla. Abrió el cuaderno de dibujo y antes de coger el lápiz se tomó un tiempo para mirar por la ventana. La casa de sus padres era la más grande del pueblo y enfrente estaba el lago Talquin, donde había tres barcos en la orilla. El camino más corto para llegar al pueblo era a través del agua. A ella le daba miedo, por eso había estudiado con mucho empeño para sacarse el permiso de conducir.

Bajó la vista hacia la hoja en blanco y visualizó la imagen que quería trazar. La semana anterior había estado en la feria que organizaba el Ayuntamiento para celebrar la exitosa cosecha de viña y pasó por delante del parque de caravanas.

Allí vivía la gente con pocos recursos, gente que no había tenido la suerte de encontrar un trabajo bien remunerado. Le llamó la atención un jardín de flores que estaba rodeado por una valla de madera. Pero no era una valla cualquiera, sino una muy bonita. En cada listón había un dibujo y al final del todo se encontró con una escultura de tallas de madera. Todas tenían algo en común, eran animales salvajes que se podían ver solo en África. Le encantó saber que había alguien más en ese aburrido pueblo que soñaba con irse lejos y que tenía talento para el arte. Estuvo un buen rato allí, analizándolos, con la esperanza de ver y hablar con la persona que los había hecho. Pero al final tuvo que irse, sus amigas no paraban de enviarle mensajes de texto.

No le contó a nadie que estuvo en aquel lugar, todos sabían que allí vivían los Cañoneros, los más problemáticos y los que más polémicas generaban. Sus hijos siempre se metían en líos y ocasionaban peleas.

Empezó a dibujar y el lápiz se movía de un lado a otro como poseído, creando una imagen única y divina. Cuando terminó acarició el boceto con las puntas de sus dedos, como si quisiera darle vida. No acostumbraba a firmar sus dibujos, pero aquella vez lo hizo escribiendo abajo del todo: *Olivia*. Rompió la hoja y la dobló con mucho cuidado, luego la metió en un sobre de color rosa. Abrió su mochila y lo guardó en el bolsillo interior.

Escuchó las risas y los gritos de sus hermanas mientras chapoteaban con el agua y soltó un largo suspiro. Nadie sabía, solo sus familiares más cercanos, que ella tenía ese pánico al agua. Sufría mucho todos los veranos porque sus amigas se pasaban las tardes a la orilla del lago. Tenían barcos y motos de agua, y se tiraban al agua desde toboganes improvisados y tirolinas. Y todo se debía a un incidente que había tenido cuando era más pequeña. Cuando sus padres construyeron la piscina ella se pasaba todas las tardes viendo el agua desde su ventana. Era invierno y hacía mucho frío. Una de esas tardes, cuando jugaba con su coche eléctrico, pisó en el borde de la piscina y su pie resbaló. Sin darle tiempo a gritar o a reaccionar, cayó al agua. Estuvo un buen rato luchando para mantener la cabeza en la superficie y justo cuando sus extremidades

se entumecieron por el frío, unas manos grandes la atraparon y le ayudaron a salir. Era el cocinero, que había escuchado sus gritos de auxilio. Sus padres no estaban en casa y su cuidadora había salido un momento a hablar con los vecinos para controlar al perro que no paraba de ladrar.

Olivia le tenía mucho cariño a la mujer, así que los tres hicieron un pacto de silencio para que sus padres no se enteraran de lo ocurrido. Temía que la despidiesen.

Desde entonces no había sido capaz de volver a meterse en la piscina. El miedo seguía ahí, seguía estando vivo.

Se puso de pie y empezó a recoger la habitación. Le gustaba tener sus cosas ordenadas, especialmente la colección de peluches. Tenía alrededor de treinta, de todos los tamaños y colores, peluches que sus abuelos le regalaban cada año en Navidades y cumpleaños.

Aunque la casa tenía diez habitaciones grandes, la suya era la más pequeña de todas. Y aquello se debía al mirador de cristal que ocupaba más de la mitad del espacio. Era redondo y tenía alrededor de cinco ventanales que ocupaban toda una pared. Encendió una varita de incienso de naranja y luego bajó a la cocina. El cocinero ya había empezado a preparar la cena y ella quería estar presente. Quería aprender aquel oficio, le llamaba mucho la atención.

Aún no había decidido lo que quería estudiar cuando acabase el instituto, y se estaba dejando llevar por impulsos. Sus padres la animaban a estudiar arquitectura, pero ella les había dicho que no era lo suyo. Su sueño era trabajar con la gente y ayudarles de un modo significativo.

Capítulo 2

El sol había empezado a descender y se escondía detrás de las caravanas, dejando a su paso el frío de la noche.

Brian terminó de regar las flores y se vistió con la chaqueta de cuero. El jardín era la única cosa que le daba pinceladas de color a su vida triste y pobre. Sus padres acababan de conseguir una caravana y por fin tenían un lugar dónde refugiarse, pero era muy pequeña y tenía que compartir la cama con sus dos hermanos gemelos, Dany y Liam. Apenas tenían espacio para moverse, y por las noches pasaban mucho frío.

El banco les quitó la casa y tuvieron que abandonar el pueblo y vivir en el bosque durante un tiempo. Tiempo en el que pasaron mucha hambre. Salía con su padre todos los días a cazar y a pescar, pero casi nunca conseguían nada para comer. Se llevaron pocas pertenencias y construyeron un refugio de cartones y plásticos. Su madre plantó un huerto y se entretenía todos los días con el cuidado de las hortalizas. Sus hermanos salían al pueblo vecino y hacían bromas y gamberradas a los niños, alrededor de los parques y los colegios del pueblo. Él y su padre eran los que tenían que hacer todo lo posible para mantenerlos a todos. Trabajaban por horas y pedían comida en vez de dinero.

Tenía dieciocho años y era el único de los hermanos que iba al colegio; no podían permitirse pagar los libros y los uniformes para los tres chicos. Faltaba muy poco para que el curso terminara y sus padres aún no le habían dicho si podía ir con su clase al campamento de verano. Había estado ahorrando dinero, pero le faltaba más de la mitad para poder pagar el viaje. Quería ir, quería disfrutar de aquella experiencia y sentirse como un chico normal.

Todos sus compañeros sabían que vivía en el parque de las caravanas y le tenían miedo. Aquel lugar tenía muy mala fama, no solo por los borrachos y los drogadictos que vivían allí, también por él y sus dos hermanos. Siempre acababan metiéndose en líos y más de una vez les llevaron a la comisaría de policía.

Sus hermanos tenían quince años y eran muy inquietos. No paraban de romper cosas y meterse en peleas con otros niños. Pero jamás robaron, ni ellos ni sus padres. Preferirían morir de hambre antes de pisar sus propios principios.

Cerró el grifo de la manguera y miró hacia la valla. A su padre le encantaba tallar madera y

en algunas ocasiones había ganado dinero con ese oficio. Pero desde que se cortó tres dedos de la mano derecha ya no tenía la misma destreza. Así que todos los nuevos encargos que le llegaban al hombre terminaban en sus manos.

A Brian le gustaba seguir las instrucciones de su padre y crear aquellas maravillosas obras de arte, pero tenía que reconocer que ganaban muy poco dinero.

—Hijo, ven a comer —gritó su madre desde el interior de la caravana.

—Ya voy. —Se agachó para dejar la manguera en su sitio y vio que en el suelo había un sobre de color rosa.

Enseguida lo agarró con los dedos y antes de abrirlo se lo llevó a la nariz para olerlo. Percibió un ligero aroma a rosas y cerró los ojos durante un instante. En su jardín tenía muchas plantas, pero ningún rosal entre ellas, no podía permitirse comprarlos. Abrió los ojos e inspeccionó el sobre con atención, pero no vio nada en particular. Alguien lo había dejado allí. Pero ¿quién?

Miró en el interior y vio un papelito blanco. Lo sacó y lo desdobló ansioso. Siempre había sido un niño curioso y más de una vez terminó estropeando cosas o juguetes para descubrir cómo funcionaban o porqué se movían solos.

Se acercó a la farola para ver mejor y sus ojos se quedaron clavados en el dibujo; era impresionante, parecía una fotografía en blanco y negro con ligeras sombras de color rojo. Alguien había visto su jardín y lo había dibujado, pero ¿quién? Bajó la vista hacia el nombre que estaba escrito abajo y lo leyó en voz alta: Olivia.

¿Una chica? Sus labios esbozaron una ligera sonrisa, estaba contento de saber que su esfuerzo y dedicación hicieran que las cosas frágiles de la naturaleza no pasaran desapercibidas. Tenía que averiguar quién era ella y darle las gracias por haberle regalado algo tan maravilloso.

—¡Brian, vamos! Se enfría la comida —volvió a gritar su madre.

—Voy, mamá. —Metió el papelito en el sobre y lo guardó en el bolsillo de sus pantalones. Tenía que mantenerlo oculto de sus hermanos, no quería que ellos lo rompieran ni que hicieran burlas al respecto.

Echó una última mirada hacia el jardín con orgullo y abrió la puerta de la caravana. Fue golpeado en toda la cara con una mezcla de calor y olor a comida. Su estómago rugió como una tormenta, llevaba todo el día fuera, trabajando con su padre, y no habían comido nada.

Se acercó a la pequeña mesa que había en el medio y tomó una manzana. La mordió y su jugo dulce llenó su boca.

—Hijo, lávate las manos antes —gruñó su madre. Se acercó a él y le dio una colleja en la nuca.

—Es que tengo hambre —se quejó. Dejó la manzana encima de la mesa y se fue hacia el grifo. En el camino tropezó con los pies de su padre.

—Hijo, mira por dónde caminas —dijo el hombre sin levantar apenas la mirada. Tenía una calculadora en una mano y un par de recibos en la otra.

—Nunca hay sitio para moverse. Esta caravana es demasiado pequeña —gruñó y miró hacia la cama. Sus dos hermanos estaban sentados y jugaban a las cartas.

—Lo sé, pero al menos no pasamos tanto frío —dijo su madre, Diana. Dejó un bol lleno de espaguetis con carne en la mesa y se pasó una mano por el cabello. Lo tenía más corto de lo normal, pues cuando vivían en el bosque se lo había cortado. Era difícil cuidar una melena en aquellas condiciones.

Era todavía una mujer hermosa, con ojos claros y apenas envejecida por el paso del tiempo. Pero había dejado de cuidarse. Su ropa estaba gastada y pasada de moda. Además, estaba muy delgada y tenía aspecto de cansancio. Trabajaba limpiando las casas de los ricos y las oficinas del Ayuntamiento. Un trabajo agotador y que la llevaba al borde de su resistencia física.

Brian no dijo nada más, se lavó las manos y se sentó en el borde de la cama. Ya no pasaban el mismo frío, pero vivían como sardinas en lata. Soñaba con una cama para sí solo y un cálido edredón, un baño y una ducha... con un futuro mejor.

—¡Has hecho trampa otra vez! —chilló Liam y tiró las cartas al suelo—. Eres un idiota.

—¡Idiota eres tú! —Dany saltó a su cuello y lo aprisionó entre sus brazos.

—¡Quítate de encima! ¡Joder!

—Esa boca... —El padre se puso de pie, tiró la calculadora y las facturas encima de la mesa y agarró a los dos chicos por las orejas—. Comportaos, maldita sea, si no queréis dormir fuera.

—Ay... ay... —se quejaron al unísono.

—No me extraña que la policía os tenga fichados —gruñó. Soltó un breve suspiro y miró a su otro hijo—. Te dije que los tuvieras vigilados, Brian.

—No tengo tiempo, papá. —Miró por encima del hombro a sus hermanos—. Además, no me hacen ni puñetero caso.

—Brian es un miedica —farfulló Liam a la vez que le enseñaba el dedo corazón de la mano derecha.

—Está todo el rato cuidando esas mierdas de plantas, parece una mujer —añadió Dany.

—¿Qué has dicho? —Brian se puso de pie de un salto y lo fulminó con la mirada—. Repítelo y te rompo la cabeza.

—Inténtalo, joder.

—¡Basta! Callaos todos —gritó la madre con exasperación—. Me tenéis harta. Sentaos a comer.

Los hombres le hicieron caso y tomaron asiento de inmediato.

Todos tenían hambre y no tardaron en devorar los espaguetis, una comida que últimamente

aparecía mucho en la mesa. La pasta era muy barata y la salsa de tomate la preparaba su madre con verduras del huerto.

Durante la cena apenas se miraron, como si estuviesen en un concurso de comida. Eran una familia muy unida, a pesar de sus peleas hogareñas. Se habían enfrentado a cualquier circunstancia que les había deparado el destino con valentía y las emociones bajo control.

Luego se fueron a dormir, acomodándose uno junto a otro como pudieron, cansados y rendidos.

Capítulo 3

Hacía una mañana fresca y Olivia estaba revolviendo su armario para encontrar su sudadera blanca. Tenía mucha ropa, pero aquella prenda era su favorita porque se la había regalado su abuela, Rose. La única persona de toda su familia que la escuchaba y la animaba a seguir sus sueños. Falleció el año anterior y la echaba mucho de menos.

—¿Dónde demonios está? —Vacío todos los cajones y miró a la montaña de ropa con enfado.

—¿Qué haces, hermana? ¿Limpieza? —preguntó Tina a la vez que asomaba la cabeza.

—Estoy buscando mi sudadera blanca. ¿La has visto? —Soltó un bufido—. Llegaré tarde al instituto.

—Ah, esa... Eh, mmmm... No.

Olivia giró la cabeza de inmediato y se acercó a ella dando grandes zancadas.

—Estás balbuceando, Tina. ¿Mientes? —La agarró por los hombros y la zarandeó—. ¿Dónde está? ¿Qué has hecho con ella?

—Ay, suéltame. ¡Loca! —chilló—. Yo no la tengo.

—Entonces, ¿quién? ¿Sarah? —Entrecerró los ojos durante un instante—. Contéstame.

—Sí, la tiene ella. Ahora déjame ir. —Apretó los labios y empezó a retorcerse con fuerza—. Te odio.

—Me da igual. —Respiró hondo y soltó los hombros de su hermana.

—¡Loca! —volvió a chillar la niña antes de salir corriendo de la habitación.

Olivia tomó otra profunda respiración y, después de echar una mirada al suelo cubierto de su ropa, se llevó la mano al cuello para acariciar su crucifijo. Aquel gesto la ayudaba a tranquilizarse y recomponerse. Quería mucho a sus hermanas, pero no le gustaba que ellas tocasen sus cosas, siempre las estropeaban.

Necesitaba privacidad y desde que llegaron las gemelas cada vez tenía menos. Ellas eran entrometidas y bocazas, se peleaban por todo y por nada.

Miró la hora en el reloj de mesa y se agachó con resignación para coger una sudadera negra del suelo. Llegaba tarde al instituto si no se daba prisa.

Sus padres le habían regalado un coche cuando cumplió dieciséis años y hasta hacía poco no

lo había estrenado. Era muy lujoso y se sentía incómoda al conducirlo por el pueblo. Llamaba mucho la atención y todos la señalaban con el dedo.

Se vistió y se acercó al espejo del armario para comprobar que su maquillaje seguía intacto. No quería ir al instituto como un espantapájaros, sus amigas la echarían del grupo.

Después de asegurarse de que estaba presentable, cogió su mochila y bajó las escaleras corriendo.

El inmenso salón estaba en silencio, un silencio que le recordaba lo sola que se sentía allí. Sus padres casi nunca estaban y sus hermanas jugaban juntas. Era verdad que apenas tenía tiempo para aburrirse, pero necesitaba compañía, sin importar quién, para establecer una conversación o una amistad.

Miró a su alrededor con resignación y sin importarle nada de lo que veía. Los rayos solares penetraban aquel lugar iluminando cada rincón de la amplia estancia, haciendo que todo tuviera diferentes tonalidades de colores. Los blancos sofás de cuero, sobre las alfombras hechas de las pieles de antílope, creaban un ambiente frío y depresivo. A su lado había estantes repletos de libros ocupando toda la pared y unas puertas acristaladas que daban paso a una terraza con vistas a los jardines. Los enormes muebles competían con dos grandes antiguos jarrones de porcelana y una estatua de mármol. Todo rezumaba riqueza y lujo, un estilo de vida que a Olivia no le agradaba demasiado. Amaba las cosas sencillas y simples de la vida, como la lluvia, las flores, los pájaros libres del cielo, la comida, el arte y los libros.

Entró en la cocina y vio a sus dos hermanas sentadas a la mesa y desayunando cereales con leche. Se acercó a Sarah y se agachó para susurrarle al oído:

—Sé que tienes mi sudadera, prepárate para recibir tu merecido.

La niña dejó de moverse, pero solo por un instante. Luego volvió en sí y sonrió con malicia. No parecía asustada, como si la hubieran sorprendido haciendo algo mal, más bien todo lo contrario.

—La cogí para probar las pinturas de ropa...

—¿La manchaste? —La agarró por los hombros con brusquedad.

—Está en la lavadora, no te preocupes.

—¿Qué no me preocupe? —Levantó el tono de voz—. No tenías que cogerla porque no es tuya. Os lo he dicho cientos de veces, no quiero que toquéis mis cosas.

—¿Por qué hay tanto alboroto? —preguntó el padre a la vez que entraba en la cocina.

Tenía el semblante serio y el ceño fruncido, algo muy común en él. Era un hombre que nunca sonreía, ni siquiera en los momentos más graciosos; y desde luego nunca bromeaba. Siempre había en sus ojos una mirada severa y penetrante que parecía capaz de leer el pensamiento. En el pueblo tenía fama de ser frío como el más crudo invierno y a todos sus empleados les asustaba su indiferencia intachable.

Vestía solo trajes y nunca se separaba de su maletín negro de cuero.

—Sarah ha cogido mi sudadera blanca sin mi permiso y la ha pintado con colores — contestó Olivia con enfado.

—Que ya la puse a lavar. Deja de hacer el tonto.

—Tonta eres tú.

—Chicas, por favor. —Dejó el maletín encima de la mesa y las miró con detenimiento—. No quiero que os peleéis, y menos aún por una maldita sudadera. Tienes dinero, Olivia. Cómprate otra.

—Pero me la regaló la abuela —dijo con angustia—. Le tengo mucho cariño.

—Es solo una prenda. No quiero que te pongas tan melodramática siempre. No parece que seas mi hija. Tengo una reputación que mantener en el pueblo y...

—Tranquilo, que ya me callo. —Se estiró para coger un bollo de azúcar y después de mirar a sus dos hermanas salió de la cocina sin despedirse.

No sabía cómo se las arreglaba, pero siempre terminaba cediendo. Muchas veces había estado a punto de llevarle la contraria a su padre, con su comportamiento frío y calculador despertaba en ella un deseo incontrolable de desafiarlo, de comprobar si podía salirse con la suya aunque fuera por una sola vez.

Vio por el rabillo del ojo a su madre bajando las escaleras, pero no se detuvo a saludarla. Sabía que no encontraría consuelo alguno en ella. Era una mujer fiel y leal a su marido, y aceptaba sus arbitrarias decisiones sin rechistar.

Salió por la puerta y el aire fresco de la mañana la golpeó en toda la cara. Se estremeció por un instante y luego tomó una profunda respiración. Saludó con la mano al jardinero y se encaminó hacia el garaje. Ajustó la mochila para que no le lastimara la espalda y sacó su teléfono móvil del bolsillo. Vio que tenía un par de mensajes de sus amigas, Hannah y Jessica, y los leyó rápidamente por encima. Ellas le contaban que estaban organizando una fiesta el sábado a las orillas del lago para celebrar el fin de curso. Una fiesta a la que no pensaba acudir por varias razones. La primera y la principal era el miedo que le tenía al agua. Soltó un largo y breve suspiro y miró a su alrededor.

La zona donde vivía era tranquila, aislada y con amplios pinares. No tenía vecinos y aquello hacía que se sintiera más sola que nunca. A veces, para matar el desamparo, aparcaba su coche a las afueras del pueblo, se cambiaba de ropa y se mezclaba con la gente. Ser la hija mayor de la persona que era el dueño de todos los negocios y las tierras, hacía que los habitantes la miraran con rechazo.

Abrió el garaje con el mando a distancia y se acercó al coche. Escuchó pasos a su espalda y se dio la vuelta.

—Buenos días, señorita Olivia. ¿Necesita que la lleve al instituto? —preguntó Abel, el

chófer.

—No, gracias. Voy a conducir yo. Además... —Desbloqueó el Mercedes y abrió la puerta —. He visto que mi madre estaba despierta y arreglada. Seguro que quiere que la lleves al pueblo.

—Ah, entiendo.

—Hasta luego. —Tiró la mochila en el asiento del copiloto y entró en el coche. Arrancó el motor y después de despedirse con la mano pisó el acelerador y salió del garaje.

Estaba deseando llegar al instituto y hablar con sus amigas, pero sobre todo... quería empezar una investigación por su cuenta y averiguar quién era el dueño de aquel maravilloso jardín que había en el parque de las caravanas. Se preguntaba si habría recibido su carta con el dibujo. Esperaba que sí.

Capítulo 4

Brian cerró la verja del jardín y se pasó las manos por el cabello. Lo tenía bastante largo, pero no le apetecía cortárselo. Su madre lo había hecho tan mal la última vez que sus dos hermanos no pararon de hacerle burlas.

Metió las manos dentro de los bolsillos de sus pantalones vaqueros y empezó a caminar hacia la calle principal. El parque de las caravanas no era muy grande, tenía alrededor de diez remolques y estaba aislado del pueblo. Así lo habían decidido el alcalde y el señor Smith, pues no querían que la gente que vivía allí se mezclara con los demás. Y eso era porque les tenían miedo.

Sus padres ya se habían ido a trabajar y sus hermanos se quedaron para vigilar el lugar. En varias ocasiones les habían desaparecido cosas o comida. Él también tenía que ir a trabajar a la tienda de carpintería del pueblo y terminar algunos pedidos que su padre le había encargado. Como el hombre ya no tenía la misma destreza, le tocaba a él llevarlos a cabo.

Se colocó la capucha de su sudadera negra sobre la cabeza y encendió un porro. Dio una profunda calada para calmarse y escupió hacia un lado. Su vida había cambiado tanto que no recordaba cuándo había sido la última vez que una sonrisa se dibujó en su cara. Tenía la sensación de estar atrapado en una constante pesadilla y el tiempo de despertar no llegaba. No sabía qué hacer para mejorar su vida, todo se le hacía cuesta arriba y eso le provocaba mucha angustia e incertidumbre. Los días pasaban y pasaban, y él no sabía qué camino tomar ni tenía la más mínima idea de si quería seguir estudiando.

Llegó a la carretera y dio dos caladas más al porro antes de tirarlo al suelo y pisarlo con el zapato. Hacía una mañana fresca, así que metió las manos dentro de los bolsillos de sus vaqueros y siguió caminando cabizbajo. Pasaban pocos coches, el camino estaba muy poco transitado a esas horas. La niebla cubría casi todo a la visión y sus deportivas y los bordes de los pantalones estaban fríos y mojados por el rocío. Pero no le importaba, la ropa que llevaba puesta era de segunda mano, no podía permitirse comprarse nada nuevo. Apenas les llegaba el dinero para la comida y la factura de la luz.

Escuchó el ruido de un coche y levantó la mirada de golpe, justo cuando un Mercedes plateado pasó por su lado, casi rozándolo.

—¡Idiota! —gritó a la vez que levantaba el puño en el aire.

Miró el vehículo hasta que desapareció de su vista, y luego agachó la cabeza. Siguió caminando y recordó con tristeza la primera vez que se había sentado detrás de un volante. Fue cuando su padre compró una furgoneta para el taller de tallado de madera que tenían.

Tenía alrededor de ocho años, pero le había gustado mucho. Más tarde, cuando cumplió dieciséis años y se sacó el permiso de conducir, tuvo la oportunidad de conducirla. Justo antes de que el banco se la llevara.

Entró en el pueblo y recorrió la plaza principal dando grandes zancadas. Llegó a un paso de peatones y vio que había más gente esperando a que el semáforo se pusiera en verde. Una de las mujeres agarró a su hijo de la mano para alejarlo, como si estuviera asustada por su presencia. No era la primera vez que causaba ese efecto, estaba más que acostumbrado, por eso no dijo nada ni se molestó. Tiró de la capucha hacia abajo y cruzó la calle.

El pueblo no era muy grande, pero tenía mucho encanto y carácter propio. Las casas eran de piedra y mantenían un estilo arquitectónico tradicional que les daba un aire de nostalgia y autenticidad. Además, los negocios locales ofrecían productos artesanales y gastronomía típica de la región.

A Brian le encantaba aquel lugar, pero sentía que no encajaba y que era diferente a los demás.

Vio las verjas que rodeaban el instituto y se quitó la capucha. Se pasó los dedos por el cabello para peinarlo hacia atrás y tragó saliva. Cada vez que pisaba aquel lugar las miradas de los estudiantes lo seguían a todas partes. No tenía amigos, pero tampoco le hacían falta; estaba contento porque tenía la oportunidad de seguir estudiando.

Cruzó el aparcamiento y de repente vio el Mercedes plateado que casi lo atropelló en la carretera, aparcado frente a él. Apretó la mandíbula con tanta fuerza que le dolieron los dientes. Metió la mano dentro del bolsillo de sus pantalones y sacó una navaja, y después de comprobar que nadie lo veía, se agachó y clavó la hoja con firmeza en una de las ruedas de atrás.

—Eso es por tu imprudencia, idiota —dijo en voz baja.

Se enderezó y guardó la navaja. Salió del aparcamiento y se encaminó hacia la entrada principal del instituto, silbando. Subió los escalones de dos en dos y entró por la puerta. Como había llegado tarde, el guardia de seguridad no estaba allí para registrarlo. Así pues, cruzó rápidamente el pasillo hasta la última puerta y después de girar el pomo entró en el aula.

—Brian, llegas tarde —dijo el profesor a la vez que se alejaba de la pizarra para acercarse a él.

Era un hombre alto y delgado, algo calvo y con el rostro agradable. Vestía siempre camisas blancas y pantalones de lino.

—Sabe que vengo andando...

Se escucharon risas de algunos alumnos y Brian miró hacia ellos con el ceño fruncido.

—Vale, ve a tu sitio y saca el libro. Estamos terminando de leer el último tema.

—Gracias, señor.

Fue hacia la última fila y tomó asiento, ajeno a la mirada de reproche de su compañero de mesa. Sacó el libro de su mochila y después de abrirlo dijo:

—Cuando termine la clase te meteré un puñetazo entre los ojos si no dejas de mirarme, idiota —gruñó.

El chico giró la cabeza de inmediato y, asustado, empezó a mover los labios fingiendo que leía.

Brian sacó del bolsillo de su sudadera la carta que había encontrado al lado de su jardín y desdobló el dibujo con cuidado, como si fuera un tesoro. Lo volvió a mirar, pero con más atención y se dijo a sí mismo que era precioso. Tenía que averiguar quién era Olivia y darle las gracias por habérselo regalado. Aunque tampoco sabía si era para él, lo había encontrado en el suelo y no era el único habitante de la caravana. Sacudió la cabeza para deshacerse de esa idea, le gustaba pensar que esa chica lo había dejado allí para que él lo encontrara.

Guardó el boceto y durante el resto de la clase prestó atención al profesor. Le encantaban las matemáticas y jugar con los números, pero, sobre todo, resolver los problemas matemáticos como si fueran crucigramas. Algunos profesores aseguraban que era un chaval superdotado y que necesitaba constantemente hacer algo para no aburrirse. Por eso sus padres hicieron todo lo posible para mantenerlo en el colegio. Tenían la esperanza de que algún día encontrase un buen trabajo, y él no quería decepcionarlos.

Capítulo 5

Olivia guardó el libro de lengua en la mochila y levantó la mirada. Su amiga Hannah estaba frente a ella con cara de impaciencia.

—Vamos, voy a llegar tarde —dijo la joven con la voz estridente.

—Ya voy. —Empezó a caminar a su lado y juntas recorrieron el pasillo del instituto a una velocidad exagerada.

—¿Seguro que no quieres quedarte a la fiesta?

—Seguro. Tengo que estar pendiente de mis hermanas.

—No es justo, deberías disfrutar de tu tiempo. Ellas tienen cuidadoras.

—Sí, pero sabes que solo yo puedo controlarlas. —Metió la mano dentro del bolsillo de sus pantalones y sacó las llaves del coche.

A su alrededor había un bullicio de alumnos que entraban y salían. Algunos reían, otros hablaban y hacían planes para las vacaciones de verano, se abrazaban y se despedían para tomar distintos caminos. Iba a echar de menos aquello, el instituto era el único lugar donde no se sentía sola.

—Bueno, vamos. Jessica no para de enviarme mensajes. Ya están todos en la orilla del río y quieren las cervezas.

Cruzaron el aparcamiento y cuando llegaron al lado del coche Olivia bajó la vista a las ruedas de atrás.

—¿Qué demonios? ¡Esto es increíble!

—¿Qué pasa? —Hannah dejó de teclear en su teléfono móvil y levantó la mirada. Tenía las pestañas pegadas de tanto rimel y sus ojos verdes estaban llorosos. Todo el mundo le decía que podía quedarse ciega por abusar del maquillaje, pero a ella no le importaba. Era una chica bastante testaruda e impulsiva, y a menudo discutía con sus profesores.

—Me han rajado el neumático —contestó con indignación—. ¿Cómo mierda voy a ir a casa?

—Ay, pues ya... ¿Y las cervezas?

—No lo sé —gruñó—. Tendrás que llevarlas en el autobús.

—¡Joder! ¿Quién crees que ha sido el idiota? Menudo atrevimiento de su parte. A estas

alturas todos deberían de saber cuál es tu coche.

—¿Qué hago ahora?

—Pues no lo sé, amiga. —Guardó el teléfono móvil en el bolsillo de sus pantalones y la miró con impaciencia—. ¿Me das la bolsa con las cervezas? No quiero llegar tarde.

—Sí... —Desbloqueó el coche, pero no se movió de su sitio—. ¿Sabes cambiar una rueda?

—¿Yo? Ni siquiera tengo permiso de conducir. —Soltó una risa nerviosa a la vez que miraba a su alrededor—. Busca a alguien... al entrenador de fútbol.

—Mmm, sí. —Abrió la puerta del maletero y sacó las bolsas con las latas de cerveza. Las dejó en el suelo y luego volvió a agacharse para abrir la tapa del maletero—. ¿Me ayudas a sacar la rueda?

—No quiero mancharme...

—Es nueva.

—Ah, vale. —Se acercó a ella y agarró una parte de la rueda de repuesto con las manos—.

Como pesa.

La dejaron al lado del coche y se quedaron mirándola con curiosidad.

—¿Y ahora qué? —murmuró Hannah.

—¿Necesitáis ayuda?

Las amigas giraron la cabeza hacia la voz al mismo tiempo y se sorprendieron cuando vieron al chico que estaba detrás de ellas.

—Estamos bien —contestó rápidamente Hannah—. Puedes irte, no te necesitamos.

—Vale, como queráis. —Brian se colocó la capucha sobre la cabeza y se dio la vuelta. Se había ofrecido a ayudarlas porque estaba arrepentido de haber rajado el neumático, pues no sabía que el lujoso Mercedes pertenecía a una chica.

Hasta ese momento no se había fijado en ellas, de hecho jamás había mostrado interés en conocer a las chicas que iban al instituto. Con la mala fama que tenía, sabía que ninguna confiaría en él como para acercarse y hablarle.

—Espera... —dijo Olivia a la vez que lo agarraba por el brazo.

—¿Qué haces? —chilló Hannah—. Déjalo ir. ¿Quieres meternos en problemas?

Olivia ignoró a su amiga y dio un paso hacia adelante. En aquel momento necesitaba ayuda y no importaba a quién iba a pedírsela. Sabía que aquel chico era problemático, rebelde como el resto de sus hermanos, y que debía alejarse de él. Lo había visto muchas veces en el instituto, siempre estaba solo y fumaba porros. Nadie se le acercaba ni se atrevía a hablarle, solo susurraban rumores y hechos inquietantes. Muchas veces se había preguntado por qué él no tenía amigos y era tan antipático con todos. En alguna ocasión escuchó una conversación entre el profesor de lengua y el de matemáticas, y recordó que el último había dicho que el Cañonero era un alumno muy inteligente, capaz de memorizar y aprender sin dificultad todo lo que se le ponía

delante. Desde entonces, ella empezó a mirarlo con otros ojos, pero jamás se había atrevido a hablarle. No por miedo, sino por la inminente reacción de sus amigas. No quería que ellas la echaran del grupo, no quería quedarse sola. Odiaba la soledad.

—¿Sabes cambiar una rueda?

Brian se dio la vuelta y bajó la mirada. La chica sostenía su brazo con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos. Se fijó en sus uñas pintadas de color morado y en los dos anillos de plata que adornaban sus dedos. Tenían un diseño sencillo, uno tenía forma de rosa y el otro de margarita. ¿Le gustaban las flores?

—Sí —contestó en voz baja.

Levantó la cabeza y sus miradas se cruzaron durante unos segundos. Notó el impacto de sus ojos por toda su cara. Intentó reprimir lo que sentía, pero no pudo. Aquella hermosa chica estaba analizando su rostro con una expresión serena y curiosa, como si estuviera descifrando un jeroglífico. ¿No tenía miedo?

—¿Me echas una mano? Algún idiota me ha rajado el neumático —susurró, hipnotizada.

El chico tenía la cara bonita, con hoyuelos, y unos rasgos espectaculares. Sus ojos eran negros, de una mirada profunda pero triste. Tan triste que parecía desgarradora. Se sintió conmovida y durante una centésima de segundo se vio tropezando hacia un abismo. ¿Qué le había pasado?

—Claro, ¿tienes un gato?

—¿Gato? —Se dio cuenta de que aún estaba agarrando al chico por el brazo y lo soltó de inmediato—. Tengo un perro, pero un gato...

—No... —Soltó una carcajada tan prolongada que las dos chicas se quedaron mirándolo inmóviles, sin mostrar ninguna reacción. Parecían dos estatuas de piedra—. Un gato es la herramienta que se usa para elevar el coche.

—Ahhhhh... —siseó Olivia y bajó la mirada algo avergonzada.

—¿Te estás burlando de nosotras? —espetó Hannah molesta—. ¿Cómo te atreves? No eres nadie...

—Amiga, por favor —gruñó Olivia a la vez que se giraba para mirarla—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué eres tan borde?

—¿No sabes quién es?! —exclamó indignada—. Es uno de los Cañoneros. Todos sabemos que son unos ladrones y...

—Si vais a ignorarme con tanta maldita rudeza, prefiero irme —soltó Brian molesto—. Tengo cosas más importantes que hacer.

—No te vayas —imploró Olivia.

El cañonero la miró y volvió a sentir el peso de su mirada. Ni en sueños se habría imaginado que un cruce de miradas podría producir tal reacción.

—Está bien, pero no habléis como si fuera invisible.

—¿No tenías prisa para irte? —Olivia se giró hacia su amiga—. Los demás te esperan.

—No quiero dejarte sola con este... —Se mordió la lengua para no seguir—. Bueno, eso.

—No te preocupes por mí...

—Mantén el teléfono móvil a tu lado, siempre —soltó con brusquedad, interrumpiéndola.

Se agachó y cogió las bolsas con las latas de cerveza—. Llámame si algo va mal.

—Que sí, pesada. —Puso los ojos en blanco.

—Adiós. —Fulminó con la mirada a Brian y pasó por su lado rozándolo a propósito.

—Estás poniendo a prueba mi paciencia —espetó él con aspereza.

La joven levantó la mano libre en el aire y le enseñó el dedo corazón.

—Esto no se queda así. Vigila tu espalda de ahora en adelante.

Olivia sintió un escalofrío cuando vio la advertencia en los ojos del chico. Ya no le parecía amable, sino todo lo contrario. Y por la expresión astuta de su rostro, supuso que iba a cumplir con su amenaza. Aun así, se resistió al impulso de moverse o apartar la mirada.

—Voy a cambiarte la rueda y luego no quiero saber más de vosotras. No soy un maldito payaso.

—Mi amiga es así, lo siento...

—Tú también. —Dio un paso hacia adelante y Olivia retrocedió—. Sois un par de mocosas.

—¿Cómo te atreves?

Tragó saliva y juntó las manos para mantenerlas quietas. Tenía la sensación de estar completamente arrinconada, un sentimiento que estaba acentuado por el hecho de que a sus espaldas estaba el coche.

—Mira, muñeca...

—Mi nombre es Olivia.

La expresión de Brian cambió de repente cuando escuchó el nombre y toda su rabia se desvaneció tan rápidamente como había llegado.

—Olivia... —murmuró con incredulidad.

Capítulo 6

Brian encendió un porro y dio dos caladas antes de volver a mirar a la chica. ¿Aquella maldita ricachona era Olivia? ¿La dueña del maravilloso dibujo que encontró al lado de su jardín? Tardó unos segundos en asimilar la información, y luego un minuto en aceptar el hecho. Aunque cabía la posibilidad de que no fueran la misma persona. Seguramente había más mujeres en el pueblo que se llamaban Olivia.

—¿Y tu nombre? —inquirió ella con curiosidad a la vez que arrugaba la nariz.

El olor que desprendía el cigarro era fuerte y muy raro. Sabía que era droga, Chase había llevado a escondidas al instituto unos cuantos porros y los había repartido en el grupo. Ella no había probado, pero Hannah y Jessica lo hicieron encantadas.

—Brian —contestó con la voz ronca.

Soltó un soplo de humo y la miró de arriba abajo, deteniéndose quizá un poco más de lo necesario en sus labios. Aunque había tenido unas cuantas novias, no recordaba la última vez que había besado a una chica. En el otro pueblo, dónde vivían antes de que les echaran a la calle, todas las chicas del colegio iban detrás de él. Era muy popular y nunca le habían faltado amigos. Tenía todo lo contrario a lo que tenía allí, lo que se necesitaba para ser un chico feliz.

—Bueno, Brian. Creo que hemos empezado con mal pie. —Se mordió los labios incapaz de mirarlo.

Recordaba el momento en el que lo había visto por primera vez. Fue cuando empezó el último curso escolar, y entonces apenas se detuvo para observarlo. Era un chico muy guapo, con unos ojos negros penetrantes y hermosos que no paraban de moverse en una advertencia silenciosa. Su ropa dejaba mucho que desear, era muy vieja y gastada, pero olía bien, a una mezcla de lavanda y rosas.

—Bueno, Olivia. Me da igual —contestó a la vez que tiraba el porro al suelo.

Lo pisó con el zapato y se fue hacia el maletero del coche. Le resultaba gracioso el hecho de estar cambiándole la rueda al coche al que él mismo había rajado el neumático.

—¿Por qué eres tan borde? Vamos al mismo instituto, somos compañeros...

—No somos nada —espetó.

Agarró el gato y lo dejó en el suelo, al lado de la rueda. No solía tratar así a las chicas, pero

no quería que ella se llevara una buena impresión de él.

¿Por qué? Porque era un maldito Cañonero que vivía en el puto parque de las caravanas y ella era una chica rica que seguramente tenía una habitación enorme para sí sola. Solo el valor de su coche superaba mil veces el dinero que podían ahorrar sus padres en veinte años.

—Solo quería entablar conversación y conocernos un poco.

—No hace falta. Mantén tu boca cerrada si quieres que cambie la rueda. Trabajo mejor en silencio.

Olivia abrió la boca para decir algo más, pero pareció pensárselo mejor y simplemente se alejó en dirección al banco que había detrás del coche. Se sentó y se quedó mirando en silencio cómo Brian cambiaba la rueda. Se notaba que no era la primera vez que lo hacía, sus movimientos eran precisos y sin titubeos. Estaba agradecida por su ayuda, pues la sacaba de un apuro.

Podía haber llamado a su padre y que él le enviara algún mecánico, pero la última vez que le había pedido ayuda le había salido caro. Tuvo que acompañarlo a una gala benéfica en el pueblo de al lado y se sintió incómoda cuando se vio asaltada por tanta gente falsa y sedienta de dinero.

Sus pensamientos cambiaron de rumbo y se concentraron en la persona que le había rajado el neumático. ¿Quién podía ser? Tenía muchos amigos, pero también tenía enemigos disfrazados con máscaras de amistad. Era la hija del hombre más rico del pueblo y aquello generaba mucha envidia a su alrededor.

—Ya está —dijo Brian a la vez que guardaba el gato y la llave de cruz en el maletero.

Puso la rueda con el neumático rajado encima y sacudió su ropa. Se había manchado, pero estaba acostumbrado a tener las manos sucias. Cuando trabajaba en su jardín se llenaba de tierra y polvo.

De pronto, sus ojos se clavaron en la matrícula del coche y vio un nombre conocido debajo de los números. Oscar Smith, el dueño de la carpintería donde trabajaba, pero también el hombre más rico del pueblo. Todo le pertenecía a él, todo era suyo, incluso el terreno donde estaba el parque de las caravanas. Sintió un escalofrío y su corazón se puso en alerta. ¿Era el padre de Olivia?

Se dio la vuelta y se encontró cara a cara con ella. Era muy hermosa, tenía el cabello largo castaño y lacio y sus ojos negros estaban velados por unas largas pestañas. Aunque llevaba puesta una sudadera ancha, pudo apreciar que su cuerpo era esbelto y elegante.

—Gracias —dijo en voz baja a la vez que se pasaba una mano por el cabello.

—Adiós.

Dio la vuelta para irse, pero ella volvió a agarrarle el brazo, deteniéndolo.

—Espera... Si quieres, te llevo a casa. Es lo menos que puedo hacer.

—No hace falta, iré andando. —Se giró hacia ella con la mirada seria—. Tendrás cosas

más importantes qué hacer.

—La verdad es que no.

Olivia pensó que era un chico implacable y duro, y aunque se sentía un poco incómoda no abandonó. ¿Por qué no lo hacía? Quizás porque aquel cruce de miradas tenía un efecto nuevo y excitante en ella. Un efecto que le aceleró el pulso y tiñó sus mejillas de rojo.

—Pues lo siento. Tengo que irme, llego tarde al trabajo. —Tiró de su brazo y ella lo soltó. Miró la hora en su reloj de pulsera sin ningún disimulo y soltó un bufido.

—¿Trabajas?

—¿Te extraña? La mayoría de nosotros no tenemos padres ricos.

—Contigo no se puede razonar —dijo con los dientes apretados.

—Esa es la idea —agregó con sequedad, a pesar de que su mirada le provocaba una cálida sensación de hormigueo en zonas de su cuerpo que prefería que no reaccionaran así.

Olivia chasqueó la lengua con irritación, su tono no la asustaba ni la impresionaba, pero la hacía perder la paciencia. Estaba acostumbrada a tratar con el malhumor de las personas, en su casa nunca había paz, sus padres a menudo hablaban en voz alta y discutían por cada cosa.

—¿Quieres que te lleve o no? —Sacó las llaves del bolsillo y abrió la puerta del coche.

—Sí —contestó a secas.

Volvió a mirar la hora en su reloj de pulsera y gruñó. Era muy tarde, seguramente le descontarían la hora de la paga. Se apresuró a abrir la puerta y se deslizó en el asiento.

El interior del Mercedes estaba impoluto, tenía mucho espacio y era tan lujoso como el exterior. Los asientos eran deportivos y estaban tapizados en cuero blanco y rojo, el volante era de tamaño pequeño y tenía controles integrados. El resto de los materiales eran de alta calidad, acentuaban la sensación deportiva del coche. No dijo nada al respecto, se colocó el cinturón de seguridad y miró por la ventanilla, ausente.

—¿Hacia dónde? —preguntó Olivia a la vez que se colocaba el cinturón de seguridad. Arrancó el motor del coche y encendió la radio.

—Hay una tienda de carpintería...

—Ah, sé cual es. —Metió la marcha y pisó el acelerador a fondo. Las ruedas traseras levantaron una nube de polvo y gravilla cuando el coche salió disparado.

—¿Has tenido algún accidente? —inquirió, aferrándose al manillar de la puerta con fuerza.

—Ninguno —contestó con un ojo en la carretera y el otro en el espejo retrovisor—. Este coche es muy seguro.

—Aun así, deberías tener más cuidado.

Ella asintió, pero no dijo nada. Se mantuvo en silencio durante todo el trayecto hasta llegar a la tienda de carpintería. Cuando estacionó junto a la acera levantó la mirada hacia el cartel que colgaba del techo y siseó entre dientes. El dueño era su padre, pero no le dijo nada a Brian.

Tampoco hacía falta, todos los negocios del pueblo eran suyos y él debería de saberlo.

—Adiós.

Brian se quitó el cinturón de seguridad y se apresuró a abrir la puerta. Necesitaba salir con urgencia del coche, el perfume de Olivia lo volvía loco. Se sentía excitado, un hecho que le confirmaba que aquella ricachona empezaba a llamarle la atención. Y eso era lo último que deseaba. Ya tenía bastantes problemas como para buscarse uno más. Además, ella estaba fuera de su alcance. Eran como el día y la noche, dos polos opuestos que jamás deberían unirse.

—Espera... —Volvió a agarrarle por el brazo.

—Deja de hacer eso. Es molesto, joder.

Se giró hacia ella con el ceño fruncido y tiró del brazo para soltarse.

—L... Lo siento —balbuceó. Reaccionó de inmediato a sus palabras. Su mirada se ensombreció, sus gestos se paralizaron y su voz se apagó. El brillo que ella captó en sus ojos le dijo que debería andarse con cuidado, que no le convenía desafiarlo.

—¿Qué querías? —Brian soltó un suspiro frustrado, como si estuviera exhausto—. No quise hablarte así.

—Darte las gracias.

—Ya me las diste.

—Sí, bueno...

—Mira, Olivia... —Giró la cabeza para comprobar que no había nadie mirándolos y prosiguió: —No quiero que te lleves una buena impresión de mí porque no soy un chico bueno. Si alguna vez nos volvemos a cruzar, será mejor que finjas que no nos conocemos.

—¿Por qué?

—Porque van a pensar mal de ti también. Porque tu padre es el hombre con más poder en el pueblo y no quiero problemas.

—¿Y qué pasa con lo que yo quiero? —Apretó la mandíbula con fuerza, le cosquilleaba el estómago como si viajara en una montaña rusa.

—¿Qué quieres?

La joven se mordió los labios y los ojos de Brian se clavaron en su boca. Maldición, eso era jodidamente sexy. Una alarma sonó en su interior y apartó la mirada de inmediato. Desde el principio hubo mucha tensión entre ellos y también algo más. Algo que no quería admitir, algo que llevaba tiempo sin sentir: atracción. Dio un breve suspiro y se reclinó en su asiento, esperando a que ella contestara a su pregunta.

—Quiero muchas cosas, pero lo que más deseo es sentirme querida. Tengo familia, pero me siento muy sola.

Brian giró la cabeza para mirarla y frunció el ceño durante un largo momento. No entendía el motivo de que ella le estuviera confesando aquello, apenas se conocían. De pronto, sus ojos se

veían tristes y su ánimo sombrío. Aunque sus palabras lo estaban ablandando, no quería tener nada que ver con ella. No iba a ser un entretenimiento para los ricos, no iba a caer tan bajo.

—Pues es tu problema. Que te vaya bien este verano. —Abrió la puerta y después de unos segundos salió del coche sin mirar atrás.

Sabía que estaba huyendo, pero era lo más acertado en ese momento. La tentación de besarla fue tan abrumadora que se había asustado. ¿Por qué ella? La odiaba por hacerlo sentir tanto en tan poco tiempo, detestaba que hasta casi hubiera conseguido hacerlo perder el control. Maldita ricachona.

Capítulo 7

Brian pasó la mano por la tabla de madera para comprobar la lisura y luego sopló para quitar el serrín. Uno de los clientes de la tienda había encargado una mesa baja para la terraza con patas cortas y cara de león. Un trabajo fácil para él, manejaba las máquinas de cortar y las gubias como un experto. Su padre tuvo mucho que ver en su formación, pero también su deseo por aprender todos los trucos.

Le encantaba trabajar la madera, cortarla y lijarla, tallar figuras y cosas decorativas.

—Las patas han quedado perfectas —dijo William, el encargado—. Y los leones son preciosos.

—Gracias, señor.

—Buen trabajo, hijo. —Su padre se acercó a él y colocó una mano en su hombro, apretando un poco—. El dinero es tuyo.

Brian giró la cabeza hacia él y frunció el ceño durante unos segundos.

—Pero es mucho. Lo necesitamos para la comida...

—Hablé con tu madre y hemos decidido que te lo quedas tú, para el campamento de verano. Te lo mereces. —Apretó los labios—. No te preocupes por nosotros. Tenemos otro encargo, ¿verdad, William?

—Sí, van a reformar una parte del Ayuntamiento. Hay trabajo por un par de meses —contestó con entusiasmo. Se pasó las manos por el cabello canoso y luego por la cara para quitarse el serrín que cubría sus párpados. Era un hombre bajito y de espaldas anchas. Siempre sonreía y estaba de buen humor. Muy pocas veces levantaba la voz.

Brian sonrió y tomó una profunda respiración. Estaba deseando ir al campamento, más para sentirse como un chico normal que para pasar tiempo con sus compañeros. No tenía amigos, ni siquiera alguien con quien intercambiar algunas palabras, pero le hacía ilusión disfrutar de una experiencia única.

—Mañana abriré la tienda a las once. Tengo que asistir a un funeral —avisó William.

—Vale, no hay problema —dijo el padre de Brian a la vez que se quitaba los guantes de cuero que usaba para trabajar. Le ayudaban a tener más dexteridad, ya que desde el accidente apenas podía usar la mano derecha—. Hijo, ve a por las cosas.

Brian asintió y después de despedirse de James salió del almacén. Entró en la caseta para los empleados y cogió las mochilas. Se acercó a la mesa y vio los proyectos sin terminar de su padre. Desde su accidente no había vuelto a retomarlos y aquello lo entristeció. Soltó un breve suspiro y se dijo a sí mismo que después del campamento de verano les echaría un vistazo.

A su derecha había una silla y encima una guía telefónica. No tenían teléfono en la caravana, pero podría servirle para buscar a Olivia. No quería dar por hecho que la ricachona que ayudó hacía unas horas era la persona que le había dejado la carta.

Cogió el libro y lo metió en su mochila. Salió hacia la calle y mientras esperaba a su padre vio al señor Smith bajándose de su lujoso coche plateado. Sintió un escalofrío, el padre de Olivia era el hombre con más poder del pueblo, incluso por encima del alcalde y la policía. Aunque la mayoría lo veneraba, él lo detestaba. Y no porque tuviera mucho dinero, sino porque sus decisiones eran austeras. Fue él quien había dado la orden para que el parque de caravanas quedara aislado del pueblo.

—Ey, chaval. ¿Qué haces por aquí? —dijo Smith a la vez que se acercaba a él.

—Estoy esperando a mi padre...

—Tu lugar es en el parque de las caravanas —lo interrumpió con aspereza.

—Trabajo aquí, bueno... —Chasqueó la lengua para expresar su indignación—. Trabajo para usted. Soy el que se encarga de tallar la madera.

—Ahhhh, ¿sí? Bueno, sigue así. Voy a hablar con William.

Brian se mordió la lengua para no soltar una retahíla de tacos y metió la mano dentro del bolsillo de sus pantalones para sacar el paquete de cigarrillos. Cualquier altercado con el gran jefe podría ser causa de un despido y en aquel momento era lo que menos deseaba. Necesitaban el dinero como agua de mayo.

Se metió un cigarrillo en la boca y buscó el mechero.

—Te dije que dejaras de fumar. —Su padre le arrancó el cigarro de la boca y lo estrelló contra el suelo. Lo pisó con la punta del zapato y prosiguió: —Piensa en tu maldita salud. Eres demasiado joven.

—Es que...

—No quiero oír ni una excusa o te dejo sin el dinero para el campamento. ¿Entendido?

—Sí —gruñó.

—¿Qué quería Smith? —Cogió una de las mochilas y la colocó en su hombro.

—Recordarme que este no es mi lugar. —Empezó a caminar a su lado, arrastrando los pies.

—¿Le dijiste quién eres? —gruñó—. Maldito hombre.

—Sí...

Se escucharon gritos histéricos en el jardín de al lado y el chico dejó de hablar.

—Parece que hay una mujer en apuros. Vamos —dijo su padre.

Saltaron las vallas como pudieron y luego cruzaron el jardín dando grandes zancadas.

El lugar estaba verde, lleno de árboles frutales y rosales en flor. El olor que desprendían era penetrante y agradable, y hacía que Brian se sintiera mareado. Los jardines eran su debilidad y aquello parecía un paraíso.

—Vamos, hijo.

Sacudió la cabeza y volvió a prestar atención a los gritos de socorro. Corrió junto a su padre y se pararon frente a una casa de madera en miniatura. La mujer estaba subida a una silla y agitaba las manos en el aire de manera caótica.

—¡Vete de aquí! ¡Shu! ¡Shuu! —chilló con voz aguda—. ¡Socorro!

—Señora, ¿qué pasa? —preguntó el padre, mirándola. James tenía una constitución bastante fuerte, pero parecía un hombre menudo al lado de ella. La mujer era muy alta y más aún estando subida encima de la silla.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Cómo habéis entrado? —Su voz salió más aguda aún—. Si queréis robar, mi marido...

—Solo queremos ayudar, señora. Hemos escuchado los gritos de socorro...

—No os necesito. —Dejó de mover las manos, pero no se bajó de la silla—. Mi marido está a punto de llegar.

—Ya que estamos aquí, déjanos ayudarte —insistió el padre a la vez que miraba a su alrededor—. Vivimos en el parque de las caravanas, pero somos gente honesta. Trabajamos en la tienda de carpintería.

Las últimas palabras de James hicieron que la mujer relajara los hombros y lo mirara a los ojos.

—Hay una serpiente en la caseta —dijo y volvió a agitar las manos—. Ay, las odio. Me dan mucho miedo. Cogedla, por favor.

—Lo haré yo —se ofreció Brian con entusiasmo—. Se me da bien domarlas.

Soltó una risa que fue compartida solo por su padre. Dejó la mochila en el suelo y se quitó la sudadera.

—Ten cuidado, hijo —dijo James—. No sabemos si es venenosa.

Con determinación en sus ojos, el joven se acercó a la casita y miró en el interior. No había nada, solo unos cuantos troncos de madera.

—Aquí no hay nada.

—Tiene que estar ahí, la he visto —chilló la mujer.

—Se habrá asustado, con tantos gritos —dijo más para sí mismo. Paseó la mirada por el suelo cubierto de hierba con más detenimiento hasta que vio algo moverse—. Creo que la tengo localizada. Quedaos allí y no os mováis.

Se preparó para entrar y fue entonces cuando pasó por delante de sus deportivas, deslizándose entre las flores del jardín.

Recordó las enseñanzas de su padre y se aseguró de mantener la calma, sabiendo que la serpiente podría percibir su miedo y reaccionar de manera agresiva. Con manos temblorosas pero firmes, extendió sus brazos hacia la serpiente, tratando de bloquear cualquier posible escape. Se agachó y empezó a caminar despacio detrás de ella. Era pequeña y negra, no más larga que su brazo, y se movía con rapidez.

En el bosque su padre le enseñó cómo cogerlas y cómo actuar con los animales para no asustarlos, incluso cómo tratar con los lagartos y las serpientes.

Con movimientos rápidos y precisos, logró sujetarla por detrás de la cabeza, evitando que pudiera morderlo. Su corazón latía con fuerza mientras sentía el cuerpo frío del reptil deslizarse entre sus dedos.

—Ya la tengo —dijo con entusiasmo.

—Voy a traer la sudadera.

Mientras esperaba a su padre, Brian bajó la vista a sus manos y miró la serpiente. Cuando era pequeño se asustaba al ver cualquier bicho, pero al verse rodeado en el bosque, los animales que lo habitaban y los peligros que se avecinaba en cualquier momento, perdió el miedo enseguida. La necesidad, el hambre y las enseñanzas de su padre hicieron que dejara atrás al chico tranquilo, educado, reservado y relativamente bueno.

Con cuidado, colocó la serpiente en la sudadera y se aseguró de que el reptil estuviera cómodo y seguro, evitando lastimarlo. Aunque la serpiente se retorció incómoda, Brian sabía que era importante mantener la calma para no estresarla aún más.

Una vez que la serpiente estuvo segura dentro de la prenda, dijo con la voz baja:

—La llevaré lejos de aquí y la liberaré en el bosque.

—Gracias, joven. —La mujer se bajó de la silla y soltó un suspiro tembloroso—. Siento que os haya tratado con tanta desconfianza. Es que la semana pasada entraron a robar en el huerto.

—En el parque de las caravanas también hubo unos cuantos robos —añadió James.

—Oh... El alcalde debería de hacer algo.

—El señor Smith, es él quién manda —dijo Brian con recelo.

—Ay, tienes razón, chaval. —La mujer volvió a suspirar—. Nadie hace nada sin su permiso.

—Mira cómo nos tiene a nosotros. Encerrados en un parque con drogadictos y delincuentes. Todos piensan que somos iguales, usted lo pensó.

—Hijo, no seas maleducado —reprendió James.

—No, tiene toda la razón. No es justo que os obliguen a convivir con esa gente.

—No podemos hacer nada, señora. No tenemos dinero para comprar un terreno o una casa —añadió el hombre.

—Bueno, vamos, papá. La serpiente está muy inquieta.

—Muchas gracias, de verdad. ¿Puedo ofrecerles algo? ¿Dinero, comida?

—No, nada, señora. Nos alegramos de haberla ayudado.

—Entonces hablaré con la gente y les diré que en el parque de las caravanas vive gente buena y decente. Que no tengan miedo porque no todos son iguales.

James asintió con la cabeza y empezó a caminar al lado de su hijo. No era la primera vez que se encontraba con la desconfianza de la gente, cuando empezó a buscar trabajo en el pueblo nadie quería hablar con él. Hasta que se le ocurrió tallar unas figuras de madera para dejarlas frente a la tienda de carpintería.

Después de salir del jardín y caminar un buen trecho, encontraron un lugar adecuado para liberar a la serpiente. Con delicadeza, Brian abrió su sudadera y dejó que el reptil se deslizara hacia la libertad. Observó cómo la serpiente se alejaba lentamente, desapareciendo entre la vegetación del bosque y dijo con crudeza:

—Que bueno sería si llegara a la mansión del maldito Smith y le mordiera el culo.

—Ay, hijo. Se te ocurren unas cosas. —Soltó una carcajada estrepitosa—. Tranquilo, que al final la vida pone a cada uno en su lugar.

—Ojalá, papá. Ojalá.

Capítulo 8

Olivia terminó de ayudar a sus hermanas con las tareas de verano y bajó a la cocina para tomar algo caliente. Estaba destemplada y culpaba al frío que había en la casa, se había estropeado la caldera y el técnico estaba tardando en llegar.

—Hija, ¿por qué no me llamaste hoy? Podría haberte enviado al mecánico... —Su padre levantó un segundo la mirada y luego volvió a prestar atención a su teléfono móvil—. ¿Cómo cambiaste la rueda?

—Hola, papá. Llegas tarde, ya hemos cenado.

Abrió el frigorífico y sacó un cartón de leche.

—Ya, es que tuve una reunión con el alcalde. Hace frío, ¿verdad? ¿No han arreglado la maldita caldera?

—Mamá dijo que el técnico llegará tarde.

—¿Para qué los pago? —gruñó—. Son unos inútiles... Todos.

La joven no dijo nada, no quería entrar en una discusión absurda que no llevaría a ninguna parte. Sacó una taza y la llenó con leche, luego la puso a calentar en el microondas. Se apoyó en la encimera y miró a su padre. Tenía un aspecto cansado, algo ojeroso, pero su frialdad parecía sobreponerse a la fatiga.

—Me ayudó un compañero de instituto con la rueda —dijo sin dar detalles innecesarios.

—Ah, bueno... —Guardó el teléfono en el bolsillo de sus pantalones y se acercó a la mesa. Cogió el plato con la cena y lo guardó en el frigorífico—. No tengo hambre. Voy a ver a tu madre. Tenemos que confirmar la lista de invitados para mañana.

Oscar salió de la cocina dejándola sola.

El silencio pesaba a su alrededor y aún más pesaba la soledad sobre su vida. Necesitaba despistar su mente, pero el cocinero ya se había ido. Le encantaba pasar tiempo con él y aprender recetas increíbles.

No obstante, le quedaba el dibujo como vía de escape. Cada vez que cogía un lápiz su mente se relajaba y el tiempo pasaba volando.

Su teléfono móvil empezó a sonar casi de forma violenta, haciéndola brincar. Metió la mano dentro del bolsillo, furiosa consigo misma por haberse asustado, y contestó al tercer tono.

—Dime, Hannah. ¿Qué pasa? ¿Os habéis quedado sin cervezas y no tenéis chófer?

—Amigaaaaa...

—Estás borracha —atajó con severidad.

—Un poco. ¡Ja, ja, ja! He bebido solo tres cervezas.

—Eso es mucho.

—Para mí no. —Soltó un hipo y una risita.

—¿Qué quieres, Hannah? Ya veo que os divertís mucho.

Sintió rabia de sí misma y rabia de sus padres, que se aprovechaban de ella. Debería estar con sus amigas y divirtiéndose, no haciendo tareas escolares con las gemelas. Ellos tenían mucho dinero y podían permitirse cuidadoras y tutores, pero preferían dejarla a ella a cargo de las niñas. La excusa que usaban siempre era que sus hermanas eran muy malas y nadie quería el trabajo.

—Les conté a todos cómo ese Cañonero se ofreció a ayudarte a cambiar la rueda...

—¡Perfecto! Repartiendo chismes como caramelos. ¿Qué demonios te pasa? —Miró por encima de su hombro para comprobar que no había nadie escuchando la conversación.

—Ey, no te enfades. No lo hice con mala intención.

—Estoy perdiendo la paciencia...

—Ah, espera —la interrumpió—. ¿Conoces a Laura?

—Sí, ¿qué pasa con ella?

—Dijo que vio al Cañonero merodeando alrededor de tu coche a primera hora de la mañana. Seguro que fue él quien rajó el neumático.

—¿Qué? Eso no tiene sentido, amiga. —Puso los ojos en blanco—. Si fue ese Cañonero, ¿por qué luego se ofreció a ayudarme?

—¿No has visto cómo te miraba? Es obvio, para acercarse a ti. —Soltó una risotada—. Tengo que admitir que no le falta imaginación. Todos los otros chicos con los que saliste no hicieron nada especial.

—Estás borracha... —Volvió a poner los ojos en blanco—. ¿Quieres decir que ahora te gusta Brian?

—¿Brian? Ohhhhh...

—Mira, voy a colgar y hablaremos mañana cuando estés sobria. No estoy de humor para lidiar con tus ocurrencias.

—Amiga, lo que tienes que hacer es mandar a la mierda a tu familia y salir más.

—No es tan fácil cuando tienes un padre como el mío.

—¿De qué tienes miedo? ¿De que te vaya a dejar sin dinero? Puedes venir a vivir conmigo.

—No me preocupa el dinero, me preocupa no saber lo que puede hacer —suspiró—. El año que viene iré a la universidad y por fin estaré libre.

—Pero hasta entonces... —soltó un bufido—. Bueno, por lo menos vas a ir al campamento de verano. Allí estaremos juntas y lo pasaremos genial.

—Sí, estoy deseando que llegue el día.

—Piensa en lo que dijo Laura. Si fue ese Cañonero quién rajó tu rueda, deberías de tener cuidado. No sabemos cuáles son sus intenciones. A mí me da miedo, la verdad.

—Vale, amiga. —Colgó la llamada y guardó el teléfono en el bolsillo de sus pantalones de chándal.

Sacó la taza del microondas y después de apagar las luces subió al dormitorio. La llamada de su amiga la inquietó e hizo que sus pensamientos se centraran en Brian, en ese chico tan extraño que apareció de la nada para ayudarla. Lo había visto cientos de veces en el instituto, pero sin mirarlo realmente. ¿Fue él quién pinchó el neumático? ¿Por qué? ¿Cuáles eran sus intenciones? ¿Quería hacerle daño? Las preguntas se amontonaron unas sobre otras en su cabeza hasta dejarla sin respiración.

Al día siguiente tenía que ir al pueblo para recoger la tarta de cumpleaños para las gemelas. Aprovecharía el viaje para entrar en la tienda de carpintería y hablar con Brian. No era ninguna cobarde, jamás lo había sido. Si él había rajado el neumático, tenía que darle una explicación.



La luz de la mañana se colaba por la ventana con un resplandor amarillo y Olivia miraba aquella estampa como si quisiera grabarla en su memoria. Cuando dibujaba se inspiraba en fotografías que veía en internet, pero también en los paisajes que la rodeaban y el pueblo de Quincy estaba lleno de ellos.

Se bajó de la cama y cogió el teléfono móvil de la mesilla. Vio que sus amigas le habían enviado cientos de fotos y mensajes que no tenían sentido. No recordaba la última vez que había estado en una fiesta o bailando. La situación resultaba penosa y experimentaba una sensación de vacío enorme.

Parpadeó unas cuantas veces para serenarse y se encaminó hacia el cuarto de baño, no quería empezar el día de malhumor. Se duchó y se puso unos pantalones blancos ajustados y una blusa

roja de satén. Se maquilló y se recogió el cabello en una coleta alta con cinta de color rojo. Quería estar arreglada para la fiesta de cumpleaños de las gemelas.

Bajó las escaleras y se encontró con un barullo de gente bloqueándole el paso. Eran los del *catering*, que estaban decorando el salón con globos y flores. Las fiestas de cumpleaños en su casa siempre eran grandes, con muchos invitados de alto nivel. Su padre se relacionaba con personas importantes para sus negocios y le gustaba impresionar, sobre todo presumir de la perfecta familia que tenía. Olivia odiaba aquello y en muchas ocasiones se había escondido en la casa del lago para pasar desapercibida.

—¿Dónde quieren estos globos? —preguntó una mujer que estaba frente a ella. Era bajita y vestía un uniforme blanco y negro. En las manos tenía un corazón de globos de color rosa y blanco.

—No...

—En el mueble de la entrada —contestó Claire a la vez que bajaba las escaleras. Su madre se paró a su lado y la miró de arriba abajo con ojo crítico—. No me gusta cómo estás vestida. Quiero que te arregles y te pongas un vestido.

—Tengo que ir al pueblo a por la tarta. Prefiero ir cómoda en el coche.

—Bueno, como quieras. Pero cuando vuelvas quiero que te cambies de ropa. Y encárgate de peinar a tus hermanas, la peluquera acaba de irse. Tenía un asunto importante que atender.

—Siempre me toca a mí hacerlo. Sabes que protestan mucho y es imposible hacer que se queden quietas.

—No hay otra peluquera disponible. —Bajó la vista a sus uñas pintadas de colores pastel y empezó a jugar con sus anillos de oro—. No nos estropees el día. Va a venir gente muy importante para tu padre.

—No es mi problema, hay empleados en la casa y...

—Olivia —gruñó—. Si sigues así tendré que castigarte y te quedarás sin el campamento de verano.

Pateó el escalón con el tacón de sus zapatos blancos de charol. Llevaba puesto un vestido color dorado muy ajustado que enfatizaba sus pechos y el moño estricto que recogía su cabello pelirrojo realzaba sus rasgos.

—Vale. Volveré antes de que empiece la fiesta.

Bajó las escaleras corriendo y después de coger las llaves del coche salió de casa hecha una furia. Algún día se iría del pueblo y jamás volvería, seguiría sus propias reglas y nunca volvería a hacer lo que los demás quisieran. Si ese era un motivo para que la gente se alejara de ella, que lo hicieran. Total, ya estaba completamente sola.

Capítulo 9

Eran las once de la mañana y el sol calentaba el almacén de carpintería como un horno. Brian se limpió el sudor de la frente y soltó un breve suspiro. Se quitó la camiseta y se secó el pecho con ella, luego la tiró encima de una silla. Trabajar la madera era su pasión, pero en aquel momento deseaba estar en otro lugar. Como por ejemplo a la orilla del lago Talquin dándose un baño.

Se acercó al frigorífico y sacó una lata de cerveza. Llevaba tres horas lijando tablas de madera y apenas se había tomado un respiro. Su padre le había regalado el dinero de los últimos encargos, pero tenía que seguir trabajando para estar al día con los pedidos del señor William.

—Brian, tienes visita —gritó David, el dependiente de la tienda.

—Dile que pase, estoy liado. —Destapó la lata y se apresuró a darle un trago antes de que se derramara la espuma.

—Hola.

Escuchó la voz de una chica y tragó rápidamente lo que tenía en la boca y luego soltó un eructo satisfecho.

—Qué grosero.

Se dio la vuelta y se encontró cara a cara con Olivia. Durante un instante se quedó allí mirándola, incapaz de apartar los ojos de ella. Parecía distinta. Era una chica guapa, pero aquella mañana estaba absolutamente espectacular. Tan hermosa que no parecía real, sino un sueño que se le hubiera escapado en plena noche. ¿Qué diablos le estaba pasando?

Transcurrieron unos segundos antes de que fuera capaz de abrir la boca para hablar.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres? No somos amigos si...

—Frena un poco. —Levantó una mano en el aire para silenciarlo.

Parpadeó unas cuantas veces y clavó la mirada en su torso desnudo, bronceado y sudado. Maldición, tenía unos hombros fuertes y anchos y el estómago plano con abdominales marcados; unos músculos que no lucían los chavales de su edad. Su pulso se había acelerado y le temblaban las rodillas.

—Puedes seguir mirando, no me importa, pero antes quiero saber qué haces aquí. Este es mi lugar de trabajo, no puedes irrumpir aquí sin más. —No pudo evitar sonreír, era consciente del efecto que estaba causando en ella.

Dio otro trago de cerveza y se relamió los labios. Aquella chica lo inquietaba y no le gustaba perder su tranquilidad habitual.

—Quiero una explicación. —Su voz sonó trémula y poco natural, a pesar de sus esfuerzos por parecer tranquila. Enfrentarse a él le resultaba más difícil de lo que había pensado.

—¿Una explicación? ¿Qué soy yo, el puto diccionario?

—Malhablado...

—Estoy perdiendo la jodida paciencia contigo. No somos amigos, ni nada. A ver si te entra en la cabeza de una vez por todas.

Ella retrocedió y tropezó con un objeto. Bajó la vista a sus pies y sintió una extraña punzada en el pecho cuando vio el trozo de madera tallada. Aquello no era posible. Se agachó y lo cogió con sus manos para analizarlo. Era un elefante con detalles notables y acabado suave al tacto, pero le faltaba una pata.

—Es bonito, ¿lo has hecho tú? —preguntó, deseando una respuesta negativa.

—Sí, pero lo ha roto mi jodido hermano Liam.

Olivia se quedó callada, tratando de asimilar la información y negándose a creer que Brian era la persona que había hecho aquella maravillosa verja de madera. ¿Era el dueño del jardín? No, aquel rudo y grosero chico no podía haber creado tal maravillosa obra de arte. ¿O sí?

—Ah, ¿me lo puedo quedar?

—Sí... —contestó, confundido. ¿Por qué quería algo roto?

—Bueno, y ahora a lo que venía a verte. —Levantó la mirada con determinación.

—Tengo que volver a trabajar, que sea breve. —Dio el último trago a la cerveza y tiró la lata vacía a la papelera. Tenía ganas de tomar otra, pero no podía beber más de una en el trabajo.

—¿Por qué rajaste la rueda de mi coche?

La pregunta de Olivia le provocó un ataque de tos que hizo que soltara escupitajos de cerveza a su alrededor.

—¡Oye! ¿Qué haces? —Volvió a retroceder para protegerse de las gotas que la salpicaron y chocó con la mesa de lijar.

El golpe fue tan fuerte que algunas de las herramientas que había encima cayeron al suelo. Se agachó para recogerlas, pero Brian fue más rápido que ella y las cogió primero.

—Algunas están afiladas y puedes cortarte —advirtió en voz baja.

—Qué considerado de tu parte —contestó, mordaz, esforzándose por ser agradable—. Y ahora quítate, hueles a cerveza.

Brian alzó la mirada y posó los ojos en los labios de ella, matizados por un poco de lápiz de color rosa pálido. Estaban tan cerca el uno del otro que casi se tocaban. Se esforzó en dominar el deseo de besarla y contó hasta diez para calmar la corriente de calor que lo recorría. Su opinión sobre ella no había cambiado, aunque si era sincero consigo mismo, a veces deseaba conocerla

un poco más.

—Contesta a mi pregunta. —Se puso de pie de un salto y se mordió el labio inferior—. ¿Por qué lo hiciste?

Olivia notaba cierta tensión entre ellos, nada que ver con el enfado que habría esperado teniendo en cuenta la situación.

—Yo no fui —mintió con descaro, divertido ante el enojo de ella—. No tengo motivos para hacerlo, además te ayudé a cambiar la rueda.

—Ah, ya... Es que una amiga te vio antes de empezar las clases dando vueltas alrededor de mi coche.

—Y habéis dado por hecho que fui yo. ¡Claro! Como soy pobre y tengo mala reputación...

—No.

—¿Tu amiga me ha visto rajar el puto neumático?

—No...

—Entonces, ¿qué mierda haces aquí pidiendo explicaciones? —Dio unos cuantos pasos hacia adelante para acorralarla—. Te hice un favor y ¿así me lo pagas? ¿Acusándome injustamente?

—Brian...

—Mmmm... —Exhaló, el sonido de su nombre en sus labios le dio a su corazón una sacudida—. Vuelve a decirlo.

—¿Qué?

—Di mi nombre.

—No sé qué pretendes, eres raro. —Intentó dar otro paso hacia atrás, pero chocó contra la mesa.

El joven aprovechó el momento para acercarse a ella y colocó una mano a cada lado de su cuerpo, aprisionándola.

—Brian... quítate.

A pesar de que una voz interior le decía que obedeciera y que se alejara, no lo hizo. Presionó su cuerpo contra el de ella y le susurró al oído:

—¿Qué harías si te robara un beso? No me pagaste el favor que te hice.

Olivia cerró los ojos con fuerza, el aire caliente que salía de su boca le alcanzaba el lóbulo de la oreja y durante un instante no fue capaz de reaccionar. Jamás había sentido nada igual.

—¿Un beso? —preguntó con voz trémula.

No recordaba la última vez que había tenido un primer beso. El único chico que había besado durante el último año del instituto era Chris. Salieron un par de veces hasta que se dieron cuenta de que no había química entre ellos y lo dejaron.

—Sí, como pago por haber cambiado la rueda. —Jamás había estado tan excitado como en

ese momento y jamás había sentido un deseo tan poderoso de besar a alguien. Las chicas nunca habían significado nada para él, pero con Olivia era diferente. Se odiaba por sentir aquello, pero no podía evitarlo. Maldita ricachona.

—Eres atrevido...

—Sí, lo soy. —Se adelantó y bajó la mirada a su boca. Sus labios eran tan perfectos y tan apetecibles que le estaba costando lo indecible no acercarse a devorarlos—. ¿Algún problema? No deberías protestar, eres tú quien me busca.

—No es verdad, he venido a... —Los latidos de su corazón la ensordecían—. Vine a pedir explicaciones.

—Y las tienes, ahora dame un beso. Me lo merezco —volvió a susurrarle al oído.

—¿Te lo mereces? —Giró la cabeza para mirarlo y sus narices se tocaron—. No hiciste gran cosa. Prefiero pagarlo de otra manera.

El tiempo se detuvo y la magia del momento quedó suspendida por un instante. Ninguno se movió, ninguno turbó con una palabra aquel silencio tenso e imponente. Se miraban fijamente a los ojos sin pestañear y parecía que nada hubiera en el mundo aparte de ellos.

Se escuchó un ruido como de puerta y luego unos pasos que se acercaban a toda velocidad.

Brian retrocedió justo cuando su padre entró en el almacén. El hombre los miró con el ceño fruncido durante un largo momento, luego se aclaró la garganta y dijo:

—No quería interrumpir.

—Solo estábamos hablando —respondió él de manera forzada.

—Así es, señor. Vine a darle las gracias por haberme ayudado a cambiar la rueda del coche. —Olivia bajó la vista y se dio cuenta de que sus manos estaban temblando, además, sostenía el elefante de madera con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

—No hace falta que me deis explicaciones. Actuar como si no estuviera aquí. —Se acercó a la mesa y examinó las tablas de madera—. Buen trabajo, hijo. Necesito que las otras tablas estén terminadas hoy. Han adelantado la fecha de entrega.

—Vale, me quedará unas horas más.

Miró hacia Olivia y tuvo que tragar duro para contener las ganas de sonreírle. Trató de racionalizar sus sentimientos, pero fue una batalla inútil porque lo que sentía no era nada nuevo. Cuando estaba cerca de ella su cuerpo reaccionaba de una manera que nunca había sucedido antes.

—Bueno, me voy. Tengo que recoger una tarta para la fiesta de cumpleaños de mis hermanas. —Se mordió la lengua, maldiciéndose a sí misma por darle tanta información a Brian. ¿Por qué no podía mantener la boca cerrada? Ese chico la tenía totalmente desconcertada.

—¿Una fiesta? —inquirió él a la vez que elevaba una ceja.

—Fiesta no, más bien una reunión de amigos de mi padre —contestó con la voz un poco

estrangulada. Él tenía la mirada muy intensa y aunque no tenía idea de lo que pensaba la sintió en cada nervio de su cuerpo.

—Entiendo, pásalo bien. —Dio dos pasos hacia atrás sin romper el hechizo que estaba sobre los dos. Agarró las herramientas que hacía poco había recogido del suelo y las esparció sobre una mesa.

—Gracias. Hasta luego. —Nunca la habían mirado como lo hacía él en aquel momento, con desinhibido deseo y anhelo. Retrocedió y con una sonrisa forzada en los labios abandonó el almacén.

Brian soltó el aire que había estado aguantando inconscientemente de manera brusca y cogió la camiseta para vestirse.

—No sabía que eres amigo de la hija de Smith. Ándate con cuidado, hijo, esto no trae nada bueno.

—No somos amigos —gruñó—. Solo le eché una mano con el coche. Vamos al mismo instituto.

—Entonces, ¿lo que he visto no significa nada? —Entrecerró los ojos hacia él—. Estabais a punto de besaros.

El estómago de Brian dio un vuelco cuando recordó aquello.

—Y para rematar, os comíais con la mirada.

—No es lo que parece, padre. No hay nada entre nosotros y jamás lo habrá.

—Nunca me he metido en tu vida amorosa y tampoco lo haré ahora, pero te doy un consejo y espero que lo tengas en cuenta. Las chicas ricas como ella no salen con gente de nuestra clase. Puede que por diversión, pero nada serio. Suelen ser las niñas consentidas de papá. —Le colocó una mano en el hombro haciendo un poco de presión hacia abajo—. No querrás tener que lidiar con Smith, puedes acabar mal. Los hombres como él no temen a las consecuencias.

—No tienes que preocuparte. Olivia no significa nada para mí.

—Eso espero, hijo.

Se miraron unos segundos a los ojos hasta que Brian volvió a hablar.

—No le digas nada a mamá ni a mis hermanos.

—Tranquilo, esto se quedará entre nosotros.

—Gracias.

—Empieza a trabajar ya las tablas. Las necesitamos hoy.

El joven asintió y después de ponerse la camiseta se acercó a la mesa. Se colocó las gafas de protección y encendió la máquina de lijar. El ruido y el calor sofocante hicieron que desviara por un momento el rumbo de sus pensamientos. Necesitaba distraerse con urgencia. No quería ni pensar que pudiera ser atracción lo que estaba sintiendo por Olivia. No quería pensar que se había encaprichado de ella, una ricachona mimada y consentida.

Capítulo 10

Olivia guardó la tarta en el frigorífico y se acercó a los fogones. Allí estaba Giovanni, uno de los cocineros, preparando con parsimonia una de sus maravillosas salsas italianas. Tenía todos los ingredientes listos, de forma metódica y organizada en un plato grande.

—Mmmm, ¿puedo quedarme y mirar? —preguntó en voz baja, como si no quisiera molestar.

—Oh, sí. —Se volvió hacia ella y se pasó las puntas de los dedos por el fino bigote al estilo clásico de aquellos actores apuestos del cine—. Por supuesto. Voy a hacer una salsa napolitana para acompañar los macarrones. Seguramente los niños no van a comer los aperitivos exquisitos que hemos preparado esta mañana.

La joven dio un paso más y se apoyó en la mesa ovalada de madera que había a su lado para observar mejor. Le encantaban los macarrones y algunas veces los cocinaba ella, pero usaba la salsa de tomate de bote y no tenían tan buen sabor como los de Giovanni.

—Primero tenemos que dorar unos dientes de ajo para darle sabor al aceite —indicó a la vez que les daba la vuelta con una cuchara de madera—. Luego añadimos los tomates pelados y cortados en trozos pequeños. Y seguimos removiendo.

—¿Algún truco?

—Sí... —Sonrió y se estiró para coger una botella—. Yo siempre echo un poco de vino tinto.

—Ahhh... —Inspiró hondo, el aroma increíble que desprendía aquella mezcla inundó la cocina.

—Ahora añadimos el resto de los ingredientes y los dejamos cocinar a fuego lento, removiendo cada poco tiempo.

—Gracias. —Se colocó a su lado sin dejar de mirar la sartén—. He aprendido muchas recetas este año.

—Me alegro. Ya sabes, si quieres empezar a trabajar como cocinera, puedes contar con mi ayuda para sacar las mejores notas en la academia.

—Lo pensaré.

—¿Aún no te has cambiado de ropa? —chilló Claire desde la puerta—. Los invitados están

llegando. Y tus hermanas están esperando arriba para que las peines.

—Ya voy, mamá. —Puso los ojos en blanco—. Acabo de llegar.

—Pues has tardado mucho. —Frunció los labios pintados de rojo y miró a su alrededor con ojo crítico—. ¿Están todos los aperitivos preparados, Giovani?

—Sí, señora. Están guardados en la nevera grande.

—Perfecto. Voy a recibir a los invitados. —Dio la vuelta y abandonó la cocina, repiqueteando sus tacones y contoneándose.

—Será mejor que vaya a cambiarme —dijo Olivia más para sí misma que para el cocinero.

Arrastró los pies hacia la puerta y trató de tranquilizarse y mostrarse lo más natural posible. No quería que los invitados la vieran con mala cara. El año anterior tuvo una pelea muy fuerte con su padre porque en la fiesta apenas se había detenido a charlar con la gente. Los cumpleaños de las gemelas eran una buena ocasión para que él estrechara lazos con sus inversores y compañeros de negocios. Y siempre la obligaba a sonreír, bromear y halagar, para dar la imagen de una familia perfecta. Smith tenía planeado presentarse a las elecciones para alcalde y estaba preparando el terreno; quería que todos vieran que era el candidato idóneo.

Forzó una sonrisa y cruzó el vestíbulo con pasos apresurados. Subió las escaleras y se detuvo frente a la puerta de las gemelas. Inspiró hondo y entró.

—¿Qué demonios estáis haciendo con mi neceser de maquillaje? —Corrió hacia la cama horrorizada y empezó a recoger el desastre.

Las niñas habían abierto todas las cosas y se habían manchado los rostros de colorines, luciendo como unos payasos con la pintura de la cara corrida.

—Queremos ser tan guapas como mamá —dijo Tina con entusiasmo.

—Sois muy pequeñas para usar maquillaje —gruñó molesta, sin siquiera mirarlas. Terminó de guardarlo todo y dejó el neceser en el suelo, al lado de la puerta—. Vamos al baño para que os lavéis las caras.

—¡No! Yo no quiero —chilló Sarah y se cruzó de brazos. El vestido dorado de princesas que llevaba puesto se levantó y enseñó los zapatos de tacón que tenía en los pies.

—¿Esos son de mamá? Si se entera de que habéis entrado en su habitación...

—No lo hará porque no le vas a decir nada —espetó con cierta malicia en su voz—. Si lo haces, le diré a papá quien cambió la rueda de tu coche.

—¿Qué? —Agrandó los ojos—. ¿Qué estás diciendo? ¿Qué es lo que sabes? ¿Y cómo demonios lo averiguaste?

—Deberías tener más cuidado cuando hablas por teléfono. —Descruzó los brazos y parpadeó unas cuantas veces—. A papá no le gustará saber que conoces a uno de los Cañoneros. Todo el mundo sabe que son peligrosos.

Olivia la miró con incredulidad. No podía dar crédito a lo que escuchaba. Sarah acababa de

cumplir once años, aún era una niña, y la estaba chantajeando con tanta sangre fría que la dejaba sin aliento.

—Va al mismo instituto que yo y me echó una mano con la rueda...

—No me importa. —Movi6 una mano en el aire—. Ahora péinanos para que podamos bajar a la fiesta.

—Antes os tengo que quitar el horroroso maquillaje de la cara. Vamos al baño.

—Está bien, pero nos pintamos los labios —accedió con desgana.



Media hora más tarde Olivia bajaba las escaleras detrás de las gemelas. Las había peinado y las había convencido de que dejaran los zapatos de tacón en la habitación, debajo de la cama, para que su madre no los viera. Les dijo que tenían que ponerse unas deportivas para que se subieran al castillo hinchable, que con las puntas de los tacones podrían romperlo.

Tiró del dobladillo del vestido hacia abajo y tomó una profunda respiración antes de esbozar una leve sonrisa. El actual alcalde estaba al pie de la escalera y la miraba fijamente.

Había elegido un vestido color verde lima, corto de punto de seda, salpicado con diminutas lentejuelas plateadas. Se había calzado con unas sandalias negras con poco tacón y se había retocado el maquillaje.

—Nos vamos al jardín —dijo Tina a la vez que agarraba de la mano a su hermana.

Bajaron juntas las escaleras y cruzaron el vestíbulo corriendo, sin apenas hacer caso a las personas que estaban presentes en la fiesta.

—Que rápido crecen —comentó el alcalde sonriendo. Volvió a mirar a Olivia y prosiguió: —Y tú estás cada día más hermosa.

La joven entrecerró los ojos, preguntándose si habría alguna segunda intención en aquel comentario por la que debería sentirse disgustada. Pero no advirtió nada ofensivo en su mirada, sino todo lo contrario. Bastián tenía alrededor de cincuenta años y era bueno con todo el mundo. Acostumbraba a vestir de negro y llevar la barba bastante crecida.

—Gracias —contestó con una sonrisa y dejó que el hombre le besara la mano.

—Tu padre sabe cómo llamar la atención. —Miró a su alrededor con detenimiento—. Estoy seguro de que va a ganar las elecciones. Además, yo ya soy muy mayor para presentarme de nuevo.

—Bueno, él sabrá —murmuró en voz baja—. Voy a saludar a los demás invitados.

El hombre asintió y se movió hacia un lado para dejarla pasar.

Olivia tomó otra profunda respiración y caminó hacia la multitud de gente que había en el salón grande, personas que vestían sus mejores ropas. Forzó una sonrisa y se preparó mentalmente para cumplir con su tarea. Odiaba aquello, odiaba a su padre y la presión que ejercía sobre ella. Pero no le quedaba más remedio que actuar así durante todo el año si quería ir a la universidad.

Capítulo 11

Los rayos del sol entraban por las diminutas ventanas de la caravana y se reflejaban en el cristal de la mesa sin piedad. La luminosidad era tan fuerte que molestaba a los ojos de Brian que seguían cerrados.

Sus padres y sus hermanos se habían despertado hacía rato, pero él se había quedado un poco más en la cama. Su propia cabeza le pesaba de manera horrorosa, como si estuviese hecha de plomo, y tenía el cuerpo dolorido, especialmente los brazos de haber lijado las tablas de madera. Fueron más de quince y luego se quedó hasta muy tarde para terminar de arreglar un par de sillas para la iglesia.

Rodó encima del viejo colchón y trató de volver a conciliar el sueño. No obstante, escuchó gritos de pelea que provenían desde el exterior y abrió los ojos de golpe.

—¿Qué demonios pasa ahora?

Se bajó rápidamente de la cama y se acercó a la ventana, pero el plástico estaba tan amarillo y desgastado que apenas pudo distinguir algunas siluetas. Maldijo para sus adentros y se calzó con las deportivas. Abrió la puerta y salió al exterior.

—Suelta la maldita pistola —gritaba su padre—. Nadie quiere hacerte daño.

—Quiero dinero, ahora mismo —espetó Gregory sin dejar de apuntarle con el arma—. Sé que tienes.

—No tengo, he pagado la excursión de mi hijo. Tienes que creerme.

—¡Mentira! —Dio un paso hacia adelante, amenazante. La mano que sostenía el revólver temblaba y sus ojos estaban rojos e hinchados por el exceso de alcohol. Tenía la dentadura en muy mal estado y su ropa sucia y hecha jirones por las espinas del bosque.

Gregory no vivía en el parque de las caravanas ni tenía amigos allí. Nadie sabía quién era y de dónde había salido, pero el hecho de que tuviera una pistola lo hacía peligroso. La policía lo había detenido una vez, pero lo soltaron a los pocos días por falta de pruebas.

—Es verdad —dijo Brian a la vez que se acercaba a ellos.

—Hijo, quédate allí.

—Si quieres dinero, tienes que esperar a que llegue fin de mes —prosiguió, mirando a su padre de reojo—. Ahora no tenemos nada.

Tras un largo silencio el hombre bajó la pistola.

—Volveré —dijo y dio la vuelta para irse. Agachó la cabeza y arrastró los pies hacia la salida.

—Joder, pensé que el alguacil le había quitado el arma. Menos mal que tu madre y tus hermanos no están.

—Tenemos que hacer algo para que no vuelva. ¿Y si se le ocurre disparar?

—Pero ¿qué?

—No sé, ¿poner una valla eléctrica?

—Eso cuesta muchísimo dinero. No nos lo podemos permitir.

—Que pongan todos dinero... —Brian señaló a su alrededor.

—Aquí nadie más trabaja. Somos los únicos.

—Entonces será mejor que nos busquemos otro lugar para vivir.

—Mmm, sí. Estoy preguntando en el pueblo. De momento no ha salido nada —suspiró—. Siento que estéis pasando por todo esto. No tenía que haber permitido que el banco se quedara con la casa.

—Vinieron un montón de policías aquel día. No podías haber hecho nada. —Se acercó a él y le palmeó el hombro—. Estamos juntos, somos una familia. Eso es lo más importante.

—Sí... Ve y descansa un rato más.

—Ya no tengo sueño. —Bostezó—. Aprovecharé para regar el jardín.

—Haz un ramo de flores para la señora Maloy, está enferma.

—Ah, por supuesto. —Miró por encima de su hombro hacia la última caravana—. ¿Qué le ha pasado?

—Un resfriado. Tu madre fue esta mañana y le llevó una sopa calentita.

—Pobre mujer. Últimamente tiene solo disgustos. Primero su marido, ahora su hijo.

—Los dos en la cárcel... —añadió el hombre—. ¿Quién cuidará de ella? Nosotros no podemos hacer mucho.

—Si hace falta, dejaré de ir al campamento de verano. Necesitáis el dinero —dijo con cierta tristeza.

—No, hijo. Vas a ir porque te lo mereces. Has trabajado muy duro para ello. Nosotros nos apañaremos. A tu madre le ha salido un trabajo nuevo y yo empezaré a trabajar como jardinero para el señor Smith.

—¿Qué? No me habías dicho nada. —Frunció el ceño con expresión dubitativa.

—No quería que te sintieras incómodo delante de su hija.

—Pero ¿no decías que era mejor mantener las distancias? ¿Que ese hombre es un tirano, que no tiene sentimientos y trata a los demás con frialdad y desprecio?

—Sí, hijo. Pero a veces hay que agachar la cabeza —suspiró con pesar—. Es un trabajo que

puedo hacer y me pagan bien. El horario es muy bueno y puedo echarle una mano con la carpintería.

—Bueno...

—No te preocupes, hijo. Ya verás como nuestras vidas van a mejorar de ahora en adelante.

—Espero que tengas razón. —Miró hacia el jardín y de pronto recordó que aún no había averiguado quién era la mujer misteriosa que le había dejado la carta. Y esperaba que no fuera la hija de Smith. Ya tenía bastantes encuentros indeseados con la maldita ricachona—. Voy a mirar una cosa en la caravana.

—Vale, iré al pueblo para hablar con James. Tenemos que cuadrar los horarios.

Brian se despidió de su padre con una inclinación de cabeza y se encaminó hacia la caravana con pasos apresurados.

Hacía una mañana fresca y el suelo aún estaba cubierto del resplandor del rocío. Los pájaros cantaban y volaban alrededor del jardín, haciendo que olvidara que estaba rodeado de borrachos y drogadictos. Esperaba salir de aquel agujero, que parecía la peor pesadilla, lo más rápido posible.

Abrió la puerta de la caravana y entró. Se frotó los brazos para entrar en calor y caminó hacia la cama. Se agachó y sacó la mochila de trabajo. La abrió y buscó la guía telefónica del pueblo. Se sentó en el borde del colchón y empezó a hojearlo. No era muy grueso, tenía alrededor de treinta páginas. Miró hoja por hoja, pero no encontró el nombre de Olivia en ninguna parte. Aquello le resultaba intrigante.

¿Cómo era posible que no hubiera otra mujer llamada Olivia en todo el pueblo? Era un nombre muy común. Cerró el libro de golpe y soltó un breve bufido. No quería conformarse ni aceptar la situación.

Metió la mano dentro del bolsillo de sus pantalones y sacó la carta. La tenía siempre con él, no quería arriesgarse a que la encontrasen sus hermanos. Volvió a mirar el dibujo, como si fuera la primera vez, y sintió una profunda admiración. Si la ricachona había dibujado aquella maravilla, no le quedaba otra que reconocer que se le daba muy bien. Tenía talento, una cualidad que él apreciaba en las personas.

Escuchó las voces de sus hermanos y guardó rápidamente la caja. Se quitó las deportivas y se metió en la cama, fingiendo dormir. Necesitaba tiempo para asimilar la situación y luego buscaría a Olivia para agradecerle el haberle regalado algo tan bonito.

Capítulo 12

Una semana más tarde

Olivia terminó de hacer la maleta para el campamento y miró a su alrededor con serenidad. Echaría de menos su habitación y sus cosas, pero estaba deseando salir de aquel lugar cuanto antes. Últimamente, sus hermanas no paraban de meterse con ella y echarle la culpa por todas las trastadas que hacían.

Sus padres contrataron tres cuidadoras para que las vigilaran durante su ausencia, pero aún no habían llegado. Quería hablar con ellas y advertirles de lo complicadas que eran las gemelas. También contarles algunos trucos para que pudieran controlarlas.

Cogió su teléfono móvil y su maleta, y bajó al salón. Escuchó los gritos de sus hermanas y puso los ojos en blanco. Salió a la terraza y las encontró jugando alrededor de la piscina con los flotadores. Aquella mañana hacía frío y no podían bañarse.

—Os he dicho millones de veces que no podéis estar aquí solas —gritó a la vez que se acercaba a ellas. Las agarró de los brazos y las arrastró hacia la casa—. ¿Dónde está mamá?

—Se ha ido a hablar con la vecina —contestó Tina de malhumor—. Y nos ha dicho que podemos jugar fuera.

—Que irresponsable...

—Se lo diré a mamá —gruñó la niña.

—Me da igual. Es verdad. —Respiró hondo—. Podéis caer al agua.

—No somos tontas. —Dio unos cuantos pasos hacia atrás—. Nos aburrimos en casa.

Queremos jugar fuera.

—Las cuidadoras estarán a punto de llegar. Lo haréis con ellas. Mientras podéis leer un libro, dibujar o ver la televisión.

—No quiero...

—Tina, por favor. Compórtate —gruñó con exasperación.

—¿Por qué vas al campamento ese? —preguntó Sarah mirándola—. No sabes nadar y...

—Para estar con mis amigos, lejos de vosotras. Me tenéis harta.

—Ya, te echaremos de menos.

La joven se quedó callada durante un momento, las palabras de su hermana parecían sinceras

y llenas de una simple necesidad de cariño.

—No quiero que te vayas —prosiguió la niña y se tiró a sus brazos. Mamá y papá casi nunca están, te quiero mucho. Quédate.

Los ojos de Olivia se humedecieron al instante y todo su enfado se esfumó para dar paso al amor. Le devolvió el abrazo y soltó un suspiro tembloroso.

—Yo también te quiero, a las dos.

—Entonces, ¿te quedas?

—No, lo siento. —Se alejó un poco para mirarla—. Solo voy a estar fuera una semana. Ya verás como los días pasan rápido.

—Bueno...

—Todos mis amigos van a ir y esta es la última vez que estaremos todos juntos. Lo entenderás cuando tengas mi edad.

—Vale.

—¿Qué os parece si nos sentamos en el sofá y vemos una película? Hasta que lleguen las cuidadoras.

—Sí, una nueva —contestó Tina con entusiasmo.

—La que queráis.



Dos horas más tarde Olivia se despidió de sus dos hermanas con un fuerte abrazo y arrastró la maleta hacia la calle principal, donde estaban aparcados los autobuses. Había cuatro y todos estaban llenos.

Su madre aún no había llegado y su padre estaba en el pueblo para reunirse con su equipo de la campaña electoral, necesitaban recoger más de mil firmas para presentar su candidatura. Las cuidadoras se mostraron bastante comprensivas y las niñas no protestaron en ningún momento. La joven les dejó su número de teléfono por si hubiera alguna emergencia y les explicó detenidamente los hábitos de las gemelas, las actividades y los horarios de comida.

Se paró frente a las ventanas del primer autobús de la fila y vio a sus amigos saludándola

alegremente con la mano desde el interior. Sonrió y les devolvió el gesto, por fin estaba libre para disfrutar al máximo de aquella experiencia.

Las puertas del autobús se abrieron y caminó hacia allí deprisa. Dejó la maleta en el suelo y subió los tres escalones mientras levantaba la mirada hacia el chófer.

—Buenas tardes —dijo y el hombre no tardó en contestarle.

—Buenas tardes. Hay sitios libres en la parte de atrás.

—¡Aquí! —chilló Hannah a la vez que movía una mano en el aire para llamarle la atención.

—Voy a guardar tu maleta en el maletero —informó el chófer a la vez que se bajaba del autobús. Era un hombre de unos cuarenta años y tenía el pelo castaño con algunas canas. Tenía el rostro pálido y una mirada clara.

—Gracias.

A su paso, la joven saludó a compañeros y amigos del instituto y luego tomó asiento al lado de Hannah.

—Que alegría verte —comentó su amiga y se estiró para abrazarla.

—Yo también me alegro.

—Por fin estamos juntas —chilló Jessica desde el asiento de atrás. Se puso de pie y empezó a sonreír. Sus labios pintados de rosa hacían juego con su camiseta. Era muy guapa, tenía el cabello rubio, ojos avellana y tez pálida. Muy cariñosa con todo el mundo, transparente y generosa—. Tenemos que ponernos al día.

—Sí... —contestó Olivia y miró por la ventana hacia la casa. Sabía que sus hermanas estaban bien, pero no podía evitar sentirse un poco culpable por dejarlas solas.

—Ey, no te pongas triste ahora. —Hannah le dio un fuerte codazo—. Tienes que empezar a pensar en ti y disfrutar de la vida.

—Estoy bien —soltó un suspiro tembloroso y se reclinó en el asiento.

El murmullo y las conversaciones de los jóvenes que la rodeaban llenaban el silencio y la soledad que la habían acompañado durante los últimos días. Días que pasaron lentos y perezosos, contando las horas y los minutos hasta que llegó el ansiado momento para reencontrarse con sus amigas.

El autobús se puso en marcha y miró por última vez la casa. Esbozó una amplia sonrisa y se giró hacia Hannah.

—Espero que seamos compañeras...

—Estaremos todas juntas —se adelantó Jessica desde arriba—. Hay cinco cabañas, dos para los chicos y tres para las chicas. Nosotras estaremos durmiendo en la última, he visto las listas.

—He olvidado que tu tío es uno de los cuidadores —dijo Olivia—. Me alegro, no quiero

compartir habitación con chicas que no conozco.

—A ti te conocen todos. —Hannah puso los ojos en blanco.

El autobús tomó una curva cerrada y salió de la carretera, adentrándose entre los árboles que llevaban al parque de las caravanas; un camino conocido para Olivia. Su corazón se detuvo cuando miró por la ventana y vio a Brian apoyado en una de las farolas que había al lado de la verja.

—¿Qué hace ese cañonero ahí? —preguntó Hannah—. ¿Viene con nosotros?

—Parece que sí —contestó Jessica—. Bufff, menuda sorpresa.

Olivia no decía nada, apenas podía respirar. Brian estaba presentable, se había comprado ropa nueva y se cortó un poco el cabello. Además, él sonreía de una manera que lo hacía parecer devastadoramente atractivo. La sangre se le subió a la cabeza calentando sus mejillas y se sintió fascinada y turbada al mismo tiempo. ¿Por qué tenía que resultarle tan atractivo? No era más que un maldito cañonero.

Recostó la cabeza contra el respaldo y trató de disimular su reacción inesperada lo mejor que pudo. Sus caminos se cruzaban con frecuencia y se preguntaba si aquello era coincidencia o una señal.

—¿Cómo habrá conseguido el dinero para pagar el campamento? —inquirió Hannah—. Sus padres son pobres.

—Trabaja... —contestó Olivia y se mordió la lengua para no seguir hablando.

Su amiga se giró en el asiento para mirarla y entrecerró los ojos.

—¿Cómo lo sabes? ¿Estás ocultando algo?

—Yo también quiero saberlo —comentó Jessica.

—No estoy ocultando nada. —Miró a su alrededor para comprobar que nadie más la escuchaba—. Después de hablar contigo por teléfono fui a verle para pedirle explicaciones. Trabaja en la tienda de carpintería.

—Ahhhhh... ¿Y qué te dijo? ¿Fue él quién pinchó el neumático?

—Dice que no...

—Mentira —comentó Jessica—. Laura lo vio al lado de tu coche.

—Sí, pero no pinchando el neumático.

—Pues no. Bueno, da igual. Ahora tenemos que verle la cara todos los días. —Hannah se reclinó en el asiento y sacó el teléfono móvil. Lo encendió y empezó a revisar sus mensajes de texto—. No entiendo porqué quiere estar en un campamento donde no tiene amigos.

—Es un alumno más —añadió Jessica—. Me parece normal.

Olivia mantuvo la boca cerrada, no quería seguir con aquella conversación. Se sentía un poco incómoda y temía decir algo que delatara lo que sentía por Brian.

Desde hacía unos días luchaba contra una ola de emociones contradictorias, enfrentándose a

un gran cambio en su vida. Aunque culpaba a las hormonas, su corazón pujaba en direcciones opuestas y la ponía a merced de un deseo irrefutable por aquel cañonero. No sabía cómo digerir aquello ni qué hacer con las inquietudes que experimentaba. Todo era nuevo y no sabía cómo manejar la situación ni canalizar sus emociones.

Echó la cabeza hacia atrás y dejó que sus ojos patinaran por los paisajes que transitaba el autobús. Estaba deseando llegar al campamento para despejar su mente y pensar con mayor lucidez.

Capítulo 13

Después de cuatro horas de viaje el autobús entró en un amplio aparcamiento y estacionó en una de las plazas libres. Brian se quitó los auriculares y miró por la ventana. El lugar estaba lleno de árboles frondosos de todos los tamaños y colores, y había miles de arbustos. Al fondo se veían un par de cabañas de madera y varias cercas de caballos. Había una entrada principal donde colgaba un letrero enorme de madera que decía: “Bienvenidos al campamento de verano rural”.

Vio que algunos alumnos se pusieron de pie, deseosos de bajar, y guardó los auriculares dentro del bolsillo de sus vaqueros. No quería comprarse ropa nueva para el campamento, pero sus padres habían insistido tanto y de tal manera que no le quedó otro remedio que hacerlo.

—Ya podéis bajar —avisó el chófer.

Brian se puso de pie y esperó a que los chicos que estaban sentados atrás salieran al pasillo. Todos parecían contentos, hablaban y reían ruidosamente. Algunos lo miraban y le sonreían, pero la mayoría no le hacían caso. No se molestó, estaba acostumbrado a ser ignorado por los alumnos del instituto y estaba casi seguro de que la mayoría le tenían miedo.

Cuando ya no había nadie impidiéndole el paso salió de su asiento y recorrió el pasillo hasta la puerta. Bajó los escalones y cuando llegó al último dio un salto hacia el suelo. Vio que los otros autobuses estaban estacionados al lado, pero tenía las puertas cerradas.

—Voy a sacar las maletas —dijo el chófer—. Las cogéis y os vais a la entrada. Los monitores no tardarán en llegar.

La mayoría asintió con la cabeza y se colocaron en una fila delante del maletero abierto.

Brian caminó hacia el árbol más cercano y sacó el paquete de cigarrillos. Extrajo uno y lo llevó a la boca con ansias. Después de encenderlo dio una calada tan honda que la brasa adquirió un color rojo intenso. El humo chocó contra sus pulmones y sintió cómo los partía en dos.

Expulsó el humo hacia el cielo, por la nariz y por la boca, y miró con fijeza hacia las ventanas del autobús que estaba aparcado frente a él. Las caras de las chicas que se veían a través de los cristales eran alegres, menos la de Olivia.

¿Olivia? ¿Qué hacía ella allí? Se sorprendió al verla, pero solo durante unos segundos, hasta que recordó que ella iba al mismo instituto que él.

El tiempo se detuvo. Pensó que no volvería a verla, no después de aquella escena tan

incómoda para los dos que ocurrió en el almacén de la carpintería. Maldita ricachona, se había colado a la fuerza en su vida.

Tiró la colilla al suelo y la pisó con la punta de su zapato. Se acercó al grupo y después de coger su maleta caminó hacia la entrada del campamento.

—¿Tienes un cigarro?

Brian se dio la vuelta y se encontró cara a cara con un chico rubio de una altura considerable que vestía ropa de estilo militar. Tenía el cabello rapado y un *piercing* blanco en la ceja izquierda.

—Sí. —Volvió a sacar el paquete de cigarrillos y le ofreció uno—. ¿Quieres mechero?

—Tengo, gracias. —Metió la mano dentro del bolsillo de sus pantalones y sacó un objeto plateado—. Menuda mierda, ¿verdad?

—¿A qué te refieres? —Brian elevó una ceja con expectación.

—A este campamento.

—Si no te gusta, ¿por qué estás aquí?

—Me obligaron mis padres. —Encendió el cigarro y empezó a jugar con el mechero entre los dedos—. ¿Tú por qué viniste? No eres muy sociable con los demás y no tienes pinta de disfrutar jugando a juegos infantiles.

—No necesito la compañía de nadie para pasármelo bien.

—Así que viniste por tu propia voluntad. —Exhaló el humo lentamente—. Bueno, si necesitas hablar con alguien, estoy por aquí.

Brian asintió con la cabeza y volvió a mirar hacia el autobús de Olivia. Chasqueó la lengua y escupió hacia un lado.

—Ah, ya. Se trata de una chica, ¿verdad? —dijo el rubio—. No te culpo, algunas están muy buenas.

—No, nada de eso.

—No tienes que darme explicaciones, tío. —Dio una calada honda al cigarro y lo tiró al suelo—. Cada uno es libre de hacer lo que quiera.

—Ya vienen los monitores —avisó el chófer.

Brian y los demás alumnos se acercaron a la entrada del campamento. Después de una breve presentación de cada uno de los instructores, entraron y se dirigieron hacia las dos primeras cabañas. Las casitas estaban construidas sobre unos pies de madera alzada y tenían una escalera desde la que se accedía a la puerta. Eran bastante grandes y tenían porches con hamacas y mecedoras.

—Odio compartir espacios de intimidad con otras personas —gruñó el rubio.

—Yo estoy acostumbrado. Vivo en una caravana con mis padres y mis dos hermanos —dijo Brian con pesar.

—Entonces no debería quejarme. —Cogió su maleta y se acercó a la escalera—. Lo tuyo es bastante chungo.

Subieron los tres escalones y la madera crujió bajo sus pies. Entraron por la puerta y miraron hacia el interior con curiosidad. Era un espacio único, grande, y contaba con unas quince camas vacías con almohadas y sábanas limpias. Olía a madera vieja y Brian cerró los ojos para gozar de ese aroma tan conocido para él. Un olor que se había adherido a su piel y su pelo durante las horas de trabajo en el almacén de carpintería.

—¿Qué te parece si ocupamos las camas que están al lado de las ventanas? Así podemos fumar —dijo el rubio mirándolo a la cara.

—Me parece bien.



Una hora más tarde Brian y el rubio caminaban tranquilamente el uno al lado del otro hacia la cabaña de los monitores. Era una casa de dos plantas, situada al frente, y allí estaban la cocina y el comedor.

—Qué hambre tengo —dijo Brian.

—Yo también.

La puerta estaba abierta de par en par y al lado había un grupo de chicas hablando y riendo en voz alta, y entre ellas estaba Olivia.

Los ojos de Brian se posaron de inmediato en ella, como si fuera absorbido, y sintió el corazón acelerarse dentro de su pecho. Estaba muy guapa, vestía un pantalón corto de color azul y una remera blanca que le quedaba un poco grande. Tenía el cabello recogido en una coleta alta y no paraba de jugar con las pulseras que adornaban su muñeca izquierda en un gesto nervioso. ¿Que tenía aquella chica que lo hacía sudar cada vez que la miraba? ¿Por qué no podía apartar los ojos de ella? Su belleza natural lo volvía loco y la naturalidad con la que se envolvía lo tenía hechizado. Era rica, sus padres tenían dinero para aburrir, pero ella actuaba como si le diera igual, con una sencillez impresionante.

—¿Olivia Smith, eh?

—¿Mhhhhhh? —Se volvió hacia el rubio con una expresión ingenua en su rostro.

—Tienes buen gusto; la más guapa, la más rica y la más popular. Pero ojo, es la más inaccesible de todas. Muchos lo intentaron y pocos lograron su atención.

—Su atención la tengo, pero la verdad... —Hizo una breve pausa—. No sé qué hacer con ella.

—No pareces un tipo tímido...

—No me refería a eso.

—Bueno, luego me lo cuentas.

Subieron los escalones de uno en uno y cuando pasaron por delante de las chicas Brian desvió la mirada. Lo último que quería era que ellas vieran que la presencia de Olivia lo estaba afectando.

No obstante, cuando llegó frente a la puerta sus ojos se giraron de golpe y se clavaron en el objeto que la joven sostenía en sus manos. No podía creer que ella hubiera guardado el elefante de madera que cogió del almacén. No solo estaba roto, también tenía las medidas y las proporciones equivocadas. Aquella figura fue la primera que él esculpió con las herramientas de su padre y no se sentía orgulloso de cómo había quedado. Volvió la mirada al frente y decidió no darle más vueltas al asunto. Ya tendría tiempo para pensar cómo lidiar con Olivia y con todo lo que estaba sintiendo.

Capítulo 14

Olivia apretó con fuerza el elefante de madera entre los dedos para evitar que se le notara el temblor de las manos. Cada vez que Brian la miraba experimentaba una intensa presión en el pecho y sentía el corazón latiéndole con fuerza sin poder hacer nada al respecto.

—Buenoooo... El cañonero tiene un amigo —dijo Hannah con aire chulesco—. Me extraña que hasta ahora él y Matt no se hayan hablado. Son tal para cual.

—Yo pienso que los dos son muy sexys —comentó Jessica y soltó una risita traviesa—. Son altos, guapos y tienen músculos.

—Estás loca...

—¿Por qué? —la interrumpió a media frase—. Solo estoy diciendo lo que todas pensamos, ¿verdad, Olivia?

La joven levantó la mirada despacio y negó efusivamente con la cabeza, sintiendo sus mejillas hirviendo.

—Tienes razón. Son los chicos más guapos del instituto, pero también los más problemáticos —comentó una chica que estaba detrás de Hannah. Dio un paso al frente, sin dejar de enroscar un mechón de cabello en su dedo índice con aire juguetón—. Dos chicos malos muy apetecibles. Una pena que no muestren interés por ninguna de nosotras.

—Deberíamos entrar al comedor. —Olivia agitó una mano en el aire—. Creo que ya han empezado a servir la comida.

—Qué sería estás últimamente. —Jessica la miró de reojo—. No se puede bromear contigo.

—Tengo hambre —mintió a modo de excusa.

—Ya, ya... O tienes prisa para ver a Brian —dijo Hannah riendo.

—Déjate ya de insinuaciones. No hay nada entre nosotros y jamás lo habrá.

—Nunca digas nunca —murmuró Jessica a la vez que entraba en la cabaña.

Olivia tomó una profunda respiración y negó con la cabeza.

—No nos hagas caso. Solo queremos animarte. Desde que has llegado no has sonreído ni una sola vez. —Hannah la tomó por el brazo y bajó la vista a sus manos—. ¿Qué es esa cosa de madera?

—Nada importante —contestó y empezó a caminar a su lado.

Miró al frente y guardó el elefante de madera en el bolsillo delantero de su sudadera. Desde que lo había cogido del almacén no se había separado de él. No tenía una pata, pero los detalles del tallado eran impresionantes. Admiraba a Brian por su maestría y su dedicación profesional. Sabía que era el dueño de aquel maravilloso jardín que había en el parque de las caravanas, pero no encontraba valor para hablar con él del tema. Tenía miedo de que las cosas volviesen a escaparse de su control, como en el último encuentro que tuvieron.

Olía a comida y el estómago de la joven se encogió ante el aroma. Estaba famélica, no había comido nada desde el desayuno, cuando hizo un par de tortitas para ella y sus hermanas.

Cruzaron juntas el vestíbulo y se encaminaron hacia la última puerta, la que tenía el símbolo de un plato con cubiertos pegado en el medio. Las voces de sus compañeros en el interior retumbaban por toda la cabaña consiguiendo que sintiera cierta expectación. Aquello le recordaba al comedor del instituto, donde todos se ponían a hablar a la vez.

Hannah empujó la puerta y cuando Olivia puso el primer pie en el interior todos dejaron de hablar para mirarla. Tragó saliva, lo que hacía apenas un minuto era el lugar más ruidoso del mundo, se acababa de quedar más silencioso que un cementerio. Sus ojos se dirigieron hacia las mesas y soltó un bufido cuando vio que sus compañeros se comportaban de la misma manera que en el instituto. Los empollones habían ocupado la mesa más apartada y la habían llenado de libros y folletos, delante estaban los raritos que vestían siempre de negro, los excluidos que nunca socializaban con los demás, dónde se sentaron Brian y Matt. Y los populares, grupo al que ella pertenecía y que había ocupado dos mesas enteras. Las chicas estaban todas maquilladas y vestían ropa llamativa, y los chicos tenían un aire similar, iban con polos y pantalones de chándal.

—No parece que estemos en un campamento —resopló—. La misma historia de siempre.

—Ya, algunos no tienen remedio —añadió Hannah.

—¿Qué os parece si rompemos el vínculo y nos sentamos en otra mesa? —inquirió Jessica con curiosidad—. Me muero por ver las reacciones de todos.

—Buena idea. Vamos —dijo Hannah.

Olivia y Jessica la siguieron y tomaron asiento en la primera mesa, la única que estaba libre. Los populares empezaron a moverse en las sillas y a hacerse gestos entre ellos mientras que los demás volvieron a prestar atención a sus cosas.

—Ya verás los chismes que van a correr —murmuró Jessica con una sonrisa y mirando a otros de reojo.

—Lo peor que puede pasar es que nos excluyan del grupo —apuntó Hannah.

—Eso es imposible, no hay populares sin Olivia.

—Buenas tardes a todos. Quiero que prestéis un poco de atención a lo que os voy a decir —

dijo Oliver, uno de los monitores del campamento. Esperó unos segundos y luego prosiguió: — En el folleto que hay en la mesa tenéis los menús de hoy. Si hay alguien que sea alérgico a algo, que se vaya a la cocina y se lo comunique al encargado. Después de comer nos vamos a reunir en el jardín que hay detrás para trabajar la tierra, plantar y podar los árboles.

—Menuda mierda —dijo Matt sin ningún reparo.

El monitor lo miró fijamente y después de unos segundos se encaminó hacia su mesa con cara de pocos amigos. Oliver era un hombre bastante fornido, tenía alrededor de cuarenta años y llevaba el pelo largo y recogido en una coleta baja. Vestía unos pantalones cortos negros y camiseta gris con el logo del campamento estampado en la parte izquierda de su pecho.

—Mira, chaval... —respiró hondo—, nadie os obliga a hacer lo que no queréis. Si no te apetece participar en esta actividad, eres libre de quedarte en la cabaña.

—Lo haré.

—¿Alguien más que quiera hacerle compañía? —preguntó el monitor mirando a su alrededor.

Matt miró a su nuevo amigo Brian, pero no obtuvo ninguna respuesta de su parte.

—Muy bien. Ahora podéis comer —prosiguió el monitor—. Necesitáis coger fuerzas.

Enseguida dos camareros salieron de la cocina cargando varios platos con comida y empezaron a servir.

Olivia se reclinó en el asiento y metió las manos dentro del bolsillo delantero de la sudadera. Agarró con fuerza el elefante de madera y respiró hondo. Por alguna razón aquel gesto la tranquilizó.

—¿Has hablado con tu tío? —inquirió Hannah mirando a Jessica.

—No, aún no ha vuelto del pueblo. Esta mañana llevó dos canoas a arreglar, al parecer tenían una fuga de agua.

—¿Canoas? —Olivia giró la cabeza de golpe.

—Sí, mañana vamos al río.

—Ohhhh... —Apretó con más fuerza el elefante entre los dedos. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo; aquella respuesta le resultó inquietante.

—Ay, se me olvidaba que no sabes nadar. Si no quieres ir, hablo con mi tío para que puedas quedarte en la cabaña.

—Quiero ir... —Tomó una breve pausa para coger aire y continuó—: Tengo que vencer el miedo. Además, no tocaré el agua, estaré en la canoa con el chaleco puesto.

—Así se habla, amiga. —Le sonrió—. Ya verás como te lo vas a pasar bien. Nosotras estaremos a tu lado en todo momento.

Un camarero puso los platos delante de ellas y dejaron de hablar para empezar a comer.

Olivia no supo de dónde había sacado el valor necesario para tomar aquella decisión. ¿La

presencia de Brian tenía algo que ver con ello? Podría ser, últimamente estaba actuando de una manera irreconocible y casi precipitada. Desde el momento en el que sus vidas se cruzaron se sentía diferente, llena de vida y valentía. No obstante, debía mantener la cabeza fría y despejada para proteger su corazón.

Capítulo 15

Brian se despidió de Matt y se acercó al grupo de alumnos que estaba frente a las puertas del jardín. Sus ojos recorrieron el lugar y sintió una onda de paz al ver todo lo que había en el interior. En la parte izquierda estaba el huerto y a la derecha los árboles frutales. En el medio había un sendero de piedras rojizas acompañado por varias plantas aromáticas y rosales en flor. Le gustaba lo que veía y estaba deseando empezar la tarea.

—Vamos a trabajar en grupos de cuatro —dijo Oliver a la vez que dejaba en el suelo dos sacos negros de plástico—. Nadia es la encargada de organizaros y asignar las tareas. Yo os voy a repartir guantes y utensilios de jardinería.

A su lado apareció una mujer bajita, morena y muy sonriente. Tenía unos ojos azules chispeantes y vestía de la misma manera que su acompañante.

—Bueno, vamos a ver —dijo la monitora mirándolos con atención—, sois veinte y...

—Diecinueve —corrigió un chico rubio.

—¿Falta alguien?

—Falta Matt —añadió Oliver—. No quiere participar.

—Ah, bueno. Entonces uno de los grupos tiene que ser de tres.

—¡Nosotras! —chilló Hannah y movió una mano en el aire para llamar la atención.

—Mmmm, no es justo. Sois tres chicas y no podéis hacer el trabajo pesado. —Dio un paso hacia adelante y miró al cañonero—. Tú, ¿cómo te llamas?

—Brian...

—Te vas con las chicas y las ayudas cuando tengan que cargar los sacos con semillas.

—Eh, ¿yo? —Vio que Olivia y sus amigas lo miraban con reproche.

—Sí. No parece ser un problema para ti. Se ve que eres fuerte.

—Vale —contestó sin muchas ganas.

Mientras Nadia asignaba los otros grupos, Oliver repartió los guantes y algunas herramientas que eran muy familiares para Brian. El joven miró hacia el grupo de las chicas y sin pensarlo demasiado se acercó a ellas.

—Pienso disfrutar trabajando en el jardín, así que será mejor que dejéis de poner malas caras. No me impresiona —dijo con total naturalidad.

—Yo también quiero disfrutar. —Hannah dio un paso hacia adelante—. Propongo una tregua, ¿te parece bien?

—Como queráis. —Sus ojos se movieron hasta donde estaba Olivia y durante una fracción de segundo se quedó absorto, sintiendo el efecto que tenía sobre él.

Tuvo que tragar duro para contener las ganas de sonreír y trató de racionalizar sus sentimientos, pero fue una batalla inútil porque lo que sentía no era nada nuevo. Cuando estaba cerca de ella su cuerpo reaccionaba de una manera que nunca había sucedido antes.

—Vamos con los demás —dijo Jessica a la vez que se colocaba los guantes de jardinería—. No quiero ser la última.

—No es una competición, chicas. —Nadia movió la cabeza con desaprobación—. No estáis en el instituto. Nadie os va a poner notas.

—Vale —murmuró en voz baja.

—Bueno, pues ya tenéis todo lo necesario para empezar a trabajar. —Se colocó los guantes y agarró unos alicates del suelo—. Quiero que prestéis atención a lo que estamos haciendo Oliver y yo para que no os equivoquéis. Si tenéis dudas, las podéis expresar sin problema.



Durante tres horas los alumnos trabajaron sin parar, algunos quejándose, pero la mayoría disfrutando; como Brian, que no había parado en ningún momento, incluso estuvo ayudando, y dando consejos a los demás, mientras cargaba con las cosas pesadas.

Miró sus manos manchadas de tierra y respiró hondo, en paz consigo mismo. No había usado guantes porque le entorpecían el trabajo minucioso de podar los rosales, un trabajo que requería precisión y dominio de la técnica. Para lograrlo, lo ideal era cortar aproximadamente la mitad del tallo y siempre sobre un brote nuevo. Además de aquello, era recomendable acortar solo las ramas que habían producido flores. Tenía mucho conocimiento sobre el cuidado de las rosas porque se había informado mucho y porque eran sus flores preferidas. Pero, por desgracia, no había ni un rosal en su jardín por falta de dinero.

—Buen trabajo, Brian —dijo Nadia a la vez que palmeaba suavemente su hombro derecho

—. Se nota que no es tu primera vez.

—Gracias —contestó y se mordió la lengua para no seguir hablando. A su lado estaban Olivia y sus amigas, y no quería que ellas escucharan lo que podría contarle a la monitora.

—Bueno, pues ahora podéis volver a vuestras cabañas y ducharos. La cena se sirve a las ocho. —Sonrió con satisfacción—. Estoy muy contenta y orgullosa de cómo habéis trabajado hoy.

Brian se frotó las manos para quitarse algo de tierra seca y se dio la vuelta para irse.

—Espera...

Escuchó la voz de Olivia y se detuvo, pero no se movió de su sitio.

—Dime.

—Gracias por tu ayuda.

—No tienes que darme las gracias siempre. Pensaré que lo dices en serio.

El silencio que vino después hizo que Brian se diera la vuelta, justo cuando Olivia y sus amigas salían por la puerta del jardín. ¿Por qué ella no le había contestado? ¿Se había molestado? Chasqueó la lengua y escupió a un lado. No entendía nada a las chicas como ella. Olivia no era ninguna jovencita alocada, sino bastante tímida, y podía notar por la forma en la que caminaba, con pasos quedos y cortos, que era también pacífica. Hasta su mirada era un reflejo de eso.

¿A qué se debía aquello? Esperaba tener otra oportunidad de hablar con ella y averiguar la razón por la que se había dado cuenta de que quería conocerla y entenderla todavía más.

Capítulo 16

Al día siguiente Olivia se bajó de la cama y miró a su alrededor. Era la única que se había despertado temprano, las demás chicas estaban durmiendo profundamente. Cogió su teléfono móvil y caminó de puntillas hacia la puerta. Salió al porche y el aire fresco de la mañana la golpeó en toda la cara, obligándola a cruzarse de brazos para no empezar a temblar. Soltó un leve quejido, aquel movimiento brusco hizo que sintiera dolor en las muñecas. La tarea de jardinería había hecho mella en su cuerpo, pues no estaba acostumbrada al trabajo físico.

Se sentó en un sillón de mimbre y contempló los alrededores. Una niebla blanca muy fina flotaba en el aire, dándole un aspecto espectral al bosque que rodeaba el campamento. Había pájaros que volaban demasiado bajo, ruidosos y estridentes, y el sol empezaba a asomarse por el horizonte. En aquel momento deseó tener su cuaderno de dibujos para grabar en papel la idílica escena que se extendía delante de sus ojos.

Escuchó un ruido lejano y giró la cabeza hacia la derecha. Vio la silueta de una persona que salía del bosque y empezó a impacientarse. Se puso de pie y se quedó mirándolo con atención. Cuando llegó frente a la cabaña de los chicos reconoció la cara de Brian. Su corazón pegó un saltito, como si se alegrara de verlo. Respiró hondo y sintió las piernas débiles, como nunca antes las había sentido. ¿Qué tenía aquel chico que la tenía tan embobada? ¿Por qué no podía dejar de pensar en él?

Su teléfono móvil vibró en su mano derecha y enseguida miró la pantalla; había recibido un mensaje de texto de sus hermanas. Mensaje que decía que la extrañaban mucho. Soltó un suspiro tembloroso y tecleó una respuesta rápida, diciéndoles que el sentimiento era mutuo.

Escuchó pasos y levantó la mirada, y de pronto se encontró cara a cara con Brian. ¿Cómo había llegado allí tan rápido? Retrocedió dos pasos y chocó con el marco de la puerta. Soltó una risita nerviosa y se mordió el labio con un súbito acto de timidez.

—¿Podemos hablar? —preguntó Brian.

—Sí, pero que sea breve. Las demás no tardarán en despertarse.

—¿Y qué? ¿Te da vergüenza que te vean conmigo?

Su pregunta la tomó por sorpresa y no supo qué contestar. Cohibida, negó con la cabeza para no verse obligada a dar explicaciones.

—Ayer, ¿por qué te fuiste sin terminar la conversación? —Se acercó y le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

Los latidos del corazón de Olivia se aceleraron hasta alcanzar una velocidad alarmante.

—¿Qué haces? —dijo con voz trémula—. Retrocede.

—Dime qué es lo que quieres de mí. —Los músculos de su rostro se contrajeron, pero le sostuvo la mirada sin parpadear—. Me buscas, luego huyes. Me miras, luego me ignoras.

—¿Yo? —jadeó. Sabía perfectamente a lo que se refería, pero sacudió la cabeza y apartó la vista—. Nada.

—¿Nada?! No te creo. —Estiró una mano y la agarró por la cintura, atrayéndola hacia él—. Si quieres mentirte a ti misma, hazlo, pero a mí no. Y si lo haces, atrévete a mirarme a los ojos.

Olivia desvió la mirada y cerró los ojos. Sabía que aquel gesto era infantil, pero si miraba sus ojos, estaría perdida.

—No estoy mintiendo...

—Abre los ojos y mírame.

Obedeció y alzó la mirada hacia el rostro del cañonero, envuelta en una espiral continua de sensaciones. Se dejó hipnotizar por el brillo de sus ojos negros y la atracción magnética que transmitían. Sintió un hormigueo por toda la espalda y se maldijo a sí misma por ser tan débil.

—Ahora vuelve a decirlo —la instó.

Tomó una profunda respiración y abrió la boca para hablar, pero fue interrumpida por un ruido sordo que sonaba a través de las paredes de madera de la cabaña como si estuviesen huecas. Salió de los brazos de Brian y entró corriendo en el interior, huyendo para no tener que contestarle. Cruzó la hilera de camas hasta que llegó al lugar del suceso y vio a Jessica envuelta en una pelea con otra chica pelirroja. Hannah estaba de pie al lado de ellas, intentando tranquilizarlas, pero no le hacían caso. Se tiraban de los pijamas y de los pelos a gritos, y mientras pisaban con sus calcetines cajitas de maquillaje y botecitos de pintura de uñas.

—Roncas como un maldito camionero —chillaba Jessica como una loca—. ¡Es imposible dormir a tu lado!

—¡No es verdad! Eres una puta mentirosa.

—Vuelve a llamarme “puta” y te arranco los ojos —amenazó la amiga de Olivia a la vez que intentaba con desesperación atrapar las manos de la pelirroja.

—¡Ayyyyyyyy, deja de tocarme!

—¿Qué pasa aquí? —vociferó Oliver mientras se acercaba a ellas dando grandes zancadas con la espalda encorvada.

Aquella mañana vestía pantalones militares largos y una sudadera negra con el logo del campamento estampado en el medio. Llevaba el cabello suelto y sus ojos parecían cansados.

Agarró a Jessica por la cintura y la atrajo hacia sí, aprisionándola en sus brazos.

—Ella empezó —murmuró la joven con labios temblorosos, señalando con el dedo índice a la pelirroja.

—¡Mentirosa! —chilló la chica y trató de agarrarla por el brazo, pero Oliver se lo impidió empujándola con suavidad hacia atrás.

—Basta. Estáis castigadas sin ir al río hoy. Os quedáis aquí.

—¡No es justo! —Jessica salió de sus brazos y lo miró con el ceño fruncido—. No puedes hacerlo. Iré a hablar con mi tío.

—Haz lo que quieras, pero la decisión está tomada.

—Es imposible dormir aquí cuando todas las chicas roncan. Además, hace frío y huele a humedad. Y tampoco está muy limpio. —Jessica se enfrentó a él con expresión desafiante. Tenía la parte de arriba del pijama rajada y su pelo estaba despeinado, revuelto en una verdadera maraña—. Las decisiones las toma mi tío, tú no pintas nada.

—Cuidado con lo que dices —advirtió con voz severa—. Puedo expulsarte.

—¡Já! Inténtalo.

—Jessica... —Hannah tiró de su brazo para llamar su atención—. No seas borde.

—Hago lo que me da la gana. —Dio la vuelta y salió de la cabaña casi corriendo.

Se hizo un silencio largo en el cual las chicas se miraron la una a la otra consternadas por la pelea.

—En diez minutos se sirve el desayuno —dijo el monitor con la voz un poco más calmada—. Las que quieran ir al río, deben pasar por el almacén para que os puedan equipar.

Dio la vuelta y abandonó la cabaña murmurando palabras incomprensibles.

—¿Qué ha pasado exactamente? —susurró Olivia mirando a Hannah.

—No lo sé, me despertaron los gritos.

—Vuestra amiga es una loca —espetó la pelirroja—. Espero que la expulsen. Así nos libramos de ella.

—Jessica no es ninguna loca —gruñó Hannah y dio un paso hacia adelante, amenazante.

—Ey, no más peleas.

Olivia agarró a su amiga por la muñeca y tiró de ella con suavidad.

—Eso, dejad ya de discutir —agregó una de las otras chicas—. Hemos venido aquí a disfrutar, no a pelearnos como si fuéramos niñas.

Hannah relajó la postura que había adoptado y se agachó para recoger las cosas del suelo.

—No sé si me apetece ir al río —dijo a la vez que guardaba todo en un pequeño estuche de color rosa—. Jessica estará sola.

—Nos quedaremos aquí y...

—No puedes dejar escapar esta oportunidad. —Levantó la mirada de golpe—. Tienes que

vencer tu miedo al agua.

—No quiero ir sin vosotras. —La voz se le ahogó en la garganta. Se abrazó a sí misma, como para darse calor, y suspiró.

—Estarás bien. —Se puso de pie y después de cerrar la cremallera del estuche esbozó una leve sonrisa—. Eres valiente y puedes con todo.

—Pero...

—Vamos a hablar con Oliver. Los monitores te ayudarán a superar el trauma y estarán muy pendientes de ti.

—No lo sé. Tengo miedo.

—Es normal. —La miró a los ojos un largo instante y luego prosiguió: —Ey, si no quieres ir, no pasa nada.

—Vamos —dijo con determinación.

Su amiga asintió con la cabeza y después de calzarse y vestirse salieron de la cabaña cogidas del brazo.

Capítulo 17

Brian cerró la cremallera de su chaqueta con gesto enérgico y luego guardó el chaleco salvavidas en la mochila. Los monitores les dieron herramientas esenciales de supervivencia y les explicaron cómo utilizarlas. Él las conocía porque las había usado cientos de veces cuando vivió en el bosque con sus padres, pero no dijo nada al respecto.

Para el viaje en el barco se apuntaron muy pocos y la mayoría eran chicos. Se sorprendió cuando vio a Olivia entre ellos, había dado por hecho que ella se quedaría en la cabaña con sus amigas. La experiencia no iba a ser muy agradable, ya que hacía dos días había llovido y el río estaba muy crecido.

—Bueno, ¿tenéis alguna duda? —preguntó Oliver mirándolos con atención—. Si queréis, podemos repasar de nuevo las indicaciones.

—No hace falta —dijo un chico bajito a la vez que cerraba la cremallera de su traje de neopreno—. Creo que nos ha quedado claro lo que tenemos que hacer.

—Entonces vamos al río. Allí están las canoas.

El grupo empezó a caminar a su lado, menos Olivia, que se había quedado estática en su sitio.

—Ey, ¿estás bien? —preguntó Brian con cierta preocupación. Le colocó la mano en la parte baja de la espalda y la instó a mirarlo.

—No lo sé. —Parpadeó rápidamente—. Tengo un poco de miedo.

—¿Por qué no te quedas en la cabaña con tus amigas?

—Quiero ir. Vine a este campamento para participar en las actividades. He dedicado demasiado tiempo al cuidado de mis hermanas.

—Entiendo...

—¿Puedo pedirte un favor?

Brian asintió de inmediato. Sentía en su interior un impulso, un extraño deseo de ayudarla.

—¿Puedes remar cerca de mi barco? No quiero estar sola, por si algo pasa.

—Cuenta conmigo. Se nota que es tu primera vez. —Golpeó su hombro con el puño y empezó a caminar a su lado.

—Gracias.

—Deja de agradecerme todo siempre. Además, tenemos una conversación pendiente —dijo sonriendo de lado.

La miró durante un momento y al ver que estaba seria decidió mantenerse callado durante el resto del camino. Se la veía bastante incómoda y temerosa.

Cuando llegaron a la orilla del río Oliver se acercó a ellos cargando con dos palas.

—Comenzaremos el descenso desde aquí. El recorrido es de ocho kilómetros y el lugar de encuentro está señalado con cinco banderas rojas. Es imposible perderlo de vista —informó mirando a Olivia—. Vamos a practicar un poco los giros y los círculos, por si tenéis que evitar algún obstáculo.

Ellos lo siguieron hasta donde estaban colocadas alrededor de veinte canoas de color naranja, muy estridente.

—Brian, quiero que ayudes a Olivia a que se suba. Yo voy a sostener la canoa con fuerza.

—Vale.

Se acercó a ella y la agarró por el codo. Vio que el monitor dejó las palas en el suelo y se preparó para echarle una mano a la ricachona. Desde que la había conocido un poco mejor jamás la había visto tan asustada como en aquel momento.

—Sube lentamente y centra tu peso para que la canoa no se balancee demasiado —indicó Oliver—. Siéntate en la parte trasera para poder dirigir mejor.

Brian le dio un apretón para avisarla de que estaba listo y ella enseguida levantó el pie derecho, apoyando su hombro en el suyo. Metió el otro pie y él la soltó con cuidado.

—Muy bien, ahora siéntate y alcanza la pala. Pero despacio, y no inclines el cuerpo —explicó el monitor—. Colócala en el agua y tira de ella hacia ti utilizando los brazos y los músculos centrales. Y mantenla cerca de la canoa.

La joven hizo todo lo que el hombre le indicó y luego tomó una profunda respiración para relajarse.

—Para avanzar giras el cuerpo en dirección contraria a donde está colocada la pala. Si quieres realizar un giro brusco, da un barrido de pala solo en un lado.

Después de varios minutos practicando los movimientos, los monitores les hicieron señas de que ya podían avanzar hacia adelante. Se colocaron los chalecos salvavidas y empezaron a usar sus palas con movimientos algo torpes.

Al sonido del agua chapoteando se añadió el de los ánimos que soltaba Oliver en voz alta. Se veía que estaba disfrutando haciendo su trabajo.

Brian esperó a Olivia y cuando llegó a su lado empezó a remar hacia el centro del río.

—Tus movimientos son demasiados ruidosos —le dijo riendo—. Baja un poco los codos.

—Es que es difícil —contestó con la voz agitada.

—No lo es. Tienes que coordinar tus movimientos y remar con la cintura, no con los

brazos. Mira cómo lo hago yo.

—Lo intento.

—Hazlo despacio. No tenemos prisa. —Miró hacia ella por encima del hombro.

—Pero los demás han avanzado mucho.

—No te preocupes por ellos. —Dejó de remar para que pudiera alcanzarlo.

—Creo que le estoy pillando el truco —dijo jadeando—. Empieza a gustarme.

—Me alegro, ahora sígueme.

Brian miró hacia adelante, sintiéndose emocionado por el entorno. El río estaba tranquilo como un espejo, excepto en las orillas, donde el agua fresca bailaba sobre las piedras. Las montañas que estaban en el lado derecho hacían que el paisaje fuera más espectacular aún.

Amaba la naturaleza, la belleza de los bosques, de los ríos y del cielo. Nada era tan reconfortante como todo lo que lo rodeaba. No se arrepentía de haberse apuntado al campamento, de hecho, estaba disfrutando más que nunca. Se sentía libre y en cierta manera feliz. Además, sus hermanos no estaban cerca molestando y haciendo putadas como siempre.

Capítulo 18

Olivia notaba cómo las gotas de sudor resbalaban por su frente y se le metían en los ojos, nublándole la vista. Su corazón palpitaba como un tambor y apenas le quedaba fuerza en los brazos. Pero no quería detenerse, no quería abandonar y que todos pensaran que era una inútil.

Por primera vez en la vida hacía algo valiente, nada propio de ella, y nadie la criticaba. Todo lo contrario, la animaban a seguir adelante. El monitor y Brian la apoyaron incondicionalmente, y se sentía agradecida por ello. Sin ellos no hubiera podido superar el miedo que le tenía al agua.

Tomó una profunda respiración y dejó de remar. La corriente del río llevaba la canoa a un ritmo enérgico, pero ya no tenía miedo. Además, el cañonero estaba a unos cuantos metros de distancia dispuesto a ayudarla si hiciera falta.

Durante media hora disfrutó del viaje y del maravilloso entorno. Vio peces saltando sobre el agua, puentes colgantes y patos salvajes. El sol estaba en todo lo alto y todas las partes del agua brillaban con intensidad. Estaba rodeada de destellos, como si estuviera navegando en un mar de espejos. Sus compañeros y los monitores no estaban a la vista, se había quedado muy atrás, pero no le importaba. Por primera vez desde aquel incidente en la piscina se sentía libre, sin ataduras. Como si el miedo que había sentido durante todos aquellos años no tuviera sentido. Una buena parte de las piedras que cargaba en su mochila invisible dejó de pesar.

Vio por el rabillo del ojo que Brian se había puesto de pie en la canoa y le hacía señas con las manos. Pero antes de que le diera tiempo a entender sus gestos, sintió una fuerte sacudida. Asustada, miró a todas partes sin saber lo que estaba ocurriendo. No obstante, se dio cuenta de que el río se hizo más estrecho y más rápido, y la superficie estaba surcada de pequeñas crestas que resultaba muy difícil saber a cuánta profundidad se ocultaban las piedras.

Escuchó gritos y miró hacia el barco de Brian, pero no podía entender lo que él le estaba diciendo. Tomó la pala y empezó a remar para alcanzarlo, pero la canoa no avanzaba en ninguna dirección. Se golpeaba contra la espuma con violencia, sacudiéndola. Intentó con todas sus fuerzas controlarla, pero perdió el equilibrio y cayó de espaldas. Se golpeó el codo y la pala se le escapó de la mano. Soltó un gruñido de exasperación y se incorporó para tratar de recuperarla. Pero fue sin éxito, se perdió entre la multitud de crestas espumosas.

—¡Brian! Espérame —gritó por encima del ruido del río.

Se abalanzó hacia adelante poniéndose a gatas para intentar remar con los brazos y justo entonces la canoa pasó por encima de una roca y toda la estructura saltó hacia arriba. El agua se precipitó en el interior, hundiéndola poco a poco. En unos cuantos segundos el barco desapareció bajo las aguas. Le dio tiempo a agarrar la mochila y la bolsa con ropa seca. Luchó contra la fuerza del agua y gracias al chaleco salvavidas pudo mantener la cabeza en la superficie. El río estaba mucho más hondo de lo que había pensado.

Un fuerte brazo la agarró por la cintura y tiró de ella para ayudarla.

—¿Estás bien? —preguntó Brian con la voz jadeante y mirándola fijamente a la cara. La apretó contra él, rodeándole el cuerpo con un brazo.

—Creo que sí —jadeó a la vez que tosía agua.

—Vamos a la orilla. La corriente nos arrastra con fuerza.

Se dejó llevar por él y cuando por fin pudo tocar el suelo con los pies se sintió aliviada. Caminó a su lado a trompicones y tratando de no pisar las piedras de color verde por miedo a resbalar y torcerse el tobillo.

Consiguieron salir, chorreando agua y muertos de frío a pesar de llevar puesto el traje de neopreno. Dejaron las mochilas en el suelo y se desplomaron en una pequeña zona de arena, exhaustos.

—¿Y tu canoa? —susurró.

—Tuve que saltar al agua para rescatarte. Te arrastraba la corriente y podrías haber acabado en cualquier lugar.

—Oh... Lo siento.

Se limpió el agua de la cara y se escurrió el cabello a la vez que pasaba los dedos entre los mechones para desenredarlo.

—Lo importante es que estás a salvo.

—Nos hemos perdido, ¿verdad? —dijo mirando hacia el río—. ¿A cuantos kilómetros crees que estamos del campamento?

—Mmm, puede que unos siete, pero no te preocupes, aunque sea terreno inexplorado por mí, sé cómo orientarme. —Se quitó las botas y los calcetines mojados y movió los dedos de los pies rápidamente—. Tenemos comida y ropa seca. Te recomiendo que te cambies para no pillar un resfriado.

—Vale... —murmuró insegura mirando por encima de su hombro derecho—. ¿Hay animales salvajes?

—En todos los bosques hay. Este no será una excepción.

—Oh, ¿y cómo vamos a protegernos?

—Ya lo veremos. Ahora hazme caso y quítate la ropa.

—Hmm... —Giró la cabeza para mirarlo—. ¿Cómo?

—Yo haré lo mismo detrás de ese arbusto. —Se puso de pie y le ofreció una mano para ayudarla a levantarse—. Prometo no mirar.

—Quédate tú aquí y me voy yo detrás del arbusto. —Tomó su mano y el contacto le provocó un estremecimiento.

—¿Ves? Ya estás temblando.

—No...

—Como quieras. Pero hazlo ya. —Le acarició los dedos con el pulgar—. Puedes mirar, no me importa.

—No voy a mirar. —Negó con la cabeza, abochornada, e hizo una mueca. Su piel se estaba calentando y se volvía demasiado sensible. Aun así, esperó rígida su siguiente movimiento.

Brian soltó una carcajada estrepitosa, divertido por la situación.

—¿No has visto a un chico desnudo?

Olivia abrió los ojos como platos y apretó la mandíbula con fuerza, le cosquilleaba el estómago como si viajara en una montaña rusa.

—No hace falta que contestes. Tu reacción ya lo hace por ti. —Sonrió de manera fugaz—. No voy a entretenerme más. Ve y cámbiate.

Retiró la mano y se agachó para coger la bolsa con ropa seca. Sus movimientos eran torpes y estaba temblando, aunque no tenía claro si era por el frío o por las palabras de Brian. Conocía cómo era un chico semidesnudo, o al menos sabía cómo era él con el torso descubierto. No había podido olvidar el impacto de verle sin camiseta en el almacén mientras trabajaba con la madera. Le pareció atractivo y sexy, un peligroso asalto a sus sentidos.

Caminó hacia el arbusto y se fue hacia el lado más frondoso. Soltó un suspiro tembloroso, solo recordar aquella escena le hacía palpar las sienes por la tensión. ¿Cómo iba a sobrevivir el tiempo que pasarían juntos sin enamorarse de él?

Capítulo 19

Brian estiró el traje de neopreno y la ropa mojada en la hierba y se fue a buscar leña para encender el fuego. Necesitaban beber y comer algo caliente antes de emprender el viaje hacia el campamento, para recuperar fuerzas.

El bosque era denso y el suelo estaba cubierto de matorrales y arbustos pequeños que le dificultaban la búsqueda. No obstante, encontró unos cuantos troncos que no estaban tan impregnados de la humedad y varias ramas secas.

Cuando regresó encontró a Olivia acurrucada en el suelo. Tiró la leña en el suelo y corrió junto a ella.

—Oye, ¿estás bien?

—Me pinché con algo y me duele mucho —contestó entre dientes, sin levantar la mirada. Su pie derecho estaba descalzo y atrapado entre sus dedos finos y temblorosos.

—Déjame ver.

Ella retiró las manos y le enseñó la herida que tenía en el talón. Era como un punto rojo que sangraba libremente y sin piedad.

—Seguro que has pisado un trozo de cristal. Voy a traer el botiquín de primeros auxilios. No toques más la herida.

Se fue hacia la orilla y cogió una de las mochilas. La abrió y miró en el interior hasta que localizó un estuche de color blanco que tenía una cruz roja dibujada en el medio. Regresó con Olivia y se sentó en el suelo, a su lado.

—Primero voy a desinfectar la herida y luego buscaré con una pinza por si tienes algún trozo de cristal en el interior.

—Vale.

No era la primera vez que curaba una herida, sus hermanos a menudo llegaban a casa sangrando. Como eran muy inquietos y hacían todo tipo de salvajadas, terminaban haciéndose daño.

Después de haberse asegurado de que la herida estaba desinfectada y limpia, pasó una venda alrededor del tobillo.

—Intenta estar quieta un rato.

—Gracias —murmuró en voz baja.

—Voy a encender el fuego y quiero que lo vigiles para que no se apague. Hay leña de sobra.

Se arrodilló en el suelo y empezó a construir una minuciosa estructura para el fuego y luego se interrumpió para sacar el mechero que había guardado con la ropa seca. Cogió unas ramas pequeñas y las juntó haciendo la forma de una esfera. Encendió el mechero y la leña empezó a arder lentamente, soltando un débil y fluctuante hilo de humo.

—¿Vas a irte otra vez? No me dejes sola.

—Voy a buscar hierbas para preparar un té. —Alimentó el fuego y después de haberse asegurado de que estaba ardiendo con fuerza, se puso de pie.

—No tardes, por favor. Tengo miedo.

—Solo será un momento —aseguró mirándola. A pesar de su aspecto desastroso y exhausto, saltaba a la vista que era muy guapa. Su perfil era impresionante y sus labios eran carnosos y apetecibles. Aquella visión hizo que se le acelerara el corazón y que le flaquearan las rodillas.

Dio media vuelta e hizo un esfuerzo por respirar a pesar del nudo que se le había formado en el pecho. Aquello era una auténtica tortura. El deseo de tomarla entre sus brazos y besarla se hacía cada vez más insoportable.

Bajó la vista al suelo y miró con mucha atención las hierbas que había a su alrededor hasta que reconoció las hojas rizadas y rugosas de la menta; una planta medicinal que ayudaba a aliviar problemas digestivos. Cogió unas cuantas ramitas y regresó a la orilla del río.

Olivia estaba colocando leña en el fuego y sonrió cuando lo vio.

—Qué bien que estás aquí.

—Encontré menta —dijo a modo de información. Abrió la mochila y sacó una cazuela de acero. La colocó encima del fuego y prosiguió: —¿Dónde está tu botella de agua?

—Está vacía...

—Es para llenarla con agua del río y ponerla a hervir.

—Aquí. —Se puso de pie y le entregó el frasco.

—No te levantes, guarda reposo —dijo mirándola a los ojos.

El pelo se le estaba secando y tenía un aspecto sano y brillante. Sus mejillas eran como rosas y parecían tan suaves como los pétalos. Era como aquellas flores que cada mañana estaban impregnadas de rocío y se veían tristes, pero cuando salía el sol acaparaban la atención de todo aquel que pasaba con su resplandor.

—Está bien. —Volvió a sentarse y clavó la mirada en el fuego—. La cazuela se está quemando.

—¡Mierda!

Brian se agachó y cogió una de las prendas mojadas que había en el suelo y con ella agarró el cacharro para sacarlo del fuego. Lo dejó encima de unas piedras para que se enfriara y se fue a la orilla del río. Llenó la botella con agua y volvió al lado de Olivia, maldiciéndose a sí mismo por su despiste. Se había quedado embobado mirándola en vez de prestar atención a lo que estaba haciendo.

Echó el agua en la cazuela y lavó las ramitas de menta. El olor fresco llegó a sus fosas nasales y no pudo evitar inspirar hondo.

—Tengo hambre —dijo la joven y él volvió a mirarla.

—Prepararé antes el té para que podamos entrar en calor y luego abriré una lata de albóndigas y la pondré a calentar.

—Vale...

—¿Cómo está el pie?

—Mejor —se apresuró a contestar—. Ya no me duele.

—Me alegro. —Sonrió y vio que ella le devolvía el gesto.

—Tengo curiosidad, ¿por qué viniste al campamento? No tienes amigos... Bueno, he visto que ahora tienes uno.

—¿Tú por qué viniste? —Colocó la cazuela en el fuego y se sentó a su lado.

—Para pasármelo bien.

—Pues yo también —aseguró—. No necesito amigos para eso. Estoy acostumbrado a estar solo.

—Yo tengo amigas, pero es como si no las tuviera. Nunca salgo con ellas. —Se inclinó hacia adelante y colocó la cabeza sobre las rodillas, pensativa.

—¿Por qué? Son unas bocazas y unas loquillas, pero supongo que contigo se están portando bien.

—No se trata de ellas, son buenas amigas.

—¿Entonces? —Giró la cabeza para mirarla.

Olivia suspiró y después de unos segundos en silencio dijo:

—Porque mis padres son unos irresponsables, porque casi nunca están en casa y porque piensan que es mi obligación cuidar y vigilar a las gemelas. Pero eso se acabó. —Apretó ligeramente los puños—. Cuando cumpla dieciocho años me voy de casa. Además, estaré estudiando en la universidad.

—Ohhh... Yo tengo dos hermanos gemelos, pero ya no son niños. Son unos gamberros y no paran de meterse en problemas. Pero mis padres se encargan de ellos.

—Como debería de ser...

—Ya que nos estamos confesando las penas, ¿qué te parece si seguimos con la conversación que tenemos pendiente?

—Vale, pero antes deberías sacar la cazuela del fuego. El agua está hirviendo —dijo con tranquilidad.

—¡Joder!

Capítulo 20

Olivia miraba maravillada cómo el cañonero se encargaba del fuego, de la comida y del té. Jamás había pensado que era un chico tan apañado.

—Bueno, el té ya está listo. ¿Quieres que te sirva?

Él se dio la vuelta y sus ojos conectaron con los de ella durante un largo momento y se sintió expuesta, como si fuera transparente. Desvió la vista y tragó con dificultad. No quería mirarlo más de la cuenta porque notaba un sinfín de emociones desfilando por su interior.

—Sí, por favor.

Fijó la vista en la hoguera. El fuego crepitaba y devoraba la leña seca con sus llamas rugientes. Una imagen reconfortante, cálida, que la hacía sentirse segura y a salvo.

—Aquí tienes. Cuidado, que quema —dijo Brian y esperó pacientemente hasta que ella cogió el vaso de acero humeante.

—Qué bien huele. —Dio un sorbo pequeño—. Y sabe rico, ni siquiera le hace falta azúcar.

—Me alegro. —Se sentó a su lado y miró hacia adelante—. Eres rica, tu padre es el hombre más importante del pueblo y se rumorea que va a ser el nuevo alcalde. ¿Por qué hablas conmigo? ¿Por qué me buscas? No tengo nada de especial y soy pobre. Vivo en una maldita caravana y comparto la cama con mis hermanos.

—Sí, soy rica porque mi padre lo es —dijo con indignación—. Hablo contigo porque eres especial, aunque no seas capaz de verlo.

Sus miradas se encontraron y un ramalazo de sentimientos los sacudió a ambos.

—¿Qué tengo de especial? ¿Qué es lo que ves en mí?

—Tienes talento, en tus manos la madera se convierte en una verdadera obra de arte. He visto el jardín...

—Tengo tu dibujo y es maravilloso.

Sonrieron al mismo tiempo.

—Pero no te estoy buscando.

—¿Ah, no? —Dejó su vaso con el té en el suelo y se puso de rodillas delante de ella—. ¿Cómo es que no paro de tropezarme contigo? Y cada vez que eso pasa, me miras como si quisieras tener algo conmigo.

—Yo no... —balbuceó y soltó un suspiro tembloroso—. Yo... A mí, es que... tú...

—Ey, deja de hablar. —Le colocó el dedo índice sobre los labios—. Respira hondo.

Olivia cerró los ojos y tomó una profunda respiración. El hecho de que su dedo aún estuviera encima de sus labios no ayudaba. El corazón le latía con tanta fuerza que le dolía. Además, se sentía inquieta, como si estuviera esperando a que ocurriera algo. ¿La iba a besar? No quería abrir los ojos, no quería ver la expresión de su cara. Le resultaba imposible resistirse al cosquilleo que le provocaba.

—Creo que me buscas porque te sientes atraída por mí —añadió Brian.

La joven negó con la cabeza, aturdida. Entonces el cañonero volvió a hablar.

—Sientes algo que no puedes definir, algo irresistible, y tu corazón pide a gritos que conectes tus labios con los míos.

Nada había preparado a Olivia para la fuerte emoción que la invadió ante las palabras de Brian, palabras que decían la verdad, palabras que ella misma tenía miedo de pronunciar en voz alta.

—No hace falta que lo niegues porque siento lo mismo y es algo jodidamente intenso. Es demasiado fuerte como para dudar.

Aquella confesión la dejó sin aire y le costaba creer lo que escuchaba.

—Y voy a besarte ya porque me muero por hacerlo.

Ella abrió los ojos parpadeando como si acabara de salir de un sueño y encontró los ojos negros de Brian, hipnóticos e irresistibles, clavados en su boca. Absorta, se humedeció los labios con la lengua y fue justo entonces cuando, de repente, él le puso una mano en la nuca y la besó. Todo su cuerpo se volvió un hervidero, nunca se había imaginado que sentiría tantas emociones a la vez, emociones tan cargadas de significado.

Respondió a su petición y entreabrió los labios, sintiendo cómo el placer cobraba vida. Se había entregado sin reservas a ese primer beso porque sentía algo maravilloso que la embargaba de felicidad. De hecho, le parecía una sensación increíblemente intensa y agradable.

Los labios del cañonero hacían que el corazón le latiera deprisa, provocando un hambre salvaje que tomó el control de toda ella. Mientras él la besaba, se aferraba a su cuello con todas sus fuerzas, se había equivocado al tratar de mantener las distancias con él. También al intentar convencerse de que aquel chico no le interesaba.

De pronto, Brian apartó la boca de la de ella y respiró hondo. Hizo un esfuerzo para no ir demasiado lejos y volver a besarla. No quería asustarla y darle a entender que quería aprovecharse de ella. Besarla había sobrepasado todas sus fantasías y quería ir despacio porque tenía toda la intención de retenerla en su vida.

—Ha sido increíble y espero que se convierta en una costumbre. —Se relamió los labios y prosiguió: —Sé que lo que voy a decir a continuación puede parecer una locura, pero es lo que

siento y deseo ahora mismo.

—Te escucho —dijo desorientada. Necesitó unos segundos para reponerse, el beso había despertado en ella sensaciones asombrosas y totalmente desconocidas.

—Quiero estar contigo y conocer cada parte de ti. Realmente me gustas.

Su declaración la sacudió y sentía las emociones a flor de piel. ¿Estaba lista para dejarlo entrar en su vida? ¿Aquello podría funcionar? Sus dudas duraron una fracción de segundo, porque al mirar sus labios se sonrojó. Era imposible frenar sus sentimientos recién estrenados.

—También me gustas.

La emoción hizo que Brian fuera incapaz de decir nada. La estrechó entre sus brazos y se limitó a abrazarla mientras asimilaba sus palabras. Necesitaba asegurarse de que todo era cierto, de que quería estar con él a pesar de su mala reputación.

—¿Estás segura de que quieres salir conmigo? Soy un maldito cañonero.

—Eres un chico maravilloso, inteligente y trabajador. Si cuidas de tu familia, estoy segura de que cuidarás de mí también.

—Olivia... No tengo un duro en el bolsillo. —Su voz salió ahogada—. No voy a poder llevarte a ningún sitio ni comprarte regalos.

—No necesito nada de eso —aseguró mirándolo fijamente a los ojos—. Lo que quiero es tu atención y que compartamos el amor por el arte. Estoy deseando matar la soledad de una vez por todas.

—Lo tendrás.

—Perfecto. —Sonrió con timidez—. No necesito nada más.

Se miraron a los ojos como si fuera la primera vez que realmente se veían, como si acabaran de conocerse.

—¿Puedo volver a besarte?

—Mhm...

Brian se inclinó hacia adelante y ella cerró los ojos por instinto. Podía sentir un soplo de aire caliente acariciando sus labios, haciendo que un hormigueo se desatara por toda su columna.

De pronto, los labios húmedos y suaves de él rozaron los suyos y se estremeció, un escalofrío lento y delicioso. Se sentía abrumada y se dejó llevar por las sensaciones, incapaz de moverse. Cuando él la besaba no podía resistirse y lo que sentía le llegaba al alma.

—No quiero parar, pero tengo que hacerlo. Estamos hambrientos —murmuró Brian con los labios pegados a los de ella—. Y hay que buscar más leña para el fuego.

—Sí, tengo mucha hambre —suspiró a la vez que se echaba hacia atrás—. Vigilaré el fuego.

Capítulo 21

Brian dejó la leña en el suelo, al lado del fuego, y cogió una lata de albóndigas. Metió la mano dentro del bolsillo de su pantalón y sacó una navaja multiusos. La miró unos cuantos segundos y respiró hondo. Se la había regalado su padre cuando vivían en el bosque y la había usado miles de veces para pelar madera, cortar cosas y destripar animales. Desde entonces jamás se había separado de ella.

Abrió la lata de albóndigas y echó el contenido en la cazuela. Cogió un palo del suelo y después de pelar la corteza, lo usó para remover la comida.

—No tenemos tenedores, solo la cuchara que tengo en mi navaja —informó—. Tendremos que turnarnos para comer.

—No me importa. Puedo esperar. —Se puso de pie y se acercó a él. Dejó el vaso vacío al lado de la mochila y prosiguió: —Háblame un poco de tu familia.

—¿Qué quieres saber?

—Pues no lo sé. Los míos son unos arrogantes y egoístas. Solo piensan en ellos, sin importarles para nada las demás personas que están a su lado. Por eso me encargo yo del cuidado de mis hermanas. Son muy rebeldes y todas las niñeras que fueron a cuidarlas se marcharon nada más empezar a trabajar. Mis únicas vías de escape son el instituto y el dibujo.

—Tienes comida, una habitación para ti sola...

—Sí, pero no tengo el cariño de mi familia. En esa casa no soy una hija, soy una sirvienta más.

—A mí me han tratado siempre bien y han hecho todo lo posible para que no nos falte comida. Cuando tuvimos que vivir en el bosque...

—¿Habéis vivido en el bosque? —Lo miró horrorizada—. ¿Por qué? ¿Durante cuánto tiempo?

—El banco nos quitó la casa...

—¿Y nadie os ayudó? ¿El Ayuntamiento? ¿Los servicios sociales?

Brian chasqueó la lengua y soltó una risa amarga.

—Tuvimos que escondernos. Si unos padres que no tienen recursos tienen a cargo menores, los servicios sociales se los quitan.

—Ah, es verdad. Lo siento. Tuvo que ser muy duro.

—Lo fue al principio —admitió—. Dormíamos envueltos en ropa y mantas, y cuando llovía nos teníamos que cubrir con bolsas de plástico.

—Ohhh... —Se le puso un nudo en la garganta que le ató la lengua y le humedeció los ojos.

—Construimos un refugio y mi madre plantó un huerto. Todos los días salía con mi padre a cazar y a pescar. La comida no nos faltaba, pero cuando llegó el invierno, pasamos mucho frío.

—La vida es injusta con aquellos que no lo merecen. Sois buenas personas y gente trabajadora —dijo con voz trémula.

—Ey, no te pongas triste. Estamos bien. —Se agachó junto a ella y le cogió la cara entre las manos.

Movió los labios sobre los suyos con deseo apenas reprimido. La besó suave al principio, pero cuando sintió que los labios de ella se estremecían bajo los suyos, el beso se volvió más posesivo y hambriento. Había olvidado lo maravilloso que podía llegar a ser eso. Allí, con esa boca cálida a su merced, con aquel frágil cuerpo contra su pecho. No entendía lo que le hacía la ricachona y pensó en retroceder, pero ya era tarde. Sus manos estaban atrapadas en su cabello y la besaba con pasión. Supo que nunca había sentido algo así por nadie y que nunca lo volvería a sentir. Ya no existía nada en el mundo, excepto Olivia.

No obstante, rompió el beso a duras penas y murmuró:

—Vamos a comer.



Después de media hora apagaron el fuego y recogieron sus cosas. Entraron en el bosque y evitaron caminar por donde la arboleda era más espesa. El silencio era casi total y los rayos de sol bailaban entre las hojas de los árboles y sobre sus cabezas formando una cortina de luces multicolores. El aire era suave y un poco más fresco; y las ramas parecían estar vivas, como si fueran empujadas de un lado a otro por una fuerza invisible.

—¿Cómo está tu pie? —preguntó a la vez que la cogía de la mano.

—Bien, no me duele.

—Me alegro. —Miró hacia el cielo y se fijó en la dirección en la que se movían las nubes. Era de oeste a este y aquello lo ayudaba a encontrar y seguir el norte.

—¿Crees que llegaremos esta tarde al campamento?

—No lo veo posible. Son las cuatro y media, y en unas horas el bosque se quedará totalmente a oscuras —contestó, mirando su reloj de pulsera—. Caminaremos una hora, como mucho, y luego nos pararemos a construir un pequeño refugio para poder pasar la noche.

—¿Dormiremos en el bosque? —Dejó de caminar y giró la cabeza para mirarlo.

—No tenemos elección. Si nos quedamos al lado del río, los mosquitos no nos dejarán en paz. —Estiró la mano libre y le acarició las mejillas—. No te preocupes, vamos a estar bien. Ya lo verás.

—Vale, pero no quiero que me dejes sola en ningún momento.

—No lo haré. —Sonrió para tranquilizarla.

Su cara de espanto le pareció graciosa, nada parecido a lo que pensaba cuando la veía en el comedor del instituto. Siempre había dado por hecho que era una chica fría e intocable, como la obra de arte más bella y más cara del mundo expuesta en un museo.

Le dio un apretón a la mano y volvió a prestar atención a la caminata, no quería despistarse y luego acabar dando vueltas en círculo.

Capítulo 22

Caminaron por el bosque durante una hora y luego se pararon en un lugar con poca arboleda. Recogieron leña y ramas para construir el refugio, y luego encendieron el fuego.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Olivia.

—No, ya casi está. Solo falta hacer la cama. —Tiró con fuerza de la cuerda y la ató al árbol más próximo.

Dio un paso hacia atrás y miró su obra de arte. Como solo iban a pasar la noche en el refugio, no había invertido mucha energía en construirlo. Había tenido la suerte de encontrar unos troncos grandes que había metido en el suelo con la ayuda de una roca, en forma de cuadrado para que actuaran como estacas. Con una cuerda, ató ramas delgadas para formar el techo y luego colocó encima trozos grandes de musgo. Lo mismo hizo con las paredes del refugio.

—Para mantenernos calientes y secos durante la noche voy a colocar ramas en el suelo —dijo a modo de información—. Y encima muchas hojas. Dormiremos cómodos.

—Me encanta cómo ha quedado. Eres un experto.

Mientras Brian llenaba el refugio de ramas y hojas, Olivia preparó la leña para el fuego colocándola en una pequeña pirámide. Debajo había puesto ramitas, pasto seco y astillas.

—Muy bien —dijo el cañonero mirando la leña—. Aprendes rápido.

—¿La enciendes tú?

Él metió la mano dentro del bolsillo de sus pantalones y le entregó el mechero.

—Hazlo tú —la animó—. Has visto cómo lo hice yo con el otro fuego.

Cogió el mechero y se arrodilló delante de la pirámide de madera. Cogió en una mano un montón de pasto seco y le prendió fuego. La llama no tardó en aparecer y ella, asustada, tiró todo al suelo.

—Ayyy, que me quema.

Brian soltó una carcajada y se agachó a su lado.

—No tenías que coger el pasto en la mano. —Agarró el mechero y encendió el resto de ramitas secas. Sopló para propagar las llamas y varias chispas saltaron en el aire.

—La próxima vez tendré más cuidado —dijo con un suspiro.

—No está mal, es tu primera vez. Nos queda una lata de albóndigas.

—No me han gustado mucho —se quejó.
—Si quieres comer otra cosa, puedo ir a cazar algo.
—¡No! —Cerró los ojos y negó enérgicamente con la cabeza—. No quiero, no podría comer... Me daría mucha pena.
—Está bien —dijo riendo—. Voy a preparar otro té, para tenerlo durante la noche.



Después de comer Brian sacó de la mochila las prendas de ropa seca. Las colocó encima de la cama de hojas y salió para avisar a la ricachona de que ya podían ir a dormir.

La encontró junto al fuego y con el vaso de té en las manos. Daba pequeños sorbos y miraba las llamas crepitantes con fijeza.

—Un penique por tus pensamientos.

Levantó la mirada y soltó un breve suspiro.

—Estaba pensando en mis hermanas. Es increíble, pero las echo de menos.

—Yo también echo de menos a los míos. Pocas veces hemos estado separados. —Estiró una mano—. Vamos a dormir, necesitamos coger fuerzas para mañana.

—Vale. —Dio un sorbo largo a su té y tomó su mano.

El contacto con su piel caliente hizo que un extraño deseo de besarla se avivara en su interior. Se puso de pie y se quedó mirándolo a la cara. Tenía los labios entreabiertos y respiraba con agitación.

—Eres tan hermosa y tan diferente a las demás chicas —murmuró—. Me alegro de que nuestros caminos se hayan cruzado. Pero tengo que confesarte algo.

Ella frunció el ceño con falta de paciencia.

—Fui yo quien pinchó las ruedas de tu coche.

—¿Qué? ¿Hablas en serio? ¿Por qué lo hiciste? No me digas que porque soy rica y que mi padre es...

—No, espera... —Le dio un apretón en la mano—. Nada de eso. Aquella mañana iba

caminando tranquilamente al instituto como siempre, no había nadie en la carretera a esas horas. Hasta que un coche casi me atropella. El tuyo.

—Ah, ¿estás seguro? Conduzco bastante bien.

—Había memorizado la matrícula y cuando lo vi en el aparcamiento me entró rabia. Quería darle una jodida lección al chófer, no sabía que eras tú hasta que te vi intentando cambiar la rueda.

—Me has mentido todo este tiempo. ¿Por qué no me dijiste nada cuando fui a tu trabajo? Tenías la oportunidad perfecta para decir la verdad.

—Porque en ese momento no era consciente de mis sentimientos hacia ti. Porque no me importabas mucho —contestó con absoluta sinceridad.

Se miraron en silencio durante unos segundos y Olivia fue la primera en romper el contacto.

—Gracias por decirlo. Puede que haya sido imprudente aquella mañana, había bastante niebla en la carretera.

—Bueno, ahora no hay más secretos entre nosotros. Me he quitado un peso de encima.

Dio un paso hacia adelante y enmarcó su rostro con las manos. La contempló con expectación antes de posar sus labios sobre los suyos. La besó con un hambre tan feroz que no pudo reprimir un gemido. Olivia provocaba que quisiera perder la cabeza. Le acarició el cuello con las puntas de los dedos y ella se estremeció de placer. Abandonó sus labios y continuó plantándole besos calientes y húmedos por la mandíbula.

El corazón de Olivia latía con fuerza, cada vez que él la besaba sentía que tenía alas. Sus besos eran salvajes, explosivos y perfectos. En aquel instante se sentía valiente y feliz, no podía pensar, ni moverse, solo colgarse del cuello de Brian como si él fuera su única esperanza de supervivencia. Su lengua le estaba desbaratando todos sus sentidos, haciéndola sentir totalmente aturdida.

—Dime una cosa —murmuró él entre besos—. ¿Eres virgen?

La pregunta le cayó a Olivia como un balde de agua fría y toda la magia del momento se esfumó de golpe. Era lo último que se esperaba. Se echó hacia atrás y trató de disimular la incomodidad aclarándose la garganta, pero no lo consiguió.

—Lo siento, he sido demasiado directo. No me hagas caso, suelo cagarla a menudo cuando hablo. —Se rascó la nuca y la contempló con el corazón en un puño—. No pretendía hacerte pasar un mal rato.

—Entonces, ¿por qué quieres saberlo? Apenas nos estamos empezando a conocer... — Tragó saliva—. Pensé que eras diferente a los demás.

—Olivia, no te vayas por las ramas. Mis tiros no iban por ahí...

—Solo quieres acostarte con la chica más popular del instituto, ¿verdad? Pinchaste las

ruedas a propósito, para tener una oportunidad de hablar conmigo. ¡Qué tonta soy! —Su voz tenía un marcado tono de amargura—. ¿Por qué? ¿Tienes una lista de conquistas? ¿Una apuesta?

—No... ¿Qué tonterías estás diciendo? —Sin previo aviso, eliminó la distancia entre ambos, tomándola por la cintura con brusquedad—. No eres ninguna tonta. Y mis intenciones contigo son serias.

Olivia se mostró intimidada ante la firmeza de sus palabras. Era una sensación extraña, pero de pronto se sentía pequeña y disminuida.

—No te creo. —Luchó para salir de sus brazos y dio un respingo.

—Estoy loco por ti. Te he preguntado porque quería saber si estaba yendo demasiado rápido. He notado que eres un poco tímida.

—Oh... —Ahogó un jadeo, su voz sonaba débil mientras miraba a Brian directamente a los ojos.

—Y me gusta porque tengo la sensación de que es solo conmigo.

—Lo es. —Un cambio notable se produjo en el rostro de Olivia.

—Me alegro. Perdóname. —Le regaló una sonrisa cálida y sincera como sus palabras. Subió las manos hasta cogerla del rostro y con sus labios tomó posesión de su boca en un beso lento y apasionado que se hacía más frenético segundo a segundo—. Jamás me aprovecharía de ti.

—Espero que así sea.

La esperanza había vuelto y con ella una gran cantidad de sentimientos que se removían en su interior.

—Ahora vamos a dormir un poco. Nos espera un día largo. —Tomó su mano y la guió hacia el refugio—. Si tienes frío, puedes coger mi sudadera.

—Estoy bien. Gracias.

—Ah, una cosa. —Dejó de caminar para mirarla—. Tengo que advertirte, soy sonámbulo... No te asustes si te despiertas y ves que no estoy —le susurró en el oído y fue entonces cuando ella lo miró asustada.

—No, no me dejes sola. —Se aferró asustada a su cuello.

—Era broma. —Soltó una carcajada ante la reacción de la joven.

—¡Malo! No tiene gracia. —Lo golpeó en el pecho con el puño.

—Lo siento. Déjame compensarte. —Se inclinó hacia adelante y la besó en los labios.

Luego volvió a sonreír, pasar el tiempo con la ricachona le resultaba estimulante en muchos sentidos. Nunca se había creído capaz de disfrutar de la compañía de una chica, pero desde luego ella era distinta a todas las demás.

—Vamos a dormir. Tengo ganas de tumbarme en esa cama tan lujosa. —La miró de reojo,

riendo.

Olivia lo siguió sonriendo, ella también tenía muchas ganas de tumbarse en la cama improvisada, pues las piernas le flaqueaban y apenas podía mantenerse de pie.

Capítulo 23

Al día siguiente Olivia se despertó sola, temblando. No había nadie a su lado ni se escuchaban sonidos desde el exterior. Se incorporó con un leve quejido y sintió dolor en la espalda. Dormir en el suelo era muy incómodo.

Salió del refugio y vio que el fuego estaba encendido. ¿Dónde estaba Brian? ¿Por qué la había dejado sola? Durante la noche la había atraído hacia él y mantuvo su cuerpo contra el suyo para darle calor. Cayó en un sueño tan profundo que nada pudo despertarla.

Escuchó unos pasos que se acercaban y los latidos de su corazón se aceleraron.

—Buenos días.

La voz de Brian la tomó por sorpresa y pegó un salto hacia la izquierda.

—Qué susto. —Se llevó una mano al pecho—. Me has dejado sola.

—Estabas dormida y solo ha sido un momento. —Levantó una mano en el aire—. Como dijiste que no querías comer carne, he traído pescado.

—¿Fuiste a pescar?

—Sí, necesitamos comida para el camino.

—Pero... ¿cómo lo has hecho? —Miró los dos peces que colgaban de la cuerda.

—Algún día te lo enseñaré.

Caminó hacia el fuego y colocó los peces encima de dos hojas grandes y verdes. Los envolvió y los metió en el fuego.

—Me encanta el pescado —dijo arrodillándose a su lado—. Gracias por todo lo que haces. Estamos en esta situación por mi torpeza.

—Estoy disfrutándolo. —Se sentó en el suelo y la miró—. ¿Por qué el monitor estaba tan pendiente de ti? Parecía preocupado.

—Es que tengo miedo al agua.

—Oh...

—Cuando mis padres construyeron la piscina me pasaba las tardes mirando el agua desde la ventana —prosiguió—. Tenía muchas ganas de salir y jugar, pero hacía mucho frío. Un día bajé al patio trasero para probar mi coche eléctrico y corrí detrás de él como una loca. En un momento de despiste, resbalé y me caí a la piscina. Luché para mantener mi cabeza en la

superficie y cuando mi cuerpo quedó entumecido por el frío el cocinero saltó al agua y me salvó. Desde entonces no he vuelto a meterme en la piscina. Tampoco he ido al río con mis amigos.

—Te pegaste un buen susto. —Tomó sus manos y empezó a acariciarlas con sus dedos—. Te apuntaste a esta excursión para superar el miedo al agua.

—Sí...

—No deberías haberlo hecho. Hay métodos mucho menos agresivos, como por ejemplo entrar en el agua con alguien de la mano. Quedarte donde puedes tocar el suelo y aprender a nadar. Lo que hiciste tú fue una imprudencia.

—Ya, ahora lo sé.

—Bueno, no pasa nada. Me alegro de haber estado ahí para ayudarte. —Le dio un beso tierno en los labios—. Yo te enseñaré a nadar. Iremos al río juntos.

—Sí —dijo con una sonrisa muy agradable y amplia—. Contigo no voy a tener miedo.

—Bueno, vamos a recoger las cosas. El pescado creo que ya está, lo guardaré en la cazuela y lo comeremos por el camino.

—Mhm. Me parece bien. —Se puso de pie de un salto—. Yo también estoy disfrutando de tu compañía. Es fácil hablar contigo y aprendo un montón de cosas.

Brian no le contestó, pero le dedicó una sonrisa cómplice que la dejó sin respiración. Cada vez que él la miraba sentía como le ardía la sangre en la venas. Se había enamorado por primera vez en su vida y tenía un poco de miedo. Estaba viviendo un amor de verano y aquellos amores nunca duraban. Esperaba que el suyo fuera eterno y así poder disfrutar verdaderamente el uno del otro.



Ya era de noche cuando llegaron al campamento. Estaban exhaustos, pero muy felices por haberlo conseguido. Cruzaron el jardín y a medida que se acercaban a las cabañas pudieron ver la flota de coches policiales que rodeaban el lugar.

—¿Qué ha pasado? —murmuró Olivia mirando las luces azules que giraban en los techos de los vehículos.

—¡Aquí están! —chilló con fuerza Nadia, la monitora.

Los alumnos y los policías que estaban allí se dieron la vuelta y empezaron a caminar hacia ellos. De repente, algunos se echaron hacia un lado para dejar pasar al padre de Olivia. Tenía cara de pocos amigos y parecía que estaba dispuesto a matar a todos los que se le pusieran enfrente.

—¿Dónde demonios has estado? —rugió como un lunático. Miró a Brian y sus fosas nasales se ensancharon aún más—. Hemos estado buscándote por todas partes y tú... —Respiró hondo y apretó los puños—. Tú te has burlado de nosotros.

—Papá, no...

Óscar le propinó una bofetada con el dorso de la mano que le cerró la boca de golpe.

—¿Has huido con este desgraciado? ¿Para eso viniste al campamento? ¿Para follar como los conejos?

La joven rompió a llorar desconsoladamente y ocultó su rostro entre las manos.

—Señor, no le hable así y no vuelva a pegarla. —Brian le plantó cara, poseído por la rabia—. Nos hemos caído al agua. Su canoa volcó y...

—¡No me hables! No quiero escucharte. Fuera de mi vista. —Lo agarró por el brazo y tiró con fuerza, pero apenas consiguió moverlo. El cañonero era mucho más fuerte que él y aquello lo enfureció aún más—. Apártate, chaval, o no responderé de mis actos.

—Brian —dijo el alguacil a la vez que se acercaba a ellos—. Esta es una discusión familiar, vamos a dejarlos solos.

—Pero la está pegando —gruñó y clavó los ojos en el rostro desencajado del padre de Olivia. Le importaba un pimiento quién fuera él y el poder que ejercía en el pueblo. Era de su sangre, pero eso no le daba ningún derecho a tratarla mal.

—No volverá a pasar, ¿verdad, Smith? —El policía miró a Óscar y esperó a que él asintiera con la cabeza—. Brian, ve con tus monitores y les cuentas qué fue lo que pasó. He hablado con tus padres y están esperando a que vayas a casa.

—¿Se acabó el campamento? —Miró a su alrededor, pero nadie dijo nada.

—Ve a por tus cosas, hija. Nos vamos ahora mismo de aquí —espetó Smith mirándola con severidad—. Me has hecho pasar un mal rato y me pusiste en una situación embarazosa. Todo el mundo va a hablar de lo que has hecho y justo ahora, que empiezan las elecciones. Maldita sea.

—Pero yo quiero quedarme —susurró ella con voz trémula.

—¿Escuchaste lo que te dije? Ve a por tus malditas cosas. —La zarandeó con fuerza.

—Papá, me haces daño —se quejó y miró por encima de su hombro derecho con vergüenza. Todos sus amigos y sus compañeros del instituto estaban allí y presenciaban la escena con asombro y cierta perplejidad.

—Señor, déjela quedarse. No ha hecho nada malo. Su canoa volcó en el río y cayó en el

agua. Salté para ayudarla y nos quedamos atrapados en el bosque —dijo Brian con voz seria.

—Que conveniente, ¿verdad?

—Es verdad, mi canoa volcó y...

—Ve a por tus cosas o nos vamos sin ellas —rugió molesto.

—Está bien.

La joven agachó la cabeza y se dirigió hacia la cabaña, arrastrando los pies. Había caminado por el bosque durante cinco kilómetros y sus piernas se sentían pesadas. La ropa estaba sucia, sudada y con mal olor; necesitaba ducharse con urgencia.

Sus amigas enseguida se acercaron a ella y la abrazaron con fuerza.

—Ay, lo siento mucho. No tenía que haber insistido para que fueras a la excursión —dijo Hannah apenada.

—Yo no me arrepiento. Estuvo genial —murmuró en voz baja.

—Ohhh, tienes que contárnoslo todo.

—Lo haré, pero en otro momento.

Entraron en la cabaña abrazadas y en absoluto silencio.

Óscar aprovechó que su hija ya no estaba para acercarse al cañonero. Lo miró de arriba abajo con una actitud de inspección desafiante y dijo:

—No quiero que te acerques a mi hija. No le haces ningún bien. Tiene una reputación que mantener.

Aquella sutil advertencia hizo que Brian apretara la mandíbula con fuerza.

—Hago lo que me da la gana.

—Haces lo que te ordeno yo —espetó con dureza—, si quieres que tus padres sigan viviendo en la caravana.

—¿Es una amenaza? —Dio un paso hacia adelante y lo miró con hostilidad. No tenía miedo, ni siquiera estaba asustado.

—Mira, chaval, lo único que quiero es que te mantengas alejado de mi hija —soltó una maldición entre dientes—. ¿Lo vas a hacer? ¿O tendré que tomar medidas para conseguirlo?

—¿Qué medidas?

El hombre se pasó las manos por el cabello como un lunático y después de unos segundos en silencio dijo:

—No tengo la paciencia ni el tiempo para lidiar contigo. —Inspiró hondo—. Estás despedido.

—¿Despedido? —Soltó una carcajada sonora—. No puede hacer eso, no hay nadie en este pueblo que trabaje la madera tan rápido y tan bien como yo.

—Bueno, ya encontraremos a alguien. Ahora quítate de mi vista.

Brian apretó los puños y justo cuando se preparaba para saltar encima del hombre, el

alguacil lo agarró por la cintura.

—No lo hagas, chico. Es capaz de echarte del pueblo —le dijo cerca del oído—. Créeme que le he visto hacerlo.

—Tampoco me importa mucho. Ya me ha dejado sin trabajo.

Rechinó los dientes como gesto de frustración y dio media vuelta sin decir nada más. Se encaminó hacia su cabaña para coger la mochila y vio a Matt fumando al lado de un árbol.

—Ey, dame un cigarro.

—Toma el mío. Acabo de encenderlo —dijo el rubio mientras se acercaba a él—. Lo necesitas más que yo.

—Gracias.

—No hay de qué, colega.

Brian se llevó el cigarro a los labios y dio unas cuantas caladas hondas, con los ojos cerrados y las manos temblorosas.

—Menuda mierda —murmuró. Exhaló el espeso y picante humo, echando la cabeza hacia atrás. Experimentó un colocón repentino que lo hizo sentirse tranquilo.

—Ya, lo dije desde el principio. Mi padre viene a buscarme, ¿necesitas que te acerquemos?

—Os lo agradecería. —Le devolvió el cigarro—. Quedan unas cuantas caladas.

—Te espero aquí —replicó Matt.

Capítulo 24

Tres días más tarde

Olivia estaba dando vueltas en su habitación sin apartar los ojos del reloj que había en su escritorio. Eran las doce de la noche y no conseguía conciliar el sueño, y no porque no lo intentara, sino porque estaba demasiado enfadada con su padre. La había castigado sin salir de casa durante un mes y desde que había llegado del campamento no hizo otra cosa que ignorarla por completo. Estaba aburrida y no tenía nada interesante que hacer.

Por las mañanas desayunaba con sus hermanas, luego ayudaba al cocinero a elegir y preparar el menú. Después de comer subía a su habitación y dibujaba o veía alguna película. Era una rutina poco estimulante y molesta.

Pero lo que más la inquietaba era no poder contactar con Brian y eso era porque él no tenía teléfono. Le había pedido al cocinero que preguntara por él en la tienda de carpintería, pero el encargado le dijo que no lo había visto y que sus padres tampoco sabían dónde estaba. ¿Le había pasado algo malo? ¿Su padre tuvo algo que ver con su desaparición?

Lo echaba de menos, echaba de menos estar con él, sus abrazos, sus caricias y sus besos. Le había gustado cómo le plantó cara a su padre, se sintió protegida y querida. Una pena que su valentía hiciera que lo despidieran. ¿Por qué la vida era tan injusta con él? Era un chico maravilloso, listo y talentoso. Sin duda, era mejor persona que sus padres.

Escuchó un ruido y dirigió sus ojos hacia la ventana. Se quedó sin aliento y se le heló la sangre cuando vio una silueta moviéndose detrás del cristal. Agarró unos cuantos lápices del escritorio con la intención de protegerse del intruso, y justo cuando levantó la mano en el aire la ventana se abrió y se encontró cara a cara con Brian.

—¿Qué...? ¿Cómo...? —balbuceó con incredulidad.

—Olivia, necesito hablar contigo.

Fue entonces cuando ella se fijó en su ropa, era la misma que llevaba puesta cuando lo vio la última vez, la misma que llevaba puesta en el bosque. Tenía un aspecto desaliñado y sus ojos lucían salvajes.

Algo se movió en su interior. Estaba tan feliz de verlo que desearía no tener que volver a

separarse nunca más de él.

—¿Cómo has conseguido entrar sin que los perros hayan ladrado? —preguntó con voz trémula—. ¿Te ha visto alguien? Si mi padre...

—Nadie sabe que estoy aquí, no te preocupes. —Dio un paso hacia adelante y ella retrocedió por instinto—. ¿Pasa algo?

—No... Bueno, sí. Pasan muchas cosas. —Dejó los lápices encima del escritorio y se abrazó a sí misma.

—Tenía que verte, tenía que verte antes de... —Dejó de hablar y se quedó mirándola con atención—. Eres tan preciosa, te echaré de menos.

—¿Antes de qué? ¿Qué pasa, Brian?

—¿Me has echado de menos estos días? —prosiguió él, ignorando sus preguntas.

—Sí, pero...

—Entonces dame un abrazo, cariño. Lo necesito tanto... Tanto que me duele... —Su voz se quebró en la garganta.

—Sí.

Se acercó a él y envolvió sus pequeños brazos alrededor de su cintura, apoyando la cabeza en su pecho. Sentía el calor familiar del fuerte cuerpo de Brian apretado contra ella a la vez que un hormigueo bajaba por su espalda. Aquello era tan agradable y reconfortante que por unos instantes se olvidó de todos sus miedos y sus dudas. Olvidó que estaban en su habitación, en medio de la noche, y que cualquiera podría entrar y pillarlos.

La inundó una sensación de paz y de satisfacción, estaban de nuevo juntos.

Se mantuvieron apretados en aquel añorado abrazo durante unos instantes, hasta que Brian se aclaró la garganta y dijo:

—Tengo que irme del pueblo, necesitaba verte para decírtelo y despedirme de ti.

Sus palabras provocaron un escalofrío de pánico en el ánimo de Olivia. Todo su cuerpo se tensó, sintió calor por todas partes y el corazón se le aceleró. Se esforzó por respirar, tomando aire de forma entrecortada.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó susurrando. Sus labios temblaron y pestañeó con fuerza para tratar de dominar las ganas de llorar.

—Aquí ya no pinto nada. No tengo trabajo, no tengo a dónde ir...

—¿Cómo que no tienes a dónde ir? ¿Y la caravana?

—Me da vergüenza ir a ver a mis padres. Por mi maldita culpa se quedaron sin un sueldo.

—¿Y dónde has estado hasta ahora? —Intentó que su voz sonara despreocupada, pero no lo consiguió.

—En el bosque, en el antiguo refugio —admitió.

—No es justo, mi padre es un desgraciado. Le odio.

—No digas eso. —La atrajo hacia él con el rostro sombrío.

—Es verdad.

Sintió los labios de Brian en la frente y su aliento sobre su rostro. No quería separarse de él, de la cálida seguridad de sus brazos, así que tomó una decisión.

—Quiero ir contigo.

—Lo vas a pasar muy mal. —Se apartó de ella con un pequeño empujón. Dejó salir el aire despacio tratando de no enfadarse—. No tengo dinero, no tengo coche, no tengo nada planeado.

—Me da igual. Aquí me tienen encerrada.

—Olivia... No es una buena idea. Quieres seguir estudiando y si nos vamos del pueblo, lo único que vamos a hacer es buscar maneras de sobrevivir. Perderás el año...

—Pero estaremos juntos. No voy a dejar que mi padre se salga con la suya otra vez.

—Lo haces por despecho...

—Lo hago porque te quiero y porque eres mi primer amor. Si te vas, me quitas la oportunidad de vivir esta maravillosa experiencia. No conviertas lo que pasa entre nosotros en un amor imposible.

Brian se quedó mudo por primera vez en una conversación, no sabía qué decir. La serenidad de las palabras de Olivia lo había sorprendido tanto que se había emocionado.

—No hace falta que contestes, solo quería que supieras lo que siento por ti —prosiguió. Lo miró con mayor atención y buscó en sus ojos señales de incredulidad, pero brillaban como estrellas y exhibían una emoción que no fue capaz de identificar.

—Yo también te quiero, por eso insisto en que te quedes con tus padres. Conmigo no vas a tener un futuro brillante, de hecho, vivirás en la miseria.

—¿Me quieres?!—Cerró la distancia que los separaba.

—¿No has escuchado lo que he dicho después?

—Mhm... Me quieres. —Sonrió de oreja a oreja y lo abrazó por la cintura. Colocó la cabeza en su pecho y notó que él también tenía la respiración agitada—. Me iría contigo hasta el infinito.

—Entonces vámonos ya. —Esbozó una sonrisa alegre.

—Dame unos minutos para coger algunas cosas que necesito. —Se apartó y movió los ojos alrededor de la habitación, inspeccionando cada rincón.

No echaría de menos nada de lo que había allí, quizás la cómoda cama y su colección de peluches. Abrió el armario y sacó dos mochilas, una la llenó con sus lápices y cuadernos de dibujos, y la otra con algo de ropa y zapatos.

—Ay, estoy en pijama. —Chasqueó la lengua y volvió a abrir el armario. Cogió un par de vaqueros, una camiseta y una sudadera, y sus deportivas—. Voy a cambiarme.

Entró en el cuarto de baño y después de quitarse la ropa se tomó unos segundos para

respirar hondo y pensar. ¿Estaba cometiendo un error? Entonces recordó las duras palabras de su padre: “Eres una furcia y me has avergonzado delante de todo el pueblo. Te prohíbo que vuelvas a pisar la calle durante un mes y ya veremos si al final vas a la universidad.”

Su padre pensaba lo peor de ella y su madre ni siquiera le había hecho caso cuando intentó explicarle lo que había pasado en el campamento. ¿Por qué debería quedarse a vivir con ellos? Estaba claro que no la querían. Pensó en sus hermanas y entonces sí que sintió un poco de remordimiento. Pero ya era hora de que pensara en sí misma, había sacrificado demasiado tiempo para cuidar de ellas. Además, ya tenía edad suficiente para saber qué era lo que quería. Tenía que tomar decisiones, fueran buenas o malas. Tenía que aprender a equivocarse y asumir las consecuencias.

Se vistió a toda prisa y salió del baño, no sin antes coger su neceser con los maquillajes. Lo guardó en una de las mochilas y miró a Brian. No se había movido de su sitio, pero su zapato golpeaba el suelo con impaciencia.

—¿Te queda mucho?

—De hecho, voy a salir un momento. —Miró la puerta y luego a él—. Espérame aquí, no tardaré.

—Olivia, tenemos que irnos ya.

—Dame cinco minutos. —Se relamió los labios con gesto nervioso—. Métete debajo de la cama por si entra alguien.

Corrió hacia la puerta dejándolo con la palabra en la boca. La entreabrió despacio y después de comprobar que no había nadie en el pasillo, se dirigió hacia la biblioteca.

Bajó las escaleras de puntillas para no hacer ruido y en completa oscuridad. Pasó por delante de las habitaciones de los empleados y luego giró hacia la derecha. Recorrió el pasillo a toda prisa y cuando llegó frente a la puerta de la biblioteca tomó una profunda respiración, rezando a la vez para que su padre no estuviera dentro. Agarró el pomo y lo giró despacio hasta que escuchó un fuerte y metálico clic. Entró y sonrió cuando vio que el lugar estaba vacío.

Tanteó la pared hasta que encontró el interruptor y después de encender la luz caminó hacia el centro de la estancia.

La biblioteca era enorme y estaba atestada de estanterías con libros de arriba abajo. En el medio se encontraba un escritorio ovalado de madera maciza donde había una pila de carpetas y un ordenador de última generación. Varios muebles y sillones tapizados en seda de color rojo, de buen gusto, estaban expuestos en un orden estricto. A su izquierda había un pequeño mueble bar lleno de botellas con licores carísimos y un gran surtido de cajas con puros cubanos.

No quería entretenerse demasiado, se arriesgaba a que alguien la descubriera. Así pues, se acercó a la única pared que estaba libre y movió hacia un lado el paragüero. Se agachó y miró la pantalla de la caja fuerte que su padre había incrustado entre los ladrillos. Sabía la clave, él se la

había dejado por si algún día necesitaba coger el *spray* con pimienta que había en el interior.

Tecleó el número secreto despacio y contuvo el aliento hasta que la portezuela metálica se abrió con un clic. Sonrió y estiró la mano para coger un fajo de billetes. Lo metió debajo de su blusa y cerró la puerta.

Apagó la luz, abandonó la biblioteca y se dirigió al dormitorio. Subió los escalones de uno en uno y cuando llegó frente a la puerta pegó la oreja a la madera para escuchar. Nada.

Un instante después entró en la habitación y se arrodilló junto a la cama.

—Ya estoy aquí.

Capítulo 25

Brian le entregó una botella de agua a Olivia y tomó asiento a su lado.

Hacía una noche fresca y por alguna razón no había ningún coche en la carretera. El silencio solo era interrumpido por el zumbido de los insectos que revoloteaban alrededor de las farolas y por el sonido de algunos grillos cantando.

—El autobús llegará en diez minutos —dijo—. ¿Estás bien? Si te arrepientes, aún hay tiempo para...

—Estoy fenomenal. Me siento libre, por fin. —Sonrió a la vez que colocaba la cabeza en su hombro—. ¿Sabes? Es la primera vez que salgo de este pueblo. Mi padre tiene un montón de dinero, pero jamás nos ha llevado de viaje.

—Fui a Francia, Alemania y España cuando era más pequeño, cuando mis padres tenían los dos trabajos. Me encantó conocer otras culturas y conectar con personas con mentalidad diferente a la mía.

—Tus padres son buenas personas. No deberías irte sin antes hablar con ellos. Seguro que están muy preocupados.

—Les he dejado una carta.

—No es suficiente... —Levantó la cabeza para mirarlo—. Podemos esperar unos días y luego irnos. Habla con ellos. Te arrepentirás de no haberlo hecho.

—No, nos vamos ahora —dijo con determinación. Tenía tanta vergüenza acumulada en su interior que era incapaz de mirarlos a la cara y pedirles perdón.

—Está bien. No voy a insistir más.

Justo entonces los faros del autobús se acercaron a ellos barriendo el asfalto a su paso e iluminando el lugar donde estaban sentados. Se pusieron de pie casi al mismo tiempo y se colocaron al lado del bordillo de la acera.

—¿Preparada? —preguntó él con entusiasmo y le ofreció la mano.

—Preparada. —Tomó su mano con alegría; estaba emocionada con la perspectiva de viajar con él.

Habían comprado billetes para Massachusetts y aunque no era una ciudad muy grande, tenía muchas cosas que podían ver y visitar. Además, estaban seguros de que encontrarían trabajo y un

lugar seguro para vivir nada más llegar. Lo más importante era que estarían juntos, como correspondía a los enamorados, para experimentar cada emoción y cada sentimiento intensamente.

Subieron al autobús y se dirigieron hacia la parte de atrás, donde estaba más despejado. Se acomodaron en los amplios y mullidos asientos que estaban cerca de la puerta y se quedaron abrazados en silencio.

Unos minutos más tarde el vehículo abandonaba el pueblo y se incorporaba a la autopista rumbo hacia Massachusetts.

Cinco horas más tarde

El autobús entró en la terminal y se detuvo. La pequeña sacudida despertó a la pareja con un sobresalto.

—¿Hemos llegado? —preguntó Olivia a la vez que bostezaba. Se estiró y luego se frotó los ojos con ambas manos.

—Parece que sí.

Los demás pasajeros se pusieron de pie y empezaron a bajar de uno en uno por las puertas abiertas. Cogieron las mochilas sin más preámbulos y se unieron a ellos.

El hervidero de gente que había en la plataforma les tomó por sorpresa y empezaron a caminar entre ellos cogidos de la mano. El lugar era bastante grande, con escaleras mecánicas, restaurantes, barras y televisores en las salas de espera.

—¿Y ahora qué hacemos? —murmuró Olivia mirando a todas partes con curiosidad.

—Buscaremos un hotel barato y preguntaremos en los comercios que están cerca, por si encontramos trabajo o saben de alguno.

Brian le dio un fuerte apretón en la mano y la guió hacia la salida. No tenía ningún plan, cuando había decidido irse del pueblo pensaba hacerlo solo. La decisión inesperada de Olivia, de querer estar juntos en aquella alocada aventura, hacía palpar su corazón con frenesí. Siempre se había dejado guiar por sus impulsos, pero con un límite. En cambio, cuando se trataba de la ricachona ese límite desaparecía. Nunca había tratado de conquistar a una chica porque le aburría tener una relación estable. Pero la situación actual era diferente, quería tener a Olivia a su lado siempre, en cada momento y a cada hora del día. Así que no le importó mucho que ella hubiera

abandonado a su familia para estar con él.

—¿Tienes hambre? —preguntó mirándola. Nunca se cansaba de observar su rostro y el fulgor de sus ojos cálidos, había algo reconfortante en ellos.

—Estoy famélica.

—Entonces vamos a desayunar y después buscaremos el hotel.

—Me parece perfecto. —Sonrió complacida ante su propuesta.

Estaba ansiosa por empezar esa nueva etapa de su vida, por fin podía sentirse ella misma y dar rienda suelta a todas las emociones que había estado conteniendo, a su creatividad y a sus impulsos. Nada podía estropear aquella sensación de alegría tan inmensa que estaba experimentando.

Intentó apartar esa vocecita que había en su interior y que le decía que algo podría salir mal. Se sentía segura con Brian, pero no podía dejar de pensar en sus hermanas y en lo que harían sus padres, sobre todo Óscar, cuando se enterasen de que se había escapado. Eso sin contar con los padres del cañonero, que estarían muy preocupados por su hijo. No tenían trabajo y el dinero que había cogido en casa no les duraría para siempre.

Cerró los ojos con fuerza durante un segundo y luchó por disipar todas esas dudas de su mente, lo único importante era que estaban juntos. Y juntos, conseguirían todo lo que se propusieran.

Capítulo 26

Un mes más tarde

Olivia estiró su uniforme y repasó su maquillaje antes de salir de la habitación.

Llevaban un mes viviendo juntos en un pequeño hostel cercano al restaurante que les había dado trabajo en la cocina. El tiempo que había pasado con el cocinero de su casa la ayudó a aprender trucos y recetas que impresionaron a los dueños. A ella la contrataron como ayudante de chef y a Brian como repartidor.

Bajó las escaleras metálicas con mucho cuidado para no hacer ruido y despertar a los demás huéspedes, y se encaminó hacia la furgoneta de trabajo.

El hostel era pequeño, tenía alrededor de diez habitaciones repartidas en dos plantas. Enfrente había un aparcamiento y una gasolinera, que casi siempre estaban concurridos.

Abrió la puerta del copiloto y se deslizó en el asiento.

—Ya estoy. ¿Echaste gasolina?

—Mhm... —Arrancó el motor y giró el volante hacia la izquierda.

—¿Estás bien? —Lo miró con preocupación.

—Un poco cansado, nada más. Son muchas las horas que estoy al volante y las carreteras de esta ciudad son un caos constante.

—Te dije que podemos usar el dinero que cogí de la caja fuerte...

—Y yo te vuelvo a repetir que no pienso hacerlo. Ese dinero es de tu padre, y gastarlo sería como cometer un robo. Ganamos bien con los dos trabajos que tenemos, no nos hace falta.

—Está bien. No voy a insistir más.

—Hoy estás preciosa. El uniforme te queda muy bien. —Sonrió—. Estoy orgulloso de ti, tus recetas son una gozada. Deberíamos ahorrar dinero y abrir un restaurante por nuestra cuenta.

—Sería maravilloso. Me encanta cocinar.

—Pues compraré una hucha. —Se incorporó de lleno al tráfico y se concentró en la carretera que tenía frente a ellos.

—Estoy un poco nerviosa —admitió a la vez que se mordía los labios.

—No tienes por qué, lo harás fenomenal. Te sabes todos los menús y tienes una facilidad

impresionante para comunicarte con todo tipo de personas. La gala benéfica de esta tarde será todo un éxito, y eso será por lo mucho que te has esforzado.

—Ay, no sé. Espero que tengas razón. No quiero decepcionar a los dueños, fueron muy amables con nosotros desde el principio.

—No lo harás, así que no le des más vueltas. Sonríe, como siempre haces, y disfruta del día. —Le guiñó un ojo—. Esta noche celebraremos el éxito.

Olivia se sonrojó, cada vez que él la halagaba de esa manera se sentía eufórica. La tensión y la química que había entre ellos era cada vez más palpable, y las miradas eran más prolongadas.

Dormían en camas separadas, pero compartían habitación y ese pequeño espacio se hacía tan minúsculo que la temperatura se disparaba con facilidad. Era imposible que no se tocasen o que se vieran semidesnudos y Brian era espectacular sin camiseta. La curiosidad y la tentación la acechaban a cada paso y no sabía hasta cuándo podría aguantar aquella situación. Sabía que él estaba intentando ir despacio y no presionarla, pero eso no era un alivio, sino más bien una tortura. La besaba con ardor y hambre todas las noches, la acariciaba y le decía palabras cariñosas. Y ella anhelaba más.

Diez minutos más tarde Brian aparcaba la furgoneta delante del restaurante.

—Bueno, nos vemos luego —dijo sin quitar las manos del volante.

—Mhmm, pero ¿no me das un beso? —Puso un ligero puchero.

—Ay, lo siento. Tengo la cabeza puesta en mil sitios. —Se inclinó hacia ella y le plantó un beso en los labios más largo de lo normal.

Fue tan intenso que los dejó afectados.

—No sé si podré aguantar mucho más tiempo. Te deseo tanto que me estoy volviendo loco —murmuró entre dientes y volvió a besarla.

—Pues no lo hagas —dijo jadeando—. También te deseo.

—Olivia... —volvió a gruñir y a maldecir en voz baja—. Lo hablaremos esta noche.

—Está bien. —Abrió la puerta de la furgoneta—. Te quiero.

—Yo también.

Mientras Brian conducía la furgoneta hacia la parte trasera del restaurante, Olivia trataba de recuperar la compostura para poder trabajar con calma. No quería que sus jefes la vieran abochornada y con la cara roja como un tomate.

Subió los escalones y cruzó la entrada de un paso. A la vez que serpenteaba entre las mesas miraba con atención a la clientela que estaba presente para la gala benéfica. Era la típica gente rica vestida demasiado elegante y que disfrutaba de una buena comida sin reparar en los gastos. Los menús que servían allí eran increíbles, los mejores de toda la ciudad, y la carta de vinos estaba cuidadosamente escogida.

La sala era grande, con unas cincuenta mesas y techos abovedados y vigas de madera. Las

paredes estaban pintadas de color dorado y las lámparas blancas que bajaban del techo hacían que el ambiente fuera cálido y acogedor. Había un pequeño escenario improvisado al lado de la barra, donde tocaba una orquesta sinfónica, y frente a él unas cuantas parejas bailando.

Aquel ambiente animado y lujoso hizo que recordara las fiestas glamurosas que organizaba su padre. Apretó los labios, negándose a sentirse triste y angustiada. Tenía que olvidar el pasado y centrarse solo en el futuro.

Se encaminó hacia la cocina y cuando empujó las puertas cerró los ojos por instinto; hacía tanto calor como en un horno.

—Olivia... —El chef la agarró por el codo con delicadeza—. Los jefes han dicho que hoy necesitan que atiendas a los invitados. Los menús y los canapés están listos, solo hace falta servirlos. Las camareras estarán al llegar, así que tú serás el maestro de sala. Ve y familiarízate con las mesas.

—Ohhhh, pero no creo que esté preparada. Mejor me quedo en la cocina y...

—Lo harás fenomenal. He visto cómo hablas con la gente y se nota que tienes experiencia en este tipo de eventos.

El hombre empujó su gorro de tela almidonada hacia atrás y le sonrió. En su frente brillaban gotas de sudor, lo que indicaba que llevaba un buen rato cocinando. Tenía alrededor de cuarenta años, era bajito y tenía la piel morena.

—Está bien.

Suspiró y salió de la cocina. Se quedó un rato observando al personal del servicio y a las camareras que acababan de llegar. Todos estaban vestidos de la misma forma y eso los hacía parecer en perfecta sintonía.

Se acercó a ellos un poco temerosa, no estaba acostumbrada a mandar y mucho menos a que tantas personas estuvieran pendientes de sus órdenes. Tras varios balbuceos consiguió dividir a todos los empleados en grupos, asignándoles a cada uno una tarea. Ellos enseguida se pusieron manos a la obra y se mezclaron con los invitados. Se pasó el brazo por la frente, intentando quitar un sudor que no tenía, y soltó todo el aire que había estado reteniendo. Nunca pensó que estar al frente de algo así fuera tan difícil.

Después de comprobar que a los músicos no les faltaba nada, cogió una bandeja con canapés y empezó a servir a la gente.

Las horas pasaron volando y la velada llegó a su fin. Los invitados se marcharon, cada uno con una botella de vino y una caja de pastelitos. Olivia ayudó a limpiar y a recoger el lugar, y luego se despidió de los dueños y salió a la calle donde estaba Brian esperándola.

—Ven aquí, cariño —dijo él nada más verla y abrió los brazos para recibirla—. Has estado fenomenal.

Se abrazaron con fuerza y apretaron sus cuerpos el uno contra el otro.

—Vamos a celebrarlo —prosiguió él con los labios pegados a su cabeza—. Hay un bar abierto en la esquina.

—Mmm, no sé. Estoy cansada.

—Entonces vamos a la tienda a comprar algo. Celebraremos en el hotel.

Caminaron juntos y cogidos de la mano hacia la furgoneta. Se subieron y cinco minutos más tarde llegaron al supermercado Bingo. Era el único que estaba abierto las veinticuatro horas. Se bajaron y cruzaron el vacío aparcamiento a paso rápido. Entraron por las puertas y cogieron un carro para la compra.

—¿Qué te apetece beber? —preguntó Brian—. ¿Cerveza? ¿Vino?

—Una cerveza.

—¿Y algo...?

Justo en ese momento se escuchó un grito que retumbó en todo el lugar. Olivia, asustada, se aferró a la cintura de Brian y escondió la cara en su pecho.

—Shhh, no hagas ruido —le susurró él en el oído—. Creo que han entrado a robar. Voy a ver.

—Ay, no. —Se agarró a él con desesperación—. No me dejes sola. Mejor nos quedamos escondidos...

—La vida de alguien puede estar en peligro.

—No sé...

—Solo voy a mirar. —Le dio un beso en los labios y se alejó. Metió la mano dentro del bolsillo de sus pantalones y agarró con fuerza la navaja.

—Ten cuidado, por favor —le susurró la joven a la vez que se sentaba en el suelo. Su corazón golpeaba contra su pecho como un martillo y sus piernas temblaban.

Brian caminó hacia la entrada de puntillas y sin hacer ruido para que no lo oyeran. A medida que se acercaba a la fila de cajas, se escuchaban voces gritando, farfullando y mascullando.

—Vamos, date prisa, maldita sea. Mételo todo en la bolsa —vociferaba un hombre encapuchado.

—No me mates, por favor. Tengo dos hijos —dijo la empleada mientras sacaba dinero de la caja registradora.

—Si hablas más, te disparo. —Movió una pistola en el aire con impaciencia.

Brian retrocedió un paso y su espalda chocó contra unas estanterías y varias latas de guisantes cayeron al suelo.

—Mierda. —Levantó la mirada de golpe y se quedó muy quieto.

—No te muevas.

El encapuchado lo apuntó con el arma. Brian tragó con dificultad, intentando deshacer el nudo que se había formado en su garganta.

—Tranquilo, no voy a intentar nada —dijo en un intento de distraerlo. Necesitaba ganar tiempo para pensar y encontrar la forma de escapar con vida de allí. Paseó la vista con disimulo por las estanterías, pero no había nada que pudiera ayudarle.

El hombre no contestó, metió la mano al bolsillo y sacó una navaja muy grande. Miró hacia la dependienta y le hizo señas con los brazos para que se diera prisa.

Se escuchó un ruido en la parte de atrás del supermercado y el encapuchado se puso nervioso.

—¿Quien anda ahí? —vociferó a la vez que se acercaba a Brian—. ¿Estás solo?

—Sí, no hay nadie más —contestó rápidamente.

—No te creo... —Miró por encima de su hombro.

—Es verdad.

El hombre negó con la cabeza y después de unos segundos se lanzó hacia él con furia y con la intención de herirlo.

Brian fue más rápido y se apartó. En cuanto tuvo al encapuchado de espaldas le asestó una patada fuerte en la parte baja, haciéndolo caer al suelo. Se abalanzó sobre él a toda velocidad y consiguió sentarse a horcajadas sobre su estómago de forma que no pudiera moverse. Sujetó con sus manos los brazos del hombre y trató de quitarle las armas.

El hombre luchó, se retorció y levantó su pierna izquierda para darle un rodillazo en sus partes blandas. El cañonero rugió de dolor y su contrincante solo tuvo que empujarlo un poco para conseguir quitárselo de encima y dar la vuelta a las tornas. Rodaron por el suelo, desplazándose varios metros a un lado y a otro, forcejearon y se golpearon durante más de cinco minutos sin descanso.

Se escucharon llegar las ensordecedoras sirenas de los vehículos de policía y el encapuchado le dio un fuerte cabezazo en la cara a Brian. El golpe lo dejó atontado durante unos segundos, pero enseguida volvió a recuperar las fuerzas y volcó todo su peso a un lado para hacerlo girar, consiguiéndolo tras mucho empujar. La pistola cayó a su lado con un estruendo y no dudó ni un instante en cogerla y apretar el gatillo.

El retroceso hizo que la culata le diera un golpe en el hombro, pero no se quejó. Permaneció inmóvil mirando cómo el encapuchado respiraba con dificultad a la vez que la sangre salía a borbotones de la herida de bala que tenía en el pecho. En pocos segundos el pecho del hombre dejó de moverse y el cañonero empezó a temblar, a punto de entrar en pánico. Lo había matado. Se alejó lo más rápido que pudo del cuerpo y miró la sangre con horror. ¿Qué había hecho?

Escuchó pasos y voces, pero no fue capaz de reaccionar. Al poco rato notó cómo alguien lo agarraba con fuerza por los brazos para ponerlo en pie y colocarle unas esposas. Su corazón le iba a cien y su mente intentaba interpretar qué estaba pasando. Tenía los ojos abiertos, pero no veía nada ni tampoco escuchaba lo que le decían. Parecía estar en una especie de trance.

—¡Brian! —chillaba Olivia con desesperación mientras intentaba acercarse a él—. Soltadlo, es inocente.

Una mujer policía le impidió el paso y la agarró por los hombros con fuerza.

—Señorita, por favor. Tranquilícese.

—Olivia... —dijo Brian con la voz ronca—. Vete, por favor. Vuelve al pueblo. Pídeles perdón a tus padres si hace falta, pero vete. Aquí no te queda nada.

—¡No! —Luchó para salir de los brazos de la oficial—. No te voy a dejar.

—Por favor, vete. Me van a encerrar durante un tiempo. No me esperes.

Esas fueron las últimas palabras que escuchó la joven, palabras que la desgarraron por dentro.

—Te quiero, no dejaré de luchar por ti —dijo, pero los policías ya se lo habían llevado.

Cerró los ojos durante un instante para tranquilizarse, pero solo consiguió marearse. Sus mejillas estaban bañadas en lágrimas y su pecho se hinchaba con los suspiros. Definitivamente, aquello era una pesadilla, no les podía estar pasando a ellos. Estaban bien, tenían trabajo y algo de dinero ahorrado.

—Es inocente, fue en defensa propia —murmuró con voz trémula a la vez que evitaba mirar cómo se llevaban el cuerpo sin vida del atracador.

¿Por qué Brian se había rendido tan rápido?

Tendría que haber luchado, haberles explicado lo que había pasado. Ella misma y la dependienta del supermercado eran testigos de todo lo ocurrido allí, podrían testificar a su favor y ayudar para que no lo encerrasen. Pero había algo más en la cara de Brian, algo que lo hacía parecer desenchajado. Achinó los ojos para mirarlo y entonces se dio cuenta; se sentía culpable. Pero él no tenía culpa de nada, no podía dejarla sola sin luchar después de todo lo que habían pasado juntos.

—Brian... —susurró justo antes de que lo sacaran esposado del local. Las lágrimas habían nublado su visión, ya no veía nada de lo que tenía alrededor y las piernas le comenzaron a temblar.

Capítulo final

Tres semanas más tarde

Olivia cerró la maleta y abandonó el hotel sumida en tristeza. Su mundo se había desmoronado de golpe cuando se llevaron a Brian esposado y lo trataron como a un criminal. No solo se llevaron a su amor, sino también toda la luz y la esperanza, dejándola completamente sola y perdida. Además, temblaba cada vez que recordaba la última vez que le vio.

Esa noche regresó al hotel y se tiró en la cama para abrazar la almohada y apoyó la cabeza en ella, deseando que fuese Brian. Recordó su olor, sus cálidos besos y su mirada intensa, la misma que la hacía sonrojarse. Aquello desencadenó nuevas lágrimas y lloró hasta no poder más, hasta casi deshidratarse.

Mientras caminaba hacia la parada del autobús, recordaba los momentos felices que compartieron juntos, las risas, los besos, las caricias y los planes de futuro. Todo se había desvanecido en un instante como una nube de humo, todo se había reducido a cenizas.

Al día siguiente del atraco había intentado buscar respuestas y apoyo, y se había dirigido a la comisaría donde llevaron a Brian aferrándose a la esperanza de que le dejaran libre. Su tristeza se había convertido en determinación e insistió en hablar con el alto cargo. Sabía que debía mantenerse fuerte por sí misma y por su novio. Pero la respuesta del comisario fue firme, que no lo podían absolver porque estaban pendientes de la sentencia judicial. Que debería hablar con el abogado de oficio, que él era la persona más indicada para brindarle asesoría y ayudarla a luchar por la defensa de su novio.

A pesar de la incertidumbre y el dolor, Olivia no dejó que el desánimo la consumiera y contactó con el abogado. El hombre no le dio más información, pero le aseguró que haría todo lo posible para sacar a Brian de la cárcel. Pero su promesa quedó en el aire, ya que el juez dijo que el veredicto fue de culpabilidad y contempló la legítima defensa como atenuante. Y según las circunstancias, dictó una condena mínima de cinco años.

Todo el peso de la ley cayó sobre Brian porque el abogado de la defensa no había sido capaz de justificar correctamente la necesidad de intervenir en el robo. Llegaron a la conclusión de que él conocía al agresor y de que había actuado por venganza. Además, no hubo testigos que

avalasen su actuación, ya que la dependienta no quiso testificar porque tenía miedo y el testimonio de Olivia no lo tomaron en cuenta porque era la novia del acusado.

A pesar del dolor, Olivia fue a la cárcel para visitar a Brian, quería asegurarle que le esperaría el tiempo que hiciera falta, pero él no quiso verla. Los siguientes días volvió a intentarlo y le dijeron que él no recibía visitas de nadie. Pero aquello no la detuvo, empezó a escribir cartas para él y las llevó a la cárcel durante un tiempo, hasta que uno de los guardias le dijo que dejara de hacerlo porque Brian no las quería. Con las cartas en las manos, y llena de dolor, abandonó aquel lugar con recelo y sin mirar atrás.

Sintiendo el peso enorme de la decepción y el corazón oprimido, decidió emprender el viaje de regreso a su pueblo natal en busca de apoyo y tranquilidad.

Sabía que sus padres no la iban a perdonar por haberse fugado de casa con Brian. No había tenido noticias de ellos, pero había leído en un periódico que habían denunciado su desaparición y que ofrecían una recompensa a cualquiera que proporcionara información. No sabía si los padres de Brian habrían hecho lo mismo, pero pensaba ir a verlos y contarles lo que había pasado con su hijo.

Así pues, cuando llegó al pueblo contactó con sus amigas y se quedó en casa de Hannah durante unos días, compartiendo con ella lo sucedido. Las chicas se sorprendieron mucho, pero la apoyaron y le ofrecieron consuelo. Aquello fortaleció su bienestar psicológico y emocional, y poco a poco fue aceptando su situación.

Cuando encontró la fuerza y valor necesario para enfrentarse a su padre, fue al Ayuntamiento, ya que era el nuevo alcalde, y fue recibida con gritos e insultos por parte de él, por lo cual se vio obligada a agachar la cabeza y pedirle misericordia. Necesitaba reconstruir su vida y, para conseguirlo, el apoyo y el dinero de su padre eran imprescindibles. Al final el hombre cedió, pero más para dar una buena imagen como padre de familia.

Olivia volvió a su casa y sus hermanas se lanzaron a sus brazos eufóricas, estaban muy felices de verla. En cambio, su madre apenas le dirigió la palabra, parecía muy molesta. No se entristeció por ello, porque sabía que ella necesitaba tiempo para perdonarla. Decidió darle espacio para que las heridas sanaran del todo y, mientras tanto, reflexionó sobre sus acciones. Reconoció que había causado cierto dolor a su familia, pero no se arrepentía porque había tenido la oportunidad de vivir una experiencia tan bonita como las que veía en las películas románticas.

No obstante, decidió enmendar sus errores para ganar la confianza perdida con sus padres. El perdón no fue instantáneo, pero con paciencia y perseverancia logró fortalecer un nuevo vínculo con ellos.

Con los padres de Brian no habló porque, al poco tiempo de su regreso a casa, su padre tomó algunas medidas drásticas relacionadas con el parque de las caravanas. Y se sentía culpable por las acciones de Óscar, sabía que esa era su manera de advertirla de que no volviera a cometer

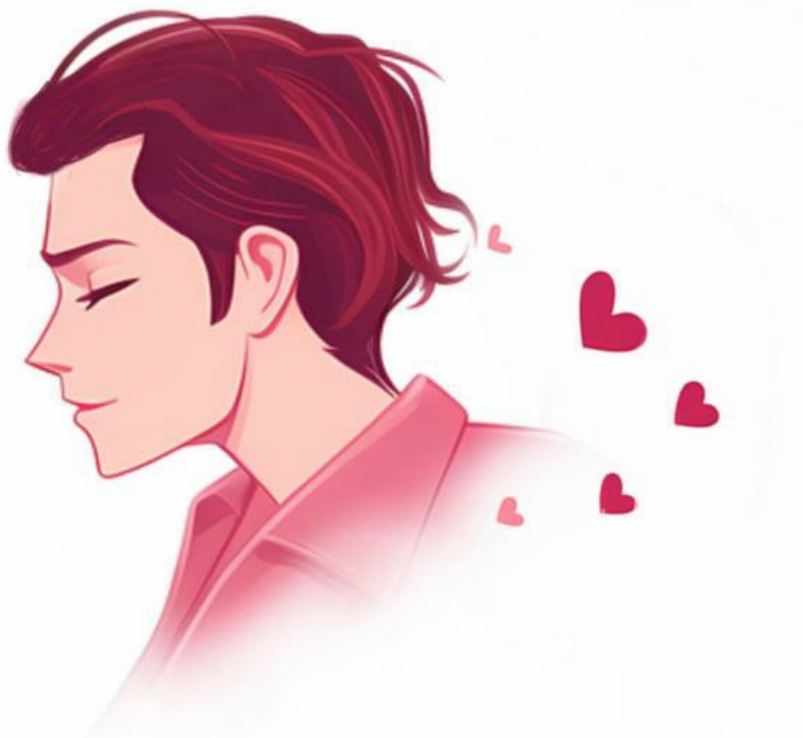
ninguna locura, ni a desobedecerle.

No fue fácil regresar a su pueblo natal y con su familia como si nada hubiera pasado, ni fingir que entre ella y Brian ya no había nada, pero no le quedaba otra opción. Solo esperaba que su decisión no la persiguiera en sus pesadillas por el resto de sus días.

Maldito cañonero

SEGUNDA PARTE

Un amor de valientes



Capítulo 1

Cinco años más tarde

La vida en la cárcel fue muy dura para Brian, sobre todo al principio. No hablaba con nadie, no se fiaba de nadie y solo intentaba adaptarse al inhumano medio para sobrevivir. No quería recurrir a la fuerza ni a la violencia por miedo a que le aumentaran la condena. Se mantuvo al margen de todas las peleas y profundizó en sí mismo sobre sus fortalezas y sus debilidades. Lo peor fue vivir todos los días con la culpa de haber arrancado una vida, pero lo bueno fue que consiguió dejar de fumar.

El primer año casi se volvió loco, el espacio de su celda era tan pequeño que tenía la sensación continua de que las paredes se estaban estrechando cada vez más. Sentía dolor en los riñones y en la espalda por estar sentado o tumbado siempre. Todo era de un mismo color, gris y blanco, salvo por los uniformes que eran naranjas. Olía a pies sudados y a moho, y no había espejos por ninguna parte. El tiempo era monótono; la misma rutina, el mismo frío todas las noches, la misma gente, la misma asquerosa comida, las mismas restricciones y rejas, sin sol y sin la claridad que daba. El ruido de la calle desapareció para siempre, solo se escuchaban voces de hombres, candados que se abrían y cerraban, puertas metálicas estrellándose, alarmas y silbatos. Había reyertas, extorsiones, amenazas y agresiones todo el tiempo y era difícil evitarlas.

Así que para los siguientes años, Brian se preparó físicamente para cualquier imprevisto o descuido. En vez de estar a la defensiva, fue a la ofensiva, estudiando a sus atacantes para aprender sus rutinas. Atrás quedaron los puños que lo noquearon hasta la inconsciencia, el miedo de ser asesinado que vivía todas las noches, los cortes y magulladuras que llegaban con las palizas. En poco tiempo pasó de ser la presa a ser el cazador.

Las puertas de la cárcel se cerraron detrás de él y el ruido lo sobresaltó. Estaba libre, pero se encontraba solo, sin teléfono o transporte. Metió las manos dentro de los bolsillos de sus pantalones, agradeciendo que todavía le quedaran bien, y agarró el dinero con los dedos. Cuando le devolvieron todas las pertenencias se sorprendió al ver los billetes y las monedas que llevaba encima en el momento del robo.

Se quedó un rato delante de la cárcel para observar con detalle todo lo que tenía a su alrededor, como si no lo hubiera hecho nunca. El día era hermoso, no había ninguna nube en el cielo y el sol brillaba con intensidad, esparciendo el calor por todo el entorno.

Cerró los ojos durante varios minutos y dejó que los rayos del sol acariciaran su piel y que su cabello se arremolinara por el efecto del viento.

Soltó un gran suspiro y sintió menos presión en su pecho. Abrió los ojos y se encaminó hacia la única parada de autobús que había. La cárcel estaba situada a las afueras de la ciudad de Massachusetts, un lugar desierto con pocos árboles dispersos en la distancia. Tomó asiento en el banco y se reclinó contra el respaldo.

Desde que le encerraron tuvo que tomar decisiones difíciles y una de ellas fue restringir las visitas. Sabía que aquello iba a destrozar a Olivia, pero fue la única manera de mantenerla alejada del maldito infierno que estaba viviendo. No quería que ella lo viera con la cabeza afeitada y vestido con el tosco uniforme de preso porque sabía que aquello la entristecería más. Y no podía soportar verla llorar por él.

Pensaba en ella todo el tiempo y eso fue lo que lo mantuvo cuerdo y en pie de lucha contra el olvido. Cada día que pasaba se le hacía más difícil recordar los momentos maravillosos que vivieron juntos, los besos, los abrazos y los planes de futuro. Habían transcurrido cinco años, pero tenía la esperanza de que ella siguiera en el pueblo, de que no hubiera rehecho su vida. Era un egoísta al pensar así, cuando fue él mismo quien la había sacado con fuerza de su vida, pero no podía evitarlo. Aún la amaba.

Vio al autobús aproximándose y se puso de pie. Cuando las puertas se abrieron esperó pacientemente hasta que todos los viajeros se bajaron y luego subió. Pagó al chófer y se sentó en unos de los asientos libres de atrás. Estiró las piernas y echó la cabeza hacia atrás. Le esperaba un largo viaje hasta la ciudad y preferiría dormir en vez de estar pensando.



Era de noche cuando el autobús estacionó en la parada del pueblo de Quincy. Había hecho transbordo en la ciudad y aprovechó las horas libres para darse el lujo de comer hasta el

hartazgo.

Estaba nervioso y cargaba con una culpa que le duraría el resto de su vida. Había estado encerrado durante cinco años y no había llamado a sus padres ni una sola vez, ni siquiera les envió una carta para pedirles perdón, para explicarles lo que había pasado o para decirles que estaba vivo. Se le caía la cara de vergüenza de tal modo que todo su cuerpo temblaba por dentro y por fuera.

Tiró de la capucha de su sudadera para cubrirse la cabeza y empezó a caminar hacia el parque de las caravanas. Se sabía el camino de memoria, pero en aquel momento todo parecía muy confuso. La oscuridad reinaba en las calles y solo se escuchaban sus pasos, ningún otro sonido.

Cuando llegó al final de la carretera se quedó estático durante varios minutos. ¿Dónde estaban las caravanas? ¿Qué había pasado? Se frotó los ojos y volvió a mirar lo que había frente a él. Todo el parque había desaparecido por completo y en su lugar habían plantado árboles jóvenes y arbustos. Su corazón empezó a palpar más fuerte y comenzó a angustiarse. ¿Sus padres estaban bien? ¿Habían vuelto al refugio del bosque?

Dio unos cuantos pasos hacia adelante, sintiendo la boca seca. Tropezó con algo y cuando bajó la vista al suelo vio un trozo de madera. Se agachó y lo cogió, y sus dedos temblaron cuando reconoció el león de madera que él mismo había tallado. El jardín... la valla... Todo había desaparecido. ¿Qué demonios?

—Ey, ¿tienes un cigarro?

Brian giró la cabeza en dirección a la voz y se encontró con Gregory, el mendigo. No había cambiado nada, incluso llevaba la misma ropa de siempre.

—No fumo...

—Espera, te conozco. —Se acercó y frunció el ceño hacia él—. Vaya, el cañonero que había desaparecido sin dejar rastro. Todos pensaron que habías muerto.

Soltó una carcajada seca y su aliento fétido olía a alcohol ya digerido.

—¿Sabes qué pasó con el parque de las caravanas? —preguntó a la vez que retrocedía. Su aspecto le repugnaba.

—El maldito de Smith... —Se pasó las manos por la barba varias veces—. Envío a los policías y excavadoras para demolerlo todo. De esto hace más de cuatro años.

—Ah... —Tragó saliva—. ¿Mis padres? ¿Sabes...?

—Trabajan para él —lo interrumpió con brusquedad.

—¿Y dónde viven?

—En su puta mansión.

El aliento de Brian se quedó atascado en la entrada de la boca cuando escuchó aquello. La rabia y la impotencia se apoderó de él e hizo un esfuerzo sobrehumano para reprimir la

naturaleza violenta que había adquirido en la cárcel para no destrozar todo a su paso. Por su culpa sus padres estaban trabajando para ese imbécil, les había abandonado y les había dejado sin el sueldo que les mantenía con vida por defender a la chica que amaba. Se había comportado como un adolescente y había actuado por impulso, sin pensar, creyendo que estaba haciendo lo correcto. Sus padres sufrieron las consecuencias.

Dio la vuelta y se alejó de aquel lugar a toda prisa.

—Oye, espera —dijo Gregory, pero él no le hizo caso.

Se adentró en el bosque y se encaminó hacia el refugio que más de una vez le había salvado la vida. Ya encontraría una manera de hablar con sus padres y ayudarles a salir de aquella maldita casa. Encendió la pequeña linterna que tenía como llavero y dirigió la luz hacia el empinado suelo, moviéndola de un lugar a otro. Respiró hondo y emprendió la caminata por el sendero con paso rápido.

Capítulo 2

Olivia miró la hora en su reloj de pulsera y soltó un largo suspiro. Su amiga Hannah llevaba más de veinte minutos de retraso y odiaba que le hiciera esperar. El aparcamiento del centro cultural estaba lleno y su malhumor empeoraba con cada empujón que recibía de la gente que quería conseguir un buen asiento o un lugar en la fila.

Los fines de semana prefería pasar el tiempo con su amiga, aunque vivían en la misma casa apenas se veían. Hannah trabajaba como reportera de investigación para una importante cadena de televisión y casi todas las semanas viajaba fuera del pueblo de Cheshire con su equipo.

Después de terminar la universidad, ellas decidieron alquilar una casa cerca de la ciudad de Connecticut. Encontraron trabajo enseguida a través del dueño de una cafetería y no tardaron en acomodarse a sus nuevas vidas.

Olivia se había graduado en Derecho y trabajaba en un pequeño bufete de abogados especializado en divorcios. Y por las tardes acudía al comedor social para echar una mano a la hora de cocinar y repartir las comidas. La cocina seguía siendo su pasión, porque había renunciado al dibujo. Cada vez que cogía un lápiz sus pensamientos le llevaban muy atrás en el tiempo y se negaba a recordar a Brian porque le dolía. Había enterrado todos los recuerdos con él para poder seguir adelante.

—Ya estoy aquí —dijo Hannah jadeando a la vez que movía las manos en el aire para enfatizar su presencia—. Siento haber tardado tanto, pero la reunión se ha alargado más de la cuenta.

—Han entrado casi todos. No encontraremos asientos. Y sabes que me gustan estas obras de teatro mímico. Son muy originales. —Soltó un bufido y se pasó una mano por el cabello. Se había cortado la melena y lucía un corte más moderno. Apenas iba maquillada, pero llevaba puesto un vestido negro ajustado y elegante.

—Vamos, no te desanimes, amiga.

—Cada vez que salimos hay un imprevisto. La semana pasada nos quedamos sin entradas para el cine y...

—Ya lo sé, mi trabajo es demandante y frustrante, pero me encanta. También quiero pasar tiempo contigo, eres mi mejor amiga. No sé cómo hacer para compaginar nuestra amistad con los

viajes.

—Lo importante es que te gusta lo que haces, no me hagas caso. —Le dio un abrazo y Hannah se lo devolvió—. Me siento sola a veces.

—Pues échate un novio. —La miró con una sonrisa pícara—. Connor es un buen candidato.

—Connor es un pesado. No para de pedirme una cita. —Empezó a caminar hacia la entrada—. Y sabe que no quiero salir con compañeros de trabajo.

—Es guapo, simpático, inteligente... Vamos, que tiene todo lo que cabe admirar en un hombre.

—No insistas tú también.

—¿Cuándo vas a olvidar a ese maldito cañonero? Está en una cárcel y no quiere saber nada de ti. —Su mirada se endureció—. Has sufrido tanto por él, has llorado tanto...

—Lo he olvidado —dijo con una voz poco convincente. Odiaba mentir y mucho más odiaba mentir a su amiga. Sin ella no hubiera podido salir de la depresión, superar el dolor y cerrar las heridas.

—No te lo crees ni tú.

—¿Entramos? Se nos hace tarde —dijo con voz queda.

—Sí, vamos.



Una hora más tarde las amigas salieron del centro cultural cogidas del brazo con las sonrisas abiertas. Encontraron buenos asientos y disfrutaron de la obra que había resultado ser bastante cómica.

El aparcamiento volvió a llenarse de gente, coches y taxis, y había demasiado ruido. Cruzaron a toda prisa y se encaminaron hacia el bar que había en la esquina.

Hacía una noche fresca y agradable para pasear. Los comercios estaban cerrados y solo se veían parejas, adolescentes y corredores. Apresuraron un poco el paso y después de unos minutos llegaron a la entrada del bar Cocktail. La puerta estaba abierta y se escuchaba un estruendo de

voces, música y botellas que hacía que sus oídos comenzasen a pitar de forma molesta. Subieron el primer escalón y se echaron a un lado para dejar salir a una pareja.

—Está lleno —dijo Hannah a la vez que sostenía la puerta.

—Es normal, es sábado.

El local era bastante grande, tenía mesas redondas esparcidas por todas partes y un ambiente oscuro pero muy animado. Siempre estaba atiborrado a esas horas, la razón eran las veladas de monólogos que organizaban los dueños los fines de semana.

Entraron y se sentaron en la barra. Pidieron cervezas y patatas fritas, e intercambiaron historias acerca de sus trabajos.

—No me puedo creer que haya tantos divorcios. ¿Qué pasa con las parejas de hoy? ¿Tan rápido se va el amor? —inquirió Hannah. Masticó con rapidez y prosiguió: —Sé que nada es para siempre, pero hay que seguir alimentando el vínculo, el deseo y la comunicación. Ya no hay amores como los de antes.

Miró a su alrededor con cierta tristeza. A pesar de todas sus cualidades, Hannah nunca había tenido una relación seria. Era demasiado impulsiva y un espíritu libre incapaz de atarse a nada.

—Todas las parejas que vienen al bufete son jóvenes y las razones por las que se separan son siempre las mismas: infidelidad y celos.

—Los hombres se aburren rápido...

—Las mujeres también, son más exigentes en cuanto a las relaciones. Para ellas el divorcio es una vía de escape. —Dio un trago a su cerveza y miró a su alrededor.

El local estaba lleno, plagado de grupos y parejas jóvenes que conversaban y reían en voz alta. Aquello hizo que se diera cuenta de que estaba trabajando demasiado y que le quedaba poco tiempo para socializar.

—¿Mañana vas al comedor social? —preguntó su amiga, sacándola súbitamente de sus pensamientos.

—Sí, me necesitan. Hay muchas personas que dependen de ese lugar para comer.

—Deberían darte un premio, sacrificas tu tiempo libre para cocinar gratis.

—No necesito nada, es suficiente con ver las caras de alegría de todas esas pobres personas.

—Soltó un largo bostezo, aunque no tenía ni pizca de sueño.

—¿Nos vamos? Mañana tengo que madrugar para coger un vuelo a Washington.

—Sí, vamos.

Las amigas se pusieron de pie casi al mismo tiempo y después de pagar salieron apresuradas del bar. Recorrieron toda la plaza hasta la parada del autobús, donde estaban aparcados unos cuantos taxis. Se subieron en uno y le indicaron la dirección al chófer.

Olivia apoyó la cabeza contra el cristal de la puerta y la vibración que recibía a través de él

le resultó relajante. Por más que intentaba dejar de pensar en Brian, no lo conseguía, y eso era porque ya habían pasado los cinco años que él debía estar encerrado. ¿Estaba libre ya? ¿Había vuelto al pueblo? El parque de las caravanas ya no existía, ¿dónde iba a vivir? Era increíble como después de tanto tiempo se preocupaba por él. Sabía que en la cárcel había estado más o menos bien, gracias a las llamadas que recibía del abogado todos los meses. Y eso fue un consuelo muy grande para ella y su corazón despedazado.

Aunque estaba enfadada con él, tenía muchas ganas de verlo. Tan solo verlo, nada más.

Capítulo 3

Los días pasaban y Brian no encontraba el valor para ir a la mansión y hablar con sus padres. Sentía temor, temor a la posibilidad de no ser perdonado. Ni siquiera sabía si él podría perdonarse a sí mismo.

Se sentía atrapado en otra cárcel, una cárcel donde el tiempo pasaba tan rápido que tenía la sensación de estar mareado todo el rato. Sus pensamientos eran una mezcla caótica y le producían horribles pesadillas por las noches.

Había aprendido a estar tranquilo, en un pequeño espacio, sin hacer nada ni esperar nada. Le costaba adaptarse a la nueva rutina. Todas las mañanas se despertaba para ir al río a lavar la ropa, las cazuelas y a pescar. Por las tardes iba a cazar y luego cocinaba. Después de comer salía al pueblo para buscar trabajo. Habían cambiado muchas cosas y la poca gente que lo reconocía no se fiaba de él. La tienda de carpintería ya no estaba, en su lugar había un centro comercial de dos plantas. Todos los pequeños comercios habían cerrado y construyeron edificios nuevos para tiendas de ropa, zapatos y joyerías.

Había salido de la cárcel hacía dos semanas y no había hecho nada de lo que se había propuesto. Tiró con fuerza de la capucha de su sudadera para cubrirse la cabeza y abandonó el refugio. Necesitaba ver a sus padres, necesitaba su perdón para poder seguir adelante.

Cruzó el bosque hacia la carretera y trató de recordar el atajo que llevaba a la mansión del señor Smith. Mientras caminaba, escuchó voces y risas que provenían desde una cabaña. Era la primera vez que la veía, así que no sabía quién podría ser el dueño. Apuró los pasos para que no lo vieran y justo cuando llegó al final de la valla, alguien gritó su nombre.

—Brian, espera.

Se dio la vuelta despacio y miró con curiosidad al hombre que le hacía señas con la mano. Su cara le resultaba familiar, muy familiar.

—Soy Matt, ven aquí, hombre.

—Ah, hola —dijo, enseñando una leve sonrisa.

Su amigo había cambiado bastante, ya no llevaba ropa militar y su cabello era largo y rubio. Llevaba puestas unas gafas de sol y tenía una barba rebelde que le cubría los labios.

Caminó hacia la cabaña y cuando llegó frente al porche Matt bajó el escalón de un salto.

—Los rumores son ciertos, estás vivo.

—Eh, sí...

—He reconocido tu sudadera, la calavera amarilla que tiene atrás es única.

—La hicieron mis hermanos con pinceles y lejía —murmuró con cierta nostalgia.

—Quédate un rato y toma una cerveza con nosotros —dijo con alegría—. Ven, te presentaré a mi novia Gilian.

Brian asintió con la cabeza, le venía muy bien tener un amigo. Subió el escalón y tomó asiento en una de las butacas de mimbre.

La cabaña era pequeña y estaba forrada con tablones rústicos y cortezas de pino. Aún podía sentir el olor a madera recién cortada, un olor familiar y doloroso al mismo tiempo. Le llevaba demasiados recuerdos y no quería acordarse de nada.

—Esta es Gilian, mi chica —dijo Matt con orgullo a la vez que besaba la mejilla de la joven—. Nos conocimos hace un año cuando abrí mi taller mecánico.

—Encantada. —Estiró la mano hacia él.

El cañonero enseguida tomó su mano y le dio un breve apretón. La joven era bastante atractiva, con una melena rubia y larga recogida en una coleta alta. Vestía ropa informal y unas botas de montaña de color mostaza.

—Igualmente.

—Bueno, os dejo solos para que os pongáis al día —dijo ella a la vez que entraba en la cabaña.

—¿Dónde has estado, tío? Hay muchos rumores que corren por el pueblo, pero no sé quién los ha sacado. Tus padres no dicen nada...

—No dicen nada porque no saben nada —murmuró Brian y soltó un breve suspiro—. De hecho, iba de camino a verlos.

—Pues cuéntame. ¿Qué has hecho durante cinco años fuera de este maldito pueblo? —Le entregó una botella abierta de cerveza—. La última vez que te vi estabas decidido a no volver jamás.

—Antes de irme fui a ver a Olivia...

—Mmm, Olivia. Se me había olvidado que teníais algo. De hecho, se rumoreaba que os habíais fugado juntos.

—Lo hicimos.

—No jodas, ella lo desmintió. Dijo que estuvo viviendo un tiempo con una prima lejana.

—Nos fuimos a Massachusetts y allí empezamos a trabajar en un restaurante. Nos iba muy bien y estábamos de puta madre. Hasta que... —Dio un trago largo a la cerveza y se limpió los labios con el dorso de la mano. Soltó una maldición y prosiguió: —Hasta que maté a alguien.

El silencio que vino a continuación pareció prolongarse una eternidad e hizo que Brian se

sintiera incómodo.

—Es broma, ¿verdad? —dijo Matt con voz grave, cautelosa. Se pasó una mano por la barba y volvió a mirarlo con intensidad.

—No, tío. Fue una puta pesadilla —balbuceó con un nudo en la garganta.

Matt escuchaba, pero no contestaba nada, simplemente mantenía una expresión estupefacta mientras tomaba tragos pequeños de cerveza.

Hubo varios segundos de aplastante silencio, hasta que Brian volvió a hablar.

—Fue en defensa propia, pero el maldito juez se opuso al indulto. Me encerraron durante cinco años en una cárcel.

—Oh, vaya. Lo siento, tío. No sabía nada. —Relajó la postura—. ¿Tus padres?

—Tampoco lo saben.

—Joder, menuda mierda. —Tiró la botella vacía en un cubo de basura y tomó asiento a su lado—. ¿Necesitas algo? Puedo ayudarte...

—Necesito hablar con mis padres y luego... —Tomó una profunda respiración y lo miró a la cara—. Creo que tendré que abandonar el pueblo. No encuentro trabajo aquí, nadie quiere contratarme. No puedo quedarme a vivir en puto bosque toda la vida.

—¿Has estado en el bosque todo este tiempo? Joder, nosotros acabamos de llegar a la cabaña. Estaba vacía... Mierda, tío.

—No pasa nada.

—Sí pasa. No es justo que estés pasando frío y hambre. —Se puso de pie y empezó a rascarse la barba con gesto pensativo—. Esta cabaña la construyó mi padre el año pasado, la puedes usar cuando no estemos nosotros. Pero si quieres irte del pueblo, te propongo otra cosa.

Aquellas últimas palabras despertaron el interés de Brian. Dio los últimos tragos a la cerveza y se reclinó en el asiento a la vez que se cruzaba de brazos.

—Vengo al pueblo solo para ver a mis padres, tengo una casa en Cheshire y un taller mecánico. Me vendría bien alguien que me echase una mano. Últimamente estoy bastante agobiado con los clientes y las compañías aseguradoras.

—Cuenta conmigo, pero no sé nada de mecánica.

—Tranquilo, aprenderás rápido. —Le guiñó un ojo—. Y puedes quedarte a vivir con nosotros.

—Tendré que rechazarlo, necesitáis vuestro espacio. No quiero estorbar. Encontraré un alquiler barato, no te preocupes por mí. Demasiado me ayudas con el trabajo.

—Genial. Nosotros nos vamos mañana. ¿Te vienes con nosotros o te quieres quedar unos días más?

—Iré a hablar con mis padres y te lo digo a la vuelta. Tengo entendido que viven y trabajan en la mansión de Smith.

—Sí, desde hace mucho tiempo. Y parece que les va bien. Tus hermanos van al instituto y tu padre acaba de comprar un terreno en el pueblo.

—Mmm, bueno. Me alegro por ellos. Siento haberlos decepcionado. Cuando Smith me despidió se quedaron sin dinero para vivir, y yo en vez de ayudarles huí como un cobarde.

—Hiciste lo que pensaste que era lo mejor para ellos y para ti en aquel momento. Lo entenderán, son buenas personas.

—Eso espero. —Se puso de pie y tiró la botella vacía al cubo de basura—. ¿Sabes algo de Olivia?

Había dejado aquella pregunta para el final, aunque era lo que más interés despertaba en él.

—Se fue a la universidad con Hannah y luego no volvieron. Lo siento, tío. No sé nada más.

—Bueno, nos vemos luego. —Soltó un breve suspiro.

—Claro, aquí estamos.

Brian bajó el escalón y metió las manos dentro de los bolsillos de su sudadera. Empezó a caminar por el sendero que llevaba hacia la carretera un poco más animado. Se alegraba de haberse encontrado con Matt, era el impulso que necesitaba para enderezar su vida.

Después de unos diez minutos vio las verjas de hierro forjado que rodeaban la mansión de los Smith. El corazón le empezó a latir a una velocidad pasmosa, incluso comenzó a sudar, y antes de que tuviera tiempo de recomponerse oyó la inconfundible voz de su padre.

—Oye, ¿quién eres y qué haces por aquí? ¿Te has perdido? Estás pisando propiedad privada...

—Hola, papá —dijo a la vez que se acercaba a la verja. Tragó duro y levantó la mirada despacio, con miedo.

—¿Brian! ¿Eres tú? —James se apresuró a abrir la puerta.

El joven, al ver a su padre esbozar una media sonrisa, sintió un palpito de alegría.

—Sí... —contestó, pero no le dio tiempo a decir nada más porque el hombre lo abrazó con tanta fuerza que casi no podía respirar.

Pasaron minutos largos y James no aflojaba el agarre ni un poquito y parecía no querer soltarlo nunca. A Brian se le salieron un par de lágrimas de felicidad; fue tal la emoción que no pudo controlar el agrado de verlo después de tantos años.

—Hijo... —dijo con voz ronca y luchando contra las lágrimas en sus ojos—. ¿Dónde has estado? Pensé que... Ay, Dios. Me alegro tanto de verte.

—Lo siento, perdóname. —Tragó saliva y respiró hondo. Había esperado otro tipo de recibimiento, uno hostil y descortés.

—No hay nada que perdonar, hijo. Lo importante es que estás vivo. Ven, tu madre está en la cocina. Se alegrará mucho de verte.

—Espera, es la casa de Smith. Si me ve...

—No están, ni él ni su mujer. Vuelven la semana que viene.

Brian siguió a su padre al interior de la mansión y mientras el hombre cerraba la puerta aprovechó para mirar a su alrededor. La última vez que había estado allí era de noche.

La residencia era enorme y estaba cubierta casi en su totalidad por un precioso color dorado. Tenía dos pisos: una planta baja de piedra labrada y otra con fachada de ladrillos. Los dos balcones descubiertos tenían una barandilla blanca de hierro forjado y había una chimenea alta sobre el tejado.

—Vamos por la parte de atrás —indicó James.

Cuando llegaron frente a la puerta el cañonero tomó una profunda respiración y expulsó el aire lentamente. Necesitaba contener toda la emoción antes de ver a su madre para no desmoronarse.

Su padre abrió la puerta y entraron.

La mujer estaba de espaldas y no les vio entrar. Ella llevaba puesto un uniforme de color azul celeste con un delantal floreado ceñido a la cintura y zapatillas planas blancas. Su melena oscura estaba recogida en una trenza y en la cabeza tenía un gorro bandana.

—Mamá... —La voz le salió más ronca de lo que hubiera deseado.

Claire dejó de remover el guiso y apagó el fuego. Se quedó un rato quieta, sin mover ni un músculo, hasta que soltó un breve suspiro ahogado. Al rato, se dio la vuelta y sin darle tiempo a reaccionar le propinó una sonora bofetada que le hizo girar la cara. Luego, sin decir nada, lo abrazó con una fuerza abrasadora y se echó a llorar.

—Hijo mío, pensé lo peor —sollozó—. Brian, mi vida. ¿Dónde has estado? ¿Qué ha pasado contigo? —Se apartó para mirarlo y después de observar su rostro con atención, prosiguió: —Has cambiado, has madurado... Eres todo un hombre.

—Mamá, lo siento mucho. Perdóname. —Miró a su padre—. Perdonarme, por favor.

—Vamos, siéntate y cuéntanos qué ha pasado contigo —animó el padre—. ¿Quieres algo de beber? ¿Tienes hambre?

—Estoy bien, gracias.

Tomó asiento y durante la siguiente media hora les relató los detalles de su fuga con Olivia después de haber sido despedido por Smith, las semanas de trabajo en el restaurante, el momento del atraco y su detención. Lo que había pasado en la cárcel se lo guardó para él, no quería amargarles con historias duras y difíciles de entender.

—Ay, hijo. —Su madre enseguida volvió a abrazarlo—. No tienes que pedirnos perdón, no tienes la culpa de que Smith sea un ogro.

—Pero trabajáis para él...

—Porque no tenemos elección —declaró el padre con voz queda—. Nos ha quitado todo lo

que teníamos... —Negó con la cabeza—. Y ahora ya sé porqué lo hizo. Porque te fugaste con su hija. ¡Maldita sea! ¿Cómo he podido estar tan ciego? Tenemos que hacer algo al respecto.

—No, papá. Si te enfrentas a él os echarán, como hizo conmigo, y necesitáis los trabajos.

—Brian tiene razón —dijo la madre—. Tenemos que aguantar un tiempo más, por lo menos hasta que terminen de construir nuestra casa. A mí tampoco me gusta quedarme después de saber la verdad, pero nos paga bastante bien. Y los gemelos van al instituto gracias a las pagas extras que recibimos.

—Sí... —suspiró James—. Ay, hijo. No te he preguntado dónde duermes. Aquí con nosotros va a ser imposible.

—No os preocupéis por mí. Matt me echa una mano.

Dejó de hablar para mirarlos con atención. Sus padres habían envejecido mucho durante esos cinco años, tenían canas y habían perdido peso. Sus ojos parecían haber quedado algo hundidos, pero las miradas seguían siendo las mismas. El rostro de James estaba surcado de arrugas y su madre se veía agotada con las mejillas algo flácidas.

—¿Cómo están mis hermanos?

—Han cambiado bastante, son tranquilos y estudiosos. Ahora están en la casa de la señora Wilson, una vecina... —dijo la madre con orgullo—. Están ayudándola a pintar el salón.

—Me alegro. —Suspiró a la vez que se ponía de pie—. Me tengo que despedir de vosotros por un tiempo. Prometo volver cuando las cosas estén mejor para todos.

—¿Te vas? —preguntó Claire con preocupación—. No quiero pasar otra vez por el mismo calvario, sin saber nada de ti.

—Aquí no encuentro trabajo, llevo más de una semana buscando, nadie quiere contratarme. Matt tiene un taller mecánico en Cheshire, voy a trabajar para él.

—Ah, el pueblo está cerca. Podemos ir a visitarte con los gemelos —dijo el padre y se estiró para darle un abrazo—. Me alegro mucho de que hayas venido a vernos. Eres bienvenido siempre. Te quiero, hijo.

—Yo también te quiero, papá.

Claire se acercó a ellos y abrazó a su hijo. Reposó la mejilla en su pecho y después de unos cuantos minutos se apartó y le tomó el rostro entre sus manos. Lo miró con preocupación y se puso de puntillas para darle un beso en cada mejilla.

—Te quiero, hijo. No ha pasado ni un solo instante en el que no haya pensado en ti.

—Yo también he pensado en vosotros. Os quiero.

Se miraron unos instantes más y luego Brian abandonó la cocina. Estaba triste por dejarles, pero también muy feliz de haber arreglado las cosas con ellos. Todo el dolor y la preocupación desaparecieron con los abrazos y las miradas de cariño que se dieron. Fue un momento de reconciliación y sanación que les permitió dejar atrás los resentimientos y abrirse a una nueva

etapa de amor y comprensión en el vínculo familiar. Aunque separarse le causaba tristeza, Brian sabía que el lazo que los unía era más fuerte que cualquier distancia física. Con el corazón lleno de gratitud, abandonó la mansión y se encaminó hacia la cabaña de Matt.

Capítulo 4

Meses después

Olivia terminó de redactar las cartas de notificación de los divorcios para el bufete y se reclinó en el asiento. Estaba cansada, trabajaba muchas horas en la oficina frente al ordenador, pero lo hacía porque le encantaba. Se tomó el café, enfrascada en sus asuntos, y apenas reparó en la presencia de Connor, que estaba frente a su escritorio.

—Ay, no te escuché entrar. ¿Qué decías? —murmuró mirándolo a la cara.

Su compañero era la viva imagen de la masculinidad. Llevaba un buen corte de pelo y ropa que se ajustaba a su perfecto cuerpo como si fuera un guante. Tenía unos hermosos ojos azules, una larga y recta nariz y una boca de labios firmes. Pero el aspecto de un hombre no significaba nada para ella. Jamás se había dejado influir por algo así.

—Tienes que ir a hablar con la señora Jones, al parecer no quiere seguir con el divorcio. Algo ha pasado este fin de semana —dijo a la vez que le entregaba una carpeta—. Aquí está toda la información. Sé que no es tu caso, pero pensamos que contigo querrá hablar.

—¿El marido la maltrataba? —Agarró la carpeta y la dejó al lado del ordenador.

—Sí.

—Vale, intentaré pasarme esta noche a verla. Tengo que ir al comedor por la tarde.

—Gracias, voy a seguir trabajando —dijo, pero no se movió de su sitio.

—¿Algo más? —inquirió ella y elevó una ceja mostrando su desconcierto.

—Eh, no. Bueno, tengo entradas para un musical el sábado. Luego podemos ir a cenar.

—Connor...

—No te estoy pidiendo una cita. Si quieres acompañarme, que sea como mi amiga. Sé que te gustan ese tipo de espectáculos.

—Lo pensaré. Gracias por la invitación. —Se irguió y forzó una sonrisa.

Esperó a que él cerrara la puerta y luego exhaló un gemido angustioso. Odiaba rechazarlo siempre, pero por más que lo intentaba no podía albergar sentimientos hacia él. No sentía necesidad de amor. Se había prometido a sí misma que jamás volvería a entregar su corazón a

nadie. Se negaba a permitir que le hicieran tanto daño de nuevo.

Guardó la carpeta en su maletín y se puso a trabajar febrilmente. Le quedaban dos horas hasta poder dar por terminada la jornada laboral.

Cuando escuchó la voz de su jefe en el pasillo miró la hora en la pantalla del ordenador. Marcaba las tres de la tarde. Apenas encontró fuerzas para levantarse de la silla, apagó las luces y recogió la mesa.

Después de pasar el día sentada, y aburrida haciendo informes, por fin podría ir al trabajo que la hacía sentirse útil y apreciada. Estaría rodeada de gente humilde y sin recursos, que disfrutaban de sus comidas con gusto y hablaban de cualquier otra cosa que no fuera el trabajo.

Cogió su maletín y abrió la puerta.

—Olivia, ¿tienes un minuto? —preguntó su jefe nada más verla. El hombre se despidió de su secretaria y se acercó a ella con pasos apresurados.

—Por supuesto. ¿Qué pasa, John?

—Tengo un problema muy gordo, un problema personal —susurró a la vez que la agarraba por el brazo para que caminara a su lado.

—Oh...

—Te lo digo a ti porque sé que eres discreta y que puedes guardar el secreto.

La joven lo miró unos segundos por encima de su hombro derecho y se sorprendió cuando vio su cara seria y algo cansada. No es que su jefe fuera un pozo de alegría, pero ese día su expresión era diferente.

—Dime, ¿qué pasa?

Salieron juntos a la calle y el hombre la guió hacia el aparcamiento que había detrás del edificio.

—Voy a divorciarme, no aguanto más —dijo con la voz trémula—. Lidia no para de gastar el dinero en ropa, joyas y viajes costosos. Cada fin de semana sale de fiesta con sus amigas y ni siquiera se molesta en decírmelo. Este mes creo que solo hemos coincidido en casa unos dos días. Yo quiero una familia, quiero tener un hijo, pero ella solo piensa en sí misma.

—No lo sabía, lo siento.

John se acercó a su coche y después de desbloquear las puertas sacó una carpeta de color rojo del maletero.

—Quiero que lleves el caso, quiero que hables con mi detective privado y leas su informe. Yo no fui capaz de hacerlo, temo que haya información acerca de una infidelidad. Simplemente no puedo ver fotos de mi mujer con otro hombre.

—Lo haré. —Tomó la carpeta y lo miró a los ojos.

Lo que había aprendido de los casos de separación que había analizado durante su trabajo era que entre dos personas que rompían, siempre había una que sufría más. Y por lo general, el

más afectado era el que padecía de la decisión del otro. Pero en ese caso las cosas eran diferentes.

—Gracias. —Se pasó una mano por el cabello en un gesto que Olivia siempre había asociado con una costumbre nerviosa.

La primera vez que ella lo vio, en la entrevista que hizo para conseguir ese trabajo, pensó que era un buen hombre y alguien muy reservado. Jamás le había escuchado hablar de su matrimonio o de cuestiones sentimentales.

Paseó la mirada por su rostro y observó que tenía barba de unos días y los pómulos muy resaltados. ¿Había adelgazado? Era posible, últimamente apenas coincidían en el trabajo, mantenían el contacto solo por correo electrónico. John estaba a punto de cumplir los cuarenta años y era un hombre bastante famoso en el pueblo. Había sido nombrado unas cuantas veces como uno de los emprendedores del año por la revista *Hombres de negocios*. Tenía un rostro atractivo al estilo clásico y un buen gusto para vestir. Había escuchado más de una vez a su compañera de trabajo suspirando por él.

—De nada. Si necesitas hablar...

—Estoy bien. Hasta luego —dijo rápidamente antes de meterse en el coche.

Olivia se quedó mirando un rato cómo el vehículo abandonaba el aparcamiento y luego se encaminó hacia la parada del autobús. Su coche se había estropeado y el seguro lo llevó a un taller para arreglarlo. Habían pasado tres días y no había recibido ninguna llamada, no sabía si podía ir a recogerlo o no.

Mientras esperaba a que llegara el autobús, sacó el teléfono móvil del bolsillo y comprobó los mensajes. Había unos cuantos de Hannah y de sus hermanas. Los leyó por encima y esbozó una sonrisa abierta cuando se enteró de que las gemelas se habían graduado. Les había prometido un regalo para cada una, así que tenía que cumplir con su palabra.

El autobús llegó y se apresuró a subir para buscar un sitio libre. Pagó al conductor y caminó hasta la parte trasera, donde había plazas que no estaban ocupadas. Tomó asiento junto a la ventana y sacó los auriculares y los conectó al teléfono móvil. Eligió una canción de su lista preferida y mientras las notas penetraban progresivamente en sus oídos, miró por la ventana. Su mente voló al pasado y volvió a revivir el primer momento en el que Brian se ofreció a ayudarla a cambiar la rueda que él mismo había pinchado. Esbozó una ligera sonrisa antes de suspirar. ¿Por qué no podía olvidarlo? Quizás porque sabía que estaba libre.

Olivia se dio cuenta de que el autobús llegaba a la estación donde se tenía que bajar y se secó de inmediato las pequeñas lágrimas que se le habían escapado mientras recordaba todo aquello. No quería volver a llorar y apretó los labios para no hacerlo. Se puso de pie y caminó hasta las puertas. Cuando el autobús estacionó ella se bajó junto con dos pasajeros más. Inspiró hondo y expulsó el aire con fuerza.

La calle estaba bastante transitada a esas horas, pero no había demasiado bullicio, la gente se movía con relativa calma, sin excesivas prisas. Cruzó por el paso de peatones y se encaminó hacia el comedor social. Era un edificio pequeño y poco cuidado, pero tenía un patio trasero lleno de árboles, mesas y bancos de madera.

La zona era humilde, con pocos comercios y calles angostas. Daba la impresión de que estaba habitada solo por personas mayores, a juzgar por las casas humildes y de color blanco que había. Los árboles eran escasos y las farolas estaban llenas de papeles y anuncios pegados.

Entró por la puerta principal del comedor social y recorrió el pasillo en silencio, pasando por delante de la sala de mesas y el almacén. La cocina estaba al final del todo, rodeada de carros con bandejas para transportar la comida. Dejó sus cosas y el abrigo en el armario de los empleados y empujó la puerta lo suficiente para entrar por ella. Enseguida fue asaltada por fuertes olores a especias, como si alguien las hubiera echado todas a la vez a hervir. Arrugó la nariz y miró en dirección a los fogones. Había tres ollas humeantes, pero nadie las estaba vigilando.

—¿¡Hola?! —dijo con desconcierto a la vez que miraba la hora en su reloj de pulsera. ¿Había llegado demasiado temprano?

Se acercó hasta allí y miró el contenido de las ollas. Alguien las había llenado de agua, verduras y especias.

Justo cuando se preparó para coger una cuchara y remover, se escucharon pasos y voces a su espalda. Se dio la vuelta y vio a Mario, el ayudante de cocina, hablando acaloradamente con Alicia y Chloe, las otras empleadas.

—Os he dicho un montón de veces que Olivia es la encargada de la cocina y que ella decide el menú. ¿Por qué habéis puesto tres ollas con agua a hervir? Lo que tenéis que hacer es recoger la cocina y preparar las mesas. Hay que llevar platos, cubiertos y servilletas.

—Es que hoy hace frío y he pensado que era buena idea preparar una sopa de verduras. He visto a Darell, el mendigo ciego, acurrucado en un rincón pasando frío —contestó Chloe apenada—. Lo siento.

—No pasa nada —intervino Olivia—. Es una buena idea. Haremos sopa de primero y puré de patatas con pollo de segundo.

—Gracias —dijo la mujer con una sonrisa en los labios. Le guiñó un ojo a Mario y agarró a su compañera por el brazo—. Nosotras vamos a preparar las mesas.

Salieron juntas de la cocina, dejando a Olivia sola con el ayudante de cocina.

—Estas mujeres se enredan mucho —gruñó Mario.

—No te quejes, son buenas trabajadoras.

—Bueno, sí —suspiró y se acercó a los fogones.

Mario tenía alrededor de cuarenta años y había trabajado toda su vida en la cocina. Tenía

mucha experiencia y conocía recetas de todo el mundo. Era alto y delgado, rubio y de cara alargada. Demasiado hablador y siempre estaba contando chistes de cualquier cosa.

—Estas sopas saben mal —dijo con una mueca.

—Tíralas y las prepararemos de nuevo. Ve pelando patatas mientras yo corto las verduras.

—Está bien.

Durante la siguiente hora ambos trabajaron en perfecta sintonía y terminaron la comida en tiempo récord. No era fácil cocinar para cientos de personas con pocos recursos. El camión llegaba cada vez más vacío y casi todos los alimentos estaban pasados de fecha de caducidad.

—Tenemos que salir a servir a las mesas todos —dijo Mario—. Hoy hay muchas más personas, la cola llega hasta la farmacia.

—La culpa la tiene el frío. Muchos de ellos viven en las calles.

Olivia soltó un breve suspiro y empezó a llenar las bandejas que habían llevado Chloe y Alicia. Después cogió dos de ellas y salió de la cocina en dirección a la sala de mesas. Cuando entró vio que todos los asientos estaban ocupados, y la gente se veía hambrienta y desnutrida. La ropa que llevaban puesta estaba llena de polvo y sudor y sus expresiones no decían nada. El lugar era grande, con alrededor de veinte mesas alargadas. Delante de cada persona había un plato con dos rebanadas de pan y un vaso con refresco. Nadie hablaba, ni siquiera se miraban, era como si aquel mohíno ambiente se hubiera tragado sus palabras.

La poca esperanza y la tristeza que se reflejaba en las caras de aquella gente hizo que Olivia se sintiera incómoda. Parpadeó rápidamente para alejar la breve tristeza y empezó a servir los cuencos con sopa.

Cuando cogió el último sus dedos empezaron a temblar ligeramente porque estaba muy caliente. Se apresuró a dejarlo encima de la mesa y la sopa empezó a derramarse sobre sus pantalones y justo cuando pensó que se le iba a caer encima, sintió unos brazos fuertes agarrándole los codos.

—Cuidado, te vas a quemar.

Se quedó estática cuando la voz del hombre penetró sus oídos. Los latidos de su corazón se paralizaron y un ligero escalofrío corrió por su espalda hacia sus extremidades. ¿Se lo estaba imaginando? Aquello no podía ser. ¿O sí?

Capítulo 5

Brian levantó la mirada hacia la mujer que había socorrido y el mundo a su alrededor se desvaneció. Aquello no era posible.

Achicó los ojos y soltó un suspiro tembloroso cuando reconoció esos labios que sería capaz de distinguir entre un millón. No lo hizo de forma consciente, pero, en cuanto se dio cuenta de que era Olivia, murmuró para sí mismo.

—Menuda coincidencia.

Atónito por la enorme casualidad, parpadeó unas cuantas veces y luego cogió el bol caliente con la sopa de sus manos y lo dejó encima de la mesa.

—¿Brian? —suspiró ella, cuya voz comenzaba a entrecortarse. Su intento de coger aire para seguir respirando se quedó en eso, en un intento. Tuvo la sensación de que en aquella sala no había suficiente oxígeno para todos y de que era la primera en darse cuenta.

—Olivia... —dijo sin terminar de creer lo que estaba sucediendo.

Un sinfín de recuerdos del pasado cayeron sobre él como una losa enorme que perdía su anclaje a la montaña y se precipitaba al vacío. No obstante, mantuvo sus emociones tan tranquilas como le fue posible. La ricachona que él recordaba había cambiado, era más hermosa, más plena y delicada, como si la separación la hubiera hecho madurar. La adolescente dulce y tímida había desaparecido para dar paso a una mujer atractiva con una mirada firme y decidida.

—Tienes buen aspecto —habló ella y, aunque sonrió, había poca calidez en sus palabras.

—Tú también.

El incómodo silencio que vino a continuación pareció prolongarse una eternidad, los dos estaban quietos, como petrificados, sin emitir sonido alguno. No les salían las palabras y sus pensamientos caían en avalancha y se atropellaban entre ellos, era demasiado para asimilar de golpe.

Al fin, fue Brian quien decidió romper el silencio.

—Cinco años, ¿eh? Parecemos unos extraños.

—Somos unos extraños —atajó—. Hemos compartido momentos maravillosos... Tal vez si hubiéramos estado juntos, como siempre habíamos deseado, ahora las cosas serían muy distintas. No te conozco, solo me suena tu cara. —Mientras terminaba su explicación, su voz había

comenzado a entrecortarse, el dolor empezaba a dejarse escuchar entre sus palabras.

En ese momento Brian comenzó a sentirse culpable, porque hasta ese momento no había terminado de comprender cuánto le había afectado a ella su decisión.

—Lo siento, de verdad. —Su voz se tornó suave, como si buscara consolarla.

—Las excusas sobran ahora mismo. No puedo entretenerme, tengo que seguir trabajando, hoy no damos a basto. Hay más personas que de costumbre —dijo a la vez que miraba a su alrededor con detenimiento.

—Entiendo, quizás en otro momento. —Asintió, entendiendo la urgencia del asunto.

—No creo que sea buena idea. No tenemos nada que decirnos.

—Olivia... —La agarró por la muñeca para evitar que se marchara—. No digas eso. Entiendo que estás enfadada conmigo, pero tenemos mucho que decirnos. Bueno, puede que tú no, pero yo sí. Te he extrañado.

—Entonces, ¿por qué rechazaste todas mis peticiones de visita? —saltó, furiosa—. Cada mes, cada año... Dios sabe cuántas veces he llamado al abogado con la esperanza de que hubieras cambiado de opinión.

La joven bajó la voz y soltó un suspiro tembloroso. Había recreado ese momento en su imaginación cientos de veces, calibrando todas sus posibles reacciones, y siempre había llegado a la misma conclusión: que no debería perdonarlo. Pero no había tenido en cuenta sus sentimientos, sentimientos que la hacían perder totalmente la razón y caer en la tentación. El nuevo cañonero era mucho más maduro, más atractivo y devastador; todo en él reflejaba dolor y oscuridad. Era igual de alto que antes, aunque más musculoso. El tiempo había esculpido sus pómulos y añadido fuerza y dureza a su mandíbula.

—Tenía mis motivos. Espero que me des la oportunidad de explicarme. —Le dio un ligero apretón en la muñeca y ella tiró del brazo para soltarse.

—No puedo, lo siento. —Se frotó la parte dónde él la había tocado para quitar el hormigueo que le recorría la piel.

Estaba furiosa consigo misma por permitir que él la afectara de ese modo.

—Bueno, no voy a insistir más. La gente nos mira raro, no quiero causarte problemas. Además, estoy hambriento.

Cuando escuchó aquello Olivia sintió un nudo en la garganta. Se dio cuenta de que había estado tan enfocada en el encuentro que no se había percatado de la ropa vieja y raída que él llevaba puesta, ni de que estaba allí para que le dieran una comida casera gratis. ¿No tenía dinero? ¿Dónde vivía? ¿Trabajaba?

—Entonces, siéntate y come. Si quieres más sopa, nos lo dices, hay de sobra. —Su voz sonaba preocupada pero tranquila.

—Gracias.

Tomó asiento y se remangó el jersey deprisa, para esconder las manchas de grasa que tenía. Había salido con prisa del taller para no llegar tarde a la comida y no se había cambiado de ropa. Estaba un poco cohibido, lo último que quería era causar una mala impresión en el primer encuentro con Olivia después de tantos años.

Metió un trozo de pan en la boca y se dispuso a coger la cuchara. Justo cuando se preparaba para meterla en la sopa, escuchó un fuerte ruido, como si alguien hubiese tirado algo al suelo. Todos y cada uno de sus instintos se pusieron en alerta y enseguida se puso de pie.

—¡Esta sopa es una mierda! —gritó un hombre a la vez que gesticulaba con las manos—. ¿Por qué no nos sirven carne o patatas? ¿Qué somos, animales?

Dio un paso amenazante hacia Olivia y la agarró con brusquedad por el brazo.

—¿Me oíste? Vamos, tráeme otra cosa de comer.

—Tranquilícese, por favor —dijo con voz trémula. Miró a su alrededor, buscando ayuda por parte de Mario o de las chicas, pero se dio cuenta de que estaba sola. Y los que estaban sentados en las mesas no movían ni un músculo. Solo miraban con inquietud la escena—. De segundo hay puré de patatas con pollo.

Tiró de su brazo para soltarse y permaneció erguida.

—Entonces mueve el culo y...

No le dio tiempo a terminar de hablar porque Brian lo agarró por el cuello de la chaqueta y lo atrajo hacia él. El rostro del hombre palideció como si se hubiera quedado sin sangre, pero no se movió de su sitio cuando espetó:

—Suéltame. No es tu problema.

—Te equivocas, imbécil —graznó Brian.

—Estoy hablando en nombre de todos. No sé por qué mierda te molestas en defender a esta mujerzuela. Nos tratan como animales.

—Ciera el puto pico si no quieres problemas.

—Brian, déjalo estar —murmuró Olivia en voz baja a la vez que se acercaba a él.

—Le has faltado al respeto. Pídele perdón o te vas a la puta calle —dijo ignorándola. Clavó la mirada en los ojos oscuros del hombre y apretó la mandíbula con fuerza.

—Ey, no quiero problemas. He venido a comer como cualquiera de aquí.

—Entonces siéntate y deja de protestar. Eres afortunado, la comida que sirven aquí es excelente, tienen un buen cocinero. —Miró un segundo a Olivia—. Pídele perdón ahora mismo.

—Lo siento —murmuró rápidamente el hombre en voz baja a la vez que agachaba la cabeza.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Mario alarmado. Se acercó a ellos dando grandes zancadas con cara de pocos amigos.

—Nada —contestó Olivia en un suspiro.

—¿Cómo que nada? Este hombre te ha faltado al respeto —comentó Brian con el ceño fruncido.

Mario miró al culpable y soltó un bufido indignado.

—Harrison... La última vez que causaste un revuelo te perdoné con la condición de que no volverías a hacerlo. Tendré que tacharte de la lista.

—No, Mario. Mira, lo siento. No me dejes sin comida. No tengo dinero, no tengo a nadie. —Se pasó la lengua por los labios reseco y amarillentos por el tabaco. Tenía los dientes estropeados y una barba canosa de al menos dos semanas.

Llevaba puesta una americana gris que le quedaba muy grande y por debajo un jersey de cuello alto. Tenía el cabello graso y largo, y sus pantalones estaban muy gastados y contaban con numerosos parches de colores.

—Tenías que haberlo pensado antes de hablarle mal a nuestra cocinera. Está trabajando gratis para que todos vosotros podáis comer algo decente.

—Lo siento, de verdad —volvió a insistir Harrison—. Prometo comportarme.

—Está arrepentido y me ha pedido perdón —dijo Olivia—. Vamos a olvidarlo y sigamos con el trabajo.

—No sé...

—Vamos, Mario. Cualquiera puede tener un mal día.

—Está bien —accedió a regañadientes y clavó la mirada en el rostro demacrado y envejecido de Harrison—. La próxima no te salva ni Dios.

—Gracias.

—Voy a la cocina, ¿vienes, Olivia?

—Sí.

—Espera —dijo Brian a la vez que le impedía el paso—. Dame cinco minutos.

La joven chasqueó la lengua con impaciencia antes de asentir con la cabeza. Miró a Mario para darle a entender que no necesitaba ayuda y se preparó para otra conversación incómoda.

—Bueno, voy a calentar el pollo —comentó Mario mientras se alejaba.

—¿A qué hora sales de trabajar? —preguntó el cañonero con la voz baja—. Te llevaré a casa.

—No hace falta, cogeré el autobús.

—Échame un cable, anda. No me lo pongas tan difícil.

—¿Qué es lo que quieres, Brian?

—Sé que no tengo derecho a molestarte ni a volver a entrar en tu vida, pero quiero saber de ti, quiero hablarte de la cárcel, quiero contarte por qué rechacé las visitas.

—Me partiste el corazón. Cuando te llevaron a la cárcel no solo perdí a mi novio, también la capacidad de querer a alguien más. Cinco años he vivido con una angustia constante en el

pecho que no me ha dejado seguir adelante. No soy feliz, Brian. ¿Es esto lo que quieres escuchar?

Lo miró con ojos de furia para no recordar todas las noches que había pensado en vela pensando en él. La decisión que él había tomado nada más entrar en la cárcel rompió la confianza y no había vuelta atrás. Tenía que mantener la cabeza fría y los pies en el suelo.

—No, no... Olivia...

—Olvidame. —Dio la vuelta y con el corazón encogido, y un torrente de lágrimas que amenazaban con salir, se encaminó hacia la cocina. Necesitaba alejarse de él cuanto antes o terminaría haciendo algo de lo que bien podría terminar arrepintiéndose.

Brian la siguió con la mirada hasta que salió de la sala y luego se sentó en la silla hundiéndose en sus reflexiones. Tenía que haber sido más comprensivo, pero no podía volver atrás, había tomado malas decisiones y tenía que asumir las consecuencias. Sus labios temblaron y pestañeó con fuerza. Intentaba asimilar todo lo que ella le había dicho mientras miraba el cuenco con la sopa ya fría y se sentía miserable, vacío y sin ánimo para afrontar la situación. Se reprochó a sí mismo el haberse dejado llevar por sus impulsos, no le había servido de nada, solo para estropear la relación que tenía con Olivia.

No podía perderla, tenía que hacer algo al respecto para que ella le perdonara.

Tendría que hacer todo lo posible, no se daría por vencido, nunca se daba por vencido y esa vez tampoco lo haría, mucho menos cuando se trataba de la única chica que le había hecho cosquillas en el corazón.

Capítulo 6

El resto de las horas pasaron volando para Olivia, un poco incómodas por la presencia de Brian en el comedor. Había evitado servir las mesas que estaban cerca de él, pero sus miradas se encontraron un par de veces, atraídas, como por un poderoso imán.

—¿Quieres que te lleve? —preguntó Mario. Apagó las luces de la cocina y abrió la puerta.

—No, gracias. Cogeré el autobús. Tengo que hacer un recado antes de ir a casa. —Metió las manos dentro de los bolsillos de su abrigo y empezó a caminar—. Mañana me pasaré por el taller para ver qué pasa con mi coche.

—Lleva muchos días ahí, ¿no?

—Tres, y no he recibido ni una llamada.

—Bueno, no me has contestado a la pregunta que te hice hace una hora.

Se despidieron del guardia de seguridad con un movimiento de mano y luego salieron al exterior. El aire fresco de la noche les golpeó el rostro y se vieron obligados a cerrar las cremalleras de los abrigos.

—¿Qué pregunta? —Lo miró unos segundos a los ojos.

—Te pregunté si conoces al hombre que puso a Harrison en su lugar. No te ha quitado la mirada en toda la tarde.

—Ah, eso. —Soltó un breve suspiro—. Sí, fuimos novios hace cinco años. Es la primera vez que le veo después de tanto tiempo.

—Oh, vaya. Por eso estabas tan tensa. ¿Habéis acabado mal?

—Algo así. —Se encogió de hombros—. Bueno, nos vemos mañana.

—Sí, claro. Buenas noches.

Después de despedirse de Mario cruzó el pequeño aparcamiento con pasos apresurados. Tenía que ir a hablar con la señora Jones y no quería llegar muy tarde. Se fue a la parada del autobús y se sentó en el banco para estirar las piernas.

No tuvo que esperar mucho, el número ciento trece llegó y sin apenas darse cuenta ya estaba sentada junto a la ventana. Era un trayecto corto, pero echó la cabeza hacia atrás y se preparó para el viaje.



Al día siguiente Olivia entró en la cocina y encendió la cafetera. Eran las siete de la mañana y tenía mucho cansancio acumulado. Apenas había conseguido conciliar el sueño, el encuentro con Brian le hizo recordar el pasado y revivir la escena del atraco. Habían pasado muchos años y ambos habían cambiado. Pero quedaban sentimientos confusos de por medio que les afectaban y no les dejaban seguir con sus vidas.

Eran muy jóvenes y muy ingenuos cuando se conocieron, y pensaban que estaban destinados a estar juntos para siempre. Un error que cometían todos los enamorados, un error que les hacía creer que la vida era de color rosa.

Metió dos rebanadas de pan en la tostadora y sacó mantequilla y mermelada del frigorífico.

La casa donde vivía con Hannah no era muy grande, pero estaba situada cerca del bufete de abogados. El alquiler era barato y reunía todas las condiciones que a ellas les interesaban.

—Buenos días —dijo Hannah con voz soñolienta y arrastrando los pies por el suelo frío de la cocina—. Odio madrugar.

—Ya somos dos. —Dejó el plato con el pan tostado encima de la mesa y luego repitió el proceso con el café.

Se sentaron y desayunaron en silencio, aprovechando el momento para revisar los correos electrónicos del trabajo.

—Déjalo así, que recogeré luego —murmuró Hannah a la vez que bostezaba—. Hoy voy a trabajar desde casa. Tengo que terminar un reportaje antes de viajar.

—¿Te vas a ir? Si has llegado hace unos días de Nueva York.

—Sí, esta tarde. Mañana tengo que estar en París para cubrir una rueda de prensa de un actor famoso.

—¿Cuándo vuelves?

—Dentro de un par de días.

—Bueno, ya sabes que te echaré de menos.

—Yo también.

—Voy a vestirme. Quiero pasarme antes por el taller para ver qué pasa con mi coche.

—Suerte con ello.

Olivia salió de la cocina y se fue a la habitación. Abrió el armario y eligió un jersey azul de lana, que enfatizaba su estrecha cintura, y unos vaqueros blancos. No acostumbraba a maquillarse en exceso, pero creyó necesario tapar las ojeras y pintarse los labios de un rojo mate y seductor.

Después de vestirse estiró el edredón de la cama y dejó la ventana entreabierta para que se aireara. Su habitación era bastante amplia y estaba pintada de naranja, con dos armarios blancos empotrados y una cama grande de matrimonio. Tenía salida a un patio trasero donde había colocado una silla mecedora y una mesa baja de cristal. Ese era su rincón favorito para leer y trabajar.

Salió del dormitorio, no sin antes coger el teléfono móvil, y se reunió con Hannah en la sala de estar. Ella ya estaba escribiendo en su ordenador portátil.

—Hoy estás deslumbrante —dijo ella guiñándole un ojo—. No me digas que por fin aceptaste salir con Connor.

—No, no pienso darle falsas esperanzas. Ese hombre no sabe rendirse. Su insistencia es exasperante. —Puso los ojos en blanco.

—Quizás, si aceptas su invitación y le dejas muy claro que no estás interesada en él, dejará de ir detrás de ti como un perro faldero.

—No sé, puede que tengas razón. Lo pensaré. —Guardó unas cuantas carpetas en su maletín y se encaminó hacia la puerta—. Ahora tengo cosas más importantes que atender.

—Adiós, pasa un buen día.

—Adiós.

La joven cerró la puerta detrás de ella y miró la calle soleada, sonriendo al ver a tanta gente paseando. El tiempo era perfecto; la suave brisa ondeaba sobre los árboles y los pájaros volaban libres de un lado a otro. Antes de empezar a trabajar en el bufete, le encantaba salir a correr por las mañanas deteniéndose de vez en cuando frente a los escaparates. Las pequeñas tiendas eran muy coloridas y la mayoría tenían cosas antiguas y artesanales a la venta. En una de ellas encontró varias estatuillas de madera, esculpidas a mano, estatuillas que compró y guardó en una caja junto con el elefante que Brian le había regalado.

Antes estaba fascinada por el arte, especialmente por el dibujo, aún conservaba sus cuadernos con los bocetos que había diseñado para enviarlos a editoriales. Pero había dejado todo aquello atrás cuando se dio cuenta de que su imaginación se vio afectada y limitada por su estado de abatimiento.

Caminó hasta la parada del autobús, donde había una fila de gente esperando. Reconoció a alguno de ellos y los saludó con una inclinación de cabeza, eran viajeros habituales por causas de trabajo. Cuando el autobús llegó se subió y buscó un asiento vacío. Había cuatro paradas hasta el taller y el recorrido se le hacía demasiado largo.

Tomó asiento y miró al niño que sostenía en brazos la mujer de al lado. Era rubio con ojos azules y unos mofletes regordetes. No paraba de chuparse el dedo pulgar y de hacer pequeños sonidos con la lengua. Aquello le resultó gracioso y puso una mueca divertida para hacerlo reír. Últimamente la invadía un fuerte deseo de ser madre, formar una familia a la que amar y cuidar.

Vio por la ventana que el autobús se adentraba en la Plaza Mayor y se preparó para bajar. No conocía el taller, pero los del seguro le dijeron que estaba justo enfrente del Ayuntamiento. Volvió a poner una mueca divertida para el niño y se puso de pie. Se acercó a la puerta y se agarró a la barra para no perder el equilibrio.

Las puertas se abrieron, se bajó y caminó hacia el paso de peatones. Buscó con la mirada el taller mecánico y vio un cartel de color rojo que tenía la forma de un coche y decía en tinta blanca: DriveSafe. Cruzó la calle con paso decidido y se detuvo frente a la puerta abierta. Había muchos vehículos bloqueando el paso, así que tuvo que serpentear entre ellos para poder entrar.

El lugar era pequeño y oscuro, la única fuente de luz que había la daba una lámpara redonda que bajaba del techo. Olía a gasolina y a grasa, y el suelo estaba cubierto casi en su totalidad por manchas negras de aceite. Varios coches estaban suspendidos sobre unos brazos metálicos y otros tenían el capó levantado. Había ruedas, neumáticos y cajas con herramientas en cada rincón.

—Hola, ¿hay alguien? —preguntó a la vez que se acercaba a una mesa que estaba repleta de papeles, facturas y carpetas.

Su pie izquierdo golpeó una lata de cerveza vacía y el sonido se propagó por todo el taller. Escuchó una puerta cerrarse y volvió a hablar.

—¿¡Hola!?

—Ya voy —contestó la voz agitada de un hombre—. Acabamos de abrir, me estaba cambiando de ropa.

Olivia apartó la vista del suelo y dirigió la atención al mecánico que se acercaba a ella. Cuando lo vio se quedó boquiabierta. No podía ser él. Intentó convencerse de que su vista le estaba jugando una mala pasada, pero estaba segura de que era Brian, ese maldito cañonero que hacía que su corazón enloqueciera y olvidara latir. Estaba sin camiseta, al parecer no le había dado tiempo a vestirse con el mono de trabajo y ella clavó la mirada en su pecho demasiado musculoso. Frunció ligeramente el ceño cuando vio que tenía varias cicatrices feas en el abdomen. ¿Intentaron matarle en la cárcel? Tragó con dificultad, sintiendo que el suelo se movía bajo sus pies.

—¿Olivia? ¿Qué haces aquí? ¿Cómo me has encontrado? No me digas que has cambiado de opinión. —Le lanzó desafíos con el brillo de sus ojos.

—Vengo a por mi coche. —Se aclaró la garganta al tiempo que apartaba la vista. Fijarse en su torso desnudo era lo último que debería estar haciendo.

—Qué pena. Por un momento pensé que estabas aquí por mí.

—Te dije que me olvidarás.

—¿Y crees que me lo he tomado en serio? —Se acercó y la atrapó en sus fuertes brazos a la vez que se inclinaba para susurrarle al oído: —En la cárcel aprendí a no rendirme y a luchar por lo que quiero. Así que prepárate, porque he decidido que te quiero a ti.

Capítulo 7

Olivia se había quedado muy quieta entre sus brazos, así que movió la cara para poder mirarla a los ojos. Vio que ella se mordía, nerviosa, el labio inferior. Aquel gesto le hizo desear que los dientes que lo mordían fueran los suyos.

Volvió a acercar los labios a su oído y dijo:

—Me estás tentando y te aseguro que no quieres ver mi reacción. Llevo cinco malditos años sin besar a una chica, cinco años sin sentir cariño de ninguna clase, cinco años sin follar.

—¡Brian! —Forcejeó para salir de sus brazos, pero lo único que consiguió fue que él la agarrara con más fuerza—. No me hables así. ¡Aléjate de mí!

Tenía las manos cerradas en puños y dispuestas a soltar puñetazos si las cosas se ponían peor.

—¿Por qué te molestas? Hemos cambiado, hemos madurado y somos conscientes de que la vida no es un maldito cuento de hadas. Lo que vivimos hace cinco años fue maravilloso e inocente, pero nada comparado con lo que podemos experimentar ahora. Me querías, ¿que pasó con todo ese amor? No creo que se echase a perder sin más, estará escondido en alguna parte de tu cerebro. Así que tendré que refrescarte la memoria. Dame un beso.

La joven alzó la barbilla y por un instante estuvo a punto de caer en la tentación; su expresión desprendía una fuerza peligrosa que despertaba su curiosidad y la atraía como un imán. Permaneció un momento en silencio, como atrapada en un vórtice. Estaba perdiendo el control de sus emociones.

Brian había cambiado y no solo físicamente, había cambiado su conducta y su carácter se había endurecido. Le resultaba difícil reconocer al inseguro adolescente del que se había enamorado. Pero lo que veía no le desagradaba. Todo lo contrario, se sentía atraída por él de una manera muy intensa que afectaba a las partes más profundas de su ser.

—Suéltame, por favor.

—Mírame a los ojos y dime que ya no sientes nada por mí. Si lo haces, dejaré de tocarte.

Lo miró y se armó de valor, esperando a la vez que su cuerpo se calmase.

—No siento nada por ti —dijo con la voz trémula, temiendo que su mentira no hubiera sonado auténtica.

No se le daba bien esconder la verdad, y Brian lo sabía. Sintió una punzada de culpa, pero solo por un momento. En parte, él se lo merecía. Le había causado mucho sufrimiento su decisión de romper la relación que tenían. Así que no tenía intención alguna de ponerle las cosas fáciles.

—Que mentira tan grande, no te la crees ni tú.

—Es verdad.

—No te creo. —Posó los labios en su cuello e inspiró hondo—. No quiero creerte.

Olivia soltó un gemido. Las palmas de sus manos se humedecieron, y otras partes también.

—Tienes que hacerlo, no te queda otra. Voy a recoger mi coche y luego no vas a volver a verme.

—Entonces déjame llevarme un recuerdo.

Ella intentó separarse, pero Brian se lo impidió. En lugar de soltarla, la agarró con sus fuertes manos por la cintura. Olivia reaccionó con un escalofrío, como si una descarga eléctrica hubiera pasado del cuerpo del cañonero al suyo.

Brian besó su cuello con hambre y ella abrió los labios para protestar, pero no pudo pronunciar ni una palabra. Sintió un calor recorriéndola de los pies a la cabeza, tan intenso que anuló cualquier rastro de resistencia. El aire se cargó de tensión sexual, una tensión que se le hizo insoportable.

Su mente le gritaba que aquello era un error, que se odiaría a sí misma por haberlo permitido. Pero no podía hacer nada para impedirlo.

Se abrió una puerta detrás de ellos y Olivia no pudo ocultar la sorpresa que sintió al ver a Matt. Lo miró de arriba a abajo un par de veces para asegurarse de que no le fallaba la vista. ¿Qué hacía él allí?

Dio un paso hacia atrás, indignada y convencida de que esos dos habían mantenido el contacto durante esos cinco años. ¿Sería que el cañonero había restringido solo las visitas de ella?

—¿Olivia? ¿Eres tú?

—Sí, soy yo.

—No sabía que vivías aquí, en el pueblo. —Se pasó una mano por el cabello y se lo recogió en una coleta baja.

—No lo sabe mucha gente. Solo mi familia —contestó rápidamente.

—Así que os habéis vuelto a encontrar. No me sorprende —dijo a la vez que esbozaba una sonrisa de complicidad—. Pero no en tu horario de trabajo, Brian.

—Vale, jefe. —Chasqueó la lengua y se cruzó de brazos. No estaba asustado; solo ligeramente molesto porque le había interrumpido su momento.

—Vaya cara dura que tenéis los dos —espetó ella sintiendo cómo crecía su furia. Sus ojos

se habían convertido en dos dagas afiladas capaces de acabar con ellos.

—¿De qué estás hablando? —Matt frunció el ceño durante un momento. Cerró la cremallera de su mono azul de trabajo y miró a Brian—. ¿Qué hiciste ahora?

—¿Yo? Nada. —Se encogió de hombros.

—¿Se puede saber de qué nos estás acusando? —inquirió Matt algo confuso.

—No me apetece tener esta conversación ahora —contestó con tono molesto—. He venido a por mi coche. Lo necesito para ir al trabajo.

—Ah, bueno... ¿Y cuál es? —preguntó Matt mirando a su alrededor—. No tengo ninguno a tu nombre. ¿Seguro que está aquí? Hay otro taller a las afueras del pueblo.

—El azul. Está a nombre de un compañero de trabajo.

—¿El Volvo? —inquirió Brian con curiosidad—. No está arreglado. Los del seguro dijeron que no corría prisa.

—¿Qué? No puede ser. Les dije que lo necesitaba cuanto antes.

—Pues tendrás que esperar. Lo siento —murmuró Matt a la vez que se alejaba—. Te avisaremos cuando esté listo. Déjale tu número de teléfono a Brian.

Olivia apretó los puños para contener su ira y después de respirar hondo un par de veces miró al cañonero. Seguía sin camiseta y su torso desnudo la hacía sonrojarse. Desvió la vista y dijo:

—¿No puedes hacer nada? Necesito el coche.

—¿Me estás pidiendo un favor? —Esbozó una sonrisa engreída, como la de un lobo que acababa de cazar a su presa.

—No, olvida lo que dije. Apunta mi número de teléfono. ¿Para cuándo estará listo?

—Una semana, como mucho.

—Bufff. ¿Tanto tiempo?

—Tenemos que pedir las piezas y tardan unos días en llegar —explicó.

—Bueno, esperaré. No me queda otra.

Brian estiró el brazo para alcanzar un bolígrafo que había encima de la mesa que estaba al lado de Olivia y, al hacerlo, le rozó el pecho con el codo. Ella se quedó quieta, sintió algo parecido a un calambre y los pezones se le endurecieron contra la tela fina del sujetador. No obstante, respiró aliviada cuando recordó que llevaba puesto un jersey bastante grueso encima.

—Bueno, dime el número.

—¿No necesitas papel? —inquirió al verle jugar con el bolígrafo entre los dedos.

—*Nop*, lo apuntaré en el brazo para agilizar las cosas.

—Ah, bueno, como quieras.

Olivia se dio cuenta de que la conversación que tenían era bastante forzada porque la tensión seguía siendo palpable entre los dos. Pero no podía hacer nada para remediarlo y tampoco quería.

Lo que sí deseaba era desaparecer de allí cuanto antes. Sus sentimientos por él no habían hecho más que intensificarse.

Le dictó el número y se dio la vuelta para irse.

—Antes de que te vayas, dime una cosa.

Se giró hacia él y sus miradas conectaron, manteniéndose durante segundos interminables en los que Olivia sintió cómo su pulso se aceleraba. Durante un instante las piernas no le respondieron, sumándose al torbellino de emociones que la estaba asaltando. Se quedó donde estaba con el corazón latiendo a mil por hora. Se maldijo a sí misma por ser tan débil. No quería sentirse así, no quería que él la afectara de esa manera. Estaba más a salvo cuando discutían. Retrocedió unos cuantos pasos, necesitaba protegerse contra cualquier tipo de conexión emocional y no cometer ningún disparate del que pudiera arrepentirse.

—¿Qué cosa?

—Han pasado muchos años y los dos hemos cambiado. No sé nada de tu vida ahora, dónde trabajas, dónde vives o con quién estás saliendo. No planeé este encuentro, de hecho había dado por sentado que te había perdido para siempre. Al verte de nuevo me di cuenta de que aún te deseo. —Sonrió de lado—. He vuelto a sentirme joven, como cuando te conocí en el instituto. Dime si has sentido lo mismo.

—Brian...

—Solo te pido esto, nada más. Necesito saberlo.

—¿Para qué? No tiene sentido abrir viejas heridas. —Apretó los labios, luchando con sus emociones.

—Para mí tiene sentido, las heridas no han cicatrizado aún.

Olivia cerró los ojos para apartar de su mente la tentación de decirle que las suyas tampoco habían cicatrizado.

—Abre los ojos y dime si aún me deseas. —Fue una orden suave, pero imposible de desobedecer. Parpadeó unas cuantas veces, como si se estuviera despertando de un sueño, y dijo con la voz quebrada:

—Sí, pero no te hagas ilusiones. El deseo físico no tiene nada que ver con los sentimientos.

—¿Estás segura? El deseo y el amor van de la mano.

—No siempre. Muchos confunden el amor con el deseo. Son sentimientos parecidos, pero a la vez diferentes. No todo lo que se ama se desea.

—Yo no pienso así. El deseo es quien mantiene vivo al amor. Amar sin desear es una experiencia vacía.

Olivia abrió la boca para decir algo más, pero ninguna palabra salió de sus labios, de manera que volvió a cerrarla. Tenía la mente bastante ocupada analizando lo que acababa de decir Brian,

buscando un significado más allá de lo obvio, que era que él aún tenía sentimientos por ella. Pero no podía perdonarlo, no podía olvidar aunque quisiera que él le había decepcionado, no podía volver a confiar en él.

—Me tengo que ir. Llegaré tarde al trabajo —dijo al cabo de unos segundos.

—Huye si quieres. —Dio un paso hacia adelante y miró por encima de su hombro para asegurarse de que su jefe no estaba cerca y prosiguió: —Pero sabes que tengo razón.

Ella negó con la cabeza, pero no dijo nada.

—Aún sientes algo por mí.

—Ya que estamos manteniendo esta conversación, Brian, contéstame una pregunta. —Alzó la barbilla, desafiante.

—Dispara, cariño. Pero hazlo ya... Me estoy congelando de frío, además mi jefe me echará la bronca si no empiezo a trabajar.

—Eres tú quien alarga el momento.

Se miraron a los ojos y transcurrieron unos momentos de tensión.

—Bueno, si pudieras hacer retroceder el tiempo, ¿harías las cosas de otra manera?
¿Permitirías que fuera a verte a la cárcel?

—Si pudiera retroceder en el tiempo, al momento del atraco, me habría quedado contigo.

—No has contestado.

Brian dio otro paso hacia adelante y se inclinó un poco para poder susurrarle al oído:

—Si me concedes una cita, te contestaré.

—Prefiero quedarme con la duda —contestó irritada.

El cañonero soltó una carcajada que hizo vibrar a Olivia. A ella no le hacía ninguna gracia su actitud, pero no tenía tiempo para imponerle algún respeto. Llegaba tarde al trabajo. Dio la vuelta y salió del garaje sin despedirse. Respiró hondo un par de veces y cruzó la calle por el paso de peatones.

Se fue directamente hacia la parada de autobús y tomó asiento en el banco. Miró la hora en su reloj de pulsera y luego alzó la mirada. Vio un coche negro estacionado al lado de la acera. Tenía los cristales tintados y no podía ver el interior, pero estaba segura de que había alguien dentro. Aquello la inquietó un poco, le resultaba bastante familiar. Juraría que lo había visto frente a su casa aquella misma mañana. Se puso de pie y dio un paso hacia delante para ganar visibilidad, pero la llegada del autobús le bloqueó la vista. Se convenció a sí misma de que no sería nada importante y se subió de inmediato. Pagó el billete y se sentó en el asiento libre más próximo. Miró por la ventana y se dio cuenta de que el coche también se había puesto en marcha y seguía circulando al lado del autobús. Empezó a sentir pánico a pesar de los esfuerzos por mantener la calma y no pensar lo peor. No sabía si llamar a su amiga para contarle que la estaban siguiendo. Podría tratarse de una coincidencia y no quería asustarla.

Esperó hasta que el autobús recorrió todo el centro del pueblo y cuando se acercaba la parada donde tenía que bajarse, se puso de pie y caminó hasta la puerta. Miró por encima de su hombro y se dio cuenta de que el coche negro ya no estaba. Resopló aliviada, menudo susto se había llevado.

El autobús estacionó y se bajó junto con dos pasajeros más. Se dirigió a la puerta del edificio y justo cuando estiraba la mano para abrir la puerta, alguien con la cabeza cubierta por una capucha pasó corriendo por delante de ella. Olivia se asustó y reaccionó echándose hacia atrás. Inconscientemente, se llevó la mano al pecho y soltó una bocanada de aire. Mientras intentaba recuperar el aliento, vio un papelito de color amarillo en el suelo, delante de sus pies. ¿Se le habría caído a ese hombre? Lo buscó con la mirada sin encontrarlo, se había esfumado.

Sintió curiosidad y se agachó para cogerlo. Lo desdobló y cuando leyó lo que había escrito en la nota sintió que el corazón se le paraba durante un largo momento. Todo su cuerpo reaccionó con brusquedad, casi por cuenta propia, haciéndola abrir la puerta con rapidez. Entró y resopló cuando escuchó voces y varias pisadas. El día había empezado mal y prometía ir a peor.

Capítulo 8

Olivia recorrió el pasillo hasta la oficina de su jefe con pasos apresurados. Necesitaba con urgencia hablar con él. Llamó y entró como un huracán. Se llevó una mano al pecho y percibió cómo le subía un fuerte ahogo.

John alzó la vista de inmediato y frunció el ceño, sorprendido y alarmado al mismo tiempo.

—¿Estás bien? ¿Pasa algo?

—¿Tienes un minuto? —Su voz sonaba agitada y sus manos temblaban sin control—. Es que... —Respiró hondo—. ¿Puedo sentarme?

—Por favor. Parece que te vas a desmayar. No te preocupes, si has llegado tarde...

—Es otra cosa. Creo que alguien me está siguiendo y... —Estiró la mano y dejó el papelito amarillo encima de la mesa. Estaba arrugado y un poco húmedo, lo había apretado con fuerza en su puño por miedo a perderlo—. Me han dejado esto.

—¿Te lo han dejado? ¿Dónde? ¿Cómo sabes que es para ti? —Desdobló el papelito con curiosidad y empezó a leer—. Mierda, esto es una amenaza.

—Sale mi nombre completo —murmuró con voz trémula.

—Sí... —Se reclinó en el asiento y clavó la mirada en el suelo durante un momento—. Hay que ir a la comisaría.

—No lo sé, no creo que sea tan importante.

—Lo es, Olivia. Ni siquiera pienses en otra cosa. Quien haya escrito esto tiene malas intenciones —maldijo en voz alta—. Apuesto a que es alguien conocido, alguien que haya salido perdiendo durante un divorcio.

—Pero ¿quién? Llevamos meses sin tener ningún caso conflictivo.

—No lo sé, pero hay que tomar medidas. Vamos, te acompaño a la comisaría.

Cogió el papelito y lo guardó en el bolsillo de su americana. Aquella mañana vestía un traje hecho a medida de color azul marino y zapatos negros de charol.

—¿Y el trabajo? —Se puso de pie y tuvo que aferrarse al borde del escritorio para no desmayarse. Respiró profundo varias veces y luchó para recuperarse.

—Se queda Connor, no te preocupes por eso.

Salieron de la oficina y recorrieron el pasillo en silencio. John abrió la puerta de la calle y la dejó pasar, luego la agarró por el brazo y la guió hacia el aparcamiento. Se subieron en el coche y se pusieron rumbo a la comisaría.

Olivia estaba callada, su mente no dejaba de buscar una explicación plausible para lo que estaba pasando, pero nada tenía sentido. ¿Quién era ese hombre y por qué quería hacerle daño?

—¿Estás asustada?

—Sí, bastante —admitió a la vez que giraba la cabeza para mirarlo—. No entiendo qué está pasando.

—No te preocupes, la policía encontrará a ese hombre. Estoy seguro. —Giró el volante hacia la derecha y entró en una calle estrecha y poco transitada.

No volvieron a hablar del tema hasta que llegaron a la comisaría. Después de aparcar entraron por la puerta principal y se dirigieron al despacho del comisario Álvarez. Saludaron con una inclinación de cabeza a los oficiales y tocaron a la puerta con impaciencia.

Escucharon la voz del hombre diciendo un “adelante” y entraron de inmediato.

—¿John? ¿Qué haces aquí? ¿Ha pasado algo?

Álvarez se puso de pie y después de coger su bastón rodeó el escritorio cojeando. Era un hombre de complexión fuerte, y casi siempre vestía un viejo uniforme azul descolorido. Tenía alrededor de cincuenta años, siempre bien afeitado, con el pelo blanquecino y engominado.

—Necesitamos ayuda —dijo John, ignorando por completo su reacción asombrada.

—Por supuesto. Sentaos. —Estiró la mano hacia él y después de estrecharla volvió a su sitio—. Contadme. ¿Qué puedo hacer por vosotros?

El aire de aquel lugar estaba un poco viciado. Posiblemente, el comisario pasara demasiadas horas encerrado allí. Olivia paseó la vista por la estancia y se sorprendió de lo limpio y ordenado que estaba todo, así como de la escasez de muebles. Un gran escritorio ocupaba la parte central, rodeado por tres sillas. Una de ellas para su dueño y dos en el lado de enfrente que enseguida ocuparon ellos. Una única estantería decoraba la parte central de la pared del fondo, estaba repleta de carpetas perfectamente colocadas, al igual que la mesa de trabajo en la que no había ni un solo papel fuera de su sitio.

—Ella es Olivia, trabaja conmigo en el bufete.

—Encantado —dijo el comisario con una sonrisa.

—Igualmente —contestó la joven, pero no le devolvió la sonrisa. Estaba demasiado enfrascada en sus propios pensamientos como para hacerlo.

—Esta mañana ha recibido una amenaza. —Dejó el papelito encima del escritorio.

Álvarez lo cogió y leyó en voz alta:

—“Deja de meter las narices en la vida de los demás o te mataré, Olivia Smith.” —Alzó la mirada de golpe—. Mierda, esto es algo muy serio. Hay que tomar medidas ya.

Cogió el teléfono y después de hablar con uno de los oficiales sacó unas cuantas hojas blancas del cajón.

—Necesito tomarte declaración.

—Por supuesto —accedió Olivia. Se enderezó en la silla y lo miró con seriedad.

—Bueno, cuéntame con todo lujo de detalles qué hiciste hoy desde que te has levantado hasta ahora.

—Desayuné con mi amiga y luego fui al taller mecánico para recoger mi coche.

—Aja, ¿llevaba mucho tiempo en reparación?

—Unos cuantos días.

—¿Es el taller de Matt?

—Sí.

—Bien. —Apuntó algo en el papel y luego levantó la mirada—. ¿Has tenido algún problema con él o con su empleado?

Olivia se mordió la lengua para no decir todo lo qué había pasado entre Brian y ella. Pues pensaba que aquello no era importante y que era mejor omitirlo. En cambio, contestó con voz serena y despreocupada:

—No, ningún problema. Solo que están tardando más de la cuenta en arreglar el coche. Pero no es culpa de ellos, sino de la aseguradora.

—Entiendo... ¿Y luego qué pasó?

—Salí del taller y fui a la parada del autobús. Mientras estaba esperando vi a un coche negro, con las lunas tintadas, estacionado junto a la parada. Me pareció extraño porque no era la primera vez que lo veía.

—¿Recuerdas la matrícula? ¿Modelo o marca?

—Era un Mercedes y la matrícula era de Massachusetts, no recuerdo más.

—Vale, ¿algo más?

—Nada, vino el autobús y no pude ver a quien estaba detrás del volante.

—Entiendo...

—Cuando me bajé el coche ya no estaba a la vista.

—Bueno, tenemos un Mercedes sospechoso. —La miró unos segundos antes de volver a escribir.

—Cuando llegué frente al bufete un hombre encapuchado pasó por delante de mí y dejó el papelito en el suelo. Todo pasó tan rápido que no tuve oportunidad de reaccionar. —Soltó un largo suspiro que no pasó desapercibido para su jefe. El hombre le agarró las manos y le dio un fuerte apretón.

—¿Crees que puede ser el mismo que conducía el coche negro?

—Puede ser.

—Bueno, pues necesito una lista con todos los clientes del bufete y los casos más complicados que hayáis tenido desde que Olivia trabaja allí. —Miró a John durante un momento.

—Esta tarde te enviaré un correo electrónico —aseguró él.

—Olivia, voy a poner una patrulla delante de tu casa hasta que cojamos al individuo. Si sales a la calle, quiero que procures estar acompañada siempre. Y si ves algo extraño, si el hombre vuelve a acercarse a ti, vienes directamente a la comisaría.

—Sí, señor.

—Si recuerdas algo, lo que sea, llámame.

—Mhm.

—Bueno, mantendré el contacto con John. No te preocupes, nos ponemos a trabajar desde ya mismo para que podamos encontrarle.

—Gracias.

Olivia se puso de pie al mismo tiempo que su jefe y abandonó el despacho con una sensación de tranquilidad y seguridad en su cuerpo.

—Bueno, pues en la oficina no estás sola. Y en casa tampoco, ¿verdad?

—¡Ay, no! —Miró a John con cara de espanto—. Mi amiga se va de viaje esta tarde.

—Oh, mierda. Te diría que te quedaras en mi casa, pero ya sabes cómo están las cosas entre mi mujer y yo. No es un ambiente muy agradable de ver.

—No pasa nada. Habrá una patrulla delante de la casa.

—Ya, pero estarás sola. Si algo no está bien o ves algo sospechoso, llámame. Iré enseguida.

—Gracias, John. Ya has hecho suficiente.

Se miraron un instante, luego volvieron la vista hacia el coche.

—Bueno, vamos. Tengo que preparar el correo para el comisario.

—Sí, vamos. Hay mucho trabajo pendiente.

Olivia abrió la puerta del copiloto y después de acomodarse en el asiento miró por la ventana, hacia la carretera. Se relajó cuando vio que el coche negro no estaba a la vista, pero el miedo seguía presente.

Su vida corría peligro y por más que intentaba pensar en aquello, en buscar una explicación, su mente se empeñaba en recordar a Brian, a su mirada intensa y a sus palabras insinuantes. Debería de estar alegre de que él hubiera vuelto a entrar en su vida y de que aún tuviera sentimientos por ella. Debería, pero lo cierto era que no sentía ningún tipo de euforia, solo un sentimiento contradictorio, algo parecido a tristeza. No encontraba sentido a una relación con él, estaba muy poco motivada. Todos los sueños y las ilusiones que una vez tuvo los veía muy lejanos, como si hubieran dejado de existir.

Capítulo 9

Brian terminó de equilibrar los neumáticos del coche que tenían que entregar aquella tarde y miró la hora en el reloj de pared. No quería llegar tarde al comedor social y perder la oportunidad de ver a Olivia entrando. Sabía que no le iba a hacer caso, que ni siquiera le iba a dirigir la palabra, pero se alegraba solo con el hecho de mirarla aunque fuera de lejos.

—Puedes irte, Brian —dijo Matt a la vez que se quitaba el mono de trabajo—. Me encargaré yo de entregarle el coche a Damian.

—Ah, gracias, tío.

—Sé que tienes que ir al comedor.

—Sí, así es. Si llego tarde me quedará sin sitio.

—Te dije que puedes venir a comer con nosotros siempre que quieras.

—Sabes que no me gusta molestar. Prefiero comer en el comedor social. He tenido suerte de entrar en la lista. —Se acercó al pequeño lavabo y abrió el grifo. Se lavó las manos y se refrescó la cara.

—Bueno, nos vemos mañana.

Brian asintió con la cabeza y se fue al vestuario. Se quitó el mono de trabajo y lo metió en la mochila para llevarlo a casa y lavarlo, estaba bastante sucio. Se vistió con ropa de calle, se echó un poco de colonia en el cuello y se restregó el pelo con las manos perfumadas. Cogió el casco de la motocicleta y se fue a la parte trasera del taller.

Cuando llegó al pueblo, unos meses atrás, lo único que tenía en los bolsillos eran unos cuantos billetes y monedas que le dieron para comprarse algo de ropa y cosas para el aseo. Se quedó a dormir en el vestuario del taller hasta que alquiló una habitación en la casa de una amiga de la novia de Matt. Una mujer de algo más de cuarenta años, miembro de la iglesia y devota cristiana. No se sentía muy cómodo viviendo allí, pero tenía acceso a un viejo garaje dónde podía pasar el tiempo libre tallando madera.

Ahorró dinero y se compró una motocicleta porque era más barata y más fácil de cuidar. Se apuntó en la lista del comedor social por sugerencia de su casera y aquello fue la mejor decisión que había tomado. No solo porque la comida era muy buena, sino porque ahorrra tiempo y dinero.

Jamás se había imaginado que la cocinera del comedor era Olivia, una grata sorpresa que lo despertó de su letargo. El último encuentro con ella en el taller, la conversación que tuvieron, le había hecho sentirse más vivo de lo que se había sentido jamás.

Era increíble cómo podían cambiar las cosas. Hacía unos meses, cuando salió de la cárcel, estaba al borde de caer en un abismo desconocido, dispuesto a tirar la toalla sumido en una tristeza que buscaba derribarle. Antes de reencontrarse con Olivia, todo se reducía a una cuestión de supervivencia básica, a lo que un hombre necesitaba para seguir con la vida que llevaba.

Se subió en la motocicleta y después de revisar el retrovisor arrancó. El motor rugió con fuerza y emitió un sonido que hizo vibrar de vida cada poro de su cuerpo. Se colocó el casco y se ajustó la mochila en la espalda, y salió a la calle.

Condujo a toda velocidad hasta que se detuvo en el aparcamiento que había al lado del comedor social. Estaba vacío a esas horas y solo se escuchaba el ruido de los coches de la calle. Frente a la puerta había una cola de personas esperando y la mayoría se veían muy hambrientos. Reconoció a unos cuantos, pero no se acercó a saludarles. Era mejor mantener ciertas distancias, no quería causar envidia ni despertar el rencor. De todos, era el único que tenía trabajo.

Guardó rápidamente el casco en la mochila y se fue a la cola, colocándose de tal modo que tuviera una buena vista de la puerta de atrás. Metió las manos dentro de los bolsillos de su chaqueta y se apoyó contra la pared.

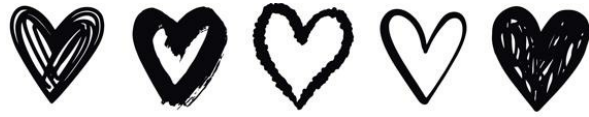
No tuvo que esperar mucho, Olivia apareció por una esquina acompañada de un hombre que vestía un impecable traje negro. Parecía un poco más mayor que ella, alrededor de unos treinta años, y era bastante apuesto. Tenía el pelo rubio peinado hacia atrás, los ojos azules y unos hoyuelos que volverían loca a cualquier mujer. Le había resultado muy desconcertante la mirada que le dirigió Olivia antes de despedirse de él, era sincera y amable. Como si hubiera algo más entre ellos. No pudo evitar sentir algo parecido a los celos, y se reprendió por sentirlos. Era comprensible que ella tuviera pretendientes, era una mujer admirable y encantadora.

Entonces su mirada se encontró con la de Olivia y la temperatura de su cuerpo aumentó, esa vez por un motivo que no tenía nada que ver con los celos. Le sonrió, pero ella no hizo ningún gesto, se notaba su mirada perdida y parecía estar asustada. Se alejó de la pared con la intención de ir hacia ella, pero sintió un golpecito en su hombro. Se giró y se encontró con la cara demacrada de una mujer.

—¿Vas a entrar?

—Eh, sí —contestó al darse cuenta de que la cola estaba avanzando hacia el interior del comedor. Dio unos cuantos pasos hacia adelante y cuando miró por encima de su hombro vio que Olivia ya no estaba en la calle.

Maldijo en voz baja y esperó su turno para entrar.



Una hora más tarde Brian se levantó de la mesa y llevó su bandeja con los platos vacíos al carro de la cocina. Escuchó la voz de Olivia y se quedó quieto para enterarse de lo que ella estaba diciendo.

—Estoy asustada, Mario. No sé quién es ese hombre ni por qué quiere hacerme daño.

—¿Qué te dijo el comisario?

—Han puesto una patrulla delante de mi casa y están haciendo todo lo posible para encontrarlo.

—Lo siento mucho. Si necesitas mi ayuda, no dudes en pedírmela.

—Gracias —suspiró—. Seguro que la necesitaré, mi amiga se ha ido de viaje esta tarde. Estaré sola en casa.

—Tenemos que recoger las mesas —dijo la voz de una mujer y ellos dejaron de hablar.

Brian se alejó de la puerta y abandonó el comedor bastante confundido. ¿Alguien quería hacerle daño a Olivia? ¿Algún conocido? ¿Por qué no le dijo nada cuando fue al taller? Las preguntas se amontonaban unas sobre otras en su cabeza hasta dejarlo sin respiración. No entendía el motivo de que ella estuviera pasando por una mala situación. El miedo que percibió en su voz lo conmovió intensamente. Estaba realmente asustada.

Llegó al lado de la motocicleta y dejó la mochila en el suelo, decidido a hacer todo lo posible para protegerla. Se sentó en el suelo y clavó la mirada en la puerta trasera del comedor. Quizás a Olivia no le gustase la idea, pero él no iba a bajar la guardia en ningún momento. Quería ganarse su confianza, quería recuperar lo que había perdido cuando entró en la cárcel y, lo más significativo, quería ofrecerle su apoyo.

¿Podría reprimir sus sentimientos? No, no podía encogerse de hombros ante el hecho de que la amaba con ese amor que no conocía freno ni límite. Pero lo intentaría. Fingiría ser su amigo solo para poder estar a su lado.

Capítulo 10

Olivia esperó a que Mario terminara de guardar las sobras en el frigorífico para salir juntos del comedor. No quería ir sola a la estación de autobús.

Apagaron las luces y después de cerrar con llave caminaron hasta la esquina del edificio. Había oscurecido y el aparcamiento que tenían delante no era más que una imagen borrosa de coches.

—Gracias por acompañarme —dijo ella con la voz trémula y mirando a todas partes.

—Es una pena que no tenga coche, te hubiera llevado a tu casa —contestó el cocinero.

—No te preocupes, el autobús...

—Olivia. Soy Brian.

La joven dejó de hablar para girar la cabeza hacia la voz del cañonero. Algo dentro de su corazón se encendió y los latidos se aceleraron notablemente al oír aquellas palabras. El miedo fue reemplazado por los nervios y su cuerpo vibró como una corriente eléctrica. Hacía mucho tiempo que no sentía esa sensación. No obstante, puso cara seria frunciendo el ceño un poco más de lo normal y dijo:

—¿Qué haces aquí tan tarde?

—Te estaba esperando.

—Ah, ¿por qué? —Dio un paso hacia adelante para verlo mejor. Las farolas eran bastante altas e iluminaban muy poco—. Te dije que te olvidaras de mí.

—Y yo te dije que te quiero de vuelta en mi vida.

Hubo un silencio tan largo que Olivia se sintió en la obligación de romperlo.

—Mira, estoy cansada y solo quiero llegar a mi casa. No me apetece mantener esta conversación ahora.

—Vamos, Olivia —intervino Mario—. El autobús está al llegar.

—Sí.

—Espera. —Brian estiró la mano con impaciencia y la agarró por el brazo en el último momento—. Lo siento. Déjame llevarte a casa. Sé que estás pasando por un mal momento.

—No hace falta. Mario me acompañará hasta la parada del autobús.

—Pero luego estarás sola. Anda, déjame ayudarte.

La joven soltó un breve suspiro y lo miró a la cara. Sus palabras parecían sinceras y su expresión apenada, y quería creerle. El hecho de que se hubiera quedado en el aparcamiento esperándola fue todo un detalle. Pero no se permitió expresar emoción alguna, sin importar las ganas que tenía.

—Tiene razón —intervino el cocinero—. Estarás sola en el autobús.

Asintió despacio con la cabeza y su mirada perforó al hombre que estaba a su lado.

—Está bien. Pero no te hagas ilusiones. Estoy aceptando ir contigo solo porque mi vida corre peligro.

—Mi intención es echarle una mano. Tengo entendido que Hannah está de viaje.

—Eh, sí... —Volvió a fruncir el ceño, esa vez con menos intensidad. ¿Cómo sabía aquello?

—Bueno, pues yo me voy —dijo Mario—. Te dejo en buenas manos, ¿verdad? —Miró un segundo a Brian como si quisiera lanzarle una advertencia silenciosa.

—Sí, gracias. Nos vemos mañana —contestó Olivia.

Le hizo un gesto con la mano y luego giró la cabeza hacia Brian. Contuvo el aliento durante un instante. Estar tan cerca de él, de nuevo, la abrumó. Se preguntó por qué no tenía la fuerza de voluntad suficiente para alejarse de él. Sería porque no quería hacerlo.

—¿Cómo sabes que Hannah no está? Espera... —Se llevó el dedo índice a los labios—. ¿Cómo sabes que vivo con ella?

—Me lo dijo Matt. Él lleva más tiempo que yo en este pueblo.

—Ah, ya. Se me olvidaba que habéis mantenido el contacto —murmuró con un tono de reproche.

—Te equivocas. No hemos mantenido el contacto. —Dio un paso hacia adelante y la miró con suspicacia—. Ahora entiendo por qué te pusiste tan borde con él.

—No lo hice...

—Piensas que él fue a la cárcel a verme.

—Da igual lo que piense.

—No, no da igual. —Se relamió los labios y los ojos de Olivia siguieron aquel movimiento como hipnotizados—. Me encontré con él cuando salí de la cárcel y fui a ver a mis padres. Me ofreció trabajo y acepté enseguida. Quincy ya no es lo que era, ese pueblo ha perdido el encanto. Hay tantos comercios de ropa y centros comerciales que parece una ciudad. Además, nadie quería contratarme.

—La culpa es de mi padre. Desde que lo eligieron como alcalde no ha hecho más que traer inversores externos y construir. Cuando tuve la oportunidad de irme no dudé ni un instante en hacerlo.

—¿Cómo te llevas con él? Supongo que se enfadó muchísimo cuando huiste de casa. ¿Ha

tardado en perdonarte? Espero que no haya vuelto a pegarte.

—¿Ahora te preocupas por mí? Mira, si quieres llevarme a casa, llévame, pero no me hables más. Me haces recordar cosas que duelen.

—Entiendo, me callaré entonces. Sígueme.

Ella obedeció y después de andar unos cuantos metros vio que él se detenía frente a una motocicleta. ¿Por qué había asumido que irían en un coche?

—¿Pasa algo? —inquirió Brian.

—Eh, bueno. Pensaba que tenías un coche.

—Me compré una motocicleta porque es más fácil de mantener. —Se encogió de hombros.

—Nunca he montado en una —admitió temerosa.

—Te aseguro que te va a gustar. —Abrió la mochila y sacó un casco negro—. Póntelo.

Ella lo cogió y lo movió en las manos, intentando averiguar cómo tenía que ponérselo. No se necesitaba ser muy lista para averiguarlo, pero ¿y si no le entraba por la cabeza? ¿Y si se quedaba enganchado y luego no podía sacárselo?

—Vale, deja que te ayude. —Cogió el casco de sus manos y le apartó el cabello de la frente. Se estaba entreteniendo más de lo que debía acariciando su piel con cada movimiento. La miró a los ojos y sintió un salvaje deseo de besarla. Era una mezcla de deseo y prohibición, algo tan confuso que le producía un placer enfermizo. Sus pensamientos se volvieron oscuros y su mente no paraba de repetirle que lo hiciera. Contuvo sus ganas a duras penas y le colocó el casco, haciendo presión hacia abajo.

Olivia había mantenido los ojos cerrados en todo momento. No podía pensar en otra cosa que no fueran las caricias del cañonero, eran tan tiernas y seductoras... como las recordaba. Las mismas que la habían fascinado la primera vez que lo vio.

—Ya está —avisó él a la vez que se subía a la moto. Arrancó el motor y se quedó esperando.

Olivia pasó una pierna a cada lado del vehículo y le rodeó la cintura con los brazos con algo de fuerza. Apoyó la mejilla en su espalda y se quedó expectante.

—No sabía que me habías echado tanto de menos. —Soltó una breve carcajada—. Afloja un poco el agarre, me dejas sin aire.

—Ah, lo siento. Es que tengo miedo de caerme —dijo a modo de explicación. No le habían gustado sus insinuaciones.

—Tranquila, eso no va a pasar. ¿Dónde vives?

—Tres calles más abajo. Al lado del supermercado.

—Vamos allá.

Salieron del aparcamiento y Olivia cerró los ojos de golpe, más porque no veía nada por el cristal del casco. La velocidad que alcanzó le dio un subidón de adrenalina y su corazón empezó

a palparle en los oídos. Sus manos apretaban con tanto nervio que se le quedaron dormidas. No le gustaba mucho la sensación, era como montar en las atracciones de la feria y ella lo odiaba.

De pronto, la velocidad disminuyó y abrió los ojos. Habían llegado a la calle de su casa. Brian llevó la moto al lado de la acera y apagó el motor.

—Ya puedes soltarme, ¿o vas a quedarte así toda la noche? No me importaría, pero necesito respirar. —Su risa fue grave.

Ella se alejó de inmediato y se aferró a la moto para recuperar el aliento. Sus manos temblaban y el corazón le tronaba dentro del pecho como un tambor.

—Gracias por traerme. Habría preferido el autobús, no me ha gustado mucho la experiencia.

—La segunda vez será mejor. —Se bajó de la moto y le tendió la mano.

Ella la tomó de inmediato y colocó los pies en el suelo. Se tomó unos segundos para estabilizarse y luego se quitó el casco. Parpadeó unas cuantas veces a la vez que se pasaba las manos por el cabello para arreglarlo.

—No habrá una segunda vez —espetó, pero se arrepintió de inmediato. El tono de voz que había empleado fue demasiado duro y él no se merecía aquel trato después de haberle hecho el favor de llevarla a su casa. No era lo suyo ser desagradecida.

—Pues no tienes elección. Mañana te esperaré en el aparcamiento con la moto. Te llevaré a casa todos los días, hasta que vuelva Hannah.

—Tengo compañeros de trabajo que están dispuestos a ayudarme.

—¿Como el que te ha llevado al comedor? ¿Hay algo entre vosotros?

—Y si lo hubiera, ¿qué?

—Pues estaría celoso. No quiero que estés con nadie más que conmigo.

—¿Ah, sí? Que egoísta de tu parte. No estoy saliendo contigo y aunque estuviéramos saliendo, soy libre de hablar con quien yo quiera.

—No es egoísmo, es amor.

Aquellas palabras hicieron que las piernas de Olivia empezaran a temblar y que todos los músculos de su cuerpo se aflojaran.

—No tienes... No tienes ningún derecho a soltarme esto ahora. No después de tanto tiempo... No después de haberme hecho tanto daño. —Las palabras se agolpaban en su garganta y apenas encontraba valor para pronunciarlas.

—No, no tengo ningún derecho. Pero quiero ser sincero contigo, quiero que sepas lo que estoy sintiendo por ti. No quiero arrepentirme de no haberlo dicho.

—Lo siento, pero no puedo decirte lo mismo. El amor que sentía por ti, la admiración y el respeto se apagaron.

—¿Estás segura? Solo bastó un segundo para verte de nuevo y mis sentimientos volvieron

a la vida.

—No lo sé —murmuró con voz trémula—. Ni tampoco quiero saberlo.

—¿De qué tienes miedo? —La agarró por la cintura y la atrajo hacia sí.

—Tengo miedo de que me hagas tanto daño como me hiciste antes.

—No puedo prometerte que no lo haré, pero puedo asegurarte que estoy diciendo la verdad. Lo que siento por ti es más fuerte y más intenso de lo que te imaginas, y no quiero dejar de sentir esto.

—¿Por qué la vida es tan cruel? ¿Por qué te trajo de nuevo a mi camino? —dijo más para sí misma que para él.

—Porque sabe que nos une un “amor” de valientes. —Agarró su cara con las manos y la besó con ansias, metiéndole la lengua en la boca en un gesto dominante y sensual.

Olivia se quedó helada por la sorpresa, pero enseguida volvió a responderle a su demanda. Había olvidado lo bien que sabía besar, además usaba la lengua y los dientes para tenerla a su merced. Se aferró a su cuello con todas sus fuerzas, se había equivocado al tratar de mantener las distancias con Brian. También al intentar convencerse de que el “amor” que una vez había sentido por él se había apagado.

Aun así, se apartó para romper el beso y notó que le temblaban las piernas. Se comportaba como una adolescente en lugar de hacerlo de manera sensata. No obstante, admitió que el beso despertó un fuego en las entrañas que se manifestó por todo su cuerpo. Y a ella le había gustado.

—Me has devuelto el beso —dijo él sonriendo—. No voy a preguntarte por qué lo hiciste, pero sí por qué te engañas a ti misma. Te empeñas tanto en reprimir tus sentimientos...

Olivia respiró hondo y levantó la mirada.

—Porque me hiciste daño.

—Eso ya lo sé y me arrepiento. Pero hay algo más, ¿verdad?

—Tengo la sensación de que no te conozco. Te miro y, por más que lo intento, no puedo ver al Brian del que me enamoré. Has cambiado y no sé si para mal o para bien.

—Hemos cambiado los dos, hemos madurado... —Respiró hondo unas cuantas veces y la miró a los ojos—. Nos podemos volver a enamorar.

—Eso es imposible. —Soltó una risa nerviosa—. Una vez que el “amor” se acaba, el lazo que une a esas dos personas se rompe.

—Ese no es nuestro caso, no fue el “amor” quien se acabó, sino la “ilusión”, la brújula que nos guiaba hacia nuestros sueños y los planes de futuro. Las mariposas del estómago fueron reemplazadas por angustias y miedos, y las sonrisas dejaron de existir. Tengo razón, ¿verdad?

—Eh, no lo sé. No puedo...

—Shhhh. —Le colocó el dedo índice sobre los labios—. No pienses en nada ahora y consúltalo con la almohada. Pero deja que las cosas fluyan con naturalidad entre nosotros.

—Lo intentaré —contestó en voz baja.

Tenía que mantenerse serena a pesar de que el corazón le latiera con fuerza en el pecho, amenazando con tomar el control. No se podía arriesgar a enamorarse de nuevo de él, sin confiar en que no volvería a hacerle daño. Sabía que jamás podría perdonarse a sí misma tal rendición, pero sus palabras despertaron una serie de increíbles sensaciones que estaban profundamente dormidas.

—Entiendo perfectamente tus miedos —dijo con un tono mucho más firme de lo que le habría gustado—. Ahora vamos a entrar en la casa. Dame las llaves.

—¿Perdón?

Capítulo 11

Brian chasqueó la lengua y la miró a los ojos. Era tarde y estaba cansado, pero sobre todo impaciente. Olivia no había parado de protestar y de ponerle las cosas difíciles. Se lo merecía, era consciente de ello y no podía hacer nada al respecto. Le había roto el corazón con sus malas decisiones. No obstante, necesitaba un respiro, una pequeña esperanza de que estaba bien encaminado.

—Voy a entrar contigo para asegurarme de que no hay nadie dentro —explicó.

—No hace falta, no creo que ese hombre se haya colado en el interior. Frente a la casa hay un coche patrulla.

—Ah, ya lo veo. —Miró un segundo el vehículo—. Pero necesito asegurarme, para quedarme más tranquilo.

—Está bien. Vamos.

Brian la siguió hacia la puerta y después de saludar a los oficiales metió la llave en la cerradura y la giró dos veces.

—Cuéntame qué está pasando. ¿Quién es el hombre que te tiene tan atemorizada? ¿Qué quiere de ti?

La joven encendió las luces y él aprovechó para inspeccionar cada rincón del salón. La estancia era pequeña y acogedora, con muebles sencillos y cómodos.

—Aquí no hay nadie, voy a mirar en las habitaciones.

Echó un rápido vistazo, sin entretenerse demasiado, y volvió al salón. Olivia se había quitado el abrigo y se había sentado en el borde del sofá. Estaba vestida con un jersey blanco de lana muy fino que abrazaba sus increíbles pechos y vaqueros. Tenía aspecto de no haber descansado y estaba pálida.

—Todo bien. —Se sentó a su lado y se atrevió a tomar sus manos entre las suyas—. Háblame, ¿qué demonios está pasando?

Sus miradas se fundieron y Brian pudo leer en sus ojos el miedo.

—Cuando salí del taller me fijé en un coche negro que estaba estacionado al lado de la parada del autobús. No era la primera vez que lo veía.

—¿Memorizaste la matrícula?

—No, pero recuerdo que era de Massachusetts. Se lo dije al comisario. —Bajó la vista a sus manos unidas y suspiró—. Cuando me subí al autobús el coche me siguió, pero cuando me bajé ya no estaba a la vista. Crucé la calle y fui hacia la oficina donde trabajo, quitándole importancia al asunto, hasta que un hombre encapuchado pasó corriendo por delante de mí, dejando en el suelo un papelito de color amarillo. En él había escrita una amenaza.

—¿Qué decía? —Sintió rabia e impotencia al mismo tiempo. Quiso gruñir y maldecir, pero lo único que pudo hacer fue mirarla a los ojos.

—Que dejara de meter las narices en la vida de los demás o me iba a matar.

—¿Qué me estás diciendo? —Se puso de pie de un salto y espetó afectado—. Maldito desgraciado. Si me lo encuentro, lo mato. Te lo juro.

Vio que Olivia lo miraba asustada y apretó los puños para tranquilizarse, diciéndose a sí mismo que nada lograría si seguía sus impulsos. Solo atemorizarla aún más.

—Lo siento... —murmuró apenado.

—¿Ves? A esto me refería. —Se puso de pie y se cruzó de brazos, como si con aquel gesto quisiera protegerse—. Tu comportamiento es diferente, más rudo y más hosco. Incluso tu manera de pensar y de hablar es distinta. No te reconozco.

—Soy el mismo, Olivia. El mismo maldito cañonero que conociste hace cinco años, del que te enamoraste. —Respiró hondo—. Lo único que ha cambiado es la fe y la confianza en las personas. No fue fácil vivir en un pequeño espacio y seguir la misma jodida rutina todos los días. Los primeros meses me golpearon, me robaron la comida... Incluso me apuñalaron varias veces. Aquello me hizo olvidar todo lo bueno que alguna vez había conocido y vivido, y sacar un lado oscuro para sobrevivir y protegerme. Pero estoy dejándolo atrás, te lo aseguro.

—No lo sé. —Su tono de voz había cambiado, era más amable. Se acercó a él y alzó la mirada—. Por eso tienes esas cicatrices en el abdomen, ¿verdad?

—Sí —suspiró dolorosamente.

—Lo siento, tuvo que doler...

—Ey, no te pongas triste por eso. —Le agarró la barbilla con las puntas de los dedos—. Ya pasó. Fue duro, pero he sobrevivido.

—¿Por qué nos ha pasado esto? Nos iba tan bien, nos queríamos... —sollozó—. Éramos felices.

Los ojos de Olivia se llenaron de lágrimas y empezó a jadear.

—Cariño, ven aquí. La envolvió en sus brazos para consolarla y la sostuvo contra su pecho con un instinto de protección salvaje. Odiaba verla así, y más aún sabiendo que tenía parte de culpa. Su garganta se oprimió y le costó mantenerse quieto y no desmoronarse también—. Volveremos a ser felices. Te lo juro. Volveremos a colocar la palabra “amor” en nuestros corazones.

Esperó con el cuerpo tenso hasta que ella dejó de suspirar y luego se apartó para mirarla.

—Hemos pasado de un tema de conversación a otro. No me importa, pero quiero saber más del hombre que quiere lastimarte.

—No hay nada más. Sospechamos que puede ser alguno de los clientes del bufete. No todos los divorcios terminan bien.

—¿Trabajas como abogada? No lo sabía.

—Eh, sí.

Se miraron a los ojos y alargaron el momento, ninguno de los dos supo qué más decir. Brian sabía que era tarde y que debería irse, pero alguna fuerza invisible le hacía permanecer en la casa de Olivia. Aún así, dijo a duras penas:

—Bueno, me voy. Pero no antes de que me prometas una cosa.

—¿Qué “cosa”?

—Que me dejarás cuidarte y velar por tu seguridad hasta que detengan a ese desgraciado.

—Está bien —contestó en voz baja—. Lo prometo.

—Entonces me quedo más tranquilo. —Volvió a agarrarla por la cintura, esa vez con más fuerza, como si temiera soltarla—. ¿Y vas a pensar en la conversación que tuvimos? ¿Vas a considerar una segunda oportunidad para nosotros?

—Eso no puedo prometerlo. Pero lo intentaré. Gracias por traerme a casa.

—Mañana a la misma hora. Estaré esperando en el aparcamiento.

Volvieron a conectar las miradas y Brian tuvo la sensación de que la expresión de ella se había suavizado. Pero no sabía si aquello sería fruto de su imaginación. Así pues, sin pensárselo dos veces, se inclinó y la besó antes de que ella pudiera protestar.

Ambos se demoraron en aquel tierno beso y Brian sintió algo extraño en el vientre, una especie de cosquilleo que aumentaba con rapidez haciéndose notar cada vez de forma más intensa. Aquel contacto con los labios de Olivia hacía que el corazón le latiera deprisa. Deseaba que la sensación se prolongara más y más para no tener que dejar de besarla, pero sintió las palmas de ella haciendo presión en su pecho.

Se apartó y se quedó quieto, esperando a que ella hablara.

—Es la segunda vez que nos besamos y no voy a negar que es bastante agradable, pero creo que debemos dejar de hacerlo. Por lo menos hasta que tengamos las cosas claras.

—No puedo prometerlo, pero lo intentaré. Es jodidamente excitante besarte, es la sensación más hermosa del mundo.

Vio que ella se ruborizó ante sus palabras y se inclinó para susurrarle al oído:

—Quieras o no, me perteneces. Tus labios son míos, solo míos.

—No...

—Pronto no vas a tener suficiente de mí, me vas a implorar que te bese.

—En tus sueños, Brian. —Lo empujó con suavidad y soltó una breve risa.

—En mis sueños siempre. —Le guiñó un ojo—. Y dentro de poco en la vida real.

—Engreído.

Los dos se rieron a la vez.

—Me voy, feliz de haber conseguido poner una sonrisa en tus labios. Echaba de menos verla. Eres preciosa. —Dio la vuelta y salió de la casa satisfecho de sí mismo.

El tiempo que estuvo encarcelado se dejó consumir por las sombras y la oscuridad, convirtiéndose en un adicto a la soledad y a la frialdad. Había aprendido por las malas que era mejor ocultar sus sentimientos y alejar de su rostro cualquier índice de debilidad.

No obstante, había llegado el momento de olvidar toda aquella maldita pesadilla y mirar hacia el futuro, de permitirse sonreír y ser feliz de nuevo.

Sabía que tenía que trabajar duro para hacer que Olivia le perdonara, y no dejaría de insistir y convencerla de lo mucho que valía la pena retomar la relación. No dejaría de decirle que ella era todo para él.

Caminó hacia la motocicleta, una Kawasaki Ninja con el motor refrigerado por agua. Era toda de color verde brillante y bastante rápida.

Miró con insistencia el coche de policía para asegurarse de que los agentes estaban en el interior y se subió en ella. Después de acomodarse en el asiento de cuero encendió el motor y las luces.

Le había gustado llevar a alguien en la parte trasera de su moto, y más aún sentir cómo Olivia se apretaba contra él en las curvas estrechas y cómo las puntas de sus dedos se clavaban en los músculos de su pecho por el miedo. Era una mujer menuda, pero su cuerpo encajaba a la perfección con el de él.

Se puso el casco y aceleró para coger velocidad, dejando atrás una nube de humo. La casa donde vivía estaba dos calles más arriba, así que no tardó en llegar y meter la Kawasaki en el garaje. Aprovechó para comprobar que la laca que había echado en las figuritas de madera que había tallado el fin de semana estaba seca. Se acercaba la Navidad y quería regalarles a Matt y su novia unas cuantas. La mayoría eran de animales, pero había una más especial que representaba una pareja joven que se abrazaba.

Apagó las luces y entró en la casa. La lámpara del salón no estaba encendida, lo que significaba que Anna no estaba. Algunas noches se quedaba en el hospital con su madre, que estaba muy enferma y temía que muriese pronto. Subió las escaleras y se encerró en la habitación. Se dio una ducha rápida y apagó todas las luces. Necesitaba acostarse temprano para recuperar horas de sueño, desde que Olivia había entrado de nuevo en su vida dormía muy mal. Y eso se debía a las vueltas que daba al asunto. Hacía mucho tiempo que ninguna preocupación así rondaba por su mente.

Capítulo 12

Al día siguiente Olivia se bajó de la cama y lo primero que hizo fue mirar por la ventana y comprobar que el coche patrulla seguía estacionado delante de la casa. Cuando lo vio soltó una exhalación, casi con alivio, como si pudiera respirar mejor.

Se había ido pronto a la cama, pero apenas había conseguido pegar ojo. Y aquello se debía al miedo y la inseguridad que la acechaban. Estaba agradecida por todo el apoyo y la ayuda que recibía de su jefe y sus compañeros de trabajo, pues se sentía protegida. Pero quien más seguridad le transmitía era Brian. ¿Por qué sería? No tenía respuesta a eso, ya que no era capaz de entender sus propios sentimientos.

Estuvo pensando en él toda la noche y recordando la conversación que tuvieron, pero sobre todo imaginándose qué pasaría si volvieran a estar juntos. Su vida era tan diferente de la que ella se había imaginado hacía cinco años, cuando estaban tan enamorados el uno del otro. Pero también había tenido buenos momentos. No podía retroceder en el tiempo y tampoco podía cambiar el pasado, pero lo que sí podía hacer era mirar hacia el futuro y cerrar la puerta definitivamente a esos hirientes recuerdos.

¿Un futuro para los dos? ¿Eso era lo que quería? No descartaba aquello, ya que empezaba a sentir como volvía a crecer el “amor” en su corazón.

Entró en la cocina y después de desayunar se vistió con ropa elegante para ir a la oficina. Tenía una reunión con una mujer de negocios bastante importante en el pueblo que quería divorciarse de su marido.

Se recogió el cabello en un moño apretado y se maquilló con cuidado, disimulando las ojeras con corrector. Cogió su bolso y salió de casa, acordándose de girar la llave en la cerradura tres veces. Saludó con la mano a los agentes de policía y se fue hacia la parada del autobús. Tenía suerte de que estuviera en la misma calle. No tuvo que esperar mucho hasta que un autobús de color verde se detuviera frente a ella. Se subió y buscó un asiento al lado de la puerta.

Cinco minutos más tarde se bajaba en la esquina del edificio del bufete. Caminó rápidamente hacia la puerta y entró jadeando. Colgó el abrigo en el perchero de la pared y recorrió el pasillo con pasos apresurados.

—Olivia, ¿podemos hablar? —preguntó Connor a la vez que asomaba la cabeza por la puerta abierta de su oficina.

—Eh, sí.

Se detuvo y fue hacia él. A medida que se acercaba, vio cómo en sus labios aparecía su peculiar sonrisa, la misma que usaba para impresionar a cada mujer que se le ponía enfrente. Aquella mañana tenía un aspecto impecable y una mirada alegre.

—Hola, ¿cómo estás?

—Hola, mucho mejor. Gracias.

Connor se echó a un lado para dejarla pasar y luego cerró la puerta detrás de ella.

—Siéntate...

—Prefiero estar de pie. Estoy muy inquieta —dijo a modo de explicación.

—Quería preguntarte cómo te fue con la señora Jones, no tenemos noticias de ella. ¿Qué fue lo que te dijo?

—Ay, se me olvidó por completo decírtelo. El encuentro fue breve, ni siquiera me dejó entrar en su casa. Hablamos frente a la puerta y apenas me dio alguna explicación.

—Ah, qué raro. Ella suele ser muy amable.

—Dijo que se arrepentía de haber pedido el divorcio, que su marido la quiere y que se están dando otra oportunidad.

—Ese hombre la maltrata, la última vez que la vi estaba muy asustada y tenía un moretón alrededor de su ojo izquierdo.

—Pues no me dijo nada más. Intenté convencerla de que viniera a la oficina para que hablemos tranquilas sobre el divorcio, pero me cerró la puerta en las narices.

—Estoy seguro de que su marido la está amenazando —dijo con voz grave.

—Oh, ¿crees que es capaz de hacerlo?

—Por supuesto. Es un exconvicto reincidente. Estuvo en la cárcel cuatro veces por maltrato y violación.

—Madre mía. ¿Y viven juntos? —Su corazón empezó a latir más rápido.

—Claro, están casados.

—Así que él estuvo en la cárcel —murmuró para sí misma. Se quedó un instante quieta, meditando sobre sus propias palabras, y luego salió de la oficina corriendo—. Tengo que hacer una llamada urgente —gritó por encima de su hombro.

Tropezó con una de las mesas que tenía una pila de revistas que salieron volando por todas partes, pero no se detuvo a recogerlas. Respiró hondo y entró en el despacho de su jefe, sin aliento y perturbada.

—¡Olivia! —El hombre se puso de pie de inmediato y se acercó a ella—. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

—Creo... —Tomó aire antes de seguir hablando—. Sé quién es el hombre que me está amenazando.

—Ohhhh. ¿Le has visto la cara? ¿Te ha seguido hasta aquí?

John la miraba con la boca abierta.

—No. Estaba hablando con Connor sobre la visita que le hice a la señora Jones y él me dijo que su marido estuvo en la cárcel cuatro veces por maltrato y violación.

—Mierda, claro. ¿Cómo no lo pensé? —gruñó—. Cuando la mujer vino a vernos para que iniciáramos los trámites del divorcio estaba asustada. Y decía que el hombre la tenía atemorizada. Al día siguiente el marido me paró en la calle y me dijo que dejara de tramitar los papeles. No le di mucha importancia, ya que la señora Jones había pedido una orden de alejamiento. Eso pasó antes de que empezaras a trabajar aquí, por eso descarté ese caso. —Se fue hacia el escritorio y cogió su teléfono móvil—. Llamaré al comisario, quédate en tu oficina. No salgas a la calle.

—Está bien. Gracias.

Salió del despacho y fue hacia la mesa para recoger las revistas del suelo. Después entró en su oficina y encendió el ordenador. Necesitaba buscar más información sobre el marido de la señora Jones. Se sentó en la silla y durante unos cuantos minutos estuvo leyendo todos los documentos que estaban guardados en la carpeta de los divorcios que aún no se habían cerrado.

No había encontrado mucha cosa, solo el nombre de él y que tenía una hermana que estaba en la cárcel por tráfico de drogas.

La puerta de la oficina se abrió y su jefe asomó la cabeza.

—Van a detenerle para interrogarlo. Me llamarán luego.

—Qué bien. —Se reclinó en el asiento de la silla y resopló—. Voy a ponerme a trabajar con lo tuyo. ¿Quieres que te pase el informe del detective privado?

—No, no quiero saber nada. Solo firmar los malditos papeles y poner la casa en venta.

—Pero tienes que saberlo, para la reunión con tu mujer y su abogado. Te van a pillar desprevenido.

—Para eso te tengo a ti, para que lo gestiones como si fuera el tuyo. Y no voy a asistir a ninguna reunión. Que su abogado me envíe las condiciones y yo las revisaré. Estoy dispuesto a darle lo que pide con tal de quedarme solo.

—Está bien. Como quieras.

John cerró la puerta y ella se quedó en el despacho hasta pasadas las dos de la tarde, inmersa en el trabajo. Terminó de redactar las últimas presentaciones de demandas de mutuo acuerdo y de informar a los cónyuges de las opciones que tenían. Luego habló con los clientes que estaban representando, aconsejándoles para facilitar los trámites y decirles cómo cuidar su patrimonio.

Escuchó voces provenientes desde el pasillo y sonidos de las puertas al cerrarse, y apagó el ordenador. Su jornada laboral había terminado, pero tenía que ir al comedor social y no quería hacerlo sola. No sabía qué había pasado con el marido de la señora Jones.

Recogió un poco el escritorio y guardó algunas carpetas en su maletín para trabajar en casa durante el fin de semana. Se le había acumulado demasiado trabajo. Recordó que no había llamado a Hannah, pero era mejor. No quería preocuparla, era el tipo de persona que se ponía histérica cuando había gente en peligro.

Salió de la oficina y se encontró cara a cara con su jefe. Tenía la mirada seria y movía inquieto las llaves de su coche en las manos.

—Tenemos un problema —dijo él y la agarró suavemente por el brazo—. Parece que el hombre se está escondiendo en alguna parte. No estaba en su domicilio y lleva días faltando al trabajo. La mujer asegura que no sabe dónde está y los agentes no saben si creerla o no.

—¿Y qué hago ahora? —Sintió un nudo en la garganta y una inquietud tan fuerte que no podía soportarla.

—No debes ir a tu casa, tienes que encontrar un sitio seguro donde quedarte. Dónde no estés sola. El comisario dijo que podías ir a la comisaría, tienen una habitación que puede servirte. Pero no tiene ventanas, ni ducha...

—Pues tendré que preguntar a los compañeros del comedor —resopló.

—Connor se ofreció, pero creo que no vas a tomarlo en cuenta. ¿Verdad?

—No —contestó sin añadir nada más. Estaba segura de que su jefe sabía perfectamente la situación de ellos dos.

—Vamos, te llevo al comedor.

Ella asintió con la cabeza y después de coger su abrigo del perchero lo acompañó hasta el aparcamiento. Estaba más asustada que nunca, algo le decía que ese hombre no temía a los policías. Que estaba esperando una oportunidad para salir de su escondite y terminar lo que había empezado.

Jamás pensó que el trabajo de abogado matrimonial podía ser tan arriesgado.

Capítulo 13

Brian se bajó de la motocicleta y después de guardar el casco en la mochila se fue a la fila de personas que había frente al comedor. Tenía buenas noticias para Olivia y estaba ansioso por verla de nuevo. Se le aceleró el pulso solo con pensarlo.

Entonces su mirada recayó en la preciosa mujer que se acercaba al comedor acompañada por un hombre. Soltó un gruñido bajo cuando reconoció a la ricachona. ¿Cuántos malditos compañeros de trabajo tenía? ¿Todos eran hombres? ¿Y todos dispuestos a acompañarla? Los celos empezaron a carcomerle las entrañas y a torturarle su estado de ánimo. Se movió inquieto y respiró hondo, con la tensión visible en todo su cuerpo.

—Gracias por acompañarme, John —dijo ella con voz trémula—. Llámame si hay novedades.

—Sí, ten cuidado. No te quedes ni un momento sola. ¿Entendido?

—Mhm...

La voz que escuchó Brian cuando ella se despidió de su acompañante hizo que olvidara sus celos y caminara hacia allí con determinación. Algo debió de pasar para que ella sonara tan triste y decaída.

—Olivia, ¿pasa algo? ¿Estás bien? —dijo nada más acercarse a ella.

—¿Uh? —Giró la cabeza despacio y asintió con la cabeza. Lo miró un instante y prosiguió: No estoy bien.

—Ven aquí.

La abrazó con fuerza y mientras le frotaba la espalda la sintió vulnerable. Escuchó sollozos y permaneció quieto y en silencio, como si no quisiera interrumpirla.

—Ese hombre que me amenazó... —Se apartó un poco para mirarlo—. Ya sabemos quién es.

—¿Y por qué estás tan triste? Supongo que ya lo han detenido.

—No, la policía no lo encuentra.

—Maldita sea. ¿Quién es? —Se puso tenso.

—Hace unos días fui a hablar con una clienta que nos informó de que ya no quería divorciarse, una mujer que sufre malos tratos. Creo que su marido estaba en casa en aquel

momento y la tenía amenazada, porque no quiso darme ninguna explicación. Solo me dijo que ellos se estaban dando una segunda oportunidad. —Tomó una profunda respiración antes de seguir: —Su marido estuvo en la cárcel cuatro veces por maltrato y violación.

—Un desgraciado. Espero que lo encuentren pronto. —Volvió a abrazarla y ella no se molestó en contener las lágrimas.

—No me sueltes —susurró entre lágrimas—. No me dejes sola, tengo mucho miedo.

—No lo haré. —La besó en la cabeza.

Se quedaron un buen rato abrazados, hasta que Olivia se liberó con suavidad y dijo:

—Tengo que trabajar.

—Vamos, te acompaño.

Entraron juntos por la puerta de atrás y cuando llegaron delante de la cocina se miraron a los ojos. Brian estiró una mano y le secó algunas lágrimas rebeldes de las mejillas.

—No me gusta verte triste.

—Estoy muy asustada —confesó.

—No dejaré que nada malo te pase, te lo prometo.

—Últimamente estamos haciendo muchas promesas. —Torció una sonrisa.

—Yo lo hago porque te quiero. Cuidaré de ti hasta que lo encuentren —contestó con voz íntima—. Así que ve a cocinar tranquila. Te estaré esperando en el aparcamiento cuando salgas.

Le acarició la mejilla con el dorso de los dedos, disfrutando de la calidez y suavidad de su piel. Ella no protestó, pero dio un paso hacia atrás rompiendo el contacto. Tras unos instantes eternos dijo con un fino hilo de voz:

—Tengo que pedirte un favor.

Brian puso una sonrisa triunfal en su rostro para mostrarle que no se lo negaría.

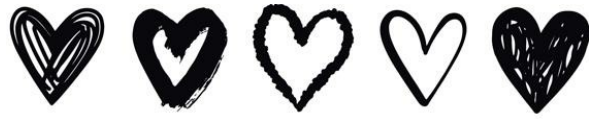
—Sabes que puedes pedirme lo que quieras.

—Ahora no. Hablamos cuando salga. —Retrocedió hasta la puerta de la cocina. La empujó con las manos y entró, no sin antes dedicarle una sonrisa de agradecimiento.

—Lo estoy deseando.

La puerta se cerró y él se pasó una mano por el cabello con inquietud. Cabía la posibilidad de que ese malnacido estuviera esperando encontrar una oportunidad para acercarse a Olivia y hacerle daño. Los hombres como él solían ser impulsivos y violentos. Había conocido unos cuantos en la cárcel.

Fue hacia el comedor y tomó asiento en la mesa más próxima a la cocina. Quería estar cerca para protegerla si era necesario.



Dos horas más tarde Brian miraba la puerta de atrás del comedor con inquietud. Toda la gente había salido, menos Olivia y sus compañeros de trabajo. ¿Por qué tardaban tanto? ¿Había pasado algo?

Justo cuando se preparaba para entrar escuchó voces y pasos que se acercaban. La puerta se abrió y salió el cocinero, y tras él Olivia y una mujer menuda. El hombre cerró con la llave y puso un candado grande, luego se despidió de ellas con un beso en las mejillas.

—Hasta mañana —dijo Olivia mientras le daba un breve abrazo a la mujer.

—Hasta mañana, corazón. Ten mucho cuidado.

La joven asintió con la cabeza y luego se dio la vuelta. Empezó a caminar hacia Brian y a medida que se acercaba a él tiraba de la cremallera de su abrigo para cerrarla.

—Pensé que algo había pasado...

—Tuvimos que guardar la comida que ha sobrado en los frigoríficos —dijo ella a modo de disculpa.

—Aquí tienes. —Le entregó el casco de la moto y ella soltó un bufido.

—¿Tengo que ponérmelo siempre?

—Sí. Es obligatorio.

—Pero tú no llevas uno.

—Bueno, digamos que confío en mí. —Se rascó el cuello como si le picara.

Se miraron unos instantes y Brian la vio extremadamente pálida a pesar de la poca luz que soltaban las farolas.

—¿Estás más tranquila? —Cerró la distancia que los separaba y la agarró por la cintura. El acercamiento hizo que sintiera una descarga de excitación correr por todo su cuerpo. No debería estar pensando en sexo en ese momento, pero no podía evitarlo. Llevaba cinco malditos años de abstinencia.

—Sí, pero estaré mucho mejor si me haces el favor.

—Ah, el favor —susurró a la vez que la estrechaba en sus brazos para evitar caer en la tentación de besarla—. Me tiene intrigado.

—No puedo ir a mi casa, me aconsejaron no hacerlo. ¿Puedo quedarme en la tuya? —Se relamió los labios y los ojos de Brian siguieron el movimiento con intensidad. Sintió cómo poco a poco estaba perdiendo el hilo de sus pensamientos y que todos sus sentidos se despertaban bajo

las llamas del deseo—. Solo hasta que lo encuentren, es que contigo me siento más segura.

—Claro que puedes quedarte conmigo.

Las palabras de la ricachona le provocaron un arrebato de alegría triunfal, pues era más fácil enamorarla y ganarse su confianza si la tenía cerca.

—Gracias.

—Pero hay un inconveniente. No vivo solo —dijo con voz seria.

—Ah... Bueno...

—Vivo con una mujer. —La miró con fijeza para ver si estaba celosa.

—Entonces olvida lo que te dije. No quiero meterme en tus cosas. —Forcejeó para liberarse de sus brazos.

—Tranquila, estoy seguro de que a ella no le importa. Es una buena persona.

—Me alegro por ti, pero prefiero buscar otro sitio dónde quedarme. Hay un hotel cerca, ¿me llevas hasta allí? —Su voz se notaba muy agitada.

Brian soltó una risa suave e insinuante, y la apretó con más fuerza contra su pecho.

—¿Estás celosa?

—No estoy celosa. ¿A qué viene eso ahora? Es normal que tengas una relación. —Miró hacia otro lado y rechinó los dientes.

—Lo estás.

—Cada uno es libre de hacer lo que quiera con su vida.

—Sí, así es —dijo a la vez que se encogía de hombros—. Vamos, te llevo al hotel. Sube en la moto.

—Ah, está bien.

La voz de Olivia había sonado triste, de abatimiento, y el temblor de sus labios mostraba un desánimo total. Él sonrió para sus adentros y procedió a ayudarla a subir en la parte de atrás, pidiéndole que se agarrara con fuerza a él. Luego puso la moto en marcha y aceleró para salir del aparcamiento.

Capítulo 14

Olivia sintió que la velocidad de la moto estaba disminuyendo y abrió los ojos. Parpadeó unas cuantas veces para acostumbrarse a la imagen que veía a través del cristal del casco y luego frunció el ceño. ¿Dónde estaba el hotel? ¿Por qué Brian la había llevado a otro lugar? Esperó pacientemente hasta que él detuvo la moto en la acera y luego se bajó deprisa. Se quitó el casco y después de dejarlo encima del asiento respiró hondo. Lo miró con los ojos entrecerrados y soltó un gruñido.

—Me has engañado, ¿verdad? ¿Dónde estamos?

Brian se puso de pie y se cruzó de brazos con tranquilidad. Sonrió, y ella se dio cuenta de que por primera vez aquel gesto le resultaba irritante.

—Te he traído a mi casa. No iba a dejar que te quedases sola en un hotel.

—Realmente no me apetece conocer a tu pareja.

—¿Por qué no? —Se acercó despacio—. Necesita una amiga, creo que os vais a llevar muy bien. Además, tenéis gustos parecidos.

—Estoy pasando por un mal momento y lo último que necesito ahora es hacer amigos. Es tarde y estoy cansada, Brian —suspiró.

—Lo siento. —Le tomó la mano derecha y le dio un ligero apretón—. La mujer de la que estoy hablando es mi casera. Se llama Anna, es viuda y devota cristiana.

El pecho de Olivia se hinchó cuando escuchó aquello y en vez de alegrarse sintió furia. Trató de reprimirla y contener sus emociones primitivas, pero no lo consiguió.

—¿En serio? —Tiró de su mano con fuerza y lo empujó, pero apenas consiguió moverlo de su sitio—. ¿Te estabas burlando de mí?

—Quería ponerte celosa y al parecer ha funcionado. —Torció una sonrisa que solo contribuyó a que su enfado creciera todavía más.

—Tengo tantas ganas de abofetearte —rugió.

—Hazlo, me lo merezco. —La agarró por la cintura con una mano y con la otra le cogió la muñeca. Llevó su brazo hasta su mejilla y colocó la palma abierta sobre su piel. Cerró los ojos durante un momento para disfrutar de aquello y susurró: —Te he fallado.

—Lo hiciste, pero no estamos hablando del pasado ahora mismo.

—Pero tenemos que hacerlo. —Abrió los ojos y la miró—. Tenemos que hablar de ello

para poder pasar página.

—Entonces deja de hacer bromas pesadas y jugar con mis sentimientos.

—Tienes que entenderme, estoy desesperado y necesito hacer cualquier cosa para llamar tu atención.

—¿Por qué insistes tanto? No veo factible que pase algo entre nosotros.

—Pues yo sí. Hay sentimientos que nos unen.

—Necesito tiempo para asimilar que nos hablamos de nuevo. Pensé que jamás volvería a verte —repuso. Miró por encima de su hombro con impaciencia y soltó un suspiro.

—Lamento mucho no haber permitido que me visitaras en la cárcel. No tuve coraje, pero tampoco quería que pisaras aquel maldito lugar, que me vieras tan decaído. Quería que siguieras con tu vida y que fueras feliz.

—No fui feliz —confesó.

—Cometí el error más grande de mi vida cuando tomé aquella decisión. Pero me sentía tan miserable, tan culpable... Había matado a alguien, Olivia. Había quitado una vida con mis propias manos.

—Fue en defensa propia. Entonces éramos jóvenes e inexpertos, y no supimos cómo gestionarlo. El abogado de oficio no se molestó en pelear por tu libertad y no teníamos dinero para pagar a otro. Tenía que haber luchado más, insistir más... Ahora que soy abogada me doy cuenta del error.

—Lo sé, pero no te machaques más con eso. Ya pasó. —Volvió a coger su mano para darle otro apretón.

—Sí, pero hemos perdido cinco malditos años por un error judicial.

Sus miradas conectaron durante un breve lapso de tiempo y Olivia sintió una descarga eléctrica por todo el cuerpo. Se quedaron así lo que pareció una eternidad y el corazón le latía con tanta fuerza que estaba segura de que él podía escucharlo.

Brian tenía buen aspecto, pero la piel de debajo de los ojos era oscura, lo que le hacía parecer cansado.

—Vamos a entrar —dijo ella en un susurro—. Necesitamos dormir.

—Sí, vamos. —Cogió el casco del asiento y la guio con la mano libre en la parte baja de su espalda hacia una de las casas.

No era diferente a las demás, tenía una planta con dos balcones de madera y un garaje al lado. La fachada era bastante oscura y las ventanas tenían rejas de metal.

—¿Qué va a decir Anna?

—No te preocupes por ella. Está en el hospital, con su madre. La mujer está muy enferma.

—Oh, entiendo.

Esperó a que él abriera la puerta y que encendiera la luz, y después entró. Encontró el salón

impecable, el suelo parecía encerado y todas las cosas estaban perfectamente colocadas. Demasiado perfecto, como si se tratase de una exposición.

—Wow, todo está muy limpio...

—Ya, Anna es una maniática de la limpieza. Supongo que tiene demasiado tiempo libre. —La miró un segundo—. Voy a encender la chimenea y prepararé un té.

—Te lo agradecería. Hace frío en la casa. —Se frotó las manos para entrar en calor y se fue hacia el sofá.

Los cojines estaban colocados con precisión y la manta que la cubría muy bien estirada, así que durante unos segundos se quedó pensando si debería sentarse o no. No obstante, sintió sus piernas pesadas y un sofocante agotamiento. Se quitó el abrigo y lo dejó encima del respaldo de una silla y tomó asiento en el sofá. El lugar le transmitía una pasmosa sensación de paz y tranquilidad y aquello la invitó a relajarse. Se tapó los pies con una manta y miró a su alrededor.

Al lado de la ventana estaba la chimenea, de yeso y ladrillo, y encima había varios marcos con fotografías. Frente a ella estaba colocado el sofá de cinco plazas y una mesita de cristal. Encima había un cuenco de porcelana que contenía un popurrí de flores blancas. Las paredes estaban decoradas con cuadros, la mayoría de ellos tenían paisajes y jardines coloridos. Un mueble tipo vitrina que llegaba hasta el techo estaba detrás del sofá y dentro habían muñecas de porcelana con sus vestuarios muy bien recortados y cosidos y ojos de vidrio nítidos. Aquello le recordó a su abuela, ella también tenía una colección impresionante de más de cien piezas.

—Ya está el té —avisó Brian a la vez que se acercaba al sofá. Cargaba con una bandeja en la que había dos tazas humeantes y un azucarero de cristal.

—Oh, que bien.

Se giró despacio y tomó la taza que él le entregó con ambas manos. La llevó a sus labios y enseguida reconoció el olor a menta. Dio un sorbo y sintió cómo el líquido dulce le bajaba por la garganta imitando a la lava caliente de un volcán a punto de estallar. Cerró los ojos y durante unos instantes recordó el día cuando la canoa en la que viajaba por el río volcó y cayó al agua, especialmente el momento cuando Brian la rescató. Cuando hizo una hoguera y preparó té de menta para que entrasen en calor.

—¿Está bueno?

Abrió los ojos y vio al cañonero frente a la chimenea. Había encendido el fuego y echaba unos cuantos troncos encima.

—Mhmmm, gracias. Había olvidado lo agradable que sabe la menta. —Empezó a sentir calor en el cuerpo, un calor que la agotaba y hacía que se le cerrasen los ojos. Luchó por tenerlos abiertos y fijos en el fuego para impedir que el sueño la venciera.

—Hay una habitación libre al lado de la mía.

—Me quedaré en el sofá —dijo en voz baja—. Es muy cómoda y me gusta mirar la

chimenea.

El fuego crepitaba y dibujaba figuras en el suelo de madera con sus llamas danzarinas a la vez que desprendía un cálido resplandor dorado en todo el salón. Aquello le recordaba a los fines de semana de invierno cuando su padre encendía la chimenea y ella se sentaba en el suelo con sus hermanas a jugar con las muñecas.

—Está bien. Te traeré otra manta y una almohada.

Dio otros sorbos cortos al té y luego dejó la taza en la bandeja. Miró a todas partes, pero no vio una televisión. Aquello le resultó extraño, pero tampoco le dio mucha importancia. Estaba demasiado cansada. Cerró los ojos y soltó un breve suspiro. Necesitaba un poco de felicidad en su vida. El hecho de que su vida corría peligro la hacía sentirse intranquila y abatida.

Escuchó pasos y supuso que Brian había vuelto. Trató de abrir los ojos, pero sus párpados no respondían a sus órdenes. Sintió un tirón, lo que indicaba que él estaba colocando la almohada debajo de su cabeza.

—Gracias —susurró antes de quedarse dormida.



A la mañana siguiente, Olivia se sentía mucho mejor cuando se despertó. Había dormido bien, con un sueño profundo. Miró el reloj que había en la pared, apenas eran las siete de la mañana. Se bajó del sofá, se recogió el pelo en un moño y se puso de pie. Tiró del jersey para estirarlo y miró las puntas de sus calcetines blancos. No recordaba haberse quitado los zapatos. ¿Lo había hecho Brian? ¿Dónde estaba él? ¿Se había despertado?

Frunció el ceño y miró a su alrededor, le llamaba la atención el silencio. No se escuchaba absolutamente nada. Se sentó y se calzó, y luego empezó a caminar por el salón. No conocía la casa, pero no tardó mucho en encontrar la cocina. Empujó la puerta entreabierta y entró. Se sorprendió cuando vio que encima de la mesa había un plato con pan tostado, bollos y galletas. Al lado había un bote con mermelada de fresas y otro con chocolate.

La estancia era amplia y de techo alto, inmaculada, rústica y cálida. Tenía armarios de roble, como el suelo, y encimeras de granito blanco. En el medio estaba la mesa redonda y cuatro sillas de madera con el respaldo adornado con figuras esculpidas. Enseguida se inclinó para verlas mejor y soltó un jadeo de sorpresa cuando reconoció el modelo de un elefante. Era igualito al que ella tenía guardado en su casa, el que le había regalado Brian hacía cinco años atrás.

Aquello le produjo una tremenda nostalgia, pero ya sin dolor.

Escuchó ruido afuera de la casa y llevada por la curiosidad no dudó en salir para ver de qué se trataba. Vio las puertas del garaje abiertas y asomó la cabeza para mirar en el interior. Su aliento quedó atascado en la garganta cuando vio a Brian quitándose el jersey. Hacía frío, pero a él no parecía importarle mucho.

De pronto, su respiración se tornó entrecortada y su boca se entreabrió, exhalando un fuerte suspiro. No había que pensar mucho para decir que era espectacular, unos músculos tonificados, tensos y bien definidos. ¿Había estado levantando pesas en la cárcel?

—Santo cielo —murmuró con la voz estrangulada.

—¿Me estás espiando o algo parecido? —preguntó Brian, tomándola por sorpresa.

Pegó un enorme sobresalto y apartó la mirada con rapidez, se sentía como una tonta.

—Nah, no eres tan interesante.

—¿Ah, no? Entonces déjame hacerlo interesante. —Se llevó las manos a la hebilla del cinturón y se la desabrochó.

El sonido hizo que ella contuviera el aliento, y se quedó quieta siguiendo cada movimiento de él sin querer. ¿Se iba a quitar los pantalones con el frío que hacía? ¿Se quedaría en calzoncillos? No sería la primera vez.

—¿Se pone interesante? —inquirió él a la vez que esbozaba una sonrisa pícaro. Tiró el cinturón al suelo y bajó la cremallera de sus pantalones vaqueros.

—No —contestó con total seguridad.

—Ah, ¿será que la señorita quiere verme en pelotas?

—Uy, quita. —Se tapó los ojos de inmediato, demasiado avergonzada como para mirarlo —. No serás capaz.

—No me pongas a prueba, cariño. No me falta atrevimiento.

—No sé lo que estabas haciendo ni porque te has quitado el jersey, pero voy a entrar en la casa para desayunar.

—¿Abandonas? Me lo estaba pasando tan bien.

Sintió las manos de Brian en su cintura y mantuvo los ojos cerrados. Todo su cuerpo empezó a temblar y no era por el frío sino por las emociones que la estaban descontrolando.

—No voy a dar más pie a esta locura —susurró.

—Una locura con dosis de amor. Imagínate hacer el amor con locura.

—Prefiero no hacerlo.

—Tranquila, mi imaginación tiene las alas tan grandes que pueden llevarnos a los dos lejos.

Olivia abrió los ojos y parpadeó, sus palabras tocaron su corazón de manera profunda e íntima y despertaron una necesidad que llevaba tiempo atrapada dentro de ella. Cuando sus

miradas conectaron, dijo con algo de timidez:

—Entonces hazme volar.

Capítulo 15

Las palabras de la ricachona invadieron el corazón de Brian y todo su cuerpo palpitó con violencia. El deseo que sentía por ella era tan intenso que no podía ignorarlo. Apretó las manos en su pequeña cintura, bajó la cabeza y besó sus labios. Le conmocionó la intensidad del placer que recorría su sangre, el apetito salvaje que ella había despertado en él solo con responderle al beso de la misma manera. Nunca había experimentado una necesidad como aquella, parecía un sueño hecho realidad.

Subió la mano hasta su mejilla y dejó la otra en su cintura, rodeando su cuerpo lentamente para atraerlo más contra el suyo. No era un beso pasional ni cargado de deseo, era más bien un beso tierno, lleno de necesidad y vulnerabilidad. No quería asustarla ahora que parecía que se había animado a confiar en él.

No obstante, empezó a sentir frío, así que abandonó sus labios poco a poco y continuó plantándole besos calientes y húmedos por la mandíbula. Se apartó a duras penas y la encontró mirándolo con mucha atención. Se veía aturdida, sus labios estaban húmedos y sus mejillas ruborizadas.

Hubo un par de latidos en el silencio antes de hablar.

—Deberíamos entrar en la casa. Me estoy congelando. —Subió la cremallera de sus pantalones y se agachó para coger el cinturón.

—¿Por qué te quitaste el jersey?

—Se había llenado de pequeñas astillas de madera y me picaba —explicó.

—Ah...

—Dime, ¿he conseguido hacerte volar? —La miró a los ojos y permaneció un momento en silencio, como atrapado en un vórtice.

—Más que eso, me hiciste volver a sentir la chispa del amor, la que perdí hace cinco años cuando entraste en la cárcel.

—¿De verdad?

—Sí, pero no te vengas arriba. Esto no significa que todo queda olvidado.

Brian sonrió con evidente satisfacción. Se agachó para coger su jersey y después de sacudirlo un par de veces se lo puso. Aún quedaban algunas pequeñas astillas que le pinchaban,

pero no le molestaba tanto.

—Vamos a entrar en la casa. Tenemos que desayunar algo antes de ir a trabajar.



Media hora más tarde, Brian recogía las tazas vacías de los cafés y las dejaba en la pila. Desayunaron en completo silencio, el beso les había dejado a los dos pensativos y algo incómodos. Le hubiera gustado tomarla en sus brazos y repetirlo, pero tenía cierto reparo. ¿Y si ella se estaba arrepintiendo?

—¿Qué hacías en el garaje?

Se dio la vuelta y la miró un instante. Ya no tenía el semblante serio y aquello le resultó esperanzador.

—Estaba terminando de tallar unas figuras para Matt y su novia.

—Oh, así que has vuelto a retomar el oficio de carpintería.

—En realidad, no. Aquí no tengo muchas herramientas y creo que a Anna no le gustaría que llenara el espacio con mis cosas.

—Entonces, ¿no fuiste tú quien talló los elefantes en los respaldos de las sillas de la cocina?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Ah, por nada.

—No, dímelo.

Se acercó a ella con decisión y quiso abrazarla, pero se contuvo. El beso que habían compartido había despertado en él miles de sensaciones en puntos diferentes de su cuerpo. La necesidad de tenerla crecía en su interior con furia y quería todo de ella. La quería en ese momento y para toda la vida.

—Porque me gustan. Son impresionantes.

—Ah, gracias. —Cerró la poca distancia que les separaba y le cogió las manos. Tenía los dedos fríos y se los apretó con fuerza—. ¿Y tus dibujos? Pensabas enviarlos a una editorial.

—Los tengo guardados, no he vuelto a dibujar. He perdido la ilusión y la inspiración.

—Lo siento. Sé lo mucho que disfrutabas garabatear.

Le sostuvo la mirada unos segundos hasta que ella le sonrió con una emoción que le aceleró

el pulso. Desde que se habían vuelto a encontrar, solo buscaba las maneras de enmendar su error. No quería volver a perderla, no quería volver a sentirse miserable. La tensión que crecía entre ellos como una niebla de invierno era buena señal, y estaba seguro de que faltaba muy poco para que los dos disfrutaran del lado bueno del amor. La vida era demasiado corta como para que no atesorasen cada instante que podían pasar juntos.

—Algún día volveré a dibujar.

—Y yo a dedicarme a la carpintería. —Empezó a frotar despacio sus dedos con los suyos—. No sé qué pasó con el dibujo del jardín que me hiciste hace cinco años. Lo había llevado conmigo al campamento de verano y creo que se quedó en la cabaña.

—Bueno, yo tengo el elefante. —Se mordió despacio los labios y los ojos de Brian siguieron el movimiento con mucho interés. Soltó un suave gemido cuando vio que se clavaban con fuerza en la carne, dejándola de un color rojo intenso y reluciente.

—Deja de hacer eso o me veré obligado a besarte.

—¿Y qué crees que estoy haciendo? Pidiendo que lo hagas.

—Joder, Olivia. Yo ya no sé qué pensar ni hacer. Me estás mareando.

—Entonces no pienses más y bésame. —Su voz era muy insistente.

La mente de Brian no tardó en apagarse y dejar que su cuerpo lidiara el camino. Y como un volcán listo para entrar en erupción, la agarró por la cintura y la atrajo hacia sí. Se inclinó hacia delante y posó la boca sobre la de ella, sediento y con el corazón latiéndole a mil por hora. Los labios de Olivia eran suaves, como los recordaba, y los chupó y mordisqueó como un drogadicto.

Se demoró en el beso más de lo que pretendía, devorando su esencia y llenándose con su dulce sabor. La deseaba tanto que no podía contenerse. No obstante, recordó algo importante y rompió el beso.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —preguntó ella sin aliento a la vez que lo observaba con una mirada extraña.

—No podemos dejarnos llevar, ¿o sí?

—¿Por qué? No entiendo qué...

—¿Sigues siendo virgen?

A Olivia se le descompuso el rostro.

—¿Cómo puedes preguntarme esto? —Lo fulminó con la mirada—. ¿Qué es lo que realmente quieres saber? ¿Si me acosté con otros hombres?

—No, solo...

—Si sigo virgen no es de tu incumbencia —atajó—. Has arruinado el momento. ¿Estás contento?

—No entiendo por qué te has molestado. No es la primera vez que te lo pregunto.

—Tengo la impresión de que solo quieres recuperar la relación que tuvimos en el pasado. Seguir desde dónde nos hemos separado... —Negó con la cabeza—. No es posible porque como tú mismo lo dijiste, hemos cambiado y hemos madurado. Ya no somos esos dos jóvenes enamorados que vivían dentro de una burbuja, sin saber que el destino estaba a punto de devorarlos.

—Te equivocas, no estoy tratando de recuperar nada. El pasado queda olvidado para mí, no quiero recordarlo ni revivirlo, y mucho menos pensar que soy el mismo maldito cañonero pobre y apático. —Su voz se tornó seria—. La razón por la que te pregunté, sigue siendo la misma que de la primera vez. Para saber si estoy yendo demasiado rápido.

—Pues no te voy a contestar. Tendrás que averiguarlo tú solito.

—¿Averiguar si eres virgen o si voy demasiado rápido? —Entrecerró los ojos con cierta rigidez.

—Las dos cosas. —Se encogió de hombros y retrocedió. Se aferró al respaldo de una silla y miró hacia otro lado.

A Brian le pareció ver una suave sonrisa en sus labios, pero no dijo nada más.

—¿Nos vamos? Tenemos que pasar por mi casa para cambiarme de ropa y no quiero llegar tarde al trabajo.

—Sí, vamos. —Se contuvo para no agarrarla de la mano y salió detrás de ella—. Dame un segundo para cambiarme el jersey.

Se fue al dormitorio y abrió el armario. Cogió una sudadera negra y un abrigo. Se vistió y vio que había dejado la cama sin hacer. Quitó rápidamente las sábanas y dobló el edredón. Abrió la ventana para airear y cerró la puerta detrás de él.

Entró en la habitación que había al lado de la cocina y dejó las sábanas en la cesta de la ropa sucia. Regresó al salón y cogió las llaves de la moto y el casco.

—Ah, se me olvidaba —dijo antes de abrir la puerta de la calle—. Tu coche ya está arreglado.

—Que bien. Me pasaré esta tarde a cogerlo.

—Te lo traeré yo. Hasta que no cojan a ese desgraciado no pienso dejarte sola. —Apretó la mandíbula con fuerza, odiaba el hecho de que su vida corría peligro y no podía hacer nada para ayudar a encontrarle.

—Está bien...

—¿Quién te trae al comedor esta tarde? He visto que voluntarios no te faltan.

—Puede que sea mi jefe o mi compañero Connor. —Cerró la cremallera de su abrigo con aire indiferente, como si no le importase sus insinuaciones.

—¿El rubio?

—Mhmm, ese. —Levantó la mirada y lo observó.

Brian apretó la mandíbula para no contestar, no quería decir algo de lo cual pudiera arrepentirse. Tenía la mala costumbre de meter la pata cuando las cosas iban más o menos bien. Abrió la puerta y la dejó pasar, y luego cerró con llave mostrando su fastidio sin disimulo.

Capítulo 16

Olivia se bajó de la motocicleta, se quitó el casco y se lo entregó a Brian. Llevaba unos cuantos viajes en aquella bestia de dos ruedas y empezaba a acostumbrarse con el ruido y la sensación de vértigo. Lo que más le gustaba era poder abrazar al cañonero sin pensar en las consecuencias que eso iba a dejar en su corazón.

—Gracias por traerme —dijo sin atreverse a alzar la vista y encontrarse con sus ojos.

—No tienes que darme las gracias. Lo hago con mucho gusto... —Estiró la mano libre y la agarró por la cintura—. Y con mucho cariño.

—Bueno, voy a entrar. Nos vemos esta tarde. —Dio un paso hacia atrás con la intención de liberarse de su mano, pero no lo consiguió.

—¿No vas a darme un beso de despedida?

—Sigo molesta...

—Te aseguro que no afectará tu estado de ánimo. Seguirás enfadada conmigo.

—Ah, ¿y eso cómo?

Levantó la mirada pero no le dio tiempo a decir nada más. Brian se puso de pie y la besó, pillándola por sorpresa. Fue tan inesperado que por un instante, abrió mucho los ojos. Pensó en empujarle y gritarle que dejara de hacer las cosas a su manera, pero lo que hizo fue perderse en el beso. Él reclamó sus labios con una embriagadora combinación de calor y urgencia que la dejó sin aliento y sin defensas. Él nunca la había besado así, como si la estuviera devorando, la hacía perder el control por completo y no podía hacer nada para recuperarlo.

¿Era un beso furioso? ¿Esa era su manera de castigarla? Por lo extraño que pareciera, le gustaba y disfrutaba. No obstante, sintió que los labios le palpitaban y le dolían ante la intensidad del beso, y tuvo que separarse de inmediato de él.

—Me has besado a la fuerza —espetó con furor a la vez que se relamía los labios, aún estaban palpitando.

—Para que no se te quitara el enfado. Quieres abofetearme, ¿verdad?

—Sí.

—¡Perfecto! Era justo lo que pretendía. —Sonrió con satisfacción y se subió en la moto—. Entra, no te quedes sola en la calle.

—Lo haré —gruñó.

Se apresuró a llegar delante de la puerta y miró por encima de su hombro. Brian se puso el casco y arrancó el motor. Hizo un gesto con su mano en señal de despedida y aceleró con estruendo. En pocos segundos alcanzó el final de la calle y desapareció de su vista.

—Maldito cañonero —volvió a gruñir a la vez que abría la puerta para entrar.

Las horas pasaron muy rápido para Olivia debido a la cantidad de trabajo que se le había acumulado en los últimos días. Apagó el ordenador y se reclinó en el asiento para estirarse. Estaba muy preocupada, no había tenido ninguna noticia nueva sobre el paradero del marido de la señora Jones. ¿Por qué la policía no lo encontraba? ¿Se había ido del pueblo? Seguramente su mujer sabía algo, pero no quería decir nada por el miedo.

Se puso de pie y cogió su abrigo del perchero. Abrió la puerta y salió al pasillo. Vio que el resto del bufete estaba en silencio y empezó a preocuparse. ¿Dónde estaba todo el mundo? ¿Se habían ido sin avisarla? Su jefe le había prometido que la iba a llevar al comedor social, ¿había olvidado? La puerta de su despacho estaba abierta y dentro, todo apagado. La última vez que había hablado con él fue antes de la reunión con el abogado y su mujer. Él le dijo que se iba a quedar en su oficina durante el encuentro, que no quería saber nada del divorcio.

Mientras caminaba por el pasillo se escuchó un estruendo que la hizo detenerse en seco. Algo se había roto, pero... ¿Dónde? Todas las oficinas estaban vacías excepto la cocina, allí no había mirado. Con el corazón latiendo a un ritmo imparable como si fuera a estallar, se acercó hasta allí. Vio la luz encendida y se atrevió a meter la cabeza por la puerta. Su jefe estaba sentado en una silla y tenía la cabeza apoyada sobre los dos brazos, los que estaban cruzados encima de la mesa.

—¿John? ¿Estás bien?

—¿Mmmmm? —Levantó la cabeza y abrió solo un ojo para mirarla—. ¿Qué pasa?

—Dímelo tú.

—Ah, ya... —Estiró la mano derecha para coger el vaso que estaba frente a él—. Uh, está vacío. ¿Me lo llenas? La botella está... está... ¿Dónde demonios está?

—¿Has bebido? —Se acercó a la mesa y le arrebató el vaso vacío de la mano. Bajó la vista al suelo y vio la botella... Estaba hecha añicos. Así que eso era lo que se había caído y la había asustado.

—¿Tú qué crees?

—No te gusta el alcohol, ¿por qué lo hiciste? —Se agachó y empezó a recoger los trozos de cristal con mucho cuidado—. Mañana vas a tener resaca y es el día de la audiencia con el juez.

—Estaré bien. —Se reclinó en el asiento y cerró los ojos—. Todo gira...

—Ahora, ¿cómo voy a ir al comedor? ¿Quién me va a llevar?

Se puso de pie y abrió el armario que estaba debajo de la encimera. Tiró los cristales y cogió la caja con servilletas.

—Coge mi coche... Espera. —Abrió los ojos y se frotó la frente y la cara con las manos—. Voy contigo, pero conduces tú.

—Está bien. ¿Y quién te llevará a ti a casa?

—Cogeré un taxi, no te preocupes. Y deja de recoger, lo hará el personal de la limpieza. Vamos, que se te hace tarde.

Olivia se limpió las manos y después de secarse con un trapo de cocina, miró a su jefe.

—¿Seguro que estás bien?

—No lo sé... —Suspiró—. Creo que no debería haber pedido el divorcio.

—¿Qué estás diciendo? —Frunció el entrecejo durante un instante.

—Vi a mi mujer hoy, estaba preciosa... Como siempre —gruñó—. Me di cuenta de que la quiero, que no sé si voy a poder vivir sin ella.

—Pero, ¿no decías que estabas harto de su comportamiento rebelde?

—Sí, pero... No sé. Estoy confuso. —Se puso de pie y se aferró al borde de la mesa—. Espero no arrepentirme.

—Aún estás a tiempo. En la reunión, no hemos llegado a ningún acuerdo. Y el informe del detective privado está limpio, ella no te ha engañado.

—¿Como que ningún acuerdo? —Giró la cabeza para mirarla.

—Ella dijo que quiere todo o nada.

—¿¡Todo o nada?! —rugió—. ¿Qué demonios significa eso?

—También dijo que si tienes dudas, que la llames. Que estará encantada de resolverlas.

John soltó una maldición en voz baja y negó con la cabeza.

—¿Me quiere llevar a la ruina? La llamaré esta noche. —Respiró hondo y se estiró para coger su abrigo del respaldo de la silla—. Vamos, ya se me pasó la maldita borrachera.

Olivia no dijo nada más, no quería interferir en sus decisiones de ninguna manera. Ya tenía suficientes cosas en la cabeza como para meterse en otras. Apagaron las luces y salieron del edificio rumbo al aparcamiento.

Capítulo 17

Brian echó un último vistazo al motor del coche de Olivia y cerró el capot. La mañana pasó veloz, había tenido que arreglar un autobús y un camión de basura y aquello le llevó más tiempo de lo que había calculado.

Aunque no le gustaba mucho ese oficio había aprendido mecánica muy rápido y tenía que reconocer que sentía cierta satisfacción cuando después de mucho esfuerzo y empeño, escuchaba el sonido de un motor arrancando en perfectas condiciones.

—¿Te vas a ir ya? —preguntó Matt a la vez que se acercaba a él. Se había quitado el mono de trabajo y se había vestido con ropa elegante.

—Sí, ¿me necesitas? —Sacó un par de llaves del bolsillo y empezó a jugar con ellas entre los dedos.

—No, tranquilo. Voy a cerrar esta tarde. Es el cumpleaños de Gilian —explicó.

—Ah, ahora entiendo por qué llevas ese traje tan... Tan remilgado. —Sonrió de lado—. No te pega para nada.

—Ya, ya... No te ríes, joder. Nos vamos a comer a un restaurante estiloso. —Suspiró—. Hay que hacer sacrificios en el amor.

—Bueno, lo que tú digas. Felicítala de mi parte.

—Lo haré y estás invitado a casa esta noche. Si te apetece, claro.

—No lo sé, tío. Olivia tiene problemas y necesito cuidar de ella.

—¿Qué problemas? ¿Algo serio? —Su tono de voz se tornó preocupado.

—Algo así. Te lo contaré en otro momento. —Miró la hora en el reloj de pared—. No quiero llegar tarde.

—Está bien. Si cambias de opinión, ya sabes... Puedes traerla a ella también.

—Adiós.

Se subió en el Volvo de Olivia y después de arrancar el motor, se colocó el cinturón de seguridad. Salió a la calle y se incorporó al poco tráfico que había a esa hora de la tarde. Encendió la radio y condujo por las calles vacías hasta el aparcamiento del comedor.

Después de aparcar, se bajó y miró hacia el edificio para comprobar que la fila de gente esperando para entrar a comer estaba allí. Escuchó voces a su espalda y se dio la vuelta. Se

sorprendió cuando vio a Olivia bajarse del asiento del chofer de un Audi nuevo. ¿Se había comprado otro coche? ¿Ganaba tan bien trabajando como abogada?

—Las llaves me las quedo yo —dijo ella con voz seria.

—Puedo conducir, Olivia. Estoy bien —aseguró el hombre que la había acompañado el día anterior.

—Vas a coger un taxi para ir a casa. —Negaba con la cabeza con vehemencia.

—Está bien, tú ganas. —Metió la mano dentro del bolsillo de sus pantalones y sacó el teléfono móvil—. Llamaré.

Olivia apretó el botón del mando a distancia del coche para cerrar y giró la cabeza. Sus miradas cruzaron y de pronto, Brian se encontró conteniendo el deseo de acercarse a ella y tomarla en sus brazos.

—Has llegado, con mi coche —susurró ella.

—Sí, aquí estoy.

La contempló en silencio, embobado y con el cuerpo en tensión.

—Brian, este es John, mi jefe —dijo y el hombre lo saludó con una inclinación de cabeza mientras hablaba por teléfono—. ¿Te quedas un rato aquí, con nosotros? Solo hasta que llega su taxi.

—Por supuesto. —Se acercó a ella y le rodeó la cintura con un brazo para atraerla hacia sí—. ¿Sigues enfadada conmigo?

—Sí —contestó rápidamente a la vez que trataba de salir de su agarre—. Así que suéltame.

—No quiero, ¿qué vas a hacer?

—Argh, te odio —gruñó.

—Y yo te quiero.

—El taxi llegará en cinco minutos —dijo John, mirándolos—. No sabía que tenías novio, Olivia.

—No tengo. —Forcejeó hasta que consiguió liberarse—. Él es... Bueno, somos... Hace...

—Lo siento, no quería ponerte en un aprieto —la interrumpió.

—No pasa nada. Solo que no sé qué contestar ahora mismo.

—Lo haré yo. —Brian dio un paso hacia adelante con decisión y Olivia lo miró mal—. No somos novios, no aún.

—Ah, entiendo. Será mejor que hablemos de otra cosa —propuso John. Era evidente que había captado la indirecta.

—Perfecto. ¿Se sabe algo del acosador? —inquirió y Olivia volvió a mirarle, aquella vez con ojos curiosos.

—No, nada. Me llamó el comisario y dijo que encontraron el Mercedes abandonado enfrente del centro comercial, pero no había nada en el interior. Ninguna pista que les ayude a

dar con el hombre.

—Ah, no lo sabía —murmuró ella.

—No quería preocuparte.

—Bueno, supongo que tendré que seguir esperando y rezando a que lo encuentren pronto. El hecho de que esté allí fuera, en cualquier lugar, me inquieta mucho. —Suspiró.

Justo entonces un taxi de color blanco estacionó frente al aparcamiento y ellos dejaron de hablar para despedirse.

—Adiós, jefe. Intenta descansar, mañana es un día importante.

—Hasta mañana —contestó él a la vez que abría la puerta del copiloto y se deslizaba en el interior.

Mientras el taxi abandonaba el aparcamiento, Brian tomó la mano de Olivia entre las suyas y la estrechó con sumo cariño. Verla tan preocupada le partía el alma.

—Estoy seguro de que no tardarán en encontrar a ese hombre —susurró, mirándola—. No permitiré que nada malo te pase.

—Gracias. —Esbozó una pequeña sonrisa—. Y gracias por arreglar mi coche.

—Ya sabes que lo hago con...

—Mucho cariño —terminó la frase con otra sonrisa.

—Así me gusta verte. Sonriendo. —La agarró por la barbilla para levantarle la cabeza. Dejó que el silencio se llenara de tensión mientras la observaba con ojos resplandecientes de deseo.

—Últimamente me cuesta mucho hacerlo.

—Para eso estoy yo. Para poner una sonrisa en tus labios —susurró—. Labios que me encantaría volver a besar.

—Ni se te ocurra, no aquí.

—Creo que a nadie le importa que te robe un beso. Tú también lo estás deseando.

Con un gemido ronco, Brian unió su boca a la de ella, apretándola contra él. La besó con exigencia y pasión, pensando que aquel momento podría esfumarse en cualquier momento. Se dijo que forzándola no estaba favoreciendo su imagen, pero ella le correspondía al beso con la misma pasión. Se había rendido a él. Ladeó la cabeza para apoderarse todavía mejor de su boca, hundiendo la lengua para saborearla a fondo. Cada beso era más y más adictivo y cada centímetro de su cuerpo la deseaba. Estaba seguro que jamás podría respirar si no la tenía a su lado.

Aquel último pensamiento fue suficiente para hacerle recuperar el sentido común y apartar la boca de la suya. Tenía que tener paciencia y dejar de insistir tanto para no agobiarla, aunque estaba desesperado por tenerla. Ella ya tenía bastante encima con ese maldito acosador que no aparecía por ninguna parte.

Sin embargo, cuando lo miró con una expresión anhelante y dulce, supo que no se arrepentía del beso y que el vínculo seguía intacto entre ellos.

—Parece que se te está quitado el enfado —murmuró con una sonrisa triunfal al ver sus mejillas ruborizadas—. Tendré que besarte más a menudo.

—No es verdad. —Arrugó la frente en un intento de parecer molesta, pero solo consiguió enseñar una mueca graciosa.

—Sigue negándolo todo lo que quieras ahora que al final no te quedará más remedio que admitirlo.

Ella frunció los labios, como si se tomara un segundo para pensarlo, pero sacudió su cabeza al final.

—No lo creo. —Metió las manos dentro de los bolsillos de su abrigo y empezó a caminar—. Voy a entrar en el comedor, se está haciendo tarde.

—Luego seguimos con el tema. Cuando vas a ver las cosas como yo, no dejarás de sonreír —dijo mientras caminaba a su lado.

Llegaron a la esquina del edificio y allí se separaron, tomando caminos diferentes. Miró por encima de su hombro para asegurarse de que ella entraba por la puerta trasera y se fue hacia la entrada principal.

Dentro, apenas había sitios libres y la gente estaba terminando de comer el primer plato. El ruido de los cubiertos se mezclaba con el olor a comida, animando un poco el lugar. Tomó asiento al lado de una señora mayor, con aspecto demacrado como si no hubiera dormido desde hacía días, y esperó a que viniera alguna de las ayudantes de cocina. Tenía hambre, pero lo más importante era que la relación con Olivia iba por un buen camino, como un tren que nunca descarrilaba.

Capítulo 18

Olivia se despidió de Mario y salió por la puerta del comedor. La tarde había sido bastante entretenida, cocinó para toda esa gente con una alegría fuera de lo común. Sabía que en gran parte se debía al beso que le había robado Brian en el aparcamiento, pero se negaba a admitirlo. Tenía miedo dar rienda suelta a sus sentimientos y decirle todo lo que sentía por él, le costaba arriesgarse a sufrir otra vez. Pero no quería abandonar, no quería darle la espalda a aquella nueva oportunidad de ser feliz a su lado.

Alzó la mirada y su aliento quedó atrapado en la garganta cuando lo vio, apoyado contra la farola más cercana. Caminó hacia allí y cuando se detuvo a unos centímetros de él, pudo oler el aroma de su perfume. Respiró hondo, intentando ignorar los fuertes latidos de su corazón. Con la sudadera negra y ajustada que llevaba puesta estaba increíblemente guapo y no podía dejar de admirar su físico, tan masculino y perfecto.

—¿Estás bien? —preguntó Brian con tono preocupado a la vez que tomaba sus manos entre las suyas.

—Eh, sí. No me hagas caso —murmuró tras aclararse la garganta.

—Bueno, ¿cómo lo hacemos?

—¿A qué te refieres? —Su corazón empezó a latir con más fuerza dentro de su pecho.

—A los coches. ¿Dejamos el de tu jefe en el aparcamiento?

—Ah, eso...

—¿Seguro que estás bien?

—Mhm. —Miró sus labios y soltó un ligero gemido. Sintió un deseo irrefrenable de besarlos y sentir su cálida respuesta. Aquellos pensamientos eran inesperados para ella y le costó horrores apartarlos de su mente y contestarle—. Sí, dejamos su coche aquí y cogemos el mío.

—Bien, pero antes voy a besarte. Veo que lo estás deseando tanto como yo.

La joven no dijo nada, no protestó, sino dejó que eso ocurriera, dejó que la acercara a él todo lo posible y que sus labios se juntaran. Se relajó contra su pecho y sintió que el placer se despertaba y la respiración se le aceleraba. Sus lenguas se encontraron, ávidas de saborear el uno al otro, y ella se entregó sin reservas. Le resultaba difícil contener su excitación porque él la besaba con ansia y voracidad. Y le gustaba, la mantenía en una tensión constante, como en una

montaña rusa emocional.

Cuando se apartaron, Olivia guardó silencio.

—Lo has disfrutado, ¿verdad?

—Mucho —admitió ella.

—No puedo cambiar el pasado, pero sí puedo ofrecerte un amor limpio y sincero para el futuro.

—Me gustaría creerte, pero no puedo.

—Entonces no me queda más que demostrártelo cada día que soy un hombre de palabra.

—¿Cómo? —Retrocedió. Necesitaba poner un poco de distancia entre ellos para pensar con claridad.

—Un mago nunca revela sus secretos. —Le guiñó un ojo y empezó a caminar a buen paso —. Supongo que Hannah sigue de viaje.

—Eh, sí. Olvidé llamarla. —Se mordió el labio inferior y suspiró—. Pero creo que es mejor si no sabe nada del acosador. La conozco, es capaz de dejar el trabajo para volver.

—Bueno, pues entonces nos vamos a mi casa.

—Si no molesto.

Brian se detuvo y le cogió la mano.

—Jamás vas a molestarme. Todo lo contrario, cariño. —Llevó su mano a sus labios y le besó los nudillos—. Estoy feliz de tenerte tan cerca.

—Gracias.

—Vamos. Hace mucho frío. —Sacó unas llaves del bolsillo y se apresuró a abrir el coche.



Diez minutos más tarde, la pareja entró en la casa y encontraron a la casera, sentada en el sofá y llorando desconsoladamente.

—¿Anna? —Brian se acercó de inmediato a ella—. ¿Qué ha pasado?

La mujer alzó la vista despacio y después de limpiarse las lágrimas de las mejillas, suspiró un par de veces.

—Mi madre... ha fallecido.

—Oh, lo siento mucho. —Tomó asiento a su lado y la abrazó.

Olivia se había quedado parada junto a la puerta, pues no quería interrumpir aquel momento

tan triste. Miró como el cañonero abrazaba a Anna a la vez que le frotaba la espalda y sintió pena por el sufrimiento que ella estaba pasando.

—Tengo... —dijo Anna con voz trémula—. Tengo que preparar el funeral. Mi hermana me va a ayudar, pero no sé si voy a poder hacerlo.

La mujer miró a Brian y volvió a suspirar. Tenía las mejillas rosadas y mojadas, y sus labios se veían agrietados y secos. Era menuda, su piel blanca contrastaba con la ropa oscura que llevaba puesta y su cabello era una mezcla de castaño y canas, recogido en un sencillo moño que realzaba las arrugas de su frente.

—Os echaré una mano, no te preocupes —aseguró él.

—Ay, y el velatorio, es mañana por la tarde —murmuró ella.

—Me pediré el día libre.

—Gracias... —susurró y cuando movió un poco la cabeza, se limpió rápidamente las lágrimas—. Oh, no sabía que estabas acompañado.

—Ay, sí. —Brian se puso de pie—. Ella es Olivia, mi... mi amiga. Se va a quedar aquí unos días.

—Encantada —murmuró la mujer a la vez que se levantaba del sofá. Dio unos cuantos pasos hacia adelante y se frotó las manos contra los costados de su pantalón negro—. Eres muy bonita.

—Gracias, señora. Siento lo de su madre.

—Gracias... —Suspiró y cerró los ojos durante unos segundos—. ¿Habéis cenado?

—Olivia trabaja como cocinera en el comedor social —dijo Brian y ella abrió los ojos—. Así que hemos comido hace poco.

—Oh, que bueno. Entonces, si no os importa, me voy a ir a la casa de mi hermana. Me está esperando para cenar y creo que me quedaré a dormir allí. No quiero estar sola en este momento.

—No te preocupes, lo entendemos —contestó Brian en voz baja.

Anna los miró un instante y luego se fue hacia el perchero. Cogió su abrigo y después de cerrar la cremallera dio media vuelta. Agarró el pomo y lo giró con energía hacia la derecha.

—Buenas noches —dijo Brian.

Anna no contestó, pero hizo un breve gesto con la mano a modo de despedida antes de cerrar la puerta detrás de sí.

—Bueno, no creo que sea buena idea quedarme... —susurró Olivia y el cañonero enseguida se acercó a ella.

—¿Qué estás diciendo? No vas a irte a ninguna parte.

—Pero, Anna... Pobre mujer.

—La ayudaré con lo que necesita, pero tú tienes un problema más gordo encima. —La agarró por la cintura y la atrajo hacia sí—. No pienso dejarte sola ni un segundo.

Ella no protestó, no tenía ni fuerzas ni energía para hacerlo. Además, sabía que no le iba a servir de nada. Brian estaba muy empeñado en cuidar de ella a toda costa. Dejó que la abrazara porque era muy reconfortante y se sentía protegida. Aquel cálido contacto la tranquilizaba y le ofrecía un lugar seguro en el que cobijarse. Quería estar enfadada con él para que el amor no ganara la batalla con la ira, pero al mismo tiempo estaba ansiosa por sentir su calor y su olor.

—Entonces, no me dejes sola —murmuró con voz trémula—. No vuelvas a abandonarme nunca más.

—No volveré a cometer ese error.

—¿Es una promesa? —Se apartó un poco y levantó la barbilla justo lo suficiente como para poder mirarlo a los ojos.

—Sí, lo es.

Lo dijo con tanta sinceridad que a Olivia se le encogió el estómago. Abrumada, se puso de puntillas y le dio un pico en los labios.

—Si vas a besarme, hazlo como es debido. No dejes las cosas a medias.

—Ah, sí...

Volvió a ponerse de puntillas y unió su boca a la de él. De manera instintiva, Brian tomó la iniciativa y movió la lengua de forma tentadora, cosa que a ella le gustó, y se rindió ante la tormenta que se desató en su interior.

—Olivia... —susurró con voz espesa. Se retiró despacio y apoyó la frente en la suya—. Necesito más, quiero más. He esperado un largo maldito tiempo para que este momento llegara, quiero sentirte mía. Quiero irme a dormir contigo cada noche y despertar contigo cada mañana. Quiero que tu rostro sea lo primero que vea al despertarme.

La joven sintió una mezcla de excitación y timidez cuando escuchó sus palabras. Intentando acordarse de respirar, preguntó:

—¿Ahora?

—Ahora.

Algo salvaje se reflejó en los ojos de Brian, algo que la incendió y le aceleró el corazón ante la perspectiva de pasar la noche juntos. Le asustaba lo desconocido, pero no quería parar, no quería ser una cobarde y echar a perder el momento.

—Entonces, llévame a tu habitación. Quiero despertarme en tus brazos.

Capítulo 19

A Brian se le secó la boca, la deseaba más que el aire que respiraba. La agarró de la mano y la llevó hacia el dormitorio, una habitación bastante amplia y rústica compuesta por una cama de matrimonio, un armario doble, un escritorio y dos mesitas de noche.

—Es muy bonita, me gusta —dijo ella con una sonrisa nerviosa en los labios.

—Es la más grande de la casa. —La ayudó a quitarse el abrigo—. Ponte cómoda, voy a traer algo de beber.

—No tengo sed...

—Algo de alcohol, para quitar la tensión y las dudas.

—No tengo dudas. —Alzó la barbilla en gesto defensivo.

—Ah, ¿no? —La miró con los ojos entrecerrados—. Demuéstralo.

—¿Cómo?

—Quítate la ropa y espérame desnuda debajo del edredón. Así adelantamos las cosas.

Ella parpadeó unas cuantas veces, como para enmascarar su asombro.

—¿O prefieres que te la quite yo?

—Brian... Sabes que para mí es la primera vez y con esa actitud no estás ayudando. Me estás poniendo más nerviosa de lo que estoy.

—Por eso voy a traer dos copas de vino. Para relajarnos. —Se inclinó un poco hacia adelante para susurrarle al oído: —Yo también estoy nervioso, cariño. Más de lo que me gustaría admitir. No quiero estropear este momento ni hacerte sentir incómoda.

—Oh, entiendo. Un poco de vino no viene mal.

Le dio un beso largo y sonoro en la mejilla y luego le guiñó un ojo. No había mentido, estaba muy inquieto y algo temeroso. Era un paso importante para los dos, un paso que no tenía marcha atrás. Llevaba mucha presión encima de los hombros y no quería cagarla como siempre hacía.

—Ahora vuelvo.

Salió del dormitorio con pasos apresurados y a la vez que caminaba, movía el cuello para eliminar la tensión que se había apoderado de su cuerpo. Quería que todo fuera perfecto para ella y no decepcionarla.

Entró en la cocina y encendió la luz. Abrió el frigorífico y cogió una botella de vino tinto. La destapó y llenó dos copas de cristal teniendo cuidado de no derramar el líquido. Después, abandonó el lugar conservando el equilibrio para que ninguna gota cayera sobre la alfombra mullida de color crema. Empujó la puerta con el pie y llevó las copas hacia el escritorio. Las dejó encima y se dio la vuelta. Olivia estaba sentada en el borde de la cama, con las manos cruzadas en su regazo, y lo miraba con mucha atención. Sintió cariño por la sensibilidad que mostraban sus ojos.

—¿Sigues deseándolo?

—Sí —contestó. Sonrió y Brian pudo ver los nervios en su rostro.

—Yo también.

Cogió las copas y le ofreció una a ella. Bebieron unos cuantos sorbos, como si esperaran que el alcohol les tranquilizara.

—Suficiente... —Le quitó la copa de la mano y la dejó en la mesita de noche, al lado de la suya—. No queremos emborracharnos, ¿verdad?

—No, no... Claro que no.

Brian se quitó la sudadera y la dejó caer al suelo. Miró hacia la puerta para asegurarse de que la había cerrado y se sentó al lado de la ricachona. No quería pensar más y tampoco quería darle a ella tiempo para hacerlo, así que la atrajo hacia él y le plantó un beso en los labios. La intensidad del placer lo conmocionó; nunca había experimentado una necesidad como aquella. Y parecía un sueño hecho realidad.

—Espera. —Rompió el beso con un jadeo.

—No te detengas, Brian.

—Voy a poner música. —Le acarició la mejilla con el dorso de la mano—. Ayudará a crear una atmósfera sensual y envolvente.

Se levantó y se acercó al escritorio donde tenía una pequeña radio. La encendió y sintonizó una emisora de música al azar. Subió el volumen y aprovechó el momento para desabrocharse el cinturón y quitarse los pantalones. Volvió al lado de Olivia y su boca descendió sobre la suya con una fiereza que no había esperado. No había suavidad, todo lo que existía era una ciega necesidad de estar dentro de ella y hacerla sentir la urgencia que lo estaba volviendo loco.

Le quitó el jersey y lo tiró al suelo, al lado de su sudadera, y luego volvió a besarla. Sentía como si llevara esperando ese momento toda su vida. La ayudó a tumbarse entre besos y caricias. Se estiró a su lado y sus labios aterrizaron en algún lugar de su cuello donde se entretuvo besando y lamiendo su suave piel hasta que consiguió quitarle el sujetador. Aquello lo enloqueció y dejó de respirar por un segundo. Paseó la mirada por su cuerpo exquisito a la vez con el deseo grabado en su rostro.

—Voy a darte algo inolvidable —murmuró antes de agarrar sus senos calientes con las

manos.

Ella jadeó su nombre y con la mano derecha agarró su cabello, tirando con suavidad hacia atrás. Lo miró con los labios entreabiertos y gimió bajito.

—Hazlo.

—*Joder* —gruñó y con urgencia le bajó la cremallera de los pantalones. Se los quitó y esbozó una sonrisa cuando vio el estampado de sus tangas—. ¿Flores?

—Flores... Me recuerdan a un jardín maravilloso que vi hace cinco años, casi un jardín encantado.

Brian no dijo nada más y agarró con fuerza el tanga ambos lados de las caderas y tiró de él hasta dejar expuesta la parte más íntima de su cuerpo. Ella cerró los ojos y se cubrió el rostro con las manos.

—No tengas vergüenza, no conmigo. Eres preciosa.

Se quitó los bóxers y tomó su muslo con una mano. Le abrió las piernas para presionar su cuerpo entre ellas. Sintió la exquisita y resbaladiza humedad presionando contra su miembro y empezó a complacerla en seco. No había hecho algo así con ninguna chica, no había necesitado hacerlo. En aquel momento se sentía como un adolescente, como aquel cañonero que estaba loco perdido por la ricachona de su instituto y se masturbaba por las noches, detrás de la caravana, pensando en ella.

Y deseaba entrar, quería malditamente sentirla vibrando debajo de él, pero ella estaba a punto de llegar y no quería interrumpirla. Sus dedos se deslizaron hacia abajo por su suave piel hasta que encontraron su caliente humedad. Ella tembló contra su mano y cuando la miró vio que tenía los ojos cerrados y los labios entreabiertos. Estaba preciosa. Le faltaba poco, así que se levantó un poco para tocarle el clítoris con su dureza, moviéndose en círculos pequeños.

—No pares, Brian. Esto es maravilloso.

Él la miró y vio como su rostro se retorció de una forma fascinante. Se corrió lo suficientemente fuerte como para gritar su nombre una y otra vez hasta que los temblores dejaron de sacudir su cuerpo.

—Cariño, ¿quieres más?

—Sí, lo quiero todo.

—Entonces te llevaré al cielo. —Le guiñó un ojo. Deslizó una mano bajo su cuello y gruñó. Había olvidado coger un condón.

—Ahora vuelvo. No te muevas.

Se bajó de la cama y se acercó a la mesita de noche. Abrió el primer cajón y empezó a buscar entre las cosas, rezando para encontrar al menos uno. Cuando sintió un pinchazo en los dedos sonrió triunfante. Lo abrió y lo enrolló alrededor de su miembro, y luego volvió a la cama. No recordaba las veces que había imaginado ese momento. Era lo que quería, lo que ella quería,

pero aún así tenía que asegurarse.

—Abre los ojos, cariño. Ya estoy aquí.

Si iba a ser su primera vez, quería regalarle una experiencia inolvidable y que se miraran a la cara mientras lo disfrutaban.

—No te lo dije, pero tienes un cuerpo perfecto —susurró ella a la vez que estiraba las manos para acariciar su torso desnudo. Se detuvo cuando sus dedos tocaron las cicatrices—. Son cuatro... —murmuró—. ¿Tantas veces intentaron matarte?

—Sí, pero no pienses en eso ahora. —Se estiró a su lado y volvió a besarla de un modo sensual, sin prisas, moviendo los labios sobre los de ella con una delicadeza que la hizo gemir. De repente bajó la boca hasta uno de sus pezones. Oyó su respiración jadeante y deslizó las manos por su cuerpo hasta llegar a sus pechos y atrapó los dos a la vez, cerrando los dedos a su alrededor. Succionó y acarició, formando círculos con la lengua. Sin prisas fue bajando hasta su abdomen y le acarició los muslos. Adentró uno de sus pulgares entre los rizos púbicos de Olivia y sintió su humedad. Lamió el duro pezón con toda la ternura que poseía. Luego sus labios bajaron hasta el ombligo dejando un rastro de besos suaves.

—Abre las piernas.

Las yemas de sus dedos le recorrieron los muslos, dejándole a su paso la piel de gallina.

—¿Yas? ¿Vas a... ? —Gimió.

—Sí, cariño. Voy a entrar.

Paseó la lengua por su vientre; lamiendo y chupando y subiendo despacio hasta los senos tiernos y listos para ser mordidos. Se entretuvo un rato, dándose un festín con ellos, hasta saciarse y después, deslizó un dedo en su interior mientras continuaba masajeando su clítoris.

—Tan hermosa. Por fin, mía —murmuró, besándola por todas partes.

Estaba entregado a ella, pendiente de la menor reacción que mostrase. No podía creer que aquello estuviera ocurriendo. Había estado fantaseando con hacerla suya desde la primera vez que se habían visto. Contuvo el aliento y se movió para quedar sobre ella y, tras separarle los muslos, apoyó todo el peso en las manos que había colocado a ambos lados de su cabeza. La contempló un momento, luego bajó la cabeza y la ahogó con sus besos.

El deseo que sentían era como un incendio que los hacía olvidar todo lo que no fuera tocarse, acariciarse y besarse. Jamás había sentido nada igual y quería que fuera perfecto para los dos. Agarró sus muñecas y apoyó sus manos contra el colchón, fuerte y firme. Quería tener el control, hacerla anhelar y arder de placer.

—Tenía tantas ganas de sentirte, cariño. —Se sumergió en ella, tomándolo todo, perdiéndose en su interior, obligándola a saborear cuánto la había deseado.

En su mente, dentro de la cárcel, la había hecho suya en todas las posturas posibles. Pero nunca había imaginado que podría ser tan perfecto. Aquel orgasmo iba a matarlo, pero no intentó

controlarlo. Se dejó llevar y se entregó por completo. La razón lo abandonó mientras sus pieles se encontraban y se fundían. Ansiaba decirle que la amaba y que su corazón le pertenecía, pero se contuvo a duras penas. Ya tendría tiempo para hacerlo, en un momento menos intenso. La embistió con fuerza hasta que el temblor de su cuerpo lo atravesó. Lanzó un gruñido para expresar su liberación al tiempo que se derretía por el éxtasis.

—Brian... —Las palabras murieron entre sus labios.

Durante unos momentos los dos permanecieron callados, después Olivia abrió los ojos y dijo:

—Ha sido un poco doloroso al principio —admitió. —Se acurrucó en su pecho y metió la cabeza debajo de su barbilla—. Cuando el dolor desapareció, las sensaciones fueron increíbles. ¿Se siente lo mismo todas las veces?

—Conmigo sí, con otro... No lo sé.

—Engreído.

—Un engreído que te llevó al cielo. —Esbozó una sonrisa carismática—. Así que no te quejes.

—No tengo fuerzas para hacerlo.

—Entonces vamos a dormir porque pienso hacerte el amor a primeras horas de la mañana.

Olivia no contestó y él supuso que se había quedado dormida. Cerró los ojos y la abrazó, hasta que sus cuerpos se volvieron pesados y cayeron en los brazos del Morfeo.

Capítulo 20

Olivia se despertó sobresaltada, los labios de Brian no paraban de torturarla. Le besaba el vientre y los senos y le acariciaba la piel con la delicadeza de una pluma. Estaba excitada y quería llevar la iniciativa, pero no se atrevía. Además, respiraba de forma entrecortada y sentía como sus besos le flanqueaban las manos y las piernas.

Estaba disfrutando y todo su cuerpo anhelaba la experiencia que iba a tener. Nunca antes había sentido nada igual. Levantó las caderas hacia las de él en una invitación silenciosa y Brian no tardó en responder a su súplica.

Él posó las manos en sus caderas y juntos comenzaron una danza de un único cuerpo. Olivia abrió los ojos y sus miradas se encontraron justo cuando los movimientos se volvieron más intensos y más rápidos, descubriendo una magia que los llevó hasta la cima. Ocultó su rostro en el cuello, jadeante y sudorosa pero en absoluto avergonzada de la situación.

—Gracias, cariño —susurró contra la parte superior de su cabeza.

—¿Por qué me das las gracias? —Se acurrucó en su pecho, inhalando su aroma. En sus brazos se sentía segura, no había más miedo ni más secretos.

—Por hacerme el hombre más feliz de la tierra.

—Tú también me haces feliz. —No pudo contener la sonrisa que le curvó los labios.

—Me alegro. —Suspiró—. Tenemos que levantarnos. Llegarás tarde al trabajo.

—Oh, vaya. Olvidé que tenía que ir. —Soltó una risa nerviosa—. Me haces perder la cabeza.

—Y te gusta, ¿verdad?

—Me encanta —admitió.

Brian se incorporó en la cama y apartó el edredón que los cubría. Una brisa fresca estremeció el cuerpo de Olivia y volvió a taparse.

—Hace frío.

—Olvidé encender la calefacción.

Se puso de pie y ella soltó un gemido ahogado. Sin duda, él tenía uno de los mejores cuerpos masculinos que había visto en la vida. Atlético y con músculos que resaltaban lo suficiente como para ser vistos sin estar excesivamente desarrollados. Se estremeció otra vez, era maravilloso

hacer el amor con un hombre tan pasional. Con él sentía libertad y aceptación de todos sus deseos sin remordimientos. No le faltaba al respeto en ningún momento y la trataba con mucha delicadeza, como si fuera una muñeca de porcelana.

—Voy a preparar un té y miraré por si hay algunos bollos para desayunar.

—Genial, gracias. —Miró a todas partes para intentar localizar su ropa.

Brian se acercó al armario y después de coger una sudadera gris y un pantalón negro, se vistió y salió del dormitorio. De inmediato, ella se destapó y se agachó para coger su ropa del suelo. Después de comprobar que no estaba arrugada, se vistió rápidamente para entrar en calor.

Miró la cama y esbozó una ligera sonrisa a la vez que recordaba cada segundo que había pasado en los brazos del cañonero. Le había hecho el amor de una forma increíble e inolvidable. Lo amaba tanto que le asustaba admitirlo. Temía que al decirlo en voz alta pudiera dinamitar el lazo que les unía de nuevo. Con un nudo en la garganta salió de la habitación y se fue a la cocina. El olor a té de menta la envolvió haciéndola olvidar sus pensamientos.

Empujó la puerta entreabierta y entró. Tomó asiento a la mesa y desayunaron como una pareja feliz y enamorada.



Media hora más tarde, Olivia se bajó del Volvo y antes de cerrar la puerta le dijo a Brian:

—Gracias por traerme. —Subió la cremallera de su abrigo y miró a su alrededor para comprobar que no había nadie sospechoso.

—Estaré toda la mañana entretenido ayudando a las hermanas con el funeral, pero vendré por la tarde para llevarte al comedor.

—Puede hacerlo mi jefe o...

—¿El rubio? Ni de coña. No me gusta como te mira.

—Solo somos compañeros de trabajo, eso es todo —dijo para quitarle la expresión de duda del rostro.

—¿Y él lo sabe?

—Supongo. —Se encogió de hombros.

—Pues debería decírselo —gruñó a la vez que apretaba el volante con fuerza.

—Los celos no te quedan bien. Te hacen más mayor —sonrió de lado.

—Entonces me callo.

—Me parece bien porque Connor no es mi tipo.

—Claro, yo soy tu tipo, cariño. —Dibujó una sonrisa coqueta en sus labios—. No hay nadie en este mundo que te haga tocar al cielo como lo hago yo.

—Adiós.

Cerró la puerta del coche y se dio la vuelta para que él no viera el comienzo de una sonrisa. Por primera vez en muchos años estaba feliz y contenta, llena de adrenalina y con ganas de recuperar el tiempo perdido.

Entró en el edificio y mientras caminaba por el pasillo se dio cuenta de que el lugar estaba muy tranquilo. La puerta del despacho de su jefe estaba abierta de par en par y las persianas bajadas. ¿No había llegado aún? No le dio mucha importancia al asunto y después de quitarse el abrigo y colgarlo en el perchero se fue hacia la pequeña cocina. Abrió el frigorífico y cogió un yogur de fresas.

—Buenos días. Has llegado —dijo Connor a sus espaldas—. ¿Sabes algo de John?

—Buenos días. Eh, no, ¿por qué?

Se dio la vuelta y lo miró de arriba abajo. Estaba impecable, como siempre. Vestía una camisa blanca perfectamente planchada y unos pantalones azules de vestir. Estaba recién afeitado y su pelo rubio estaba peinado hacia atrás dejando libre su frente y sus ojos azules.

—En media hora tiene la reunión con el juez y ni ha llegado al trabajo ni contesta al teléfono. —Su voz sonaba agitada.

—Oh, y ¿qué hacemos? Ninguno de los dos está cualificado para ir a la reunión.

Se escuchó un estruendo y los dos dejaron de hablar. Salieron al pasillo y vieron a John caminando apresuradamente hacia su oficina.

—Ey, jefe. ¿Qué pasa? ¿Estás bien? —inquirió Connor.

—Mejor que nunca. —Cogió la pila de carpetas que estaba encima del escritorio y se acercó a ellos—. ¿Quién me lleva al juzgado? Mi coche está en el aparcamiento del comedor social y no tengo tiempo para llamar un taxi.

—Yo no tengo el mío —susurró Olivia.

—Voy yo. —Connor se acercó al perchero y cogió su abrigo—. Vamos.

Los hombres abandonaron el edificio a toda prisa y Olivia se cruzó de brazos al darse cuenta que se había quedado sola. La secretaria de John estaba de vacaciones y su otra compañera, María, tenía turno de tarde. Corrió hacia la puerta y echó el cerrojo, luego miró por la ventana. La acera estaba despejada con poca actividad y pasaban algunos coches, pero nada de lo que preocuparse. Se fue a su despacho y se puso enseguida a trabajar para evitar pensar en su propia situación.

Capítulo 21

Olivia no había parado de mirar el reloj a cada instante y aquello hizo que las horas pasaran muy lento. Eran las dos de tarde y su jefe y Connor no habían vuelto. No tenía ninguna noticia de ellos y no sabía si la reunión había ido bien. No obstante, apagó el ordenador y recogió un poco la mesa.

Salió al pasillo y después de coger su abrigo, miró por la ventana. Como no vio nada sospechoso, respiró hondo y abrió la puerta. El aire de la calle era fresco y vigorizante. Y después de tantas horas de trabajo, sentada frente al ordenador, experimentó un ramalazo de lucidez y energía.

Cerró con llave y se encaminó hacia el pequeño aparcamiento. Mientras se acercaba al lugar, se dio cuenta de que Brian no había llegado. Empezó a impacientarse creyendo que le había ocurrido algo, pero luego recordó que él nunca era puntual. Así que se sentó en un banco y se dispuso a esperar.

El aparcamiento estaba vacío y solo se oía el distante bramido de algún coche que pasaba por la calle. A unos pocos metros de distancia había un kiosco de helado, pero estaba cerrado. Oyó a su espalda un sonido suave y el corazón se le subió a la garganta. Escudriñó el lugar y los árboles que lo bordeaban con miedo. ¿Y si era el marido de la señora Jones? Tal vez la había seguido y estuviera esperando una oportunidad de atacarla.

Se puso de pie de un salto y justo entonces, un gato negro pasó por delante de sus pies. Soltó una risa nerviosa y respiró hondo varias veces para tranquilizarse.

—Menudo susto —murmuró y volvió a sentarse en el banco.

Se pasó las manos por el cabello y luego miró la hora en su reloj de pulsera. Habían pasado diez minutos y Brian no aparecía. Escuchó pisadas detrás de ella y volvió a impacientarse. Se quedó quieta, paralizada de miedo. Ella nunca fue una cobarde, pero sentía que no podía lidiar con un hombre peligroso y desequilibrado.

Aún así, se puso de pie con la intención de echar a correr y se lamió los labios. Dio un paso hacia delante y cuando dio el segundo, una mano la agarró por el codo. Sintió un tirón tan brusco, que gritó con todas sus fuerzas mientras sentía como su cuerpo se precipitaba al vacío. Aterrada, sus manos empezaron a moverse de un lado a otro, intentando golpear a su atacante.

Pero este la atrapó justo cuando había caído al suelo.

—Quédate quieta, maldita mujer.

—Suéltame. Déjame ir. —Se arrastró por el suelo, intentando escapar de su agarre.

—Vuelve aquí.

Olivia lo golpeó varias veces con los puños y aquello le bastó para quitárselo de encima. Se puso de pie y echó a correr sin mirar atrás. El sonido de su propia respiración le rugía en los oídos y su pulso golpeaba con dureza.

A los pocos segundos, el hombre volvió a cogerla y sin darle tiempo ni para exclamar un grito de sorpresa, la golpeó con fuerza en la cara. Olivia cayó al suelo por el impacto, aterrada por su agresividad. El marido de la señora Jones era un hombre grande, como un oso, de hombros anchos y pelo rapado. En su cara había varias cicatrices: una debajo del ojo izquierdo y dos encima del labio inferior. Tenía los ojos oscuros y una siniestra y feroz mirada.

Temerosa de su poder, levantó sus manos en señal de defensa.

—¡Por favor, para! —gritó nerviosa y asustada. Respiraba con dificultad mientras un pitido en sus oídos subía de intensidad.

—Tus súplicas no me conmueven. —La agarró por el pelo con violencia y le echó la cabeza hacia atrás—. Mi mujer estaba bien, hasta que tú le metiste tonterías en la cabeza.

—Solo le dije la verdad —rugió, sumida en el pánico.

—¿La verdad?! ¿Qué verdad? —Levantó el brazo libre y se preparó para golpearla.

Ella cerró los ojos por instinto, sintiendo las lágrimas calientes resbalando por las mejillas.

—Suéltala ahora mismo, desgraciado —gritó alguien detrás de ellos con una voz familiar y Olivia abrió los ojos.

El rostro del hombre palideció como si se hubiera quedado sin sangre, pero no se movió de su sitio ni la soltó cuando dijo:

—No te conviene meterte en esto.

—Te equivocas. Soy parte de esto. Suelta a mi novia ahora mismo o juro que te arranco los brazos.

Lo siguiente que escuchó Olivia fueron unos pasos apresurados, pero no le dio tiempo a ver qué estaba pasando porque su cuerpo fue lanzado con violencia hacia el suelo. Todo su lado izquierdo chocó con fuerza contra el asfalto y un dolor desgarrador le recorrió el cuerpo. De repente, todo a su alrededor se volvió negro, pero antes pudo ver cómo dos siluetas negras se movían de un lado a otro en un completo caos.



Brian le propinó un puñetazo en el vientre con tal fuerza que sus dedos crujieron. El hombre escupió sangre pero le devolvió el golpe, no con la misma intensidad, pero lo suficiente como para doblarlo por la mitad. Se enderezó, enfurecido, y vio brillar el filo de una navaja.

—Cobarde —dijo a la vez que se abalanzaba sobre él.

Le agarró el brazo que empuñaba la navaja y lo retorció con tanta fuerza que el afilado cuchillo cayó a los pies de ambos. Se agachó para recogerlo y le clavó la punta en la garganta, justo debajo de la barbilla.

—¿Te rindes?

—Jamás. —Se zafó del agarre con un movimiento rápido y trató de darle un puñetazo en la cara.

Brian esquivó el golpe moviéndose a un lado y le propinó un rodillazo en el costado, haciéndolo caer de rodillas. Después, lo agarró por el cuello y apretó con fuerza para dejarlo inconsciente, pero el hombre se soltó y se tiró a sus pies, desequilibrándolo. La navaja le resbaló de la mano y la buscó con la mirada pero fue sin éxito. Se incorporó como un rayo y la adrenalina que inundaba sus venas imprimió nuevo vigor a sus golpes. Se sentía invadido por un feroz deseo de batalla, de lanzar puñetazos al aire como lo hizo en la cárcel, y empezó a golpearle hasta que sintió los nudillos adormecidos.

—Vale, me rindo —dijo el hombre a la vez que escupía sangre de la boca.

—Quédate ahí. Si mueves un solo músculo, te convertiré en un maldito saco de boxeo —jadeó Brian frotándose los nudillos del puño.

—Olivia, ¿estás bien? —preguntó John a la vez que se arrodillaba junto a ella.

Brian levantó la mirada hacia ellos y justo entonces sintió un fuerte dolor en la pierna izquierda, por encima de la rodilla. Cuando bajó la vista vio una navaja clavada en la carne, tan adentro que la herida sangraba abundantemente.

—¡Joder! —rugió como un demonio.

Se agachó y agarró el mango de la navaja con los dedos y tiró con fuerza para extraerla. El dolor fue tan intenso que atravesó todo su ser. Se lanzó hacia su oponente y le clavó la navaja en el estómago, con tal rabia que este se desvaneció.

Un chorro de sangre caliente le salpicó la mano y se desplomó en el suelo, junto a él.

—Mierda. Acabo de matar a otro hombre —jadeó sin apartar los ojos del cuerpo que estaba

tirado en el suelo—. Todo había ocurrido tan rápido, tan malditamente rápido.

—¿Brian? ¿Estás bien?

Escuchó la voz de Olivia y levantó la mirada. Sintió un ligero mareo, pero se sobrepuso enseguida.

—No lo sé.

—John ha llamado a la ambulancia. Aguanta.

Ella vino a su lado y le acarició las mejillas con sus manos frías y temblorosas. Tenía los ojos brillantes de lágrimas y estaba tan pálida que Brian temió que se desmayara en ese momento.

—Lo he matado, cariño. He cometido el mismo error que hace cinco años. Me dejé llevar por la rabia. Esta vez, con más razón. Él te ha tocado, te ha golpeado...

—No creo que esté muerto y fue en defensa propia.

—Así es —intervino John con voz grave—. Hay testigos que pueden corroborarlo. Solo estabas defendiendo a una mujer de un maldito acosador.

—No va a pasar lo mismo que hace cinco años. No vas a ir a la cárcel —dijo ella muy segura de aquello—. Me has salvado la vida.

—Yo no lo veo así. Te he fallado una vez más. He llegado tarde... —murmuró con voz trémula—. ¿Y si hubiera llegado más tarde aún?

A lo lejos se escuchó el sonido de la ambulancia aproximarse y Brian movió la cabeza. Dos coches patrulla con las sirenas encendidas estacionaron en los extremos de la calle y varios policías bien armados se bajaron. No tardaron en esposarlo, sin resistencia por su parte, y luego se acercaron para comprobar los vitales del acosador.

—¿Por qué le habéis puesto las esposas a Brian? —inquirió Olivia mirando alarmada al comisario.

—Tengo que hacerlo —contestó él a modo de explicación a la vez que se rascaba la frente—. Es el protocolo.

—Fue en defensa propia...

—No lo dudo, pero no puedo dejarlo libre.

—Soy su abogada y...

—Olivia —dijo John con la voz baja—. Solo está haciendo su trabajo.

—Lo sé, pero... Es que... Tengo un *déjà vu*.

—No te pongas nerviosa cariño, por favor —susurró Brian, mirándola con impotencia. La herida que tenía en la pierna y las esposas le impedían moverse. Se le revolvía el estómago solo de pensar que las cosas podrían haber sucedido de cualquier otra manera.

—No puedo evitarlo. —Se agachó a su lado y le dio un beso casto en los labios.

Las ambulancias llegaron y enseguida los paramédicos sacaron las camillas. Subieron

primero al hombre y lo conectaron a una fuente de oxígeno, y luego hicieron lo mismo con Brian. Él cerró los ojos a causa del dolor lacerante que le provocaba la herida, era como si mil agujas le traspasaran la piel, y los mantuvo así durante todo el trayecto hacia el hospital.

Capítulo final

Olivia se sentía débil y tenía ganas de sentarse en el suelo, pero no lo hizo porque tenía que ir al hospital. Agradeció a Dios que aún estuviera viva. Ni siquiera ella misma se lo podía creer.

Vio que las puertas de su Volvo estaban abiertas de par en par y se giró hacia su jefe para hablarle.

—¿Me acompañas? No quiero ir sola —susurró.

—Por supuesto. ¿Tienes las llaves del coche?

—No, pero creo que están en el contacto.

—Vamos a verlo.

Después de comprobar que estaban allí, se subieron y pusieron rumbo al hospital. Durante el trayecto, Olivia se mantuvo callada, ensimismada en sus pensamientos. Necesitaba con urgencia decirle a Brian que lo amaba, que ese amor que sentía hacia él era lo único real y vivo que había en su interior. Pero sobre todo, que su vida había vuelto a empezar en el momento en el que se encontraron en el comedor social.



Cuando entraron en el hospital, preguntaron en Recepción por Brian y una mujer muy amable les informó de que estaba en el quirófano, pero les animó a que subieran a la primera planta y ella avisaría al médico de que estaban en la sala de espera.

Tomaron el ascensor en completo silencio. Olivia estaba pensativa y preocupada, pero intentaba mantenerse tranquila y controlar sus emociones. No quería desmoronarse, no quería llorar ni mostrarse débil.

Las puertas se abrieron y salieron a un pasillo largo. Estaba vacío a esas horas y sus pasos sonaban huecos sobre el suelo de granito. Parecía interminable y la brillante y blanca luz era

cegador. Encontraron la sala de espera, entraron y tomaron asiento en la primera fila de sillas vacías.

—¿Quieres algo de la máquina? ¿Un refresco? ¿Un café? —preguntó John.

—No, gracias.

—No estés tan triste. Las cosas no pintan mal. El acosador está vivo y la herida de Brian es superficial.

—Estoy preocupada por otra cosa. —Alzó la mirada temerosa—. Hace cinco años, Brian mató a un atracador en defensa propia y lo llevaron a la cárcel. Lo condenaron injustamente y yo no pude hacer nada para ayudarlo. Si pasa lo mismo...

—No va a pasar lo mismo porque las circunstancias son diferentes. Además, hay pruebas de que el hombre te había amenazado. —Le cogió las manos y vio que estaban magulladas—. Deberías curarte las heridas.

—Estoy bien.

No obstante, empezó a sentirse impaciente, la espera la estaba matando y se hacía mil conjeturas en la cabeza a pesar de que sabía que el estado de Brian no era tan grave.

—Bueno...

—¿Cómo fue la reunión con el juez? —preguntó para cambiar de tema. Necesitaba pensar en otras cosas—. ¿Y por qué has llegado tarde esta mañana? No me digas que fue por la resaca porque no me lo creo.

—La reunión ha ido muy bien. —Se reclinó en el asiento y miró hacia el techo.

—Me alegro, ¿y... ?

—He llegado a un acuerdo con mi mujer. Vamos a darnos otra oportunidad y cambiar nuestros hábitos. Le dije que quiero formar una familia y tener hijos, y que para ello estaría dispuesto a reducir mi jornada laboral y ella se comprometió a pasar más tiempo en casa, conmigo.

Justo en ese momento, un médico acompañado por el comisario entró en la sala.

—¿Cómo está Brian?

Olivia se puso de pie y los miró con atención.

—Está muy bien. La herida ha sido bastante grave, pero hemos conseguido parar la hemorragia. Lo hemos trasladado a planta.

—Gracias, doctor —dijo aliviada por la noticia.

—Bueno, el comisario también tiene noticias.

—El acosador está vivo y ha accedido a dar una declaración para confesarlo todo. Así que Brian queda libre de todo cargo —habló el oficial y el rostro de Olivia se relajó por completo.

—Oh, que bien.

—¿Ves? Te estabas preocupando por nada. —Su jefe le acarició el hombro en un gesto

tranquilizador.

—¿Puedo ir a verle?

—Sí, no tardará en despertarse de la anestesia —contestó el médico—. Si quieres, te llevo hasta la habitación.

—Mhm, gracias. —Miró un segundo a su jefe.

—Ve tranquila. Yo me quedaré un rato para hablar con mi viejo amigo el comisario.

La joven asintió y siguió los pasos del doctor a lo largo del pasillo hasta la última puerta. Él la abrió y se echó a un lado para dejarla entrar.

—Luego me pasaré a ver cómo está —le dijo y se dio la vuelta, dejándola sola.

Respiró hondo y empezó a caminar despacio hacia la camilla. La habitación era para un solo paciente y aquello le resultaba alentador porque les permitía tener más privacidad.



Brian se despertó, pero no abrió los ojos. Imágenes de la pelea comenzaron a aflorar y lo revivió todo como si fuera una película de terror. De repente, un violento dolor le recorrió la pierna izquierda y apretó la mandíbula para contenerlo. Escuchó pasos y abrió los ojos, parpadeando varias veces para acomodar su visión y poder enfocar con claridad.

Reconoció a Olivia mientras avanzaba hacia la cama donde estaba tumbado y en un instante, todos sus miedos y preocupaciones se desvanecieron. No podía ignorar que se alegraba de verla. Era la primera vez que ella tenía un brillo despreocupado en los ojos y deseó abrazarla pero dudaba de poder incorporarse en la cama.

—Cariño... —Luchó por respirar.

—Brian —suspiró con alivio—. Me alegro de que estés bien. ¿Te duele la pierna?
¿Necesitas algo?

—No, estoy bien. —Las palabras salieron suavemente de su boca—. Siéntate y cuéntame por qué no tengo las manos esposadas. ¿Qué ha pasado?

Ella arrastró la silla que estaba detrás suya y se sentó. Se quedaron mirándose a los ojos durante varios segundos hasta que Brian dejó salir un suspiro cargado de emoción. Sintió alivio y tuvo que repetirse en más de una ocasión que aquello no era una ilusión.

—Tengo buenas noticias y también malas —susurró y él frunció el ceño.

—Dime las buenas —dijo con un jadeo.

—Estás libre de cargos. Mi acosador está vivo y va a confesarlo todo.

—Joder, que alivio. No estaba preparado para volver a la cárcel. ¿Cuál es la mala noticia?

—Voy a hacerme cargo de tu recuperación y cuidaré de ti. Es lo menos que puedo hacer por haberme salvado la vida.

—Oh, cariño. Esta es una noticia excelente. —Estiró una mano y le acarició la mejilla, temeroso. Cuando ella cerró los ojos, todo su cuerpo tembló. Era la mujer más fascinante que había conocido. Le pasó el pulgar por el labio inferior e instintivamente cerró los ojos también, dejándose llevar. La esperanza había vuelto—. Si no estuviera en la cama, te hubiera besado.

—Lo haré yo —jadeó con una voz dulce.

—Ya estás tardando.

Al poco tiempo, sintió los labios de la ricachona sobre los suyos y varios escalofríos atravesaron su piel, haciéndolo sentirse completamente vivo. El beso se volvió más intenso, sus lenguas bailando, jugando y enredándose. Necesitó de toda su fuerza de voluntad para apartar la boca de la de ella, pues quería decirle algo que consideraba que era importante.

Olivia gimió e intentó atraerlo de nuevo junto a ella.

—Espera... —susurró—. En la ambulancia solo pensaba en que he vuelto a perderte, que he desperdiciado esta segunda oportunidad que nos dio la vida.

—No vas a perderme jamás porque te quiero, porque eres parte de mí. Sin ti no soy nada.

—¿Me... Quieres? —balbuceó, con su voz temblorosa—. Yo también te quiero.

—No quiero que pienses que lo estoy diciendo por lo que ha pasado. Es verdad que estaba asustada como nunca antes lo había estado...

—Sabía que me amas, no he dudado ni un instante de tus sentimientos, por eso fui tan insistente contigo durante todo este tiempo. —Sonrió de lado—. ¿Por qué no me lo dijiste hasta ahora?

—Por miedo, por inseguridad —susurró.

—Entonces... ¿Dónde nos deja esto ahora?

—Dímelo tú.

Brian se quedó pensativo un rato antes de contestarle. Estaba feliz porque parecía que iban a lograr tener por fin una relación duradera.

—¿Quieres volver a ser mi novia?

—Nunca he dejado de serlo.

La sonrisa se negaba a abandonar el rostro de Brian. Estaban unidos por un vínculo que iba más allá del deseo y la lujuria. Se amaban y nada ni nadie podría volver a separarlos.

—Podemos volver a colocar la palabra “amor” en nuestros corazones. —Tomó sus manos entre las suyas—. Siempre fuiste mi amor verdadero, ricachona.

—Y tú el mío, cañonero.

Sonrieron y volvieron a besarse entre risas, como si tuvieran todo el tiempo del mundo para

hacerlo.

—Tú eres todo lo que puedo desear en un hombre —murmuró Olivia.

—Y tú todo lo que puedo desear en una mujer.

Epílogo

Un mes más tarde

Olivia terminó de guardar sus pertenencias en cajas y entró en el salón. Hannah estaba sentada en el sofá y tecleaba con energía en su ordenador portátil.

—¿Mucho trabajo?

Su amiga alzó la mirada un instante antes de volver a teclear.

—Sí, demasiado. Quiero terminar este reportaje antes del viaje.

—Entonces, te dejaré tranquila.

—No... —Apartó el portátil, lo colocó con cuidado en la mesa y luego se puso de pie—. Soy una pésima amiga. No te ayudé con las cajas y tampoco puedo hacerlo con la mudanza. Por lo menos, déjame despedirme de ti en condiciones.

Se acercó a ella y la abrazó con tanta fuerza que la levantó del suelo.

—Te echaré de menos, pero es mejor así. Yo viajo mucho y tú quieres pasar tiempo con Brian ahora que sois novios otra vez. Jamás te he visto tan feliz. La vida hay que vivirla y disfrutarla —dijo Hannah.

—Es que lo soy. Disfruto de cada minuto al lado de Brian, incluso he vuelto a dibujar.

—Me alegro por ti, amiga. ¿Tus padres lo saben?

—No, no voy a decirles nada ahora. Cuando vaya a ver a las gemelas, quizás lo haga.

—¿Y los padres de Brian? ¿Siguen trabajando para los tuyos?

—Terminaron de construir la casa en el pueblo y se fueron a vivir allí. La madre trabaja como costurera y al marido lo contrataron en la ferretería. Brian tampoco les dijo nada, pero lo haremos la semana que viene. Vamos a pasar las Navidades con ellos. —Dejó de sonreír para mirarla a los ojos—. Me da pena que no vamos a estar juntas.

—A mí también, pero parece que las cosas con el francés que conocí en París van en serio.

—No me has enseñado fotos con él...

—Porque no tengo, pero te enviaré algunas estos días. —Volvió a abrazarla—. Disfruta de la vida, te lo mereces. Has pasado por muchas cosas. Menos mal que a ese desgraciado lo condenaron a seis años de cárcel por amenazas de muerte y agresión. ¿Qué sabes de su mujer?

—Pidió el divorcio y se fue del pueblo.

—Menos mal...

La puerta se abrió y ellas dejaron de hablar para mirar a Brian, quien entraba con pasos firmes y decididos. La herida había sanado perfectamente, dejándole atrás solo una fina cicatriz rosa que enseguida fue cubierta por el velo de su pierna. No volvieron a hablar del tema por temor a que les distanciara de algún modo. Tomaron la decisión de derribar todas las barreras que les impedían pensar en ellos como una pareja llena de vitalidad y amor para poder alcanzar un equilibrio. La segunda oportunidad que les dio la vida para estar juntos querían destinarla a disfrutar el uno del otro con intensidad.

El cañonero vestía un jersey gris de lana y unos pantalones vaqueros muy ajustados. Tenía buen aspecto y parecía muy feliz. En su rostro se reflejaba serenidad y placidez.

—Hola, ¿qué hacéis? —preguntó a la vez que se acercaba a su novia. Le dio un beso corto en los labios y prosiguió: —¿Has terminado de hacer las cajas? He venido con la furgoneta de Matt.

—Sí, están en la habitación.

—Perfecto, voy a por ellas.

Mientras Brian caminaba hacia el dormitorio, Hannah abrazó a Olivia por la cintura y le dijo en voz baja:

—Sigo teniendo una mala opinión de él, pero tengo que reconocer que tiene un buen culo. Alegra la vista.

—¡Oye! —La miró con los labios fruncidos.

Hannah soltó una carcajada que no pasó desapercibido por Brian.

—¿Qué pasa? —dijo y dejó la caja que tenía en las manos en el suelo. Miró a su novia y luego a su amiga, confuso.

—Nada importante —contestó rápidamente Olivia, un poco avergonzada.

—Voy a seguir trabajando —informó Hannah mientras se sentaba en el sofá.

—Estabais hablando de mí, ¿verdad?

—Puede que sí, puede que no.

La joven dio media vuelta y se fue al dormitorio. Cuando llegó delante de la puerta, miró por encima de su hombro y le guiñó un ojo a Brian.

Él no tardó en ir detrás de ella y cuando la alcanzó la tomó en sus brazos y la besó con hambre en la boca.

—Te eché de menos esta mañana cuando me desperté.

—Quería despedirme de Hannah, por eso me fui tan temprano. ¿Has firmado el contrato?

—Sí, tu jefe lo ha traído esta mañana al taller.

—Así que eres el propietario de la casa de Anna. Me alegro que accedió a venderla. Es muy bonita, me gusta mucho.

—Esta tarde la ayudaré a llevar sus cosas a la casa de su hermana. Van a vivir juntas.

—Que bien por ellas. Se quedaron solas cuando falleció la madre.

—Deja de hablar y bésame, cariño. ¿Para eso me has llamado a la habitación?

—Eres tú quien habla...

Brian estampó su boca contra la suya, silenciando cualquier protesta. Cerró la puerta con el pie y la inmovilizó, atrapándola contra la pared.

Olivia gimió, su beso era sedoso y ávido, y su lengua se enredaba con la suya en una danza sinuosa. Sus curvas se apretaban contra el duro pecho del cañonero, haciendo que todo su cuerpo volviera a la vida. Se derretía contra él, queriendo más. Sintió una sensación de triunfo al pensar que Brian la estaba besando con tanta ternura por algo más que deseo.

No obstante, apartó la boca de él y tomó aire profundamente y dijo:

—Me haces tan feliz. Te quiero. —Ni sus labios ni su cuerpo dejaron de vibrar, lo que significaba que la fuerza de la pasión la derretiría por dentro convirtiéndose en casi un dolor físico.

—Pienso amarte hasta mi último aliento. Ahora, déjame hacerte el amor, te deseo demasiado.

Sobre la autora

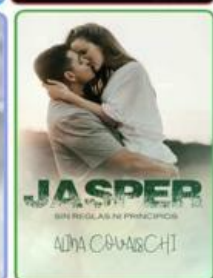
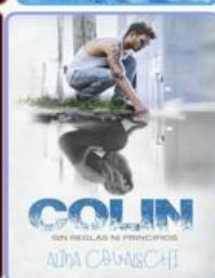
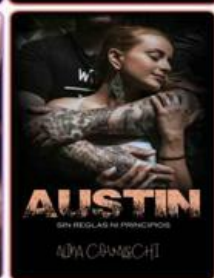
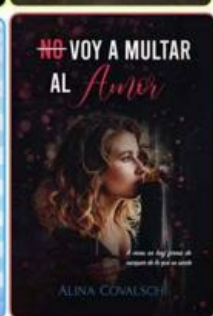


Alina Covalschi nació el 29 junio 1982 en Rumania, aunque actualmente reside en Madrid. Apasionada de la lectura y con una gran imaginación para crear historias.

Compaginando el trabajo con la escritura, escribió sus primeros libros en una conocida plataforma sumando actualmente treinta libros.

Sus géneros favorito son: el romance, paranormal y ciencia ficción. Ama leer y escribir, sobre todo libros donde los personajes pueden transmitir y hacer que el lector sienta algo. Entre sus otras aficiones está dibujar, leer y viajar. Siempre le ha gustado crear.

Otros libros publicados: Canta para mí, Trilogía Sin reglas ni principios (AUSTIN, JASPER, COLIN), Cuando el amor tropieza, La Jaula Invisible, Bajo tus órdenes, Sonríe conmigo, Señor Black, No voy a multar al amor, Braxton, el justiciero del Bronx, Soy el chico malo, Atrévete a vivir, Adictos al sexo, El enigma del highlander, Un highlander en Nueva York.



Agradecimientos

Esta historia es lo que es gracias a mi amiga y correctora Beatriz Gutierrez. Gracias por tu amabilidad, tu paciencia y las horas que has dedicado a mi trabajo. Te estaré eternamente agradecida por lo que has hecho. Tu amistad es uno de los regalos más bonitos que la vida me ha dado. Gracias por ser mi amiga. Te has ganado todo mi respeto y si necesitas algo sin dudarlo, buscaré la manera de apoyarte. Gracias por que con personas como tú, puedo crecer como persona, puede sonar egoísta, pero eres una persona llena de cariño, inteligencia y que jamás dejará de apreciarme. Quiero darte las gracias por escucharme en los momentos más tristes y ser parte de mi vida en todo momento. Nuestras experiencias juntos, conviviendo, aprendiendo de cada aventura y risa, me han permitido estar cerca de ti, mil gracias por todo lo que me das.

A mi marido Daniel.

Gracias por tu paciencia, por apoyarme en mis proyectos y por los buenos momentos que hemos vivido juntos.

Quiero darle las gracias a Maria Jose Valiente Garcia por estar siempre aunque no nos veamos, poca cada reseña y por cada comentario. Gracias por ser parte de mi mundo.

También quiero agradecer a todos ustedes que invierten su tiempo en leer esta novela y a todas mis lectoras de Facebook e Instagram. Siempre estáis allí pendientes de mis novelas para leerlas. Sois personas maravillosas quienes sin esperar nada a cambio comparten su conocimiento y alegrías, logrando que mi sueño se haga realidad. Vuestros hermosos comentarios me ayudan a seguir escribiendo.

Os quiero mucho.

Marimar Pintor, Paqui Lopez Nuñez, Amparo Pastor, Yohana Tellez, Álvarez Ribagorda, Chari Marines, Dorina Bala, Izaskun Brujita, Silvia Segovia, Silvia Fernandez, Elisa Gomez, Maria Vidal Parada, Kika DZ, Maria Angeles Talavera Lopez, Cristina Blanco, Eva Rodriguez, Loli Zamora, Marisol Perez, Cristina Asenjo, Rosi García, Carmencita Valenzuela, Juani Martinez Moreno, Ines Murillo Dominguez, Frella Lucia, Viguera Lago Carballo, Vanessa Bellido, Carla Benegas, Luci Carrillo Ordoñez, Katty Fernandez Vidal, Maria Victoria Alcobendas Canadilla, Maria Jimenez Paez, Silvia Adarau, Oana Simona, Rosslyn Gomlin, Chari Rodriguez Morales, Garbiñe Valera Murillo, Encarna Prieto, Doña Cleta Gertrudis, MCristina Colom, Verónica López, Marybel Rodríguez Gallardo, Elisa Maria, Andy Garcia, Maryssa Cortavitarre, Laura 7days7books, Alina Stoenescu, Maripaz Garrido Gutierrez, Isabel Rubio, Yolanda Cal Lor,

Maria Angeles Garcia Muñoz, Elena De Torres, Isabel Gomez, Marisol Cardenas, Fontcalda Alcoverro Castel, Yanira Soto, Conchi Rivas Guerrero, Enri Verdu, Beatriz Ortiz, Lily Zarzosa,

Vanessa Lopez Sarmiento, Jovir Yol LoGar, Elena Carvajal, Silvia Flores, Johy Hernandez, Sandra Martín Márquez, Kuki Pontis Sarmiento, Pilar Gomez, Ruth Alonso, Paula Permuy Fernandez, Dulce Lorenzo Mangas, Irene Suarez, Silvana Borgese, Vanessa Velarde, Cristina Garcia Mira, Almudena Valera, Jesyk Makarevicius, Jaqueline Ramirez, Rossana Carnevali, Silvia M. Martín, Flor Salazar, Ana Belen Galan Gonzalez, Aradia Maria Curbelo Vega, Ángela Suarez, Elena Juderías, Grizeldy Centurion, Maria Jesus Lendinez, Adriana Pacheco Hernandez, Britos Angy Beltrán, Maria Jesús Cadilla Tuñez, May Fg, Angustias Martin Gamboa, Marga Romera Ocaña, Ana Belén González,

Rocío Enríquez Flores, Patii Loro Perez, Silvia Rodriguez, Jenny ladybooks7, Marion Aliaga, Mariluz Martínez Navarro, Claudia Ivone Pérez Gómez, Carmen Plata Guerrero, Vanessa Figueras Fuentes, Jesy Glez, MrsSveta Cherry, Maria Rosa Guardiola, Angela Perez Abad, Ana Maria Padilla Rodriguez, Mari Carmen Pacheco Pacha, Carolina Soledad Concha Ibañez, Dolores Soler Martinez, Maria Angeles Alameda, Nadine Arzola Almenara, Terry Mabelle, Geli Wittmann, Arancha Eseverri Barrau, Vanessa Trujillo Rodriguez, Patii Loro Pérez, Herminia Almeida Flores, Nelia Mf, Paqui Galera, Carmen Marin Varela, Stephanie Fernández Vega, Marisol Zaragoza, Prados Blazquez, Ester Prieto Navarro, Diana Prados Pardo, Judith Valverde, Pepi Arzola, Ana Flores Gil, Victora Alonso, Rosa Arias Nuñez, Lissy Garay, Dora Baena, Maria Constanza Marcelli, Anna Margalef Gallisa, Inmaculada Camino Romero, Martina Bensusan Rodríguez, Alicia Marcos Luis, Carmen Lorente Muñoz, Evelyn Bizuela, Maria A. Garcia, Mariam Ruiz, Lidia Avellaneda, Manoli Angel, Ana Moraño Dieguez, Majo Martinez, Jacqueline Ramirez, Pilar Nm, Beatriz Maldonado Perona, Adelaida López, Maria Pérez Cordero, Gema Maria Párraga de las Morenas, Pili Ramos, María Del Mar Gonzalez Obregon, Paola Muñoz, Ana Martín Tejedor, Annie Pagan Santos, Montse Suarez, Malu Fernandez, Carmen Castillo, StarSea, Gema Maria Párraga de las Morenas, Julieta Dominguez, Mary Rz Ga, Solanger Crocker Schaffner, Catherine Johanna UsCátegui, Rosa Gonzalez Moncayo, Ascension Sanchez Pelegrin, Martina Bensusan Rodríguez.

Vuestra amistad para mí no tiene precio.

